MÁS DE TRES MILLONES EJEMPLARES VENDIDOS

Angela MARSONS

GRITO DEL SILENCIO

UN THRILLER DE
KIM STONE



MÁS DE TRES MILLONES EJEMPLARES VENDIDOS

Angela MARSONS

GRITO DEL SILENCIO

UN THRILLER DE
KIM STONE



Grito del silencio

Grito del silencio
Título original: Silent Scream
© Angela Marsons, 2015. Reservados todos los derechos.
© 2022 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S
Traducción: Jorge de Buen Unna

ISBN: 978-87-428-1216-7

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencias.

Reconocimientos

Grito del silencio ha sido muchos libros durante su desarrollo. El personaje de Kim Stone llegó a mí y se ha rehusado a abandonarme. Tanto en la página como en mi imaginación, se ha convertido en una mujer fuerte e inteligente que no siempre es perfecta, pero sí apasionada y tenaz. Es alguien a quien te gustaría tener de tu lado.

Me gustaría darle las gracias al equipo de Bookouture por compartir mi entusiasmo por Kim Stone y sus historias. Su apoyo, entusiasmo y convicción han sido tan reconfortantes como abrumadores. Mi gratitud hacia Oliver, Claire y Kim no tiene fin. Me siento honrada de que se me señale como autora de Bookouture.

En particular, debo darle las gracias a mi maravillosa editora y hada madrina, Keshini Naidoo, quien me ha acompañado en un muy largo viaje alentándome, creyendo en mí y aconsejándome desde nuestra primera conversación. Ella, junto con el equipo de Bookouture, ha hecho mis sueños realidad.

También quiero darles las gracias a todos los autores de Bookouture por su calurosa bienvenida a la familia de la editorial. El apoyo ha sido asombroso, de verdad. Y, junto con Caroline Mitchell, #bookouturecrimesquad está formado en realidad y bien.

Finalmente, quisiera expresar mi agradecimiento a mi familia y amigos por su convicción y fe en mi escritura y mi sueño. Una mención especial a Amanda Nicol y Andrew Hyde por su apoyo ininterrumpido.

A todos vosotros, mi agradecimiento más sincero.

Este libro está dedicado a mi socia, Julie Forrest, que nunca dejó de creer y nunca consintió que yo olvidara mi sueño.

Prólogo

Rowley Regis (Black Country) 2004

Cinco figuras formaban un pentágono alrededor del montículo recién cavado. Solo ellos sabían que se trataba de una tumba.

Penetrar la tierra congelada bajo las capas de hielo y nieve había sido como tratar de hendir la roca, pero lo habían hecho por turnos. Todos.

La fosa de un adulto les habría tomado más tiempo.

Se habían pasado la pala de mano en mano. Algunos vacilaron, cautelosos; otros se mostraron más confiados. Nadie se resistió, ninguno dijo nada.

Todos sabían de la inocencia de esa vida arrebatada, pero habían hecho un pacto y sus secretos se irían a la tumba.

Cinco cabezas se inclinaron hacia el suelo. Visualizaron el cuerpo bajo una tierra que ahora brillaba con el hielo reciente.

Cuando los primeros copos de nieve empezaron a acumularse sobre la sepultura, un escalofrío les recorrió el cuerpo.

Las cinco figuras se dispersaron. Sus huellas se convirtieron en las líneas de una estrella sobre la nieve crujiente que caía.

Estaba hecho.

1

Black Country
Hoy

Teresa Wyatt tenía la inexplicable sensación de que esa sería su última noche.

Apagó la televisión y la casa se quedó en silencio. No era la quietud normal que descendía cada noche, cuando ella y su hogar se recogían dócilmente para dar paso a la hora de dormir.

No estaba segura de qué había estado esperando oír en las noticias de la noche. El anuncio ya se había hecho durante el noticiario vespertino. Tal vez tenía la esperanza de que sucediera un milagro, una prórroga de última hora.

Desde la primera solicitud, y ya hacía dos años de eso, se había sentido como una prisionera en el corredor de la muerte. De manera intermitente, los guardias habían venido a por ella, la habían puesto en la silla y, después, el destino la había llevado de nuevo a la seguridad de su celda. Pero esta sería la última vez. Teresa sabía que no habría más objeciones, no más aplazamientos.

Se preguntaba si los demás habrían visto las noticias. ¿Sentirían lo mismo que ella? ¿Admitirían que sus sentimientos primitivos no eran arrepentimiento sino instinto de conservación?

De haber sido una mejor persona, habría tenido un puñado de conciencia sepultada. Pero no.

De no haber seguido adelante con el plan, todo se habría arruinado, se dijo a sí misma. El nombre de Teresa Wyatt habría sido aludido con disgusto, y no con el respeto con que ahora se pronunciaba.

Teresa no tenía la menor duda de que sus apelaciones habían sido tomadas en serio. La fuente era tortuosa, pero creíble. Aunque la habían silenciado para siempre, y eso era algo de lo que jamás se arrepentiría.

Pero, de vez en cuando, en los años transcurridos desde Crestwood, el estómago se le encogía cada vez que notaba algo parecido en el modo de andar o en el color del pelo o en la forma de inclinar la cabeza.

Teresa se puso de pie y trató de apartar la melancolía que ensombrecía su ánimo. Fue a la cocina y puso el único plato y la única copa en el lavavajillas.

No había perro que sacar ni gato que dejar entrar; solo el último control de seguridad nocturno en los cerrojos.

Una vez más, la asaltó la sensación de que el control de seguridad no tenía sentido, de que nada podría contener el pasado. Se quitó esa idea de la cabeza. No había nada que temer. Habían hecho entre todos un pacto y ese pacto se había mantenido firme por diez años. Solo ellos cinco sabían la verdad.

Sentía que estaba demasiado tensa como para quedarse dormida de inmediato, pero había convocado a las siete de la mañana al personal para una reunión y no podía llegar tarde.

Entró al baño, dejó correr el agua y vertió una abundante cantidad de baño de burbujas con aroma a lavanda. La fragancia inundó la habitación. El prolongado remojo y la copa de vino de un momento antes terminarían por provocarle sueño.

Cuando se metió en la bañera, el albornoz y el pijama de satín ya estaban pulcramente doblados sobre el cesto de la ropa sucia.

Cerró los ojos y se rindió al agua que la envolvía. Sonrió para sí misma en cuanto la ansiedad comenzó a remitir. No había sido más que hipersensibilidad.

Teresa sentía que su existencia estaba dividida en dos segmentos. Había treinta y siete años a. C., como ella llamaba a su vida antes de Crestwood. Años encantadores. Soltera y ambiciosa, cada decisión había sido solamente suya. A nadie había tenido que darle explicaciones.

Pero, a partir de entonces, los años habían sido diferentes. El miedo se había convertido en una sombra que la seguía en cada movimiento, que dictaba sus actos y afectaba sus decisiones.

Recordaba haber leído en algún lugar que la consciencia no es otra cosa que el miedo a ser descubierto. Teresa era lo suficientemente sincera consigo misma como para admitir que, en su caso, era cierto.

Pero el secreto estaba a salvo. Tenía que estarlo.

De repente, oyó un cristal que se rompía. No era un sonido lejano, sino de la puerta de la cocina.

Teresa se quedó perfectamente quieta, aguzando el oído. Ese sonido no podía haber alertado a nadie más. La casa más cercana estaba a sesenta metros de ahí, al otro lado de un seto de seis metros de altura hecho de cipreses de leyland.

A su alrededor se condensó el silencio de la casa. La quietud que siguió al estampido venía cargada de amenazas.

Quizás no había sido otra cosa que un acto de vandalismo sin sentido. A lo mejor, un par de estudiantes de Saint Joseph que se enteraron de dónde vivía. Bueno, eso, Dios mediante.

La sangre avanzaba a raudales por sus venas, vibrándole en las sienes. Tragó como para aclararse los tímpanos.

Su cuerpo comenzó a reaccionar ante la sensación de que ya no estaba sola. Se sentó. Era fuerte el ruido que el agua hacía al reacomodarse y estrellarse contra la bañera. La mano le resbaló por la porcelana y su costado derecho volvió a golpear el agua.

Al fondo de las escaleras, un rumor destruyó cualquier vaga esperanza de que se tratara de un insensato acto vandálico.

Teresa sabía que no tenía tiempo. En un universo paralelo, los músculos de su cuerpo reaccionarían ante la amenaza inminente, pero, en este, tanto su cuerpo como su mente se quedaron paralizados ante lo inevitable. Sabía que no tenía donde esconderse.

Al oír crujidos en las escaleras, cerró los ojos por un instante, deseando que su cuerpo se mantuviera en calma. Había un algo de libertad en, finalmente, arrostrar los miedos que la acechaban.

Abrió los ojos al sentir que entraba aire frío desde el pasillo.

La figura que entró era tan negra y carente de rasgos como una sombra: pantalones ordinarios y una gruesa chaqueta de vellón negra por debajo de un largo abrigo. Tenía el rostro cubierto con un pasamontañas de lana. Pero ¿por qué yo? La mente de Teresa rabió. Ella no era el eslabón más débil.

Movió la cabeza de un lado al otro.

—No he dicho nada —habló, con palabras apenas audibles. Todos sus sentidos empezaron a cerrarse mientras su cuerpo se preparaba para la muerte.

La figura negra avanzó otros dos pasos. Teresa estaba en busca una pista, pero no podía encontrar ninguna. Solo podía ser uno de cuatro.

Sintió que su cuerpo la traicionaba cuando la orina se escurrió entre sus piernas en el agua perfumada.

—Lo juro… Yo nunca…

Las palabras de Teresa se arrastraban mientras ella hacía el intento por enderezar el cuerpo y sentarse. Las burbujas del baño habían vuelto resbaladiza la bañera.

Con la respiración entrecortada y áspera, pensaba en la mejor manera de suplicar por su vida. No, no quería morir. No era la hora. No estaba lista. Había cosas qué hacer.

Se imaginó, repentinamente, el agua colmando sus pulmones, inflándolos como globos de fiesta.

Le tendió la mano implorante y finalmente halló su voz:

—Por favor… Por favor… No… No quiero morir…

La figura se inclinó sobre la bañera y puso una mano enguantada en cada uno de sus pechos. Teresa sintió que la obligaban a permanecer dentro del agua y se esforzó por sentarse. Tenía que intentarlo y explicarse, pero la fuerza de aquellas manos iba en aumento. Una vez más, trató de incorporarse desde su posición inerte, pero era inútil. La gravedad y la fuerza bruta le hacían imposible luchar.

Con el agua enmarcando su rostro, abrió la boca. De sus labios escapó un leve sollozo mientras hacía un último intento:

—Lo juro…

Sus palabras fueron interrumpidas. Teresa pudo ver las burbujas de aire que

escapaban de su nariz y llegaban a la superficie. El cabello le danzaba alrededor de la cara.

La figura resplandecía al otro lado de la barrera de agua.

El cuerpo comenzó a reaccionar a la falta de oxígeno, mientras Teresa trataba de sofocar el pánico que crecía en su interior. Agitó los brazos y la mano enguantada se soltó brevemente de su esternón. Pudo sacar la cabeza del agua y mirar de cerca los ojos fríos y penetrantes. El solo reconocerlo le quitó el último aliento.

El pequeño instante de confusión fue suficiente para que el atacante se reacomodara. Las dos manos forzaron el cuerpo de Teresa a entrar de nuevo en el agua y ahí la retuvieron.

En la mente de la mujer no había más que confusión, a pesar de que la consciencia comenzaba a desvanecerse.

Teresa se daba cuenta de que los otros conspiradores ni siquiera podrían imaginarse a quién tenían que temer.

2

Kim Stone se detuvo a un lado de la Kawasaki Ninja para ajustar el volumen de su Ipod. Los altavoces danzaban con las notas platinadas del concierto *Verano* de Vivaldi, que ya se aproximaba a su parte favorita: el final titulado «Tormenta».

Colocó la llave de tubo en el banco de trabajo y se limpió las manos con un trapo. Echó un vistazo a la Triumph Thunderbird que había estado restaurando durante los últimos siete meses, preguntándose por qué esa noche no estaba acaparando su atención.

Vio el reloj. Eran casi las once. A esas alturas, el resto de su equipo estaría tambaleándose a las afueras de The Dog. Y, aunque ella no tocaba el alcohol, sí que acompañaba al equipo cada vez que, a su parecer, se lo tenían ganado.

Volvió a coger la llave de tubo y se arrodilló junto a la Triumph.

Para ella, no había nada que celebrar.

El rostro aterrorizado de Laura Yates flotó ante sus ojos mientras metía la mano en las entrañas de la moto hasta encontrar el extremo trasero del cigüeñal. Colocó la cabeza de la llave en la tuerca y movió la carraca hacia delante y hacia atrás.

Tres eran los veredictos de violación que pondrían a Terence Hunt fuera de circulación por un largo tiempo.

«Pero no lo suficiente», se dijo Kim a sí misma.

Porque había habido una cuarta víctima.

Volvió a maniobrar la herramienta, pero la tuerca se rehusó a seguir girando. Ya había ensamblado el cojinete, la rueda dentada, la arandela de sujeción y el rotor. No quedaba más que la tuerca, y la maldita se negaba a apretarse contra la arandela de bloqueo.

Kim se quedó mirando la tuerca y, silenciosamente, deseó que se moviera por sí misma. Nada. Dirigió su furia a la carraca y le dio un fortísimo empujón. La cuerda se rompió y la tuerca giró libremente.

—Maldita sea —gritó, y lanzó la herramienta de un extremo al otro de la cochera.

Laura Yates había temblado en el estrado mientras declaraba la terrible experiencia de haber sido arrastrada detrás de una iglesia, de haber sufrido ataques sexuales brutales, una y otra vez, a lo largo de dos horas y media. Todo mundo había advertido, con sus propios ojos, lo duro que para ella había sido sentarse ahí. Tres meses después de la agresión.

La chica de diecinueve años estuvo sentada en la tribuna mientras se leyó cada veredicto de culpabilidad. Llegó entonces su caso y, con él, aquella palabra que cambiaría su vida para siempre:

Inocente.

¿Y por qué? Porque la chica había tomado un par de copas. Olvidémonos de los once puntos de sutura que iban de atrás adelante, de la costilla rota y el ojo amoratado. Ella lo había pedido, seguramente, y todo porque se había tomado un par de putas copas.

Kim se dio cuenta de que sus manos habían comenzado a temblar de cólera.

Los de su equipo opinaban que no había estado tan mal, que eran tres de cuatro. Y no estaba mal; pero tampoco lo suficientemente bien. No para Kim.

Se inclinó a ver el daño en la motocicleta. Les había llevado casi seis semanas localizar esos malditos tornillos.

Puso la llave de tubo otra vez en posición y volvió a girarla entre el pulgar y el índice. En eso, su móvil empezó a sonar. La tuerca se le cayó cuando, de un salto, se puso de pie. Una llamada tan cerca de la medianoche jamás traería buenas noticias.

—Detective Stone.

—Tenemos un cadáver, Marm.

Por supuesto, ¿qué otra cosa podría ser?

—¿Dónde?

—Hagley Road, en Stourbridge. —Kim conocía el área. Estaba justo en la colindancia con sus vecinos de West Mercia.— ¿Deberíamos llamar al comisario Bryant, Marm?

Kim se encogió. Detestaba el término *Marm.* A los treinta y cuatro, no estaba lista para que la llamaran Marm.

A su mente vino la imagen de su colega dando traspiés hasta el taxi fuera de The Dog.

—No, creo que me encargaré yo sola —dijo, dando fin a la conversación.

Kim hizo una pausa de dos segundos en lo que silenciaba el Ipod. Sabía que era necesario desprenderse de los ojos acusadores de Laura Yates. Fueran reales o imaginarios, ella los había visto. Y no podía sacárselos de la cabeza.

Siempre había sabido que esa justicia en la que creía le había fallado a alguno para cuya protección había sido diseñada. Convenció a Laura Yates de confiar tanto en ella como en el sistema al que representaba, y Kim no podía sacudirse el sentimiento de que Laura había sido defraudada. Por ambos.

3

Cuatro minutos después de la llamada, Kim ya salía en su Golf GTI de diez años, el cual solo usaba en carreteras congeladas o cuando la bestialidad de la Ninja era todo un manifiesto antisocial.

Los vaqueros manchados de aceite, grasa y polvo habían sido reemplazados por unos pantalones negros de lona y una camiseta blanca lisa. Ahora llevaba los pies enfundados en unos botines negros de charol con tacones de poco más de medio centímetro. No le hubieran venido mal algunos cuidados a su cabello corto y negro, pero una rápida peinada con los dedos la había dejado lista para salir.

Su cliente no pondría grandes objeciones.

Condujo por el borde del camino. El coche se sentía un poco ajeno a su control. Aunque era pequeño, Kim tenía que concentrarse en mantener la distancia con respecto a los autos aparcados. La incomodaba tanto metal alrededor.

El olor a quemado ya se colaba por las rejillas de ventilación a un kilómetro y medio de la meta. Mientras Kim avanzaba, el tufo se hacía cada vez más intenso. A solo ochocientos metros, pudo ver a la distancia una columna de humo retorcida extendiéndose sobre las colinas de Clent. Cuatrocientos metros más adelante, se dio cuenta de que era justo el lugar hacia donde se dirigía.

La policía de West Midlands atendía a casi dos millones seiscientos mil habitantes, con lo que era la segunda en dimensiones, solo detrás de la metropolitana, la conocida como The Met.

Black Country estaba al noroeste de Birmingham. Durante la época victoriana, se había convertido en una de las regiones más industrializadas. Su nombre provenía de los afloramientos de carbón que ennegrecían los suelos de grandes áreas. La veta de diez metros de minerales y carbón era la más gruesa de toda la Gran Bretaña.

Al momento, las tasas de desempleo ahí eran las terceras más elevadas de la nación. Los delitos menores iban en aumento, junto con el comportamiento antisocial.

El escenario del crimen quedaba justo a un lado de la carretera principal que unía Stourbridge con Hagley, en un área que no solía registrar grandes niveles de transgresión. Las casas más próximas a la carretera eran propiedades nuevas de doble fachada con vidrieras emplomadas y columnas romanas blancas y brillantes. Más allá de la carretera, las casas estaban más separadas entre sí y eran considerablemente más antiguas.

Kim se detuvo en el cordón y aparcó entre dos coches de bomberos. Sin decir una palabra, exhibió su placa al agente que estaba a cargo de la cinta perimetral. Este solo asintió y levantó la cinta para que ella pudiera pasar por debajo.

—¿Qué ocurrió? —preguntó al primer bombero con quien se topó.

Él señaló con un dedo los restos de la primera conífera en el límite de la propiedad.

—El fuego comenzó ahí y se extendió por la mayoría de los árboles antes de que llegáramos.

Kim notó que, de los trece árboles que delimitaban la propiedad, solo dos, los más cercanos, permanecían intactos.

—¿Usted descubrió el cadáver?

El hombre señaló entonces a un bombero que estaba sentado en el suelo, hablando con un alguacil.

—Prácticamente todo mundo estaba fuera, observando el revuelo, pero esta casa permanecía a oscuras. Los vecinos nos han asegurado que el Range Rover negro era de la mujer y que ella vivía sola.

Kim asintió y se acercó al bombero que estaba en el suelo. Lucía pálido. Ella notó un leve temblor en su mano derecha. No importa cuán entrenado estés, encontrar un cadáver no es un suceso agradable. Nunca.

—¿Tocó alguna cosa? —le preguntó.

Él lo pensó por un instante y negó con la cabeza.

—La puerta del baño estaba abierta, pero no entré.

Kim se detuvo frente a la entrada principal, metió la mano en la caja de cartón que estaba a la izquierda y sacó unas cubiertas de plástico azules para sus pies.

Subió las escaleras de dos en dos y entró en el baño. De inmediato se encontró con Keats, el patólogo. Era una figura diminuta con la cabeza totalmente calva, bigote y una barba que se convertía en un punto bajo el mentón. El médico había tenido el honor de ser su guía durante su primera autopsia, ocho años antes.

—Hola, detective —dijo él, echando un vistazo alrededor—, ¿dónde está Bryant?

—Madre de Dios, que no estamos unidos por la cadera.

—Sí, pero tú eres como un platillo chino, el cerdo agridulce… Aunque, sin Bryant, solo queda lo agrio…

—Keats, ¿qué tanto crees que puedo divertirme a estas horas de la noche?

—La verdad es que, para ser justos, tu sentido del humor no es evidente a ninguna hora.

Uy, qué ganas de contraatacar. De haberlo querido, habría podido mofarse de la raya mal planchada de los pantalones negros del hombre; o del cuello ligeramente raído de su camisa. Incluso podía haber mencionado la pequeña mancha de sangre que el tío llevaba en la espalda del abrigo.

Pero, en ese momento, entre ellos yacía un cuerpo desnudo que exigía toda su atención.

Kim se acercó lentamente a la bañera, con mucho cuidado de no resbalar con el agua que salpicaban un par de agentes vestidos con monos blancos.

El cuerpo de la mujer estaba parcialmente sumergido. Tenía los ojos abiertos. El cabello, teñido en rubio, se extendía por el agua en abanico, enmarcando su rostro.

El cuerpo flotaba, así que las puntas de los pechos asomaban sobre la superficie.

Kim supuso que la mujer andaría por los cuarenta y cinco años; más, tal vez, pero estaba bien conservada. Sus brazos, en la parte superior, parecían entonados, aunque la carne colgaba flácida en el agua. Tenía las uñas de los pies pintadas de un rosa pálido y las piernas bien afeitadas.

El volumen del agua en el suelo era señal de que había habido una lucha y que la mujer se había defendido. Kim escuchó pasos retumbando en las escaleras.

—Inspectora detective Stone, qué sorpresa tan agradable.

Kim gruñó al reconocer la voz y el tono de sorna que chorreaba de esas palabras.

— Inspector detective Wharton, el gusto es todo mío.

Habían trabajado juntos algunas veces y Kim nunca le había ocultado su desdén. El tipo era un policía de carrera que quería trepar a los puestos más altos tan pronto como le fuera posible. No tenía el menor interés en resolver los casos; simplemente quería mejorar sus cifras.

Pero ella había llegado a ser inspectora detective antes que él, y eso, para él, había sido la última cota de la humillación. La promoción anticipada de Kim lo había forzado a cambiarse de sitio y pedir su transferencia a West Mercia, una fuerza policíaca más pequeña, con menos competidores.

—¿Qué haces aquí? Supongo que te habrás dado cuenta de que este es un caso de West Mercia.

—Y supongo que tú te habrás dado cuenta de que está justo en la frontera y de que yo tengo la preferencia.

Sin pensarlo siquiera, se paró frente a la bañera. La víctima no necesitaba que más ojos curiosos recorrieran su cuerpo desnudo.

—El caso es mío, Stone.

Kim negó con la cabeza y se cruzó de brazos.

—No pienso moverme, Tom. —Inclinó la cabeza.— Sí que podríamos convertir esto en una investigación conjunta. Yo llegué primero, así que yo mando.

El rostro enjuto e innoble del hombre se llenó de color. Antes de rendirle un informe a Kim, preferiría sacarse los ojos con una cuchara oxidada.

Ella lo repasó de la cabeza a los pies.

—Mi primera orden sería que entrara a la escena criminal con la debida protección.

Él bajó la vista a los pies de Kim y, después, a sus propios pies sin proteger. «Más celeridad, menos velocidad», pensó ella.

Kim bajó la voz.

—No quieras convertir esto en una competencia de a ver quién mea más lejos, Tom.

Él la miró lleno de desprecio antes de girar y salir furioso del baño.

Kim volvió a concentrarse en el cuerpo.

—Ganaste —dijo Keats en voz baja.

—¿Eh?

Los ojos del médico bailaron divertidos.

—La competencia de mear.

Kim asintió. Lo sabía.

—¿Ya podemos sacarla de aquí?

—Un par de acercamientos al esternón, nada más.

Mientras hablaba, uno de los forenses apuntaba al pecho de la mujer una cámara con un objetivo del tamaño de un tubo de escape.

Kim se acercó un poco más y vio dos marcas sobre cada seno.

—¿La empujaron?

—Eso creo. El examen preliminar no revela más lesiones. Te responderé después de la autopsia.

—¿Alguna idea de la hora?

Kim no alcanzaba a ver ninguna sonda hepática, así que supuso que habían usado un termómetro rectal antes de su llegada.

Sabía que la temperatura del cuerpo desciende un grado y medio durante la primera hora. En adelante, lo normal era que bajara de un grado a grado y medio por hora. También estaba al tanto de que esos números se veían afectados por muchos otros factores. No era un hecho menor que la víctima estuviera desnuda y sumergida en agua que, en ese momento, estaba fría.

Él se encogió de hombros.

—Más tarde haré los cálculos, pero diría que no más de un par de horas.

—¿Cuándo podrás…?

—Tengo a una anciana de noventa y cinco años que falleció después de quedarse dormida en su sillón y un hombre de veintiséis que todavía lleva la aguja en el brazo.

—¿Nada urgente, entonces?

Él consultó su reloj.

—¿A mediodía?

—A las ocho —contratacó ella.

—A las diez, no antes —refunfuñó—. Soy humano y necesito descansar de vez en cuando.

—Perfecto —dijo ella. Esa era, exactamente, la hora que buscaba. Le daría la oportunidad de reunirse con su equipo y poner a alguien a cargo de asistir a la autopsia.

Kim oyó más pasos en la escalera. Se avecinaban los sonidos de una respiración dificultosa.

—Sargento Travis —dijo ella sin volverse—. ¿Qué hay de nuevo?

—Los agentes están inspeccionando el área. El POA se reunió con un par de vecinos, pero la primera noticia que tuvieron fue que los bomberos estaban cerca. La alerta la dio un automovilista que pasaba por aquí.

Kim se volvió y asintió. El POA, el primer oficial en acudir, había hecho un buen trabajo en asegurar para los forenses la escena del crimen y en ahuyentar a cualquier testigo potencial, aunque las casas estaban apartadas de la carretera, además de que las separaban entre sí terrenos de mil metros cuadrados. No era, precisamente, la meca de los vecinos cotillas.

—Continúa —dijo ella.

—El punto de entrada fue un panel de cristal roto en la puerta de atrás. Dice el oficial de los bomberos que la puerta principal estaba sin seguro.

—Mmm… Interesante.

Ella le dio las gracias con un movimiento de cabeza y bajó las escaleras.

Un técnico inspeccionaba el corredor y otro empolvaba la puerta trasera en busca de huellas dactilares. En la barra del desayunador había un bolso de diseñador. Kim no tenía ni idea de lo que significaba el monograma de oro del cierre. Nunca usaba bolsos, pero este parecía caro.

Del comedor, en la puerta de al lado, salió un tercer técnico. Señaló el bolso con la barbilla.

—No se llevaron nada. Las tarjetas de crédito y el efectivo están intactos.

Kim asintió y se dirigió a la salida. Al llegar al umbral, se quitó las cubiertas de los botines y las puso en una segunda caja. Toda la ropa de protección sería retirada de la escena del crimen y, más tarde, examinada en busca de indicios.

Se detuvo junto al cordón. Un bombero se había quedado haciendo guardia para asegurarse de que las llamas se hubieran extinguido por completo. El fuego es muy listo: con una sola brasa que pase inadvertida, un lugar así se calcina en cuestión de minutos.

Se detuvo junto al auto, contemplando la panorámica que tenía enfrente.

Teresa Wyatt vivía sola. No parecía que le hubieran robado nada, que hubieran alterado ninguna cosa.

El asesino pudo haber salido a salvo, sabiendo que nadie descubriría el cuerpo hasta la mañana siguiente, como muy pronto. Aun así, prendió el fuego para acelerar la atención policial.

Ahora, lo único que Kim necesitaba era averiguar por qué.

4

A las siete y media de la mañana, Kim aparcó la Ninja en la comisaría de Halesowen, justo a un lado de la carretera que rodeaba la ciudad con una pequeña zona comercial y una universidad. La comisaría estaba a tiro de piedra del tribunal de magistrados; algo conveniente, pero una mierda si se trataba de reclamar gastos.

El edificio de tres plantas era tan monótono y poco acogedor como cualquier otro edificio de gobierno que pretendiera disculparse ante los contribuyentes.

Pasó a lo largo rumbo a la oficina de los detectives sin dar los buenos días; y nadie se los dio a ella. Kim conocía bien su reputación de fría, socialmente inepta e impasible. Tal percepción desanimaba las chácharas triviales, y eso le venía muy bien.

Como de costumbre, fue la primera en llegar a la oficina de los detectives., así que encendió la cafetera. En la habitación había cuatro escritorios, enfrentados de dos en dos. Cada escritorio era como un espejo de su compañero, con un monitor de ordenador y bandejas de entrada y salida que no hacían juego.

Tres de los escritorios tenían ocupantes fijos, pero el cuarto estaba vacío a partir del último recorte de personal, hacía unos cuantos meses. Era ahí donde ella se situaba normalmente, mejor que en su despacho.

El espacio en cuya puerta rezaba el nombre de Kim era comúnmente conocido como «el Tazón». Se trataba, simplemente, de un área arrinconada al fondo y a la derecha de la habitación, aislada entre vidrios y paneles de yeso.

Era el lugar que, de vez en cuando, ella usaba para las «reuniones de desempeño y orientación individual», también conocidas como buenos rapapolvos a la vieja usanza.

—Buenos días, jefa —gritó la ayudante de detective Wood mientras se acomodaba en su silla. Aunque su ascendencia era mitad inglesa y mitad nigeriana, Stacey jamás había puesto un pie fuera del Reino Unido. Tras la eliminación de su último postizo, llevaba el apretado cabello negro muy corto y pegado a la cabeza. Su suave piel de caramelo iba perfectamente bien con ese corte.

El área de trabajo de Stacey estaba organizada y despejada. Cualquier cosa fuera de las bandejas estaba meticulosamente apilada a lo largo del borde trasero de su escritorio.

No muy atrás llegó el sargento detective Bryant, que murmuró un «Buenos días, jefa» y echó un vistazo dentro del Tazón. Su cuerpo de un poco más de uno ochenta lucía inmaculado, como vestido por su madre para el colegio dominical.

De inmediato, la chaqueta del traje aterrizó en el respaldo de la silla. Hacia el

final de la jornada, iba a tener la corbata dos pisos más abajo, el botón superior de la camisa abierto y las mangas recogidas justo por debajo de los codos.

Notó que su mirada se dirigía hacia ella, hacia su escritorio, en busca de los indicios de una taza. Cuando él se dio cuenta de que Kim ya tenía café, se llenó una taza que decía «El mejor taxista del mundo», un obsequio de su hija de diecinueve años.

Nadie podía entender su manera de archivar, pero Kim nunca le había pedido un papel que no apareciera en sus manos en cuestión de segundos. Sobre el escritorio tenía una fotografía enmarcada de él y su esposa, tomada en el vigesimoquinto aniversario de su matrimonio. La fotografía de su hija la llevaba acurrucada en la billetera.

El sargento detective Dawson, tercer miembro del equipo, no tenía en su escritorio fotografías de nadie en especial. De haber querido mostrar a la persona por quien sentía los mayores afectos, su propia imagen lo habría saludado a lo largo de la jornada laboral.

—Siento mucho llegar tarde, jefa —dijo Dawson mientras se deslizaba en su asiento frente a Wood y completaba el equipo.

No era un retardo oficial. El turno no comenzaba hasta las ocho, pero a ella le gustaba que todos llegaran más temprano para las sesiones informativas, especialmente si había un nuevo caso. A Kim no le gustaba apegarse a una plantilla, y las personas que lo hacían duraban poco en su equipo.

—Hey, Stacey, ¿me vas a traer una taza de café o qué? —pidió Dawson mientras revisaba su móvil.

—Por supuesto, Kev. ¿Cómo lo quieres?: ¿leche, dos de azúcar y en tu regazo? —preguntó dulcemente, con su fuerte acento de Black Country.

—Stace, ¿quieres uno? —preguntó él, levantándose. Sabía perfectamente que ella ni tocaba el café—. Debes de estar exhausta después de haber luchado con los hechiceros toda la noche —dijo en broma, refiriéndose a la adicción de Stacey al juego en línea World of Warcraft.

—De hecho, Kev, me cayó un poderoso hechizo de una suma sacerdotisa. Puede convertir a un hombre adulto en un gilipollas furioso. Aunque, al parecer, alguien más te lo envió primero a ti.

Dawson se llevó las manos al vientre y soltó una risa burlona.

—Jefa —gritó Bryant por encima del hombro—. Los chicos están retozando otra vez. —Se volvió a los dos blandiendo un dedo.— Vosotros dos, esperad a que vuestra madre llegue a casa.

Kim puso los ojos en blanco y se sentó en el escritorio desocupado, ansiosa por comenzar.

—Bien, Bryant, reparte las declaraciones. Kev, trae la pizarra. —Mientras Bryant distribuía los papeles, ella empezó a hablar de lo que había sucedido unas horas

antes.— Nuestra víctima es Teresa Wyatt, de cuarenta y siete años, una muy reputada directora de un colegio privado de Stourbridge. Soltera y sin hijos. Vivía cómodamente, aunque sin grandes lujos, y no tenía enemigos, que sepamos.

Kev anotaba los datos como puntos destacados bajo el título «Víctima».

Sonó el teléfono de Bryant. El detective habló muy poco antes de colgar y hacer una señal hacia Kim.

—Woody te está buscando.

Ella no le hizo caso.

—Kev, escribe un segundo encabezamiento, «Crimen». No hay arma asesina, no hubo robo. Hasta el momento, no tenemos informes forenses ni pistas. Siguiente título: «Móvil». Normalmente, las personas son asesinadas por algo que hicieron, que están haciendo o que están por hacer. Por lo que sabemos, nuestra víctima no estaba involucrada en ninguna clase de actividad peligrosa…

—Eh, jefa, el director del centro de inteligencia quiere hablar contigo.

Kim tomó otro sorbo de café.

—Créeme, Bryant, le caigo mejor después del café. Kev, la autopsia es a las diez. Stace, encuentra todo lo que puedas acerca de nuestra víctima. Bryant, llama a la escuela y diles que vamos para allá.

—Jefa…

Kim se terminó la bebida.

—Tranquilízate, mami, ya voy.

Subió al tercer piso por las escaleras, saltando los escalones de dos en dos, y llamó suavemente a la puerta antes de entrar.

Woodward, el director del centro de inteligencia o DCI, era un hombre corpulento de cincuenta y tantos años. Sus orígenes raciales mixtos lo dotaban de una piel marrón suave que ascendía hasta una cabeza despojada de pelo. Pantalones negros y camisa blanca impecables, con las arrugas en todos los lugares correctos. En la punta de la nariz, las gafas de lectura no ayudaban mucho a disimular unos ojos cansados.

La invitó a entrar y le señaló una silla desde donde ella podía admirar la vitrina que albergaba la colección de modelos de autos. En el estante inferior estaban los clásicos británicos, pero en el de más arriba se mostraba la historia de los coches que la policía había usado a lo largo de los años. Había un MG TC de los cuarenta, un Ford Anglia, un Black Maria y un Jaguar XJ40 que ocupaba un lugar destacado en el centro.

A la derecha del gabinete, adherida firmemente a la pared, había una fotografía de Woody estrechando la mano de Tony Blair. A la derecha estaba la de su hijo mayor, Patrick, con uniforme de gala, poco antes de ser enviado a Afganistán. Lo habían vestido con ese uniforme, ni más ni menos, el día de su sepelio, quince meses después.

Woody terminó su conversación telefónica e inmediatamente cogió del borde de su escritorio una pelota antiestrés. Su mano derecha empezó a apretar y aflojar la bola de caucho. Kim notaba que recurría mucho a la pelota cuando ella estaba cerca.

—¿Qué tenemos por el momento?

—Muy poco, señor. Apenas estábamos esbozando la investigación cuando usted me llamó.

Los nudillos blanquearon alrededor de la pelota, pero el hombre no respondió a la pulla.

Los ojos de Kim vagaron al lado derecho de la oreja del DCI, hacia el alféizar de la ventana, donde estaba el proyecto que lo ocupaba en ese momento: un Rolls Royce Phantom cuya construcción no había avanzado en varios días.

—Oí que tuviste un encuentro con el inspector detective Wharton, ¿es cierto?

Así que los tambores de la selva habían retumbado.

—Un intercambio de cortesías por encima del cadáver.

Había algo en el modelo que no parecía estar bien. A sus ojos, la distancia entre ejes parecía excesiva.

El hombre apretó la pelota con más fuerza.

—Me llamó su DCI. Han interpuesto una queja formal en tu contra y quieren el caso.

Kim puso los ojos en blanco. ¿No habría modo de que la comadreja se ocupara de sus propias batallas?

Luchaba contra el apremio de atravesar la habitación, coger el Rolls Royce y rectificar el error, pero lograba contenerse.

Deslizó la mirada de regreso hasta encontrar la de su oficial superior.

—Pero no hay manera de que lo consigan, ¿o sí, señor?

Él se la quedó mirando por un largo minuto.

—No, Stone, no hay manera. Sin embargo, una queja normal no es algo que luzca bien en tu expediente y, con toda franqueza, empiezo a cansarme de recibirlas. —Se cambió la pelota a la mano izquierda.— Así que tengo mucha curiosidad de ver con quién te juntas para este asunto.

Kim se sentía como una niña a quien le pidieran escoger un nuevo mejor amigo. En la última revisión de su desempeño, había destacado solo una mejora: jugar bonito con los demás.

—¿Puedo elegir?

—¿A quién escogerías?

—A Bryant.

Un esbozo de sonrisa flotó en los labios del hombre.

—Entonces sí, puedes elegir.

Así que, después de todo, no tenía opción, pensó. Bryant era su control de daños,

y, con las fuerzas vecinas husmeándole el trasero, Woody no estaba dispuesto a correr riesgos: la quería bajo el cuidado de un adulto responsable.

Estuvo a punto de ofrecer a su jefe un pequeño consejo que le ahorraría horas de desmantelar el eje trasero del Rolls, pero rápidamente cambió de parecer.

—¿Algo más, señor?

Woody volvió a poner la pelota antiestrés en su lugar y cogió sus gafas.

—Mantenme informado.

—Por supuesto.

—Ah, Stone, y… —Ella se volvió junto a la puerta.— Diles a los de tu equipo que duerman un poco de vez en cuando. Ellos no se recargan en un puerto USB, como tú.

Kim salió del despacho preguntándose cuánto tiempo le había tomado a Woody encontrar esa pequeña joya.

5

Kim iba detrás de Courtney, la recepcionista del colegio, a lo largo de los pasillos del Saint Joseph rumbo a la oficina del director interino. Viéndola por detrás, se maravillaba de la habilidad de la mujer para caminar sobre tacones de diez centímetros.

Bryant suspiraba al pasar por los salones.

—¿No fueron los mejores días de tu vida?

—No.

Doblaron por un largo pasillo del segundo piso que los condujo a un despacho. Había en la puerta un rectángulo pálido al que ya le habían quitado el letrero.

El hombre que estaba detrás del escritorio se puso de pie. Su traje era caro, y su corbata, de alguna clase de seda color celeste. El negro mate de su cabello era un claro indicio de que acababa de teñírselo.

Les tendió la mano desde su lado del escritorio. Kim giró y examinó lo que había en las paredes. Todos los certificados y recuerdos que contenían el nombre de Teresa Wyatt ya habían sido retirados.

Bryant aceptó la mano que le tendían.

—Gracias por atender nuestra solicitud, señor Whitehouse.

—Usted es el subdirector, supongo —notó Kim.

Él movió la cabeza de arriba abajo y se sentó.

—Estaré actuando como director interino, y si pudiera ayudarlos en la investigación…

—Ah, estoy segura de que podrá —interrumpió Kim. Había algo de afectación en los modales del tipo. Demasiado bien ensayado. El hecho de que ya se hubiera mudado al despacho de Teresa Wyatt y arramblado con cualquier trazo de la existencia de su predecesora era, por decir lo menos, una muestra de mal gusto. La mujer no llevaba ni doce horas muerta. De seguro, el sujeto ya había actualizado su currículo—. Quisiéramos tener una lista de todo el personal. Por favor, haga los arreglos necesarios. Deben estar disponibles para hablar con nosotros en orden alfabético.

Por la forma de su quijada, era obvio que el tipo no respondía tan bien a las órdenes. De pronto, Kim se preguntó si ese sería el caso con todas las mujeres o solo con ella.

Él bajó la mirada.

—Desde luego. Le pediré a Courtney que haga los arreglos de inmediato. He puesto a su disposición un salón de abajo, al final del pasillo, que satisfará sobradamente sus necesidades durante las entrevistas.

Kim echó un vistazo alrededor y negó con la cabeza.

—No, creo que estaremos mejor justamente aquí.

El hombre abrió la boca para responder, pero los buenos modales le impidieron exigir su espacio de trabajo demasiado pronto.

Whitehouse recogió algunas de las pertenencias que tenía sobre el escritorio y se dirigió a la puerta.

—Courtney estará con ustedes enseguida.

En cuanto la puerta se cerró detrás del director interino, Bryant se rio entre dientes.

—¿Qué? —preguntó ella, mientras tomaba posesión de la silla ejecutiva, al otro lado de la mesa.

—Nada, jefa.

Él desplazó una de las sillas a un lado del escritorio y se sentó.

Kim examinó la posición de la silla restante, que sería para los entrevistados.

—Échala un poco atrás.

Bryant movió la silla hasta dejarla más cerca de la entrada. A la deriva. No había nada para usar como apoyo ni en qué recargarse. Ahora ella podría observar el lenguaje corporal.

Un leve golpe sonó en la puerta.

—Adelante —gritaron al unísono.

Courtney entró con una hoja de papel y una sonrisa que intentaba escaparse de su boca. Así que el señor Whitehouse no era tan popular.

—El señor Addington los espera fuera, para cuando estén listos.

Kim asintió.

—Hágalo entrar.

—¿Puedo ofrecerles algo? ¿Café, té?

—Desde luego que puede. Café para los dos.

Courtney se dirigió a la salida y ya estaba en la puerta antes de que Kim pudiera acordarse de su nombre.

—Gracias, Courtney.

Courtney asintió y sostuvo la puerta abierta para el primer entrevistado.

6

Por ahí de las cuatro y cuarto, tras doce conversaciones idénticas, Kim golpeó el escritorio con la cabeza. Había algo remunerativo en el sonido de su cráneo contra la madera.

—Sé lo que quieres decir, jefa —ofreció Bryant—. Tal parece que en la morgue tenemos una verdadera santa.

Sacó de su bolsillo un paquete de caramelos de mentol y eucalipto contra la tos. Según las cuentas de Kim, era el quinto.

Dos años antes, una infección en el tórax había hecho que el médico le diera instrucciones de abandonar el hábito de fumarse treinta cigarrillos al día. En un esfuerzo por deshacerse de la tos desgarradora, Bryant se había aferrado desenfrenadamente a las golosinas. El tabaquismo se había ido, pero la adicción a los caramelos para la tos se había quedado.

—Bien sabes que ya es hora de dejar eso.

—Es uno de esos días, jefa.

Y, como cualquier fumador empedernido, era más indulgente consigo mismo cuando estaba aburrido o bajo estrés.

—¿Quién sigue?

Bryant consultó la lista.

—Joanna Wade, maestra de inglés.

Cuando la puerta se abrió, Kim puso los ojos en blanco. Quien entró era una mujer de pantalones negros hechos a la medida y camisa lila de seda. Su largo cabello rubio, recogido en una cola de caballo, dejaba al descubierto una fuerte mandíbula cuadrada y poco maquillaje.

Se sentó sin ofrecer la mano y cruzó el tobillo derecho sobre el izquierdo. Sus manos cayeron pulcramente sobre su regazo.

—No le quitaremos mucho tiempo, señora Wade. Solo quisiéramos hacerle unas preguntas.

—Señorita.

—¿Perdone?

—«Señorita», detective, no «señora», pero, por favor, llámeme Joanna.

Una voz baja y controlada con un tinte de acento del norte.

—Muchas gracias, señorita Wade. ¿Hace cuánto que conoce a la directora Wyatt?

La maestra sonrió.

—La directora Wyatt me contrató hace casi tres años.

—¿Cómo fue la relación laboral entre ustedes dos?

La señorita Wade miró fijamente a Kim y ladeó ligeramente la cabeza.

—¿La verdad, detective, sin ambages?

Kim no hizo caso a la insinuación y le devolvió la mirada.

—Por favor, conteste la pregunta.

—Claro. Teníamos una relación de trabajo relativamente buena. No sin sus altas y sus bajas, como sucede entre la mayoría de las mujeres, me parece. Teresa era una directora muy focalizada, rígida en sus creencias y convicciones.

—¿En qué sentido?

—Los métodos de enseñanza han evolucionado desde que Teresa pasaba tiempo en los salones. A menudo, se necesita creatividad para inculcar conocimientos a los fértiles cerebros juveniles. Todos hemos hecho el intento de adaptarnos a una cultura que se transforma, pero Teresa creía en que el aprendizaje basado en los libros, callado y disciplinado, era la única manera de enseñar. Cualquiera que intentaba algo diferente era adecuadamente puesto bajo advertencia.

Mientras Joanna Wade hablaba, Kim advertía que su lenguaje corporal era abierto y franco. También tomó en cuenta que la mujer no había mirado a Bryant ni una sola vez.

—¿Puede darme un ejemplo?

—Hace un par de meses, uno de mis alumnos entregó un trabajo en que la mitad de la prosa estaba escrita con abreviaturas como las que se usan habitualmente para comunicarse con mensajes de texto o en Facebook. Hice que los veintitrés estudiantes fueran a sus casilleros a traer sus móviles. Insistí, entonces, en que dedicaran los siguientes diez minutos a enviarse entre sí mensajes en un inglés gramaticalmente correcto, incluyendo una puntuación apropiada. El proceso les pareció totalmente extraño y todos entendieron el sentido.

—¿Que era…?

—Que los métodos de comunicación no se trasladan. Desde entonces, no ha vuelto a suceder.

—¿Y a Teresa no le gustó?

La señorita Wade negó con la cabeza.

—Para nada. Su opinión era que el chico del problema tenía que haber sido castigado y que eso habría mandado a todos un mensaje más claro. Me atreví a disentir y Teresa puso una nota disciplinaria en mi expediente.

—Esa no es la imagen que nos han dado aquí los otros miembros del personal, señorita Wade.

La mujer se encogió de hombros.

—No puedo hablar por nadie más; sin embargo, diría que aquí hay maestros que han doblado las manos. Sus métodos para llegar a las mentes jóvenes ya no funcionan y no les queda más que seguir a flote hasta la jubilación. Se contentan con permanecer aquí, incapaces de inspirarse y de inspirar. Pero yo no. —Una vez más, su cabeza se ladeó y de su boca brotó una leve sonrisa.— Enseñar a los

adolescentes de hoy a apreciar la belleza y el refinamiento del inglés es un verdadero desafío. Pero creo, con todas mis fuerzas, que uno nunca debe esquivar un desafío. ¿No lo cree, detective?

Bryant tosió.

Kim le devolvió la pequeña sonrisa. La confianza que la mujer tenía en sí misma y el diálogo abierto eran un soplo de aire fresco después de doce respuestas idénticas. El flagrante coqueteo resultaba divertido.

Kim se apoyó en el respaldo.

—¿Puede decirme algo más de Teresa como mujer?

—¿Quiere que me apegue a los lineamientos y le brinde el epitafio políticamente correcto que se reserva para los recién fallecidos? ¿O debería ser sincera?

—Agradecería mucho su franqueza.

La señorita Wade cruzó las piernas.

—Como directora del colegio, Teresa tenía impulso y era determinada. Como mujer, tengo la impresión de que era una persona muy egoísta. Ahí, desde su escritorio, usted puede ver que no tenía imágenes de nada ni nadie que le importara. No tenía el menor escrúpulo en mantener al personal aquí hasta las ocho o nueve. Una gran parte de su tiempo la pasaba en spas, comprando ropa de diseñador y reservando vacaciones caras.

Bryant tomaba algunas notas.

—¿Hay algo más que, a su parecer, pudiera ayudarnos en nuestras investigaciones?

La mujer negó con la cabeza.

—Gracias por su tiempo, señorita Wade.

La mujer se inclinó hacia delante.

—Por si hiciera falta una coartada, detective, estuve en el gimnasio Liberty practicando mis posturas de yoga. Son excelentes para flexibilizar los músculos. En caso de que le interese, estoy ahí todos los jueves por la noche.

Kim se encontró con su mirada. Los ojos azul claro brillaron ante el desafío. Joanna caminó airosa hasta el escritorio y le tendió una tarjeta de visita.

Kim no tuvo más remedio que estrecharle la mano. La mujer le puso la tarjeta en la palma y convirtió el contacto en un apretón. Era un toque frío y firme. Mientras la mano se retiraba, los dedos se demoraron en la palma.

—Aquí está mi número. No dude en llamarme si cree que puedo servirle de algo.

—Gracias, señorita Wade, ha sido de gran ayuda.

—Madre mía, jefa —dijo Bryant cuando la puerta se cerró—. No necesitas un libro para leer semejantes señales.

Kim se encogió de hombros.

—Lo tienes o no lo tienes.

Se metió la tarjeta de visita en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Alguien más?
—No, ella era la última.
Los dos se pusieron de pie.
—Es todo por hoy. Ve a casa y descansa un poco —dijo Kim.
Tenía la impresión de que iban a necesitar ese descanso.

7

—Muy bien, compañeros, espero que hayáis descansado un poco y os hayáis despedido de vuestros seres queridos.

—Sí, el futuro no nos depara nada de vida social —se quejó Dawson—. Nada nuevo para Stacey, pero los demás sí que tenemos vidas de verdad.

Kim no le hizo caso. Por el momento.

—El JAI quiere que este fin de semana tengamos resuelto el asunto.

Todos sabían que JAI era el acrónimo de Jefazo Absolutamente Irracional. La última palabra era optativa, dependiendo del humor.

Dawson suspiró.

—¿Y qué pasa si el asesino no recibe el memorando, jefa? —preguntó mientras revisaba su móvil.

—Entonces, cuando vengas el próximo viernes, te arrestaré; y créeme: te lo cumplo.

Dawson se rio.

Ella siguió seria.

—Sigue jodiéndome, Kev, y ya no será de broma. Ahora, ¿qué sacamos en claro de la autopsia?

Él cogió su libreta.

—Pulmones llenos de agua. En definitiva, ahogamiento. Dos hematomas justo sobre los pechos. No hay señales de agresión sexual, pero es difícil saberlo.

—¿Algo más?

—Sí, cenó pollo korma.

—Genial. Eso abre el caso de par en par.

Dawson se encogió de hombros.

—En realidad, no hay mucho que sacar de esto, jefa.

—¿Bryant?

Él movió un par de hojas de papel, pero Kim sabía que tenía toda la información en la cabeza.

Ayer volvieron a peinar el área. Ninguno de los vecinos vio ni oyó nada. Un par de ellos la conocían de pasada, pero, al parecer, no era una de esas personas con quienes te tomas un café por la mañana. No era la más sociable, en ningún sentido.

—Oh, vaya, ahí tenemos un móvil: asesinada por falta de espíritu comunitario.

—A la gente la matan por menos, jefa —respondió Bryant, y a ella no le quedó más remedio que darle la razón. Tres meses antes, habían investigado el homicidio de un enfermero. Lo habían asesinado por un par de latas de cerveza y el dinero suelto que llevaba en el bolsillo.

—¿Algo más?

Bryant cogió otra hoja de papel.

—Todavía no nos llega nada del servicio forense. Es obvio que no hay huellas de pisadas. El análisis de las fibras acaba de comenzar.

Kim pensó en el principio del intercambio de Locard. Sostiene que todo perpetrador de un crimen pone en la escena algo suyo y sale de ahí con algo. Puede ser cualquier cosa, desde un pelo hasta una simple fibra. El arte consiste en encontrarlo. Y en un escenario criminal con ocho bomberos pisoteándolo y un baño anegado, las pruebas no iban a levantar la mano voluntariamente.

—¿Huellas?

Bryant negó con la cabeza.

—Lo único que sabemos del arma asesina es que se trató de un par de manos, así que es poco probable que la encontremos tirada por ahí, en algún arbusto.

—Ya sabes, jefa, no es como en la serie *CSI* —planteó Stacey—. El teléfono no nos dice nada. Todas las llamadas entrantes y salientes eran del Saint Joseph o de restaurantes locales. Su lista de contactos no es muy larga.

—¿No tiene amigos ni familia?

—Desde luego, ninguno con quien le preocupara mantenerse en contacto. Solicité los registros de su teléfono fijo, y su portátil viene en camino. Ahí podría haber algo.

Kim gruñó.

—Así que, básicamente, han pasado treinta y seis horas y estamos absolutamente jodidos. No sabemos nada de esta mujer.

Bryant se puso de pie.

—Dame un minuto, jefa —dijo, y salió de la habitación.

Ella puso los ojos en blanco.

—Bien, mientras Bryant se empolva la nariz, recapitulemos. —Miró la pizarra, que tenía apenas un poco más de información que el día anterior.— Tenemos una mujer de cerca de cincuenta años, ambiciosa y muy trabajadora. No era particularmente sociable ni popular. Vivía sola, sin mascotas ni conexiones familiares. No estaba envuelta en ninguna actividad peligrosa y no parece haber tenido ninguna afición ni interés en nada.

—Quizás ese no sea el caso —dijo Bryant, mientras volvía a sentarse—. Tal parece que estaba muy interesada en una excavación arqueológica que acaban de autorizar. Algo que se va a hacer en algún lugar de Rowley Regis.

—¿Y cómo te enteraste?

—Acabo de hablar con Courtney.

—¿Qué Courtney?

—Courtney, la que nos estuvo trayendo el café todo el día de ayer. Le pregunté si nuestra víctima había hablado con alguien distinto durante las últimas semanas.

Le pidieron que consiguiera el número de un tal profesor Milton, del Worcester College.

—Algo de eso vi en las noticias locales —añadió Stacey—. El profesor llevaba años tratando de que le dieran permiso de trabajar en el sitio. No queda más que un campo, desde que se incendió el antiguo parvulario, pero se rumorea que hay monedas enterradas. El tío ha estado enfrentándose a las objeciones por un par de años, pero, finalmente, esta semana le dieron el visto bueno. Salió en las noticias nacionales por lo largo de la batalla judicial.

Finalmente, Kim pudo sentir que una emoción se agitaba. Que alguien expresara su interés en una actividad local era, difícilmente, un arma humeante, pero hacía diez minutos tenían menos que eso.

—Muy bien, vosotros dos seguid excavando, y perdonadme el juego de palabras. Bryant, enciende el Batimóvil.

Dawson suspiró hondo.

Kim cogió su chaqueta y se detuvo ante el escritorio de Dawson.

—Stace, ¿no necesitas ir al baño en este momento?

—No, jefa, estoy bien…

—Stacey, sal de aquí.

El tacto y la diplomacia fueron inventados por alguien que disponía de mucho tiempo.

—Kev, deja tu teléfono por un minuto y escucha. Sé que la estás pasando mal en este momento, pero es algo que tú mismo te has provocado. Si te las hubieras arreglado para mantener la polla dentro de los pantalones por otro par de semanas, seguirías en los brazos de tu novia y tu hija recién nacida, en vez de en la habitación de huéspedes de tu madre.

Kim no tenía por costumbre ser compasiva con los miembros de su equipo. Bastante difícil le parecía hacer acopio de sensiblería ante el público en general.

—Fue un error estúpido de borracho en una despedida de soltero…

—Kev, sin acritud, ese es tu problema, no el mío. Pero si no dejas de enfurruñarte como una niñita cada vez que no te sales con la tuya, ese escritorio de ahí no será el único que quede libre. ¿Nos estamos entendiendo?

Lo miró con ojos de severidad. Tragó y asintió.

Sin decir más, Kim salió de la habitación y se dirigió a las escaleras.

Dawson era un detective talentoso, pero colgaba de una hebra.

8

Por segunda vez en unos cuantos días, Kim caminaba entre esos aires de expectación ingenua que están presentes en todas las instalaciones de enseñanza.

Bryant se dirigió al mostrador de recepción mientras ella permanecía a un lado. A su derecha, un grupo de varones iban riendo de alguna cosa en un teléfono móvil. Uno se dirigió a ella. Su vista viajó a lo largo del cuerpo de Kim e hizo una pausa en los pechos. Inclinó la cabeza y sonrió.

Ella replicó sus acciones y se fijó en los vaqueros muy ajustados, la camiseta de cuello en uve y el peinado a lo Justin Bieber.

Lo miró a los ojos y le devolvió la sonrisa.

—Jamás lo conseguirás, dulzura.

El chico se volvió de inmediato a su grupo, rogando porque sus amigos no hubiesen sido testigos del intercambio.

—Aquí hay algo que no está del todo bien —dijo Bryant—. La recepcionista parecía confundida cuando le dije que quería ver al profesor. Alguien viene, pero no creo que sea él.

De pronto, los grupos comenzaron a separarse como el mar Rojo cuando una mujer diminuta en tacones los atravesó a toda velocidad. Su forma era pequeña, pero se desplazaba como una bala sin bajar la velocidad ante nada. Sus penetrantes ojos escudriñaron el área y aterrizaron en ellos dos.

—Ostras, escóndete —dijo Bryant, mientras la mujer iba directamente hacia ellos.

—¿Detectives? —dijo ella, tendiéndoles la mano.

A la nariz de Kim llegó, como un asalto, el aroma a Apple Blossom. Llevaba pegados a la cabeza unos apretados rizos canosos, y en la nariz, unas gafas que parecía haberle birlado a Dame Edna.

Bryant le estrechó la mano; Kim, no.

—¿Y usted es?

—La señora Pearson, asistente del profesor Milton.

Bien, era evidente que el profesor estaba demasiado ocupado para verlos. Si no conseguían sacarle nada a la asistente, se verían obligados a insistir.

—¿Podemos hacerle algunas preguntas acerca de un proyecto en que el profesor Milton está trabajando? —preguntó Bryant.

—Que sea rápido —contestó ella. No hubo oferta para ir a algún otro lado a charlar más en privado. Estaba claro que la mujer les daría muy poco tiempo.

—¿El profesor está interesado en una excavación arqueológica?

La señora Pearson asintió.

—Sí. Le concedieron el permiso hace unos cuantos días.

—¿Qué es, exactamente, lo que está buscando? —preguntó Bryant.

—Monedas muy valiosas, detective.

Kim enarcó las cejas.

—¿En un campo a las afueras de Rowley Regis?

La señora Pearson suspiró como si estuviera hablando con un niño descarriado.

—Está claro que ustedes desconocen las riquezas de nuestro entorno inmediato. ¿Nunca han oído hablar del tesoro de Staffordshire?

Kim miró a Bryant. Ambos negaron moviendo la cabeza.

La señora Pearson no hizo el menor intento de ocultar su desdén. Sin duda, todos, fuera de la academia, eran filisteos.

—Hace unos cuantos años, en un campo de Lichfield, hubo uno de los hallazgos más trascendentes de nuestros tiempos: más de tres mil quinientas piezas de oro valoradas en poco más de tres millones de libras. Recientemente se descubrió en Stoke, en Trent, un tesoro de denarios de plata que datan del año 31 antes de Cristo.

Kim estaba intrigada.

—¿Quién se queda con ese dinero?

—Bueno, fíjese en un hallazgo de hace poco, el de Brendon Hill, en Worcestershire. Un hombre con un detector de metales encontró oro romano, incluyendo monedas, y tanto él como el granjero recibieron más de un millón y medio.

—¿Por qué el profesor piensa que hay algo escondido en Rowley?

La señora Pearson se encogió de hombros.

—Una leyenda local, un mito acerca de una batalla que tuvo lugar en esa área.

—¿El profesor recibió recientemente una llamada de una mujer llamada Teresa Wyatt?

La mujer lo pensó por un momento.

—Sí, eso creo. Llamó unas cuantas veces. Insistía en hablar con el profesor Milton. Creo que él le devolvió la llamada una tarde.

Bien, eso era suficiente para Kim. Aquí había algo. Ya no ganaba nada hablando con el mono; necesitaba que el organillero en persona le contara de qué había tratado esa conversación.

—Gracias por su ayuda, señora Pearson, pero, sin importar cuán ocupado esté el profesor, creo que necesitamos hablar con él de inmediato.

La señora Pearson la miró intrigada, primero, y enojada después.

—Ahora permítame preguntarle algo, detective. ¿Ustedes hablan entre sí?

—¿Disculpe? —preguntó Bryant.

—Bueno, es obvio que ustedes no pertenecen a la unidad de personas desaparecidas, o lo sabrían.

—¿Sabríamos qué, señora Pearson?

Carraspeó con fastidio y cruzó los brazos.

—Que nadie ha visto ni oído al profesor Milton en las últimas cuarenta y ocho horas o más.

9

Nicola Adamson cerró los ojos ante el presentimiento que la invadió al meter la llave en la cerradura de su ático. A pesar de lo leve del toque, el sonido pareció retumbar por el pasillo; como casi todo a las dos y media de la noche.

Mayra Downs, la del departamento 4C, saldría en cualquier momento a ver quién estaba haciendo ruido. Nicola podría jurar que la contable jubilada dormía pegada a la puerta principal.

Como era de esperar, oyó el sonido familiar del pestillo de la vecina deslizarse por la parte inferior de la puerta, pero se las arregló para plegarse dentro de su propio apartamento antes de que la descubriera el comité de vigilancia de los vecinos formado por una sola mujer.

Aún antes de tocar el interruptor de las luces, Nicola podía sentir algo diferente en su casa. Alguien se había apoderado de ella, la había invadido. El espacio era todavía suyo; no obstante, se vería obligada a compartirlo. Otra vez.

Se quitó los zapatos y caminó, en silencio, con pasos mullidos, por la sala de estar hacia la cocina. A pesar del visitante en la habitación de invitados, trataba de seguir con sus propios hábitos, su propia rutina, su propia vida.

Sacó una lasaña de la nevera y la puso en el horno de microondas. El trabajo siempre le estimulaba el hambre, y esta era su rutina: regresar del club, calentarse algo de comida mientras se duchaba y comer un poco con una copa de vino tinto antes de irse a dormir.

El tener que compartir la casa no cambiaría eso. Sin embargo, caminó de puntillas hacia el baño. Se sentía cansada. No estaba de humor para dramas.

Ya en el baño, Nicola exhaló un suspiro de alivio. Cada puerta cerrada detrás era una batalla librada y ganada. Se veía a sí misma en un juego de ordenador donde el objetivo era despejar cada habitación mientras dejaba atrás al enemigo.

Era injusto. Se reprendió a sí misma mientras dejaba caer la ropa en una pila a un lado de la ducha. La molestó tener que ajustar el control de la temperatura. Hasta hace una semana, no habría sido necesario; habría estado justamente donde ella lo dejó.

Cerró los ojos y levantó el rostro para recoger el agua vaporosa. Las agujas se sentían bien en su piel. Se apartó del rocío y estiró el cuello hacia atrás. En segundos, la ducha de hidromasaje había empapado su larga cabellera rubia. Buscó detrás la rejilla de metal, pero se topó con un espacio vacío. Maldita sea. Habían puesto la botella otra vez en el suelo.

Se agachó a recogerla. La fuerza del apretón lanzó al cristal de la ducha un chorro de champú. Una vez más, se tragó el enfado. Compartir su espacio no

debería ser tan difícil, pero, maldita sea. Se había visto obligada a hacerlo toda la vida.

Podía sentir la tensión en los hombros. No había sido una buena noche.

Trabajaba en The Roxburgh desde hacía cinco años, desde los veinte, y le encantaba cada minuto que pasaba ahí. Que la gente pensara que su trabajo era cutre o degradante la tenía sin cuidado. Le encantaba bailar, disfrutaba de mostrar su cuerpo y que los hombres pagaran grandes sumas por admirarla. No se desnudaba, nadie la tocaba. No era esa clase de club nocturno.

Había otros clubs en el centro de Birmingham y, en cada uno de ellos, todas las bailarinas aspiraban a trabajar en The Roxburgh. Para Nicola, no había ningún otro donde quisiera estar. Pensaba retirarse de la danza al cumplir treinta años y, entonces, iría en busca de otros intereses. Su cuenta bancaria respaldaba ese plan.

Durante los últimos cinco años, se había convertido en la bailarina más popular del establecimiento. Recibía un promedio de tres solicitudes de bailes privados por noche. A doscientas libras por vez, no era algo que pudieras desdeñar.

Sabía que, para ciertas feministas, era el anticristo, y les mostraba el dedo medio. Para ella, la liberación femenina consistía en hacer lo que una quería, y lo que ella quería era bailar. No porque fuera una adicta al crac en paro y urgida de dinero, sino porque lo disfrutaba.

Incluso cuando era niña, le encantaba actuar. Se había esforzado por conquistar esa individualidad, esa singularidad que la distinguiría, que haría que la gente se fijara en ella.

Pero, esta noche, su desempeño la había dejado insatisfecha. No porque los clientes se hubieran quejado; fluyó el champán. Su último cliente había comprado dos botellas de Dom Perignon, haciendo de su jefe un hombre muy feliz.

Pero Nicola lo sabía. Sabía que su mente, esa noche, no había estado de lleno en el trabajo. No había sentido la absoluta sumisión a sí misma, a su mente y a su cuerpo, a la actuación. Para ella, esa era la diferencia entre una mejor actriz y una mejor actriz de reparto.

Se enjuagó del cabello el acondicionador y salió de la ducha. Después de secarse con la toalla, se acurrucó dentro del albornoz y sintió el deleite de la tela tibia en contacto con su piel. Atado el cinturón, salió del baño.

Se detuvo en seco. Lo había olvidado por un momento. Solo por un momento.

—Beth —suspiró.

—¿Quién más?

Nicola fue a la cocina.

—Perdona si te desperté —dijo, sacando la lasaña del microondas. Cogió dos platos y partió la comida por la mitad.

Colocó un plato delante de su propio asiento y otro al otro lado de la mesa.

—Teng' hambre —dijo Beth con su ancho dialecto de Black Country.

Nicola trató de no encogerse ante el modo de hablar de Beth. Ella misma había hecho un gran esfuerzo por superarlo. De niñas, las dos hablaban de ese modo, pero Beth no hacía el menor esfuerzo por cambiar.

—¿Ya comiste? —preguntó Nicola, y silenciosamente se reconvino a sí misma. ¿Superaría en algún momento el hábito de ser la gemela mayor? ¿Incluso si había sido cuestión de unos cuantos minutos?

—No *ma* quieres aquí, ¿*veardá*?

Nicola se quedó mirando fijamente la pasta. De pronto, había perdido el apetito. La franqueza de la pregunta de su hermana no era una sorpresa, y mentir resultaba inútil. Beth la conocía tan bien como ella misma.

—No es que no te quiera aquí; es solo que ha pasado mucho tiempo.

—¿Y de quién es la culpa, hermana querida?

Nicola tragó y llevó el plato al fregadero. No se atrevió a mirar. No podía enfrentar la acusación y el dolor.

—¿Tienes planes para mañana? —preguntó, llevando la conversación hacia terrenos menos explosivos.

—Por supuesto. ¿vas ' trabajar otra vez mañana noche? —Nicola no dijo nada. Era obvio que Beth no aprobaba su estilo de vida.— ¿*Par* qué te degradas d'ese modo?

—Me gusta lo que hago —se defendió Nicola. Detestaba que su voz se elevara una octava.

—Pero tu licenciatura en sociología… Qué puto desperdicio.

—Por lo menos, tengo una licenciatura —replicó Nicola, aunque se arrepintió en el acto. El silencio entre las dos estaba cargado.

—*Bue*, ese *suenio ma* lo quitaste tú, ¿no?

Sabía que Beth la culpaba de su distanciamiento, pero nunca se había atrevido a preguntarle por qué.

Nicola se quedó contemplando el fregadero, agarrada del mueble.

—¿Por qué volviste?

Beth suspiró hondamente.

—¿A *don* más pued'ir? —Nicola asintió en silencio, y el aire entre las dos se serenó.— Todo volverá a empezar, ¿no? —preguntó Beth rápidamente.

Nicola percibió la vulnerabilidad en la voz de su hermana y sintió una punzada en el corazón. Algunos vínculos son irrompibles.

El plato sucio se desdibujó ante sus ojos, y los años sin su hermana la abrumaron.

—¿Y com' *ma* protegerás esta vez, hermana mayor?

Nicola se limpió los ojos y se volvió. Extendió la mano para abrazar a su gemela,

pero la puerta del dormitorio ya estaba cerrada.

Nicola vació el contenido del otro plato. Habló tranquila hacia la habitación de invitados:

—Beth, sea cual sea el motivo por el que me odias, lo siento. Lo siento mucho, mucho.

10

A las siete de la mañana, Kim se paró frente a la lápida y se cerró con fuerza la chaqueta de cuero. En lo alto de la colina Rowley, coronada por el cementerio Powke Lane, el viento aullaba a su alrededor. Era sábado y ella, los sábados, siempre reservaba tiempo para su familia, hubiera un nuevo caso o no.

Las inscripciones de las tumbas todavía mostraban residuos de los regalos de Navidad dejados por los vivientes cargados de culpas: coronas fúnebres reducidas a ramitas esqueléticas, flores de pascua marchitas languideciendo bajo el tiempo riguroso, una capa de escarcha brillando sobre el granito rojo imperial.

A partir del momento en que encontró la sencilla cruz de madera que marcaba el espacio, ahorró de sus dos empleos todo lo que pudo para comprar la piedra. La habían instalado dos días después de su cumpleaños número dieciocho.

Kim contempló las dispersas letras doradas, todo lo que había sido capaz de pagar en aquel entonces: simplemente un nombre y dos fechas. Como de costumbre, le llamó la atención la distancia entre las dos fechas grabadas, no más que un parpadeo.

Se besó los dedos y los colocó con firmeza en la piedra fría.

—Buenas noches, Mikey, cariño. Que duermas bien.

Las lágrimas le punzaron en los ojos, pero las reprimió. Esas mismas palabras le había dicho justo antes de que el último aliento abandonara su cuerpo frágil y vencido.

Kim volvió a meter el recuerdo en la seguridad de su caja y se puso el casco. Empujó la Kawasaki Ninja hacia la puerta de salida. Había algo irrespetuoso en hacer rugir dentro de los confines de un cementerio un motor de mil cuatrocientos centímetros cúbicos. Un metro más allá, espoleó la máquina para ponerla en marcha.

Al pie de la colina, se detuvo en un polígono manufacturero inundado de carteles de «se alquila», crudo testimonio de la historia industrial de la zona, además de un área convenientemente baldía para hacer una llamada telefónica.

Kim sacó el móvil. No era esta una conversación para tener cerca de la tumba de Mikey. No dejaría que el lugar de su eterno descanso fuera contaminado por la maldad. Tenía que protegerlo, incluso ahora.

Le cogieron la llamada al tercer timbrazo.

—Póngame con la enfermera Taylor.

La línea se quedó en silencio por unos segundos hasta que escuchó la voz familiar.

—Hola, Lily, soy Kim Stone.

La voz de la enfermera era cálida.

—Hola, Kim, qué gusto escucharte. Sabía que llamarías hoy.

La enfermera decía siempre lo mismo; después de todo ese tiempo, no lo había cambiado ni una sola vez. Kim había hecho la misma llamada el doce de cada mes durante los últimos dieciséis años.

—¿Cómo está?

—Tuvo una Navidad muy silenciosa, pero parece que disfrutó con el coro que vino de visita…

—¿Algún episodio violento?

—No, no desde hace un tiempo. Su medicación ha permanecido estable.

—¿Algo más?

—Ayer volvió a preguntar por ti. Aunque ha perdido el concepto de las fechas, es como si supiera cuando estás a punto de llamar. —La enfermera hizo una pausa. — Ya sabes, si algún día quisieras venir y…

—Gracias por tu tiempo, Lily.

Kim nunca la había visitado, jamás lo haría. La clínica psiquiátrica Grantley había sido el hogar de su madre desde que Kim tenía seis años, y ese era el lugar al que pertenecía.

—Le diré que llamaste.

Kim volvió a darle las gracias y terminó la llamada apretando un botón. La enfermera trataba los telefonazos mensuales como una inspección de la asistencia social, y Kim nunca la había desmentido.

Solo Kim sabía que, si llamaba, era para asegurarse de que la malvada perra asesina estuviera bien segura tras las rejas.

11

—Muy bien, actualiza a la gente. Kev, ¿qué sabemos de Mispers?

—El profesor Milton acababa de divorciarse por tercera vez. Un poco como Simon Cowell, y sus ex no dicen de él más que cosas buenas. No tiene hijos naturales, pero es padrastro de cinco. No noté ninguna hostilidad.

—¿Cuándo desapareció?

—El miércoles fue visto por última vez. Al ver que no aparecía el jueves por la mañana, su asistente en la universidad dio la voz de alarma. No ha estado en contacto con ninguno de los miembros de su familia, y eso, aparentemente, es muy raro.

—¿Algo que sugiera que ya había hecho esto antes?

Dawson negó con la cabeza.

—Según lo que dicen las ex, es la reencarnación de Gandhi: de modales apacibles y gentil.

Kev consultó sus notas.

—La última ex habló con él el martes por la tarde y lo encontró muy emocionado de que finalmente le hubieran dado el permiso para excavar.

—He estado averiguando eso, jefa —intervino Stacey—. La solicitud original del profesor Milton data de hace dos años. El proyecto ha encarado más de veinte objeciones: ambientales, políticas, culturales. No he podido averiguar nada más al respecto.

—Sigue intentándolo, Stace. Bryant, ¿sabemos con precisión cuándo habló nuestra víctima con el profesor?

Bryant le tendió una hoja de papel.

—Courtney me envió por fax la bitácora de sus llamadas telefónicas. Hablaron durante veinte minutos el miércoles, alrededor de las cinco y media.

Kim se cruzó de brazos.

—Bueno, lo que sabemos hasta el momento es que nuestra víctima tuvo una breve conversación con un profesor universitario el miércoles por la tarde y que, ahora, una está muerta, y el otro, desaparecido. —Alguien golpeó la puerta. Un alguacil apareció en la entrada.— ¡Qué? —ladró. Detestaba que interrumpieran sus sesiones informativas.

—Marm, en la recepción hay un caballero que quiere hablar contigo. —Kim lo miró como si el hombre hubiera perdido el seso.— Lo sé, Marm, pero insiste en que solo hablará contigo. Dice que es el profesor…

Kim ya se había levantado de la silla.

—Bryant, conmigo —dijo, deteniéndose en la puerta—. Stace, averigua todo lo que puedas de esas tierras.

Salió y bajó las escaleras. Bryant prácticamente le seguía el paso.

En la recepción, fue recibida por un hombre de grandes barbas grises y una mata de pelo fibroso.

—¿Profesor Milton? —El hombre dejó de retorcerse las manos lo suficiente como para ofrecerle un apretón. Kim lo aceptó brevemente y le dio la espalda.— Sígame.

Lo guio a lo largo del corredor hasta la sala de interrogatorios número uno.

—Bryant, llama a Mispers y dile que ya no pierda más el tiempo. ¿Puedo ofrecerle algo?

—Una taza de té dulce.

Bryant asintió, salió y cerró la puerta.

—Hay mucha gente preocupada por usted, profesor.

Su intención no era que las palabras sonaran a reprimenda, pero abominaba que la policía perdiera el tiempo. Los recursos ya eran suficientemente escasos.

Él asintió comprensivo.

—Lo siento, detective. No sabía qué hacer. Hace pocas horas llamé a la señora Pearson y ella me habló de su visita. Me dijo que podía confiar en ustedes.

A Kim le cayó de sorpresa que la vieja gruñona se hubiera hecho semejante opinión de ella.

—¿Dónde ha estado? —preguntó. No era la pregunta que rondaba por su boca, pero, de haber estado a su lado, Bryant la habría instado a ser precavida. El hombre temblaba ostensiblemente y sus manos, como magnetizadas, iban la una a la otra.

—En Barmouth, en un parador. Tenía que huir.

—Pero el miércoles usted caminaba por las nubes. La señora Pearson nos lo dijo.

Él asintió y, en ese momento, Bryant entró en la habitación. En las manos llevaba un triángulo de espuma de poliestireno. Se sentó y le pasó uno de los vasos al profesor.

Kim prosiguió.

—¿Ese día habló usted con una mujer llamada Teresa Wyatt?

El profesor Milton parecía confundido.

—Sí. La señora Pearson mencionó que ustedes lo habían preguntado, pero no estoy seguro de cómo se relaciona con lo que me sucedió después.

Kim no tenía ni idea de lo que le había sucedido después, pero sí que sabía que Teresa Wyatt había terminado muerta.

—¿Puede decirnos para qué lo llamó Teresa Wyatt?

—Desde luego. Preguntó si iba a aceptar voluntarios en el proyecto.

—¿Qué le dijo usted?

Negó con la cabeza.

—No, solo acepto voluntarios que han completado, por lo menos, un año

universitario. La señora Wyatt expresó su interés en el tema de la arqueología, pero nunca la había estudiado formalmente y, sin duda, no podría hacerlo antes del comienzo del proyecto, a fines de febrero.

Kim sintió que se deshinchaba. Este pista no la conduciría a descubrir al asesino. La conversación era insustancial.

—¿Hubo algo más? —preguntó Bryant.

El profesor hizo una pausa.

—Preguntó dónde comenzaríamos a excavar, y esa pregunta me pareció un tanto extraña en el contexto de la conversación.

Sí, pensó Kim. Era un poco rara.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó ella, recordándole el comentario anterior.

El profesor Milton tragó saliva.

—Fui a casa saliendo del trabajo y Tess no me saludó como de costumbre. —Kim se volvió a mirar a Bryant. Dawson había dicho que el profesor estaba otra vez soltero.— Por lo general, duerme en la cocina, a un lado de su cuenco del agua, pero, en cuanto meto la llave en la cerradura, ya está ahí, moviendo la cola.

«Ah, eso tiene más sentido», pensó Kim.

—El miércoles, no. La llamé de camino a la cocina, pero ella no vino. Estaba a un lado de su cama —tragó—, convulsionándose en el suelo. Tenía los ojos vidriosos y fijos. Durante unos instantes, ni siquiera vi la nota. La cargué y me la llevé en el auto al veterinario tan rápido como pude, pero fue demasiado tarde. Para cuando llegué, ya había muerto. —Se limpió el ojo derecho.

Kim abrió la boca para preguntar por la nota, pero Bryant la interrumpió.

—Lo siento mucho, profesor. ¿Había estado enferma?

El profesor Milton negó con la cabeza.

—No, para nada. Solo tenía cuatro años. El veterinario ni siquiera tuvo que examinarla. Podía oler el anticongelante en su aliento. Aparentemente, a los perros les encanta, porque es dulce. Habían vertido el químico en su plato de agua y bebió mucho.

—¿Dijo que había una nota? — inquirió Bryant con gentileza.

Sus ojos se enrojecieron.

—Sí. El hijo de puta se la engrapó en la oreja.

Kim hizo una mueca.

—¿Recuerda lo que decía?

Se buscó en la chaqueta.

—Aquí la tengo. El veterinario se la quitó.

Kim cogió la nota. Ya no era útil desde el punto de vista forense. El profesor la había manipulado, al igual que el veterinario.

La desdobló y la extendió sobre la mesa. No había más que tipografía negra sobre papel blanco. Decía:

«SUSPENDE LA EXCAVACIÓN O LA EX NÚMERO 3 SERÁ LA SIGUIENTE»

—Ya no regresé a la casa. Me da vergüenza admitir que estaba aterrado, y todavía lo estoy. ¿Quién haría algo así, detective? —El profesor apuró lo que quedaba de su té.— Ni siquiera sé a dónde ir.

—La señora Pearson —intervino Kim. Había visto la expresión en el rostro de la mujer cuando hablaba acerca del profesor. Ese pequeño buldog jamás dejaría que nadie se le acercara.

Kim se levantó y cogió la nota, mientras Bryant estrechaba la mano del hombre y le ofrecía llevarlo a donde quisiera.

Con la nota bien agarrada, regresó al despacho. No podía sacudirse la sensación de que, en algún lugar, había una descomunal lata de gusanos y que acababan de entregarle un abrelatas.

—Muy bien, Kev, creo que vamos a necesitar café recién hecho. Stace, ¿qué averiguaste acerca de los terrenos?

—Son unos cuatro mil metros cuadrados y están justo a un lado del crematorio de Rowley. Son la punta de una finca municipal construida a mediados de los cincuenta. Antes de la urbanización, ahí había una fábrica de manufacturas de acero.

Bryant entró a la sala con su teléfono móvil.

—Gracias, Courtney. Tu ayuda ha sido maravillosa.

—¿Qué? —preguntó Bryant cuando seis ojos curiosos aterrizaron en él.

—¿Courtney? —preguntó Kim—. ¿Tendré que soltarle algo a tu esposa?

Bryant se rio entre dientes mientras se quitaba la chaqueta del traje.

—Soy un hombre felizmente casado, jefa. Eso dice mi esposa. Y, de cualquier modo, Courtney se está curando el corazón partido, cortesía de Joanna, la profesora de inglés que te tiró los tejos.

Dowson giró con los ojos muy abiertos.

—¿Es cierto, jefa?

—Tranquilo, chico. —Se volvió a Bryant.— ¿Y esta llamada, de qué va?

Bryant enarcó una ceja.

—Siguiendo tu lógica de pasado, presente y futuro, le pregunté a Courtney si tenía acceso a la historia laboral de Teresa Wyatt. Me la está enviando por fax.

—Pon a esa chica en la lista de Navidad. Nos está ahorrando una fortuna en órdenes judiciales.

Kim se volvió otra vez a Stacey. Quería visualizar el terreno.

—Espera, ¿estás hablando del terreno que está a un lado del crematorio? ¿Dónde se pone la feria itinerante?

Stacey se volvió a su monitor y señaló. La pantalla completa era una imagen de

Google Earth.

—Mira, hay una parte cercada en la orilla de la carretera, pero el resto es puro terreno baldío.

Las entrañas de Kim se agitaban fuera de control. Todos sus sentidos estaban en alerta máxima.

—Stace, busca el nombre Crestwood y consígueme todo lo que puedas. Tengo que hacer algunas llamadas.

Kim tomó aliento mientras se sentaba en su propio escritorio. Algunas piezas del rompecabezas comenzaban a encajar. Y, por primera vez en su vida, deseaba estar equivocada.

12

Tom Curtis se volvió y miró por la ventana. Normalmente, la luz diurna no le impedía dormir después de un turno de ocho horas en la residencia.

El trabajo era extenuante: recoger ancianos gordos, ponerlos en la cama, enjugarles las babas y limpiarles el culo.

Ya se había librado de dos investigaciones internas, pero sospechaba que esta tercera le traería más problemas. La hija de Martha Brown hacía una sola visita a la semana, y cuando la hacía, estaba segura de haber notado el hematoma.

El resto del personal hacía de la vista gorda. Era imposible no perder la paciencia de vez en cuando. Ser el único hombre del equipo significaba aparecer a menudo en el turno de noche y encontrar que no se habían hecho los trabajos más pesados. No tenía cómo quejarse. De haber sido íntegro en los formularios médicos, no tendría trabajo en absoluto.

Pero ni siquiera era su conciencia lo que lo tenía despierto. No sentía nada por los ancianos bajo su cuidado, y si los parientes se sentían ofendidos, bien podían llevarse a sus viejos y limpiarles los culos llenos de mierda ellos mismos.

No. Si estaba despierto, era por el timbre de su teléfono móvil. Aunque lo había apagado, todavía lo oía zumbar en su cabeza.

Giró y se acostó de espaldas, contento de que su esposa y su hija ya se hubieran ido de la casa. Hoy iba a ser otro día negro.

Los días negros habían salpicado sus últimos dos años, siete meses y diecinueve días. Era en esas jornadas cuando la urgencia de beber se volvía apabullante. Era en esos días cuando la sobriedad no valía la vida.

Al dejar la escuela de gastronomía, no se imaginó que su futuro consistiría en cambiarles los pañales a los ancianos. No previó, en su graduación, que habría carne vieja y gelatinosa alrededor de su cuello, como cada vez que levantaba a los ancianos para meterlos o sacarlos de la cama. Nunca soñó que estaría alimentando a un grupo de gente que, antes de expirar, ya estaba pletórica de rigidez cadavérica.

A los veintitrés había sufrido su primer infarto, y eso lo dejó sin empleo en el escenario gastronómico. Las extensas horas de trabajo bajo estrés no presagiaban una larga vida a una persona con cardiopatía congestiva.

Un día estaba preparando platillos de alta cocina en un restaurante de Water's Edge, en Birmingham, y, a la mañana siguiente, guisando hamburguesas de pavo y patatas congeladas para un montón de niños inútiles.

Por años, había escondido a su esposa su adicción. Se convirtió en un artista de las simulaciones y el engaño. El día en que se derrumbó con su segundo ataque

cardíaco, sus mentiras quedaron al descubierto: el médico lo informó de que su siguiente juerga sería, probablemente, la última.

No había probado un trago desde entonces.

Extendió la mano y encendió el teléfono. Comenzó a sonar de inmediato. Apretó el botón para cortar la comunicación y comprobó que el recuento de llamadas perdidas era de cincuenta y siete en tres días. No reconoció el número y no había ningún nombre en la pantalla, pero Tom sabía de quién se trataba.

Y la persona que llamaba habría invertido mejor su tiempo si hubiera intentado comunicarse con Teresa. Era obvio que ella había abierto la boca y que eso había precipitado su asesinato.

Sospechaba que el permiso de excavación había puesto a todos muy nerviosos, pero no le hacía falta revisar las llamadas. Él guardaría los malditos secretos de los otros, al igual que ellos guardarían el suyo. Habían hecho un pacto. Estaba al tanto de que los otros lo veían como el eslabón frágil de la cadena del engaño, pero aún no se había debilitado.

Hubo momentos, especialmente en los días negros, en que estuvo tentado a hablar, a deshacerse del veneno. Esos pensamientos se acallaban más fácilmente con la bebida.

Su mente viajó al pasado, como todos los días. Maldita sea, tenía que haber dicho que no. Tenía que haberse enfrentado a todos y decir que no. Su propio error parecía demasiado trivial comparado con las implicaciones de su aquiescencia.

Una vez, se encontró a sí mismo en el muro fuera de la comisaría de Old Hill. Durante tres horas y media estuvo ahí, persiguiéndose la cola de la conciencia. Se levantó, se sentó, paseó de un lado al otro, se sentó otra vez. Lloró, se puso de pie. Y entonces se marchó.

Si hubiera sido lo suficientemente fuerte para decir la verdad, quizás habría perdido a su esposa. Como mujer y como madre, ella se habría enfermado de solo enterarse de su participación en los sucesos. Y lo peor es que Tom no hubiera podido culparla.

Apartó las mantas. No tenía sentido tratar de dormir. Estaba completamente despierto. Bajó las escaleras. Necesitaba un café, y, mientras más fuerte, mejor.

Se dirigió a la cocina y se detuvo en seco frente a la mesa del comedor.

Lo contemplaban una botella de Johnnie Walker Blue y una nota.

La pura visión del líquido marrón dorado lo hizo salivar. La botella con graduación alcohólica de cuarenta costaba más de cien libras: uno de los más finos whiskies añejos de malta y grano, el cristal del mundo de las mezclas de whiskies. Su cuerpo respondió. Era como la contemplación de una mañana de Navidad. Apartó los ojos y cogió la nota.

«PODEMOS HACER ESTO A TU MANERA O A LA MÍA, PERO SE HARÁ. DISFRUTA.»

Se dejó caer en la silla, con los ojos fijos en su mejor amigo y su peor enemigo.

La intención del remitente era incuestionable. Lo querían muerto. Junto con el miedo, vino el alivio. Siempre había sabido que llegaría el día del juicio final, fuera en esta vida o en la siguiente.

Tom desenroscó la tapa y el aroma llegó de inmediato a su nariz. Sabía que un solo trago lo mataría. No el primer sorbo. Era alcohólico, así que no había nada parecido a un solo sorbo. Si tomaba un trago, acabaría terminándose la botella, y eso acarrearía su muerte.

De inclinarse por esa forma de morir, nadie más sufriría. Su esposa pensaría que se había debilitado, sencillamente, y ella estaría a salvo. Con suerte, nunca se enteraría de lo que él había hecho. Su hija jamás lo sabría.

Levantó la botella lentamente y dio el primer trago. Se detuvo apenas un segundo antes de levantarla de nuevo y llevársela a los labios. Esta vez no se detuvo hasta que el ardor en el pecho fue intolerable.

Los efectos llegaron de inmediato. Tras más de dos años, su cuerpo había perdido la tolerancia y el alcohol le quemaba las venas en todo su recorrido hasta el cerebro.

Tomó otro trago y sonrió. Había peores maneras de morir.

Un sorbo más y rio entre dientes. Nunca más bañaría viejos. No más pañales sucios. No más babas que limpiar.

Se llevó la botella a la boca y bebió hasta la mitad. Con el cuerpo en llamas, se sentía eufórico. Era como ver a su equipo favorito masacrar al oponente.

Nunca más tendría que esconder lo que había hecho. No más miedos. Estaba haciendo lo correcto.

Las lágrimas cayeron por sus mejillas. Por dentro, Tom se sentía feliz, en paz, pero el cuerpo lo estaba traicionando.

La botella se quedó quieta en su boca mientras él posaba los ojos en una foto de su hija alimentando a las cabras en el zoológico Dudley. Cumplía seis años.

Miró la imagen con los ojos entrecerrados. No recordaba ese rostro con el ceño fruncido ni esos ojos cuestionadores.

—Cariño, perdóname —habló a la fotografía—. Fue una sola vez, lo juro.

La expresión de la niña no cambió. «¿Estás seguro?»

Cerró los ojos ante la acusación, pero el rostro infantil todavía flotaba frente a él.

—Está bien, quizás fue más de una vez, pero no fue mi culpa, cariño. Ella me obligó a hacerlo. Me tentó. Se burló de mí. No pude evitarlo. No fue mi culpa.

—Pero ¿no eras un adulto?

Tom cerró los ojos ante la arremetida de resentimiento de su hija. Una lágrima

encontró el camino de salida y rodó por su mejilla.

—Por favor, entiéndelo, ella tenía mucho más que quince años. Era lista y manipuladora, y simplemente me rendí. No fue mi culpa. Me sedujo y no pude resistirme.

—¡Era una niña!

Tom se tiró de los pelos para reducir la aflicción.

—Lo sé, lo sé, pero ella no era una niñita. Era una chica manipuladora que sabía cómo conseguir lo que quería.

—Pero lo que hiciste después fue imperdonable. Papi, te odio.

Ahora era todo su cuerpo el que lloraba. Nunca volvería a ver a su hermosa niña. No vería a Amy convertirse en una joven ni estaría cerca de ella para protegerla de los chicos. Nunca besaría de nuevo esas suaves mejillas y nunca más sentiría su manita entre las suyas.

La cabeza de Tom cayó hacia delante y las lágrimas fueron a dar a sus piernas. A través de la visión nublada, sus ojos recorrieron sus pies y se detuvieron en las zapatillas que Amy le había regalado el día del Padre. En el monograma estaba la cara de Homer Simpson, su personaje favorito.

No, gritó su mente. Debe de haber otro modo. No quería morir. No quería perder a su familia. Tenía que hacerlos entender.

Tal vez podría acudir a la policía. Admitir lo que había hecho. No era como si estuviera solo. Ni siquiera era del tipo de gente que toma las decisiones. Simplemente los había acompañado porque era joven y estaba asustado. Había sido débil y estúpido, pero, coño, no era un asesino.

Por supuesto que sería castigado, aunque valdría la pena, si eso le permitía ver a su hija crecer.

Tom se limpió las lágrimas y enfocó los ojos en la botella. Ya se había tomado más de la mitad. Oh, Dios, rezó porque no fuera demasiado tarde.

Cuando colocó la botella sobre la mesa, sintió que tiraban de su cabello hacia atrás.

La botella cayó al suelo y Tom trató de entender lo que estaba ocurriendo. Sintió la fría punta de metal detrás de su oreja y un antebrazo apretándole el cuello. Trató de volverse, pero la punta de la navaja le rasgó la piel.

Una mano enguantada se movía de izquierda a derecha bajo su barbilla.

Y eso fue lo último que supo.

13

Kim colgó el auricular después de la tercera llamada. Esperaba haberse equivocado y estar a punto de desperdiciar el valioso tiempo de algunas personas importantes. Si estaba equivocada, con gusto aceptaría la reprimenda de Woody. Esta vez no le traería ningún contento tener razón.

Alguien no quería que se hicieran excavaciones en el terreno.

—¿Qué has averiguado, Stace? —preguntó Kim, posándose en el borde del escritorio desocupado.

—Espero que estés bien cómoda, jefa. El edificio que sigue en pie es parte de una instalación más grande que se construyó en los años cuarenta. En aquel entonces, fue diseñado para albergar a los soldados con trastornos mentales que regresaban de la guerra. Los que volvían con discapacidades físicas eran enviados a varios hospitales de la región, pero, entre los que tenían daños psicológicos, los peores eran enviados a Crestwood. En realidad, era una unidad de seguridad para soldados que nunca se reintegrarían a la sociedad. Estamos hablando de máquinas de matar que no tenían botón de apagado. Hacia fines de los setenta, la población de unos treinta y cinco individuos había muerto por suicidio o por causas naturales. A partir de entonces, el lugar se usó como correccional.

Kim se encogió. Era una palabra anticuada que tenía toda clase de connotaciones.

—Continúa.

—Hay algunas verdaderas historias de horror surgidas en los ochenta: abusos y acosos sexuales. Se hizo una investigación, pero no se levantaron cargos. Hacia principios de los noventa, el sitio fue convertido en un hogar para niñas, pero aún tenía reputación de albergar adolescentes problemáticos. Debido a recortes presupuestales y a reparaciones en los edificios, el lugar fue eliminado gradualmente a principios de este milenio. En el 2004, un incendio lo vació por completo.

—¿Hubo heridos?

Stacey movió la cabeza de un lado al otro.

—No hay titulares que sugieran tal cosa.

—Muy bien, Kev, Stace, comenzad a preparar una lista del personal. Quiero ver…

El sonido de la máquina de fax volviendo a la vida la hizo callar.

Todos sabían de qué se trataba, todos sabían lo que diría el fax.

Bryant tomó el documento y lo examinó rápidamente. Se paró a un lado del escritorio de Stacey y le entregó el currículo de Teresa Wyatt.

—Aquí vamos, compañeros, creo que aquí tenéis al primer miembro del personal.

Intercambiaron miradas entre ellos mientras las posibilidades empezaban a surgir. Nadie dijo nada.

Y el teléfono sonó.

14

—Virgen santa, jefa, no tan rápido. Esta no es una Kawasaki Goldwing.

—Es bueno saberlo, porque eso no existe.

—¿Te das cuenta de que es demasiado tarde para salvarle la vida?

Kim bajó la velocidad al acercarse a un semáforo en amarillo, pero lo pensó mejor y pasó a toda velocidad bajo las luces de Pedmore Road. Iba de un lado al otro entre los vehículos por la autovía que rodeaba el centro comercial Merry Hill.

—¿Y esta cosa no tiene sirena?

—Vaya, Bryant, relájate. No nos hemos matado. —Lo miró de soslayo.— Y deberías preocuparte un poco más por el corte en tu brazo izquierdo. Durante la sesión informativa, le había visto la herida a través de la tela de la manga.

—Es solo un rasguño.

—¿Tuviste entreno de rugby anoche?

Él asintió.

—De verdad, tienes que dejarlo. Eres demasiado viejo o demasiado lento para ese juego. De uno u otro modo, acabarás lastimado.

—Gracias, jefa.

—Cada nueva herida es peor que la anterior, así que es hora de empacar.

Se vio obligada a detener el coche en el siguiente semáforo. Bryant soltó la mano izquierda, que tenía sujeta al techo, y flexionó la agarradera.

—No podría, jefa. El rugby es mi yang.

—¿Tu qué?

—Mi yang, jefa, mi equilibrio. La patrona me tiene tomando clases de baile de salón una vez por semana. Necesito el rugby para equilibrarme.

Kim rebasó al siguiente montón de automóviles por el carril interior sin hacer caso a los bocinazos que sonaban a su paso.

—¿Así que haces cabriolas sobre la pista de baile y luego te vas a abrazar a otros tipos peludos para equilibrarte?

—Eso se llama *melé,* jefa.

—No trato de juzgarte, con toda franqueza. —Giró para mirarlo, reprimiendo una sonrisa.— Lo que no entiendo es el motivo de que me hayas dicho esto por tu propia cuenta. ¿Tengo que decirte que ha sido un error?

Apoyó la cabeza en el asiento, cerró los ojos y gruñó.

—Sí, ahora lo veo —Se volvió a ella.— Que quede entre nosotros dos, ¿eh, jefa?

Ella negó con la cabeza.

—No te prometeré lo que no pueda cumplir —respondió con toda franqueza.

—Así que, ¿a quién llamaste hace un rato? —preguntó él, cambiando de tema.

—Al profesor Milton.

—¿Para qué?

—Solo para asegurarme de que hubiera llegado a salvo con la señora Pearson.

—Qué cojones —dijo Bryant tras una tos.

Cuando los autos comenzaron a alejarse poco a poco, ella se fue siguiendo al de enfrente. Este frenó, al igual que ella, donde los tres carriles se convertían en dos. Bryant volvió a llevar la mano a la agarradera.

—Así que ¿qué sabemos?

—Varón, cerca de los cuarenta, corte en la garganta. Posible suicidio, pudo haber sido un accidente.

Kim puso los ojos en blanco. El humor negro era indispensable para preservar la salud mental, solo que, a veces…

—¿Y, ahora, adónde?

—Dobla a la izquierda justo al pasar el colegio; deberíamos verlo desde ahí.

Kim derrapó al voltear la esquina y Bryant fue a dar contra la puerta del pasajero. Condujo colina arriba y tiró del freno de mano al llegar al cordón.

El porche llevaba directamente a la habitación del frente, donde, en un sofá, una alguacila consolaba a una mujer afligida. Kim siguió de frente hasta un comedor y una cocina sin divisiones.

—Dios bendito —suspiró.

—No, ese es solo un rumor —dijo Keats.

El hombre seguía sentado en la mesa del comedor. Sus extremidades colgaban como las de una muñeca de trapo. Tenía la cabeza vuelta hacia atrás, con la coronilla casi descansando sobre los omóplatos. Inmediatamente, Kim evocó una caricatura. El ángulo parecía casi imposible.

Según las leyes de la física, el cuerpo tenía que haber caído al suelo, pero el ángulo de la espalda sobre el respaldo de la silla lo mantenía en su lugar. La nuca hacía las veces de gancho.

A través de la herida abierta se veían tejidos adiposos amarillos desgarrados por la navaja. La sangre había salpicado hasta la pared opuesta y escurrido por el pecho, como un babero macabro. La camiseta y los pantalones deportivos estaban empapados en rojo. El hedor del metal estuvo a punto de abrumarla.

—Dios bendito —dijo Bryant desde atrás.

Keats movió la cabeza.

—Uno de vosotros tendría que despedir a su guionista.

Kim lo pasó por alto mientras memorizaba la escena. Se puso sobre el cuerpo y lo miró desde arriba. Los ojos del hombre estaban muy abiertos. El rostro, allá abajo, mostraba la expresión del horror.

Vio en el suelo la botella de whiskey abierta.

—¿Alcohol a estas horas?

—Creo que la mitad del contenido está dentro de él, y la otra mitad, en el tapete. Es un maldito desperdicio. Una botella de Johnnie Walker Blue cuesta más de cien libras.

—Bryant, ve…

—Ya voy.

Bryant giró y regresó al salón. Era mucho mejor que ella con las mujeres angustiadas. En su compañía, a menudo lloraban más.

Kim caminó alrededor del cuerpo, examinando la escena desde todos los ángulos. Nada por ahí parecía alterado, era como si no hubiera habido ninguna lucha.

Un tipo de mono blanco flotaba por ahí.

—Detective, Keegan es demasiado educado como para pedirle que se quite, pero yo no —dijo Keats—. Apártese para que pueda hacer su trabajo.

Kim se lo quedó mirando, aunque retrocedió hasta la esquina de la habitación. Con agrado, notó que el dobladillo derecho del pantalón de Keats estaba descosido, pero maldita la pizca de decencia que tenía esa observación encerrada en el lado más gentil de sus labios.

Keegan tomó fotografías digitales. Después, sacó una cámara desechable y repitió el proceso.

—Su billetera está allá arriba, así que no fue un robo —mencionó Keats, parándose a un lado de ella.

—¿Qué tipo de cuchillo?

—Yo diría que uno de mango de plástico, de dieciocho centímetros, de los que se usan normalmente para cortar pan.

—¿No es una descripción muy detallada para un examen preliminar?

Él se encogió de hombros.

—O podría ser, simplemente, el que está en el fregadero, cubierto de sangre.

—¿Fue asesinado con su maldito cuchillo del pan?

—Detective, no quisiera comprometerme demasiado pronto —bajó la voz y se inclinó hacia ella—, pero me arriesgaría a adivinar que se trató de un homicidio.

Kim puso los ojos en blanco. Genial, hoy, cualquiera podía ser un cómico.

—¿Método para entrar?

—La puerta del patio, que se dejaba abierta para que el gato entrara y saliera.

—Es bueno saber que la campaña «Casa segura» ha sido exitosa.

Kim se acercó a la puerta del patio. Había un técnico fuera, espolvoreando la manilla. Analizó cada centímetro cuadrado de la superficie.

Sus ojos se fijaron por unos segundos y se agachó.

Inspeccionó el jardín trasero, una mezcla de grava y losas. El perímetro estaba delimitado por una cerca.

—Keats, de los de este equipo, ¿quién estuvo la otra noche en casa de Teresa

Wyatt?

Echó un vistazo a los técnicos.

—Diría que solo yo.

Así que solo ellos dos.

—¿Llevas los mismos zapatos?

—Detective, mi calzado…

—Keats, solo responde.

Hizo una pausa de unos segundos, y entonces se acercó a ella.

—No.

Y ella tampoco.

—Observa —dijo, señalando algo.

Él entrecerró los ojos ante el objeto, que apenas medía poco más de dos centímetros.

—Conífera dorada —dijo él.

Los ojos de ambos se encontraron mientras sopesaban las repercusiones del descubrimiento.

—Lo del whiskey es todo un crucigrama, jefa —dijo Bryant, que acababa de aparecer a su lado—. Nuestro chico era un alcohólico en recuperación. Llevaba un par años en la carreta. La esposa afirma que la botella no estaba en la casa esta mañana y que él nunca habría salido de la casa vestido así. Además, tenía en la billetera el mismo dinero que cuando ella salió de casa. Todavía lo vigila.

Kim se levantó y sacó un marcador de pruebas de la bolsa del técnico forense.

—¿Por qué habría traído whiskey el asesino?

Bryant se encogió de hombros.

—No lo sé, pero el chico sufría de una cardiopatía congestiva, así que el whiskey pudo haberle bastado.

Kim estaba intrigada. El asesino había traído una botella de alcohol, sabiendo, de algún modo, que probablemente sería fatal para Tom Curtis; aun así, prácticamente lo había decapitado. No tenía sentido.

—Nuestro asesino simplemente pudo haber traído la botella y abandonado el lugar, pero eso no le bastó. ¿Por qué?

—¿El psicópata habrá querido dejar un mensaje?

—O bien el homicida sabía de su cardiopatía y quiso poner un toque personal, o bien fue un recurso para doblegarlo y facilitarse el trabajo.

Bryant negó con la cabeza, al mismo tiempo en que el móvil de Kim comenzaba a sonar.

—Stone.

—Jefa, ¿cuál es el nombre completo de tu víctima?

—Tom Curtis… ¿Por qué? —preguntó cuando se dio cuenta, por el tono, que a

Dawson le faltaba el aliento. Su estómago dio un vuelco cuando supo lo que estaba a punto de escuchar.

—No vas a creerlo, pero hace diez años hubo un chef en el hogar para niñas Crestwood. Se llamaba Tom Curtis.

15

—Gracias por dejarme conducir de regreso, jefa. Mis nervios no soportarían otra montaña rusa.

—Sí, vamos, pero esto no es «Paseando a Miss Daisy» y me gustaría llegar a la comisaría antes del próximo fin de semana.

Bryant iba rumbo a Halesowen y Kim cogió el móvil. Volvió a marcar un número al que había llamado antes.

—Profesor Milton… Sí… Hola. Sobre lo que charlamos más temprano, ¿está todo bien?

—Hice algunas llamadas, querida, y creo que podré ayudarla con su petición.

—Se lo agradeceré, pero tal parece que tenemos un segundo cadáver relacionado con este caso y la celeridad es de extrema importancia.

Lo escuchó inspirar bruscamente.

—Se hará, detective.

Le dio las gracias y terminó la llamada.

—¿Qué fue eso?

—No te preocupes, solo conduce.

Para el momento en que Bryant detenía el coche en el aparcamiento, ella ya había llamado para concertar una reunión con Woody, así que entró en el edificio y se fue directamente al tercer piso.

Kim golpeó la puerta de Woody y entró en el despacho apenas un instante antes de que él se lo pidiera.

—Stone, más vale que esto sea bueno. Estaba en medio de un…

—Señor, el caso de Teresa Wyatt es mucho complicado de lo que creímos en primera instancia.

—¿Cómo?

Kim respiró hondo.

—El día que la mataron, nuestra víctima llamó al profesor Milton, quien acababa de recibir un permiso para excavar un terreno en Rowley Regis.

—Al principio, Teresa pidió que la incluyeran en el proyecto, pero fue rechazada. Entonces se interesó vivamente por el área en cuestión.

—¿Qué hay de importante en esas tierras?

—Es donde estaba la antigua casa de niñas.

—¿Junto al crematorio?

Kim asintió.

—Tanto Teresa Wyatt como Tom Curtis trabajaron ahí. En los pocos días que han transcurrido desde que se le otorgó el permiso para excavar, la vida del

profesor se ha visto amenazada. Ya mataron a su perro. Dos extrabajadores de Crestwood han sido asesinados.

Woody se quedó viendo la pared detrás de ella. Ya podía leer los titulares.

—Señor, alguien no quiere que se alteren esas tierras.

—Stone, no vayas con esto a velocidades tan vertiginosas. Implica mucha política.

—El equipo estará en el sitio mañana.

La mandíbula del hombre se tensó.

—Stone, sabes que no es posible. Tendríamos que hacer un montón de cosas.

—Con el debido respeto, señor, ese tema debe preocuparlo a usted, no a mí. Con el impulso que está tomando este caso, no podemos darnos el lujo de esperar mucho tiempo.

Él pensó en esas palabras por un momento.

—Quiero que te plantes en el sitio mañana, a primera hora, y que nadie excave nada, que ninguna pala toque la tierra hasta que tengas una confirmación. —Kim no dijo nada.— Stone, ¿me has entendido?

—Por supuesto, señor. Lo que usted mande.

Se levantó y salió del despacho.

16

Bethany Adamson maldijo el ruido repentino en la quietud del pasillo. La rejilla de metal entre el ascensor y el suelo de baldosas traqueteaba bajo su bastón.

Se desplazó a lo largo del pasillo buscando las llaves del piso. Con una mano trató de escoger la llave de la entrada. Se le cayó el llavero entero: metal contra metal.

Maldijo en lo que se agachaba a recogerlo. Un dolor se le disparó en la rodilla y le llegó al muslo. Pudo poner la mano encima del llavero, pero no antes de oír el pestillo que se deslizaba por la puerta de la vieja vaca.

Mientras Beth se enderezaba, sintió la ráfaga de aire caliente que salía por la puerta abierta de su vecina.

—¿Está todo bien? —quiso saber aquella.

No había la menor preocupación en la pregunta, solo un asomo de reprimenda.

Mayra Downs se erguía un poco más de metro y medio sobre sus zapatillas con adornos de peletería. En sus pies desnudos, la piel era escamosa y seca. Beth dio gracias a Dios de que la mujer estuviera vestida con un albornoz de cuerpo completo. Tenía los brazos carnosos cruzados sobre un pecho grande y caído como orejas de perro. Era un rostro arrugado por el disgusto.

Beth la miró directamente. La vieja vaca era capaz de asustar a Nicola, pero no a ella.

—*Na,* señora Downs, *m'astaban* violando y asaltando tres tíos, pero gracias *par* preocuparse.

La mujer resopló.

—Aquí hay gente que trata de dormir, y usted lo sabe.

—Más fácil la tendría si estuviera apoyada en la puerta.

El rostro de la mujer se distorsionó como el de un buldog masticando una avispa.

—¿Sabe?, antes de que usted viniera, este era un lugar perfectamente respetable. ¿Y ahora?, discusiones y ruido a todas horas…

—Señora Downs. Son las diez y media y *sem* cayeron las *yiaves.* Contrólese de un puta vez.

La cara de la mujer se puso roja.

—Bueno…, bueno… ¿Por cuánto tiempo piensa quedarse?

Sí, otra residente que no la quería ahí. Bien, qué mierda de suerte.

—Probablemente me quede por un buen tiempo. Nic me está poniendo en el contrato de arrendamiento.

La mentira valía la pena, con tal ver el horror en su rostro.

—Oh, no, no, hablaré con su hermana de…

El entrometido carcamal empezaba a sacarla de sus casillas.

—¿*Cualé* su puto problema?

—A estas horas, los ruidos fuertes son aterradores para los residentes solteros, jovencita.

—¿Quién coño cree *usté* que va'ntrar? La protegen tres cerraduras y una combinación. —Beth la miró de arriba abajo.— Y no sé a qué le tiene tanto miedo, con toda franqueza.

La señora Downs se apartó de la puerta.

—No puedo con usted. Hablaré con Nicola. Ella es mucho más agradable que usted.

«Como si no lo supiera», pensó Beth.

Se quedó viendo a la vieja hasta que la puerta se cerró finalmente. Se dio permiso de soltar una risa leve. Ese pequeño intercambio le había hecho la noche.

Hizo tintinear las llaves unas cuantas veces antes de entrar finalmente en el apartamento.

Beth puso el bastón en el borde del sofá y se sentó. Empezó a sobarse la rodilla. Tenía un frío de muerte.

Buscó las zapatillas que estaban a un lado del sofá, en la orilla. La parte superior, de cuero marrón, era suave y tersa; el pelo, lujoso y cálido.

Se quitó las botas de tacón plano y metió los pies dentro del costoso calzado. No era suyo, pero a Nicola no le importaría. Siempre habían compartido las cosas. Eso es lo que hacían las gemelas.

Se puso de pie y sacudió la rodilla para quitarse el dolor.

Llamó suavemente a la puerta de Nicola. No hubo respuesta. ¿Qué esperaba? Era natural que la puta de su hermana no estuviera en casa. Estaría fuera, bailando y mostrando el cuerpo a cambio de dinero.

Abrió la puerta y entró. Como siempre, el lugar le quitó el aliento. Era la habitación que siempre había querido tener, cuando estaban una al lado de la otra en Crestwood.

Su dormitorio tendría almohadas y sábanas rosas a juego. Alrededor de las camas habría un dosel sujeto con un hermoso lazo. Soñaban con un armario tan mágico como el de Narnia. Los estantes estarían llenos de juguetes de felpa y bolas de nieve. Las cabeceras de ambas camas estarían cubiertas con guirnaldas de luces. Su dormitorio soñado sería mágico y luminoso y estaría lleno de las cosas que eran suyas, y se quedarían dormidas jugando a las sombras en la pared.

Beth se internó más en la habitación. Su mano se deslizó a lo largo del estante sobre la chimenea y aterrizó, al final, en el único oso de felpa. Abrió la puerta del vestidor y entró.

La ropa de Nicole, sus prendas íntimas y sus zapatos estaban doblados, guardados y organizados según el color. Había dos cajones exclusivos para las joyas. En uno había piezas costosas y delicadas metidas en sus cajas originales. Beth alcanzó a ver una de Cartier y otra de De Beers.

En el segundo cajón había piezas más gruesas y pesadas. Beth supuso que serían las que usaba en el trabajo. Lo cerró rápidamente y siguió adelante. No le gustaba pensar en su hermana trabajando.

Había un tocador entre el armario y la zapatera. Una sencilla guirnalda de luces sin colores bordeaba el espejo.

Beth regresó al dormitorio y se sentó en la cama con dosel. Era la habitación digna de una princesa, tal como la habían planeado. Era el lugar donde habían jurado vivir juntas por los siglos de los siglos.

Era el dormitorio de sus sueños, excepto por el hecho de que había una sola cama.

Una sola cama que disfrutaba la hermana que lo tenía todo.

Las posesiones de Nicola no indignaban a Beth tanto como la resistencia de su hermana a admitir lo que había hecho. Ni de lejos.

Esa lastimosa negación del pasado la enfurecía cada vez más, día tras día. Ninguna disculpa podría borrarla.

Los actos de Nicola habían destruido cualquier oportunidad de una vida en común y, aun así, ella seguía insistiendo en que no sabía nada.

«No sé por qué me odias. No sé qué hice. No sé cómo te hice daño.»

Negativas una y otra y otra vez.

Por más que Nicola protestara, Beth sentía la verdad en el fondo de su corazón.

Muy hondo, en algún lugar; ella lo sabía.

17

—Madre santa, Bryant, ¿no puedes quedarte quieto?

Pasaba el peso de un pie al otro. Durante la noche, la temperatura había caído a tres bajo cero y el suelo aún tenía un núcleo de hielo que se colaba hasta los huesos a través de los zapatos.

Se sopló el aliento tibio en las manos ahuecadas.

—Para nosotros, los que no estamos hechos de titanio, hace suficiente frío como para congelarle las pelotas a un mono de latón.

—Ánimo —dijo Kim mientras caminaba hasta el borde del lugar.

En sí misma, el área era del tamaño de un campo de fútbol. Se elevaba suavemente hacia una hilera de árboles que oscurecían la punta norte de la finca municipal. En el lado oeste había una carretera que separaba el sitio del crematorio de Rowley Regis. Los restos de un gran edificio se erguían en el extremo sur, más cerca de la carretera, detrás de una parada de autobús y una farola. El piso superior daba a una hilera de casas adosadas del otro lado del camino. Una cerca de dos metros formaba un apretado perímetro alrededor de la estructura, ocultando a las miradas el nivel inferior.

Kim echó un vistazo al oeste y negó con la cabeza. Qué reconfortante para esos niños abandonados, descuidados y víctimas de abusos mirar, a través de sus ventanas, un campo para muertos.

Había veces en que la apaleaba la falta de sensibilidad del sistema. El edificio había quedado disponible y eso era lo único que importaba.

Suspiró y lanzó un beso silencioso a la tumba de Mikey, que en ese momento permanecía oculta tras una cortina de niebla, aislada del resto del mundo más de cincuenta metros por todos lados.

Un coche familiar Volvo se detuvo en un área de tierra en la parte más alta del lugar.

Kim se acercó mientras el profesor Milton y dos hombres salían del vehículo.

—Detective, qué gusto verla de nuevo.

Podía advertir el sorprendente cambio de talante que el hombre había experimentado de un día para otro. Sus mejillas estaban sonrojadas, y sus ojos, brillantes. Andaba con pasos vivaces y decididos. Si eso era el resultado de una noche bajo los cuidados de la señora Pearson, el profesor tendría que sopesar la idea de reservarla.

En cuanto Bryant apareció al lado de Kim, el profesor se volvió a sus compañeros.

—Les presento a Darren Brown y a Carl Newton. Son voluntarios que, según el programa, me ayudarán en la excavación. Manejarán el equipo.

Kim se sintió obligada a ser muy directa con él, después de todos los inconvenientes que el hombre había enfrentado.

—¿Sabe que esta es una corazonada, profesor? Es posible que aquí abajo no haya nada.

Los ojos del hombre se tornaron serios, y su voz, baja.

—¿Y qué tal que sí hubiera? Llevo dos años tratando de hacer excavaciones en estas tierras y alguien ha estado haciendo todo lo posible por detenerme. Me gustaría saber por qué.

A Kim le daba gusto que él lo entendiera.

Un Vauxhall Astra se detuvo a un lado del coche del profesor. Se bajó un hombre corpulento de unos cincuenta años, seguido de una mujer alta y pelirroja; una veinteañera, según los cálculos de Kim.

—David, gracias por haber venido —dijo Kim.

—No recuerdo que me hubieran dado muchas opciones, detective —dijo él, esbozando media sonrisa.

—Profesor, quiero presentarle al doctor Matthews.

Los dos hombres se saludaron con un apretón de manos.

Kim había conocido al doctor David Matthews en la universidad de Glamorgan, la cual, junto con Cardiff University y la policía de Gales del Sur, formaban en el Reino Unido una organización peculiar llamada Instituto Universitario de Ciencias Policíacas. Estaba dedicada a la investigación y el adiestramiento relacionados con asuntos policíacos.

El doctor Matthews era consejero del Centro Glamorgan de Ciencias Policíacas y había sido una pieza fundamental en la creación de la facultad de Investigación de Escenas Criminales.

Dos años antes, Kim había asistido a un coloquio y, basada en sus propias experiencias, les había hecho un par de sugerencias para mejorar el entrenamiento en el manejo de escenas criminales. Como resultado, se quedó ahí el resto del fin de semana.

—Déjenme presentarles a Cerys Huges. Es una arqueóloga muy calificada y acaba de terminar una licenciatura en escenas forenses.

Kim le hizo una señal de asentimiento.

—Bien, es importante que ustedes dos entiendan que todavía no tenemos autoridad aquí. Mi jefe está haciendo los trámites burocráticos, así que no podemos alterar nada hasta que pongan en orden todo el papeleo. Si sospechan la presencia de alguna cosa, lo que sea, háganmelo saber.

David Matthews dio un paso al frente.

—Cuentas con tres horas de nuestro tiempo para estas travesuras. Si no se detecta nada para entonces, nos marcharemos.

Kim asintió. Tres horas del hombre por dos días de ella. Sí, le parecía justo.

Él prosiguió:

—Cerys y yo haremos un corte en una pequeña sección de la parte de arriba para comenzar a analizar el suelo.

Kim asintió hacia Cerys. La mujer tenía la cabellera de color rojo encendido cortada en una elegante melena justo por debajo de la recta línea de la mandíbula. Sus ojos, de un azul pálido, eran penetrantes. Carente de una belleza natural, tenía un rostro intrigante que llamaba la atención.

La mujer, sin sonreír, hizo un gesto de aceptación y fue detrás de David, que ya caminaba hacia la parte más alta del lugar.

Una furgoneta Ford Escort blanca ocupó el último lugar en el espacio de tierra.

Una mujer abrió las puertas traseras. Dentro había una cafetera humeante y paquetes envueltos en papel de aluminio.

Bryant se rio entre dientes.

—¿La habrá evocado mi imaginación?

—No, es de verdad. Asegúrense de que todo mundo tenga una bebida caliente y un sándwich de beicon antes de comenzar.

Bryant sonrió.

—¿Sabes, jefa? A veces…

Kim no oyó el resto de las palabras, puesto que ya se dirigía hacia el edificio abandonado, colina abajo.

Recorrió el perímetro de la cerca, pero no había por dónde entrar. La fachada daba a la carretera y a las casas de enfrente. Demasiadas miradas indiscretas. Regresó a la parte trasera y comenzó a buscar áreas vulnerables.

El diseño de la cerca no era el tradicional, de listones sobrepuestos. Cada panel estaba hecho de madera dura y gruesa, de la que se usa normalmente para fabricar palés; el de arriba al ras con el de abajo. Una pizca de luz diurna se filtraba entre cada dos piezas de veintitrés centímetros.

Empujó uno de los altos postes de madera de la cerca. Se movía hacia delante y hacia atrás, con su extremo inferior podrido dentro de la tierra.

—Ni se te ocurra, jefa —dijo Bryant, y le ofreció una bebida caliente. Ella la tomó con la mano izquierda y continuó su camino a lo largo de los postes, uno tras otro. Los siguientes dos estaban firmes, pero el cuarto se balanceaba de lado a lado.

—¿Cómo lograste que viniera el doctor Matthews? ¿Lo intimidaste?

—Define *intimidar* —dijo ella, empujando el siguiente poste.

—Quizás sea mejor que no me entere. Negación plausible y todo lo demás.

—No está de más tener una arqueóloga forense en este lugar.

—Desde luego que no, excepto que, por el momento, no estamos autorizados para pedirle a nadie que haga nada. —Kim se encogió de hombros.— ¿Y si aquí no hubiera nada?

—Nos iríamos a casa a tomar el té. Pero, si lo hubiera, tomaríamos la delantera. El doctor Matthew está totalmente calificado para….

—Sí, lo sé. Me acaba de dar su historial completo, pero Woody dijo que no deberíamos tocar nada hasta que los papeles estén en orden.

—¿Ves?, ahora estás de pedante.

—Solo trato de cuidarnos el trasero, jefa.

—Mi trasero está fetén. Deberías preocuparte por el tuyo, si piensas comerte ese segundo sándwich de beicon que llevas en el bolsillo.

—¿Cómo supiste?

Kim movió la cabeza de un lado al otro. Porque él debió traerle uno, por más que supiera que ella probablemente no lo tocaría.

Se apartó de la cerca y apuró su café.

—Ahora, lo más importante: ¿debo pasar por encima o a través?

Bryant gruñó.

—¿Qué opinas de alejarte?

—No es ninguna de las opciones que propuse.

—No estamos autorizados a entrar.

—O me ayudas o me dejas en paz. Elige.

Puso el vaso vacío en el suelo mientras Bryant suspiraba profundamente.

—Si abrieras una brecha, dejarías un área peligrosa para los niños.

—Entonces, por arriba —dijo Kim, dirigiéndose a un punto intermedio entre dos postes sólidos. Tiró una patada a uno de los paneles, a la altura del muslo. Este se astilló. Una segunda patada lo rompió por la mitad. Empujó las tablillas rotas hasta conseguir que la pieza de abajo pudiera usarse como escalón.

En un movimiento fluido, puso la punta de la bota sobre el listón y se apoyó en el hombro de Bryant para trepar. Se agarró del poste firme de la izquierda y pasó la pierna derecha al otro lado, por encima de la cerca. Ya sentada a horcajadas en lo alto de la cerca, se tomó un instante para recuperar el equilibrio antes de pasar la pierna izquierda. Del otro lado, saltó de espaldas, con las rodillas flexionadas para absorber el impacto.

La hierba que rodeaba el edificio era alta y estaba llena de ortigas. Kim puso rumbo hacia la única ventana rota que podía ver en la planta baja. La cerca, por su altura, había protegido las ventanas bajas, pero todos los vidrios del nivel superior estaban rotos.

Examinó un cubo de basura de hojalata gris. Le quitó la tapa y lo estrelló contra el ventanal dañado.

—¿Qué coño haces? —gritó Bryant.

Ella no le hizo caso y golpeó otro par de cristales. Cogió entonces el cubo, lo puso boca abajo y se paró encima. Con mucho cuidado, se contorsionó para entrar por

la ventana rota y aterrizar sobre una cubierta de formica que corría a lo largo de toda la pared, interrumpida solo por un fregadero doble.

Miró el interior del lugar y observó las paredes de la cocina dañadas por el fuego. Kim había leído que el incendio se había originado ahí mismo. La paredes estaban más ennegrecidas cerca de la puerta que conducía al pasillo. Había telarañas adornando cada rincón del recinto.

Desde algún lugar del edificio podía oír un goteo de agua. El suministro tendría que estar cerrado en el conducto de alimentación. Supuso que sería agua de lluvia residual de un techo dañado por el fuego y el tiempo, ahora expuesto a los elementos.

De pie en la entrada, notó que el corredor iba de lado a lado del edificio, dividiéndolo por la mitad. Al mirar a su derecha, advirtió que las paredes estaban pintadas de un color blanquecino. Algunas partes estaban cubiertas de una fina capa de polvo, pero el fuego no las había tocado.

A su izquierda, las vigas de madera que sostenían el techo habían quedado expuestas y ennegrecidas. Los marcos de las puertas estaban carbonizados y solo quedaban unas cuantas manchas de pintura en las paredes del nivel inferior. De entre las vigas colgaban cables y alambres.

El suelo del pasillo estaba cubierto de escombros y tejas caídas. Los daños parecían más graves conforme uno se alejaba hacia las orillas del edificio.

Kim regresó a la cocina y volvió a examinar los daños. Los armarios de pared más cercanos a la puerta estaban jaspeados con el efecto marmóreo de la madera abrasada. Las puertas del congelador, desvencijadas, colgaban de sus bisagras. El área más próxima a la estufa de seis quemadores había quedado cubierta con una ligera capa de hollín.

Abrió el mueble de pared más cercano a la estufa y cayó excremento de roedores sobre la encimera. Había una hoja de papel A4 clavada en el interior de la puerta. La impresión era aún visible: se trataba de una lista con los nombres de las niñas del lado izquierdo. Una cuadrícula indicaba qué faena le correspondía a cada una durante la semana.

Kim hizo una pausa momentánea. Extendió la mano y tocó unos cuantos nombres, los primeros. Ella había sido una de ellas. No aquí, no en ese momento, pero, en su subconsciente, conocía a cada una de las niñas de la lista. Sabía de su soledad, de su tristeza, de su enfado.

De pronto, a Kim la asaltó el recuerdo de su familia de acogida número cinco. En el pequeño trastero de la parte trasera de la casa, durante toda la noche oía los suaves arrullos de la casa de al lado.

Cada vez que soltaban a las palomas mensajeras, las miraba con la esperanza de que se fueran lejos, de que escaparan de su cautiverio hacia la libertad. Pero nunca lo hacían.

Los lugares como Crestwood eran lo mismo: a veces liberaban pájaros, pero parecía que siempre volaban de regreso.

Como en las prisiones, la salida del hogar infantil iba acompañada de despedidas llenas de buenos deseos, pero ninguna irrevocabilidad.

Interrumpió sus ensoñaciones el sonido lejano de una sirena. Se subió a la superficie de trabajo, se coló a través de la ventana, se apoyó en el cubo de basura y bajó al suelo.

Arrastró el cubo hasta la cerca justo cuando se apagaban la sirena y el motor del coche.

—Buenos días, Kelvin, ¿a qué vienen esos aullidos? —gritó Bryant.

Kim puso los ojos en blanco y se apoyó contra la cerca.

—Nos reportaron que alguien fue visto dentro del edificio.

Fantástico, la policía había llegado a ayudar.

Bryant soltó una risita.

—*Na,* he sido yo fisgoneando por aquí, nada más. He cogido hoy un trabajo de mierda. Me han puesto a cuidar a este maldito equipo de excavadores y tenía curiosidad de saber qué había allá atrás.

—Pero ¿no has estado dentro del edificio? —El alguacil parecía dubitativo.

—No, compañero, ¿qué tan estúpido crees que soy?

—Bien, detective. Lo dejo a tu cargo.

El agente comenzó a alejarse, pero se volvió y regresó un par de pasos.

—¿Un trabajo de mierda de tu jefa, detective? —preguntó.

—¿De quién más?

—Te diré algo, señor, cuentas con las condolencias de casi toda la comisaría por tener que trabajar con esa rompepelotas.

Bryant se rio.

—¿Sabes?, si pudiera oírte, probablemente estaría de acuerdo contigo.

—Aunque es un poco fría, ¿no?

Kim asintió detrás de la cerca. Sí, eso la satisfacía.

—*Na,* no es tan mala como vosotros creéis. —A Kim le faltó poco para gruñir. Sí, sí que lo era.— De hecho, hace apenas unos días nos estaba diciendo lo bueno que sería que vosotros conversarais con ella de vez en cuando.

Iba a matar a Bryant. Lentamente.

—No hay problema, señor, lo tomaré en cuenta.

Mientras se alejaba, el agente iba informando al cuarto de control que las instalaciones estaban en orden.

—Cabrón —espetó Kim tras la cerca.

—Oh, vaya, perdona, jefa. No me di cuenta de que estabas ahí…, escuchando.

Kim se subió al cubo y salió del área de la misma manera en que había entrado. Aunque aterrizó de pie, cayó sobre Bryant y lo golpeó en un costado.

—Oh, disculpa —dijo.

—En la clasificación de las disculpas genuinas, esa tendría un menos siete.

—Detectives —dijo el profesor, apareciendo junto a ellos—, estamos listos para empezar.

Bryant captó la mirada de Kim y se la sostuvo mientras el profesor giraba y se alejaba de ahí.

—¿Y averiguaste algo en tu misión ilegal de reconocimiento?

—Diga lo que diga el informe, el incendio no comenzó en la cocina.

18

Kim alcanzó al profesor cuando este ya estaba cerca de Bill y Ben, como ella había bautizado a los voluntarios.

—El doctor Matthews ha hecho una investigación preliminar en el suelo y averiguó que tiene un gran contenido arcilloso. —Nada sorprendente en Black Country.— Semejantes condiciones afectan la capacidad de penetración del radar, así que comenzaremos con un magnetómetro.

—Salud —dijo Bryant.

El profesor no hizo caso al compañero de Kim y siguió hablando como si ella tuviera alguna idea de lo que estaba diciendo. Kim rara vez cuestionaba los conocimientos de los demás. Confiaba en que la gente haría su trabajo con eficiencia y esperaba reciprocidad.

—El magnetómetro se vale de sensores para medir el gradiente del campo magnético. Los cambios de materiales pueden provocar alteraciones, y este instrumento en particular es capaz de detectar anomalías causadas por suelos alterados o materiales orgánicos en descomposición.

Bill se dirigió hacia ellos con Ben detrás. Para Kim, era algo como surgido de *Terminator*. Lleva al hombro una correa negra unida a una varilla de metal de unos dos metros de largo que sostenía en posición horizontal, a la altura de la cadera. En la punta más alejada, había una segunda barra con una T gigante. En cada extremo de la barra más pequeña había sensores, y estos estaban conectados por cables a un lector que tenía atado en la cintura y a una mochila de lona negra que llevaba a la espalda.

—Bien. Empezaremos aquí, en el borde inferior, y trabajaremos en líneas rectas. Como cuando podas el césped, más o menos.

Kim asintió y los tres se apartaron.

El doctor Matthews y su ayudante se habían retirado al calor del coche.

—¿Estás bien con esto, jefa? —preguntó Bryant.

—¿Por qué no habría de estarlo? —espetó ella.

—Bueno, ya sabes…

—No, no sé, y si tienes alguna necesidad de cuestionar mi capacidad, habla con mi jefe.

—Jefa, jamás haría una cosa así. Solo me preocupé y quise preguntarte.

—Estoy bien, déjalo.

Ella nunca hablaba de su pasado, pero Bryant sabía que había vivido un tiempo en el sistema asistencial. De lo que le había sucedido ahí, él no tenía ni idea. Sabía que la madre estaba viva y que sufría de esquizofrenia paranoide; pero desconocía las repercusiones de eso. Estaba al corriente de que Kim había tenido

un hermano gemelo, aunque no de las causas de su muerte. Solo una persona conocía su pasado, y ella tenía la más absoluta certeza de que todo seguiría siendo así.

El móvil sonó en su bolsillo. Era Woody.

—¿Señor? —contestó expectante.

—Seguimos a la espera, Stone. Solo quería asegurarme de que no se te fuera a olvidar lo que acordamos.

—Por supuesto, señor.

—Porque, si haces algo que contravenga mis instrucciones…

—Señor, por favor, puede confiar en mí.

Bryant negó con la cabeza.

—Si la autorización no me llega en las próximas dos horas, dile al profesor Milton que se retire y dale las gracias por su tiempo.

—Sí, señor —dijo ella. Gracias a Dios, su jefe no sabía nada del doctor Matthews.

—Sé lo frustrante que es andar por ahí sin hacer nada, como no sean los procedimientos obligatorios.

—Lo entiendo, señor. Aquí está Bryant. Quiere expresarle su preocupación acerca de algo relacionado con el manejo del caso.

Le pasó el teléfono. Bryant la miró con ojos de pistola y se alejó.

—Mmm, no, parece que me equivoqué.

Woody hizo un sonido de desaprobación y colgó. Ella tecleó el número de Dawson, quien le cogió la llamada al segundo timbrazo.

—¿Qué hay?

—Por ahora, no mucho, jefa.

—¿Ya tienes los nombres del resto del personal?

—Todavía no. La autoridad local no es tan servicial como Courtney. Estamos rastreando cualquier noticia donde se hubiera mencionado Crestwood para ver si sacamos algo en claro. Hasta el momento, lo mejor que he conseguido es que un tal pastor Wilks organizó una caminata patrocinada por Three Peaks. Su intención era recaudar fondos para regalarles a las niñas un día de paseo.

—Bien, Kev, ponme con Stacey.

—Buenos días, jefa.

—Stace, necesito que vayas haciendo una lista de las niñas que estuvieron ahí el día en que el edificio se incendió.

Aunque no hallaran nada, de todos modos tendrían que hablar con exresidentes para averiguar cómo se relacionaban Teresa Wyatt y Tom Curtis.

Stacey dijo que la conseguiría enseguida y colgó.

Kim echó un vistazo a los chicos. Habían avanzado un poco menos de quince metros con el magnetómetro, pero ahora estaban estancados, revisando el equipo.

Su mirada errante se topó con Bryant, que estaba de espaldas en el borde del terreno. Aunque no era lo normal, esta vez le sabía mal haberse burlado de él. Sabía que había actuado preocupado por su bienestar. Simplemente, no reaccionaba bien a los gestos amables.

—Oye, ¿todavía tienes aquel sándwich de beicon? Le preguntó, codeándole el brazo.

—Sí, ¿lo quieres?

—No. Ve a tirarlo en ese contenedor. Tus niveles de colesterol no pueden soportarlo.

En cuanto las palabras salieron de su boca, se dio cuenta de que funcionaban en los dos sentidos.

—¿Has estado hablando con mi señora?

Kim sonrió. Había recibido un mensaje de texto dos días antes. Oyó movimientos y miró atrás.

El profesor se acercaba a gran velocidad. Tenía la cara roja, los rasgos enérgicos.

—Detective, la máquina nos está mostrando lecturas muy interesantes. Creo que hemos encontrado algo.

Bryant le buscó la mirada.

—Jefa, no tenemos la autoridad.

Ella se lo quedó viendo por un minuto. Si había un cadáver enterrado en esas tierras, no permanecería allí un minuto más de lo necesario.

Asintió al profesor.

—Comiencen a cavar.

19

—Jefa, con el debido respeto, ¿te has vuelto loca?

—¿Hay algo que te moleste, Bryant?

—Solo el hecho de que esto podría hacerte perder el trabajo.

Se encogió de hombros.

—Solo perderé el mío.

—Sí, pero a veces no necesitas más que hacer un alto y tomarte un minuto para pensar.

—Te diré algo. Quédate aquí, pensando en mi lugar, en lo que hago mi trabajo.

Se alejó de él y se dirigió al profesor. El doctor Matthews cruzó el terreno como disparado por una catapulta.

—Detective, no puedo permitir esto. ¿Qué demonios cree que está haciendo?

—Mi trabajo.

—Esto no será su trabajo hasta que tenga una autorización para excavar.

—¿Quién habló de excavaciones? Solo vamos a hacer un pequeño agujero.

Todo mundo había convergido en el lugar y siete personas contemplaban la máquina.

—Puede echar a perder toda la investigación si actúa tan precipitadamente.

—Doctor, si descubriéramos un cadáver, adoptaría de inmediato todos los protocolos correctos, pero, por el momento, no tenemos más que una anomalía. Hasta donde sabemos, podría no ser más que un perro muerto. —Al instante se dio cuenta de lo que había dicho.— Disculpe usted, profesor.

—Es una escena criminal en potencia — alegó Matthews.

—Que, a estas alturas, ya podía haber sido excavada por cualquier viejo entusiasta de los detectores de metales, en cuyo caso, no habría seguido protocolos de ninguna clase.

Tal era su razonamiento, y se aferraba a él.

Matthews tensó la boca cuando se dio cuenta de que no podría disuadirla.

Los ojos del hombre recorrieron el grupo de personas y volvieron a posarse en ella.

—Su impulsividad está a punto de poner en riesgo las carreras de estas personas.

Kim asintió comprensiva. Se volvió a Bill y a Ben.

—Denme la pala.

—Jefa…

Bill y Ben miraron al profesor, quien, a su vez, la miraba a ella.

—Dios santo —gruñó, cogiendo la pala—. Doctor Matthews, si lo desea, vuelva al auto en lo que llega la autorización. El resto de ustedes, hagan lo que quieran.

Levantó el brazo y dejó caer al suelo la punta de la herramienta. Con el pie derecho, empujó la hoja hacia abajo todo lo que pudo. Sacó un bulto de tierra y lo echó a su izquierda. Esgrimió la pala una vez más.

El doctor Matthews resopló y se alejó.

—No seré partícipe de eso. Vámonos, Cerys.

—Un minuto, doctor —dijo ella sin volverse a verlo. Captó la mirada de Kim—. Solo me gustaría observar por un rato.

El doctor vaciló antes de negar con la cabeza. Caminó de regreso al coche.

Kim le dio las gracias a la técnica forense con una sonrisa. Su presencia le brindaba alguna protección, y ella lo sabía.

Enterró la pala otra vez y repitió la tarea. La tierra era dura y el proceso sería largo, pero era mejor que estar ahí sin hacer nada.

—Oh, por el amor de Dios —dijo Bryant, y fue a por una segunda pala.

Se paró frente a ella, a un par de metros de distancia, y dejó caer el instrumento en el suelo.

El profesor parecía afligido. Negó con la cabeza.

—No, no, no. Miren, si van a hacer esto, más vale que, por lo menos, lo hagan como es debido.

Las siguientes dos horas, ella y Bryant hicieron equipo con Bill y Ben, tomando turnos y cavando en el lugar tal como mandaban Cerys y el profesor Milton.

Con frecuencia, Cerys daba vueltas por el área, consultando los datos del magnetómetro. Les decía dónde cavar y qué tan hondo.

Cerys se agachó cerca de donde Kim estaba trabajando.

—Detectives, creo que deberían salir en este momento. Profesor, ¿me pasaría su bolsa de herramientas?

Kim salió del foso, que, para ese momento, ya tenía dos metros de anchura, unos dos y medio de largo y cerca de cincuenta centímetros de profundidad.

Trató de sacudirse, pero las manchas que tenía hasta las rodillas de barro húmedo y arcilla se habían secado en sus pantalones.

Cerys y el profesor Milton revisaron los datos y señalaron algunas áreas de la excavación. Los chicos entraron con sus herramientas manuales de jardinería y escucharon las instrucciones de Cerys.

Bryant se puso a un lado de Kim.

—Contigo nunca hay días aburridos, ¿verdad?

—Quemaste el sándwich de beicon, por lo menos.

—Y algo más.

El estómago de Kim comenzaba a rugir. Hacía mucho que se había ido la media rebanada de pan tostado de las seis treinta.

—Son casi las dos. No queda mucha luz, —observó Bryant.

Bill o Ben le pidieron a Cerys que entrara en el foso. Ella se arrodilló y empezó a

desempolvar un área en particular con algo así como un cepillo de colorete de gran tamaño. Kim podía apreciar que no le importaban el barro ni la suciedad que ahora apelmazaban sus vaqueros azul claro.

Cepilló por segunda vez y se detuvo.

—Bien, ahora necesito que cualquiera que no esté capacitado como forense abandone el foso, de inmediato.

Cerys se quedó sola. Se volvió y miró a Kim a los ojos.

—Aquí hay huesos, detective, y, a menos que haya perros con cinco dedos, este no es un perro.

Durante unos segundos, nadie dijo nada mientras contemplaban el descubrimiento.

Entonces, como si los huesos recién expuestos hubieran emitido alguna clase de alarma, dos coches patrulla derraparon en la grava y el móvil de Kim comenzó a sonar.

Era Woody. Gracias a Dios.

—Stone, regresa y trae contigo a Bryant —ladró.

—Señor, tengo que decirle que…

—Cualquier cosa que tengas que decirme podrá esperar a que estés aquí.

—Pero hay huesos en este terreno.

—Y te acabo de decir que regreses de inmediato, y si tardas más de quince minutos, ni te preocupes en venir.

La línea se quedó en silencio. Se volvió a Bryant.

—Creo que ya lo sabe. —Bryant puso los ojos en blanco.— Adelántate. Allá nos vemos.

Bryant asintió y se dirigió al coche.

—Escuchen, compañeros, muchas gracias por su ayuda, pero, si alguien les pregunta, Bryant nunca tocó nada, ¿de acuerdo?

Todos asintieron.

Kim corrió a su motocicleta y se puso el casco y los guantes. Se alejó del sitio, preparándose para oír la música.

20

Hay algo en ella que me impulsa.

Está rodeada de actividad, de sirenas, vehículos, movimiento, y, de todos modos, mis ojos nunca la abandonan. Destaca entre la multitud. Es una imagen tridimensional en una película de dos dimensiones.

Hay en ella una energía ingobernable. Como si la impulsara un demonio. Es oscura y me intriga. Incluso entre la multitud, está sola. Aun quieta, se mueve. Un apretón con la mano o un golpecito con el pie siguen el ritmo de un cerebro que jamás descansa.

Aunque nunca la vi, la conozco. Sé de su inteligencia, su inquietud y la suspicacia natural en su mirada. Tiene un sentido que se oculta a la mayoría. Es un sentido indefinible y sin nombre, pero está en sintonía con todo lo que la rodea.

Y ya lo he visto.

Ah, Caitlin. Dulce y adorable Caitlin…

Se ha ido demasiado pronto. Una película sin estrella. Mi interés mengua, pero me quedo donde estoy, momentáneamente perdido en mis cavilaciones.

¿Qué fue primero, el huevo o la gallina? Es una pregunta que me he hecho a menudo. ¿No sentí nada cuando mi madre me rechazó o ella me rechazó porque yo no sentía nada?

Es una pregunta que muchos estudiosos han analizado concienzudamente. ¿Un psicópata nace o se hace? Ellos no tienen la respuesta, ni yo tampoco.

Hubo un tiempo en que me resistí, luché contra eso, incluso traté de entenderlo, pero eso fue hace mucho tiempo.

Mi viaje comenzó con un pez. Con un simple, ordinario y anónimo pez dorado que mi padre se ganó en una feria itinerante. Me lo llevé a casa. Vivió en una jarra durante dos días, y, entonces, murió.

Mi hermana estaba inconsolable. Yo no. Ella lamentó la pérdida, pero yo no sentí nada. Quería tener lo mismo que ella. Quería su pena. Quería su dolor. Quería sentir.

Luego vino el gatito. Su pelaje era suave y tibio. Se suponía que era de los dos, pero a ella la quería más. Ni siquiera se resistió cuando le tapé la boca. Tras su último aliento, me quedé esperando, pero tampoco sentí nada.

Todos los niños del colegio tenían mascotas y yo también quería una. Esta sería solo mía. La alimenté, la llevé a pasear, vivía en mi habitación. Esta vez tenía más esperanzas, pero el chasquido de su cuello no me provocó ninguna pena. Solo alimentó mi curiosidad. Mi necesidad de averiguar hasta dónde podía llegar.

Tres animales muertos nos dejaron con una prohibición de mascotas. Eso limitaba

mis posibilidades de seguir investigando y, entonces, me di cuenta de que la prueba final había estado siempre delante de mí.

Todo mundo decía que era linda, adorable, angelical, perfecta. Así que se convirtió en mi objetivo. Yo sabía que no la traería al estanque sin tentarla. Tenía esa mirada. Percibía cosas que los demás no podían percibir.

Así que le dije que había conejitos; una mamá y sus bebés. Apunté hacia el arbusto, justo en la orilla. Ella se asomó. Estaba de espaldas a mí. La empujé hacia abajo y me senté a horcajadas sobre su cuello. Ella tosió y farfulló y, finalmente, dejó de moverse.

Oh, Caitlin, Caitlin, Caitlin. Qué regalo me diste.

Mientras descabalgaba su cuerpecito, finalmente encontré todas las respuestas. Mi enfermedad no era una maldición, sino una bendición. El sacrificio de mi hermana finalmente me había liberado. Desde ese día, me he sentido libre de tomar lo que quiero y destruir lo que no quiero, sin restricciones ni culpas ni remordimientos.

Como un miembro amputado, la compasión simplemente no existe en mí. No me la pueden reemplazar ni trasplantar, y tampoco la deseo. Es un grillete que encadena a los mortales con una moral y un código ético. Pero yo no tengo códigos qué obedecer.

Así que, ¿qué fue primero, la gallina o el huevo? La respuesta es que me tiene absolutamente sin cuidado.

Cuando el sonido de la motocicleta se desvanece, me vuelvo y me alejo.

Ella sería una digna adversaria.

Descubrirá por el camino cosas que la llevarán exactamente a donde quiero que vaya.

Descubrirá secretos de Crestwood, pero nunca el mío.

21

A pesar de la ventaja que le dio, Kim se detuvo en el aparcamiento un momento antes que Bryant. Él aparcó a un lado.

—Ve a limpiarte. Yo iré a ver a Woody. —Emprendió el camino hacia la entrada.

—Estoy más que satisfecho con mis propias decisiones, así que no…

—Me quedan siete minutos para llegar a ese despacho. Apresúrate.

Corrieron escaleras arriba y entraron juntos a las oficinas.

Los ojos de Dawson se agrandaron.

—Madre santa, es como si hubierais tenido una especie de lucha en barro. —Se rio.— Me hubiera gustado verla. Habría puesto mi dinero en la jefa.

Bryant se sentó.

—Coño, Dawson, cualquier apuesta inteligente habría sido sobre la jefa.

—Hay huesos —dijo Kim, quitándose la chaqueta. Se pasó los dedos por el cabello—. Bryant os pondrá al corriente. —Se dirigió a la puerta.

—Jefa —dijo Bryant, deteniéndola—. Dile la verdad.

—Por supuesto —contestó ella y caminó hacia las escaleras.

Según sus cálculos, le quedaba un minuto y medio cuando golpeó la puerta. Esperó a que él la invitara a entrar. No le serviría de nada enfurecer a su jefe un poco más.

Dio cuatro pasos hasta la silla y notó que la pelota antiestrés seguía en el escritorio. Bien, ahora sí que estaba en problemas.

—¿Qué coño crees que estás haciendo, Stone?

—Este, ¿podría ser un poco más específico? —preguntó ella. Detestaría disculparse por lo que no era.

—Déjate de jugarretas. Tus payasadas y las de Bryant podrían poner en un grave peligro…

—Bryant no, señor, él solo observaba.

Woody se la quedó mirando.

—Tengo a alguien que lo vio dentro de la fosa.

—Y yo tengo a cuatro más cercanos a la fosa que lo niegan.

—¿Y qué diría Bryant?

Kim tragó. Ambos sabían la respuesta.

—Señor, me apena mucho lo que hice. Sé que estuvo mal y me gustaría, con toda sinceridad…

—Ahórrame el discurso. Es nauseabundo y no te traerá ningún beneficio.

Tenía razón. Kim no sentía el menor remordimiento.

—¿Cómo se enteró?

—No es que sea de tu incumbencia, pero el doctor Matthews…

—Sí, tenía que haber adivinado que él…

—… tenía todo el derecho del mundo a llamarme —dijo Woody, alzando la voz sobre la de ella— ¿Qué demonios creías que estabas haciendo?

—Señor, tenía que empezar. Mi instinto me decía que había un cadáver ahí abajo y la idea de tener que esperar a que se cumplieran los debidos papeleos me parecía ridícula.

—Ridícula o no, hay motivos que nos obligan a seguir ciertos procedimientos; entre otras cosas, para que todo el tiempo podamos defender nuestros actos ante los tribunales. Te serviría de mucho enterarte de que mis órdenes no son potestativas.

—Entiendo.

Él suspiró pesadamente.

—Lo único que, por el momento, te salva el pellejo es que tus instintos acertaron, así que nuestro enfoque será, ahora, reducir los daños.

Kim asintió.

—Sin embargo, en este momento ya no estoy tan convencido de que seas la persona idónea para dirigir esta investigación.

Ella se movió hacia delante.

—Pero, señor, no puede…

—Oh, sí que puedo, y, en este momento, estoy considerando muy seriamente sacarte del caso.

Kim cerró la boca por un segundo. Sus siguientes palabras serían importantes. Decidió ser completamente franca.

Habló con voz tranquila.

—Señor, usted ha visto mi expediente. Usted está al tanto de mi pasado, así que debe de saber que no hay nadie mejor que yo para encabezar este caso.

—Se supone que sí, pero no tendría que depositar mi confianza en alguien incapaz de seguir instrucciones. Si los huesos que encontraron hoy son los de una niña que estuvo bajo el cuidado de los servicios asistenciales, el caso explotará en los medios. Habrá muchas personas tratando de distanciarse, y a nadie le voy a regalar un resquicio legal provocado por mi propio equipo.

Kim sabía que él tenía la razón. Pero también sabía que ella era la persona indicada para ese trabajo.

—Ahora, os sugiero a ti y a Bryant que os vayáis a vuestras casas y os aseéis un poco. Mañana por la mañana conoceréis mi decisión.

Kim sabía cuando estaban a punto de despedirla y contaba con sus estrellas de la suerte para escapar de un expediente disciplinario completo.

—¿Sabes, Kim?… —dijo él cuando ella llegó a la puerta. Carajo, detestaba que Woody la llamara por su nombre de pila.

Ella se volvió.

Él se quitó las gafas y la miró a los ojos.

—Un día de esos, tu instinto se va a equivocar y tendrás que enfrentar las consecuencias, y esa habrá sido tu propia elección. Pero tienes que tomar en cuenta a los que te rodean. Tu equipo te respeta mucho y te seguirán a donde sea para protegerte y ganarse tu aprobación.

Kim tragó saliva. Sabía que se refería a un miembro en particular.

—Y cuando llegue el día en que tus actos imprudentes pongan en peligro la carrera, e incluso la vida, de los que te rodean, no será a mí ni al cuerpo de policía a quienes tendrás que responder.

Kim sintió el ascenso de unas náuseas que no tenían nada que ver con su estómago vacío. Tras cerrar la puerta, se encontró deseando el castigo.

Si algo tenía Woody era que sabía muy bien golpearla donde más le dolía.

22

El timbre sonó y Kim ni siquiera había preguntado quién era, cuando ya estaba quitando la cadenilla. Tendría que ser Bryant, que traía comida china.

—El hada del chow mein acaba de entrar en el edificio.

—No puedes entrar si no traes galletas de gambas. —No era una broma.

Bryant se quitó la chaqueta, dejando a la vista un polo y unos vaqueros.

—Me encanta cómo has dejado este lugar.

Kim no le hizo caso. Decía lo mismo cada vez que venía. Para otros, su casa carecía de personalidad y decoración. Ella no disfrutaba los adornos personales. Si tuviera que marcharse al día siguiente, solo necesitaría una docena de bolsas de basura y un par de horas, y con eso estaría lista. Sus años en instituciones de asistencia la tenían bien adiestrada.

Sirvió fideos con ternera y arroz frito con huevo. Dos tercios para Bryant, un tercio para ella. Le pasó el plato. Él se sentó en un sofá y ella en el otro.

Se llevó un bocado a la boca y trató de pasar por alto la decepción. La teoría de la comida era mucho más emocionante que la práctica de comerla. En su boca se convertía en una fuente de combustible, en energía. Comió unos cuantos bocados y dejó el plato.

—Madre mía, más despacio. Casi te alcanza para taparte una muela.

—Es suficiente.

—Haces que un gorrión parezca un cabrón goloso. Deberías comer más, jefa.

Kim se lo quedó mirando. Aquí, en su casa, no era la inspectora detective y él no era su subordinado. Era solo Bryant, lo más cercano a un amigo que podía tener.

Él puso los ojos en blanco.

—Claro, disculpa.

—Y deja de hacer tanto alboroto. Soy una niña grande.

Llevó su plato a la cocina y puso el café.

—Así que, dime: te traigo un hombre guapo y afectuoso y comida que no comes. Recuérdame una vez más qué gano con esta relación.

—Mi deslumbrante compañía —dijo inexpresiva. Era muy consciente de sí misma.

Bryant se rio.

—Mmm…, dejaré eso colgado sin más comentarios, porque en este momento eres Kim, pero eventualmente te convertirás otra vez en la jefa. —Terminó de comer y llevó su plato a la cocina.— No, yo tenía otros planes.

—¿Como qué?

—Una cita.

—¿Contigo?

Soltó una risotada.

—Eso quisieras.

Kim rio a carcajadas.

—¿Sabes? Ese sonido es fantástico. Deberías hacerlo más seguido.

Kim sabía lo que se avecinaba.

—La respuesta es no.

—Ni siquiera sabes de quién hablo.

—Oh, sí que lo sé —intervino ella en forma de pantomima. Había visto a Peter Grant saliendo de la comisaría. Como fiscal de la Procuraduría Real, sus caminos se cruzaban de vez en cuando, pero ella evitaba cualquier conversación desde el rompimiento.

Bryant suspiró.

—Vamos, Kim. Dale una oportunidad. Sin ti, es un tío tristísimo. Y tú eres aún más desgraciada sin él.

Kim sopesó eso y respondió con franqueza:

—No, en realidad, no lo soy.

—Te quiere. —Kim se encogió de hombros.— Y eras diferente cuando estabais juntos. No diría que feliz, pero, quizás, más tolerable.

—Soy más feliz ahora.

—No te creo.

Kim sirvió el café y regresaron al salón.

—Mira, Kim, estoy seguro de que está avergonzado de lo que hizo mal, lo que haya sido.

Kim tenía sus dudas. Porque la verdad era que Pete no había hecho nada malo. Había sido ella. Siempre era ella.

—Bryant, ¿cuánto tiempo llevamos saliendo Peter y yo?

—Casi un año.

—¿Y cuántas veces crees que se ha quedado a dormir?

—Unas cuantas.

—*Sip*. ¿Y te gustaría saber que nos llevó al pleito final?

—En caso de que quieras compartirlo…

—Solo para que te me quites de encima. Terminé con él porque una mañana no se llevó su cepillo de dientes.

—¿Estás de coña?

Kim negó con la cabeza mientras recordaba aquel día en que él se había ido a trabajar. Entró al baño para encontrarse aquella cosa ahí, colocada descaradamente junto a su propio cepillo. Ninguna escena criminal le había inducido jamás ese nivel de horror.

—Me di cuenta de que no estoy preparada para compartir el vaso del cepillo de dientes, de que hay muchas más cosas que no estoy preparada para compartir.

—Pero, de seguro, lo habrías superado.

—Diosss, esto no es *Cita a ciegas* ni tú eres Cilla Black. Algunas personas están destinadas a encontrar su alma gemela y vivir felices para siempre. En otras, los cables no están conectados de la misma manera. Eso es todo.

—Solo me gustaría que hubiera en tu vida alguien que te hiciera feliz.

—¿Crees que eso haría menos difícil trabajar conmigo? —preguntó Kim, como señal de que la conversación había terminado.

Lo entendió.

—Maldita sea, si fuera así de fácil, me vendría a vivir aquí yo mismo.

—Bien, bueno, asegúrate de no dejar tu cepillo de dientes.

—No, solo traeré el vaso donde pongo mi dentadura por la noche.

—No, de verdad, déjalo ya.

Bryant se terminó su café.

—Muy bien, basta de preámbulos. Ambos sabemos por qué estoy aquí. ¿Me lo vas a mostrar o no?

—Bueno…

—Vamos, no más burlas.

Ella saltó y se dirigió a la cochera. Bryant la seguía a menos de dos pasos.

Tomó su tesoro del banco de trabajo y se volvió a verlo. Retiró con ternura la funda de algodón que lo protegía de la temperatura.

Bryant se quedó maravillado viendo el tanque de combustible de motocicleta.

—¿Original?

—Oh, sí.

—Es una belleza. ¿Dónde lo conseguiste?

—Ebay.

—¿Puedo?

Kim se lo pasó. Había dedicado seis semanas de pesca por la internet para encontrar el modelo 1951. Era mucho más fácil conseguir repuestos de 1953 en adelante. Pero ella nunca cogía el camino fácil.

Bryant acarició las rodilleras de goma a cada lado del tanque y movió la cabeza de un lado al otro.

—Hermoso.

—Ya basta, devuélvemelo.

Bryant se lo entregó y caminó lentamente alrededor de la motocicleta.

—¿No era este el modelo que Marlon Brando usó en *Salvaje*?

De un salto, Kim se sentó en el banco de trabajo. Negó con la cabeza.

—Mil novecientos cincuenta.

—¿Alguna vez llegarás a montar esta moto?

Ella asintió. La Triumph sería su terapia. La Ninja era adrenalina, un desafío. Conducirla era satisfacer una necesidad profunda, pero la Thunderbird era

cuestión de belleza. El solo estar junto a ella la retrotraía a los únicos tres años de su vida en que sintió algo parecido a la plenitud. Un mero interludio.

El repiqueteo del teléfono la sobresaltó. Se bajó del banco de trabajo y entró a la cocina a recuperar el móvil.

Vio el número.

—Coño, no —suspiró. Atravesó corriendo la casa hasta la calle. A dos casas de la suya, apretó el botón de contestar. Nada contaminaría su casa.

—Kim Stone.

—Uh, señorita Stone, la llamo por un incidente relacionado con su madre. Ella…

—¿Y usted es…?

—Oh, disculpe. Soy Laura Wilson, la supervisora nocturna del Centro de Atención Grantley. Me temo que sufrió un ataque.

Confundida, Kim negó con la cabeza.

—¿Por qué me llama?

Hubo un breve silencio.

—Uh, porque usted está en la lista de sus contactos de emergencia.

—¿Eso dice el expediente?

—Sí.

—¿Está muerta?

—Oh, no, por Dios. Se disgustó…

—Tendría que haber leído bien el expediente, señorita Wilson. Se habría enterado de que hay una situación, una sola, por la que yo debería ser notificada, y usted me acaba de confirmar que no es el caso.

—Lo siento mucho. No tenía ni idea. Por favor, le ruego que me disculpe por haberla molestado.

Kim podía oír la voz temblorosa de la mujer y, al instante, su reacción la hizo sentirse mal.

—Está bien. ¿Qué hizo ahora?

—Esta mañana, estaba convencida de que una enfermera que estamos capacitando había sido traída para envenenarla. Para ser una mujer de casi sesenta años, es muy enérgica. Se lanzó contra la enfermera y la derribó.

—¿Y está bien?

—Sí, está muy bien. Hemos modificado un poco la dosis de sus medicamentos para…

—Me refiero a la enfermera.

—Estaba un poco asustada, pero ya está bien. Son gajes del oficio en esta profesión.

Sip, cosas del día a día cuando uno vive con esquizofrénicos paranoides.

A Kim le urgía terminar con esa conversación.

—¿Algo más?

—No, eso era todo.

—Muchas gracias por llamarme, pero le agradecería que pusiera en el expediente una nota adicional con respecto a las instrucciones que le acabo dar.

—Desde luego, señorita Stone, y, una vez más, le ruego que me perdone.

Kim apretó el botón de colgar y se apoyó en una farola, tratando de desterrar cualquier pensamiento relacionado con su madre.

Si pensaba en esa mujer, era en sus propios términos: una vez al mes, a la hora y en el lugar de su elección. Siempre bajo control.

Abandonó en la calle todos los recuerdos de su madre, entró y cerró la puerta firmemente. Kim no dejaría que esa mujer tuviera la menor influencia en su espacio protegido.

Sacó tazas limpias del aparador y sirvió más café para ella y para Bryant. Él no dijo nada cuando la vio entrar de regreso en la cochera, como si fuera la cosa más natural del mundo huir de la casa para coger una llamada.

Recuperó su lugar en el banco de trabajo y se puso el tanque de combustible sobre el regazo. Alcanzó un cepillo de alambre, semejante en forma y tamaño a uno de dientes, y, con delicadeza, comenzó a cepillar una mancha de óxido que había en el lado derecho. En sus vaqueros caían partículas de color marrón.

—¿Estás segura de que no hay un modo más rápido de hacer eso?

—Uy, Bryant, solo un hombre se preocuparía por la velocidad.

Un silencio tranquilo se asentó entre ellos mientras trabajaba.

—Te dejará seguir con el caso, bien lo sabes —dijo Bryant en voz baja.

Kim negó con la cabeza. No estaba segura.

—No lo sé, Bryant. Cuando Woody dice que no soy de fiar, tiene razón. Sabe que, sin importar lo que yo le prometa, habrá veces en que simplemente no pueda controlarme.

—Y, por esa razón, te mantendrá ahí. —Ella se lo quedó mirando.— Ya sabe cómo trabajas, y, aun así, sigues ahí. No hay sanciones en tu expediente… Y eso es más que impactante, a decir verdad. Sabe que das resultados y que no descansarás hasta resolver el caso; este caso, especialmente.

Kim no dijo nada. Este asunto era personal y, para Woody, eso podría significar una desventaja.

—Y hay otro motivo por el que no te sacará.

—¿Cuál?

—Porque sería un perfecto idiota si lo hiciera, y ambos sabemos que Woody no es idiota.

Kim suspiró hondo y puso el tanque a un lado. Esperaba, sinceramente, que su colega y amigo tuviera la razón.

23

Nicola Adamson rebobinó el reportaje y lo miró de nuevo.

Un hombre alto, fornido y negro apellidado Woodward confirmaba el descubrimiento de un cuerpo en los terrenos del hogar para niñas Crestwood. A su breve declaración, seguía una vista aérea del lugar que ella, alguna vez, llamó casa.

Nicola sintió un alivio instantáneo. Finalmente, descubrirían los secretos de ese lugar olvidado de Dios.

Pero, entonces, llegó el miedo. ¿Cómo reaccionaría Beth a la noticia? Nicola sabía que su hermana no se abriría a hablar con ella. De niñas, habían sido tan cercanas… Cada cosa era de las dos. Lo compartían todo. Nicola se esforzó en recordar cuándo había cambiado todo.

El distanciamiento vino después de Crestwood. Beth había regresado cuatro años atrás, cuando Nicola cayó enferma de mononucleosis; sin embargo, en cuanto Beth la vio salir de los cuidados intensivos, volvió a desaparecer.

Hacía una semana que estaba de vuelta, y, aunque compartir la casa le provocaba algunas molestias, a Nicola le encantaba tener cerca a su hermana. Una pequeña voz interior le preguntaba: ¿por cuánto tiempo?

Cuando Beth se iba, Nicola echaba de menos esa parte de sí misma. Sin embargo, cuando regresaba, se sentía más ansiosa, siempre preocupada por las reacciones de Beth.

De algún modo, su hermana había cambiado. Había cierta lejanía en su personalidad, una frialdad que se manifestaba en una serie de rasgos malvados, una impaciencia ante el resto del mundo. Nicola sentía que su hermana había perdido hasta la última gota de alegría.

Revisó el horno. Había decidido cocinar el plato favorito de Beth: *Nuggets* de pollo rebozados y gofres de patata con una cucharada de salsa de tomate. Sonrió. Nunca lo había superado, qué curioso.

A pesar de sus diferencias, quería forjar una relación más sólida con Beth. Deseaba comprender por qué se habían separado.

Aguardaba esperanzada el momento de estar juntas, con los pijamas puestos, y ver una película mientras disfrutaban comidas juveniles que pudieran abrir paso a los recuerdos de Beth.

Vivir juntas no era ideal, pero Nicola soportaría las leves molestias con tal de tener a su hermana de vuelta en su vida.

Y haría lo que fuera porque se quedara.

24

Kim se dirigió a su despacho después de una reunión de cuarenta minutos con Woody. Tres pares de ojos la miraban con expectación.

—Sigo dirigiendo el caso.

En la sala se oyó un suspiro colectivo.

Kim prosiguió:

—El osteoarqueólogo forense confirmó que los huesos son humanos y modernos, así que el área es ahora un escenario criminal. Cerys sigue en el sitio y dirigirá la parte arqueológica. En breve llegará de Dundee un antropólogo forense.

La universidad de Dundee albergaba el Centro Anatómico y de Identificación Humana y llevaba años ofreciendo cursos en antropología forense. El CAHID, por sus siglas en inglés, era contactado con regularidad en busca de asesoramiento e información en casos de identificación de alto nivel, tanto en el país como en el extranjero.

Woody había movido esos hilos. El jefe quería asegurarse de que cualquier persona que subiera al estrado estuviera impecablemente calificada.

—¿Cómo vamos con lo del personal de Crestwood?.

Dawson tomó una hoja de papel.

—He desechado a varios empleados temporales y de corto plazo y me he quedado con una lista de cuatro personas. Se conoce que trabajaban ahí cuando el lugar se incendió.

—Por lo que sabemos, Teresa Wyatt era la subdirectora. Tom Curtis era el chef. El director general se llamaba Richard Croft. Por años, hubo un ama de llaves que se llamaba Mary Andrews y dos vigilantes de noche que, en ocasiones, doblaban turnos como cuidadores.

—Hasta el momento, he podido localizar a Mary Andrews en un asilo de ancianos, en Timbertree…

—Richard Croft. ¿No se llama así el diputado conservador de Bromsgrove? —lo interrumpió Kim. Podía jurar que acababa de leer, en un artículo, que Croft había hecho alguna clase de paseo en bicicleta con fines benéficos.

—Es el mismo nombre, definitivamente, pero no he podido vincularlo…

—Déjaselo a Stace —le ordenó Kim.

Notó la expresión fija en el rostro de Dawson.

—Stacey, ¿qué hay de los nombres de las niñas?

—Tengo siete, hasta ahora; la mayoría, gracias a Facebook.

Kim puso los ojos en blanco.

Stacey se encogió de hombros.

—No hay tantos registros de Crestwood y aún menos personas dispuestas a hablar del lugar. Por lo que he llegado a entender, las niñas más pequeñas fueron dadas en adopción o puestas en otros centros asistenciales de los alrededores. Otras seis o siete regresaron con miembros de la familia, con lo que quedaban unas diez en el momento del incendio.

—Suena como una puta pesadilla.

Stacey sonrió.

—Para los simples mortales, tal vez.

Kim también sonrió. A Stacey le encantaban los desafíos y este estaba a punto de convertirse en uno bueno.

—Bien, Bryant, ve a encender el auto.

Bryant cogió su chaqueta y salió de la sala. Kim fue al Tazón a quitarse las botas de motociclista. Mientras lo hacía, alcanzó a oír la conversación de fuera.

—¿Ya intentaste con flores? —preguntó Stacey.

—Ya —contestó Dawson.

—¿Chocolates?

—Ya.

—¿Joyas?

Silencio.

—¿Estás de coña? ¿No lo has intentado con joyas? Vaya, Kev, nada mejor para decir «perdóname por ser un gilipollas deshonesto» que un collar resplandeciente y caro.

—No me jodas, Stace, ¿tú qué sabes?

—Yo sé, cupido, porque soy una mujeeeeeeer.

Kim se sonría mientras se ataba el cordón derecho.

—Sí, pero tu vida amorosa en el mundo de los duendes no cuenta. Necesito el consejo de una mujer que salga con hombres. Hombres de verdad.

La conversación terminó en cuanto Kim entró de nuevo en el despacho.

—Stace, ahora estás encargada del personal *y* los exresidentes.

Dawson la miró confundido.

—Coge tu abrigo. Vienes conmigo. —Él agarró la chaqueta del traje, que estaba colgada en el respaldo de la silla.— Yo también me llevaría el abrigo. A partir de ahora, te quedarás con los forenses en el sitio.

Su rostro se iluminó.

—¿En serio, jefa?

Kim asintió.

—Quiero saber cualquier cosa que suceda en el momento en que suceda. Quiero que te conviertas en un puto incordio. No dejes de preguntar cosas, de perseguir a la gente de un lado al otro, de escuchar conversaciones… En cuanto sepas algo, me lo dices.

—Lo haré, jefa —dijo entusiasmado.

La siguió hasta el auto.

Ella se sentó en el asiento del frente; él, en el de atrás.

—Abrochaos el cinturón de seguridad, chavales —dijo Bryant cuando salía del aparcamiento.

Por el espejo retrovisor, Kim pudo ver la cara ansiosa y emocionada de Dawson. Luego se quedó viendo a través de la ventanilla.

Para alguien sin habilidades en el trato personal, la ley de los promedios disponía que, de vez en cuando, le tocaba acertar.

25

El sitio de ayer lucía hoy como una pequeña ciudad amurallada. Todo el contorno de la propiedad estaba rodeado por una cerca hecha de piezas de metal solapadas. Había una entrada en la parte más alta, otra en la parte más baja, ambas custodiadas por dos policías. Algunos agentes más merodeaban por la orilla de la cerca, a distancia visual unos de otros. Kim se sintió satisfecha de que el lugar hubiera sido asegurado.

Se había dispuesto un corral para la prensa en la parte superior, aunque los reporteros, según pudo ver, estaban desparramados a lo largo de la valla; también dos carpas blancas, una alrededor del foso y otra para que los técnicos pudieran almacenar sus equipos.

Kim se dirigió a la primera carpa, pero no estaba preparada para enfrentarse al esqueleto del foso…, o al efecto que tendría en ella. Había asistido a muchos escenarios criminales, había visto cadáveres en todos los estados de descomposición, pero este era solo huesos. Cuando encontraban tejidos, quedaba cierta sensación de que había algo que devolverle a la familia, restos a los que guardar duelo y enterrar. Pero los huesos daban la sensación de anonimato, de carencia de rasgos, como los cimientos de un edificio sin la arquitectura que lo caracteriza. Kim se dio cuenta de que esa idea no le gustaba en absoluto.

También se sintió sorprendida por el pequeño espacio que ocupaba el esqueleto.

—¿No había ropa? —preguntó Kim mientras la arqueóloga forense se paraba a su lado.

—Buenos días, detective —dijo Cerys.

Sip, siempre se olvidaba de ese pequeño detalle.

—Como respuesta a su pregunta, esto no significa que no hubiera habido ropa, sino tan solo que ya no está ahí. Los distintos materiales se deterioran a diferentes velocidades. Depende de cuánto tiempo han permanecido bajo tierra. El algodón puede desaparecer en unos diez años, más o menos, mientras que la lana puede durar intacta por decenios. —Cerys se volvió a ella.— No sabía si volvería.

Se alejaron del lugar mientras los técnicos tomaban fotografías desde todos los ángulos. Habían puesto un marcador amarillo a lo largo de los huesos.

—Ayer no tuvimos mucho tiempo para charlar—dijo Kim.

Cerys se acomodó un mechón tras la oreja.

—No pensé que sería de las que charlan, pero está bien… Tengo veintinueve años, soy soltera y no tengo hijos. Mi color favorito es el amarillo. Siento debilidad por las patatas fritas con sabor a pollo y, cuando no estoy ocupada con mis tejidos, estoy en el Ejército Territorial.

—Qué bueno saber todo eso, pero, en realidad, no era lo que estaba preguntando.

—Pregunte entonces, detective.

—¿Cuán calificada está para este trabajo? —dijo Kim sin inmutarse.

Cerys trató de disimular una sonrisa, pero sus ojos se iluminaron.

—Obtuve mi título de arqueóloga en Oxford hace ocho años. Después pasé cuatro años viajando entre proyectos arqueológicos; sobre todo, en África Occidental. Volví a casa y obtuve la licenciatura en ciencias forenses. Llevo dos años tratando de ganarme el respeto en un campo dominado por los hombres. ¿Le suena conocido, inspectora detective?

Kim rio a carcajadas y le ofreció la mano extendida.

—Es un gusto tenerla a bordo.

—Gracias. Ahora bien, los huesos han estado expuestos y estoy esperando al antropólogo para discutir con él cómo vamos a sacarlos de aquí. Tengo que asegurarme de no cortar demasiado abajo ni demasiado arriba.

Kim la vio sin comprender.

—Perdone. De lo que se trata es de ser tan cuidadosos como podamos. No debemos llevarnos mucho ni demasiado poco. No hay manera de dar marcha atrás y hacerlo de nuevo.

La expresión de Kim no cambió.

Cerys lo pensó por un momento.

—Bien. Imagine la tierra como un muro de ladrillos. Cada hilera es un período de tiempo. Si recogemos demasiado material del suelo, corremos el riesgo de invadir otros sucesos que ocurrieron antes del asesinato y que podrían darnos información falsa.

Kim asintió en señal de que lo había entendido.

—En cuanto nos hayamos llevado los huesos, comenzaremos a tamizar la tierra en busca de pistas.

—Ah, detective, aquí hay alguien a quien me gustaría presentarte. —Kim oyó la voz familiar de Keats, su patólogo favorito.— Inspectora detective Kim Stone, déjame presentarte al doctor Daniel Bate. Es el antropólogo forense que viene de Dundee y que estará trabajando, tanto aquí como en mi laboratorio, mientras dure este caso.

El hombre que le ofrecía la mano era cinco centímetros más alto que Kim y tenía la complexión de un atleta. Fuerte mandíbula, cabello negro. Sus llamativos ojos verdes contrastaban de modo muy interesante con la oscuridad de sus rasgos.

Siguieron las presentaciones entre Cerys, Keats y el chico nuevo. El apretón de manos con que saludó a Kim fue firme y fuerte.

De inmediato, el doctor Bate comenzó a caminar alrededor de foso y Kim aprovechó el momento para observarlo. No parecía un científico. Su estructura

era más apta para una profesión al aire libre, demandante de actividades físicas. Kim supuso que sus vaqueros y la sudadera no lo ayudaban.

—De modo que —dijo Keats— aquí tenemos a las tres personas que nos llevarán al fondo de este crimen: a la persona que descubrirá las pistas, a la persona que explicará las pistas y a quien hará un recuento de todo y nos conducirá al homicida.

Kim no le hizo caso y se paró junto al doctor Bate.

—¿Hay algo que pueda decirnos a partir de esta primera inspección?

Él se frotó la barbilla.

—Sí, puedo confirmar, de manera definitiva, que hay huesos en este foso.

Kim suspiró.

—Bien, eso puedo notarlo sin su ayuda, doctor Bate.

—Entiendo que usted quiera respuestas inmediatas, pero aún tengo que tocar esos huesos, y no haré ninguna conjetura hasta que los haya tocado.

—¿Pariente tuyo? —le preguntó a Keats.

Keats se rio.

—Sabía que os llevarías bien.

Ella volvió a dirigirse al doctor.

—Estoy segura de que podrá ofrecernos algo.

—Muy bien. Puedo decirle que esta pobre alma ha estado aquí, por lo menos, cinco años. El cuerpo de un adulto típico se descompone completamente en unos diez o doce. Los no adultos decaen en la mitad del tiempo.

—El primer estado de descomposición es la autolisis, es decir, la destrucción de los tejidos corporales por las enzimas que se liberan tras la muerte. El segundo, la putrefacción, donde los tejidos blandos se deterioran por la presencia de microorganismos. A la larga, los tejidos blandos terminan convertidos en líquido y gas.

—¿Lo invitan a muchas fiestas, doc? —preguntó Kim.

Él se rio de buena gana.

—Discúlpeme, detective. Acabo de estar en la granja de cuerpos de Knoxville, en Tennessee, donde a los cadáveres se les dan diversos tratamientos para establecer su…

—¿Sexo? —preguntó ella.

—No, a menos que me invite a cenar, detective.

—No es gracioso, ni siquiera un poquito. ¿Alguna idea?

Él negó con la cabeza.

Ella puso los ojos en blanco.

—No me diga. No ha tenido tiempo de examinar los restos en el laboratorio.

—Es posible que no suponga ninguna diferencia, me temo. Si estamos lidiando

con un cuerpo muy joven, ni siquiera han tenido lugar los cambios óseos que diferencian los sexos.

—Si nuestra víctima tenía de dieciséis a dieciocho años, podría haber alguna posibilidad, basados en la adaptación de la pelvis, pero, cuando se trata de sujetos más jóvenes, muy pocos científicos hacen el intento de identificar el sexo a partir de los huesos.

—¿Quiere decir que hay otras maneras?

—Hay técnicas que se basan en el ADN dental para identificar los cromosomas X y Y, pero es muy costosa y exige un montón de tiempo. Resulta mucho más fácil determinar la edad que el sexo. Para eso, contamos con el crecimiento y el desarrollo de los huesos y los dientes, así como el grado de cierre de las suturas del cráneo. Tendré una aproximación de la edad hoy mismo, un poco más tarde.

—¿Alguna hipótesis?

Bate se volvió a verla. Sus ojos eran intensos y desafiantes.

—¿Fecha, hora y lugar y usted arrestará al homicida?

Kim no se inmutó.

—Habría sido el profesor Plum, en la biblioteca, el jueves dieciocho, a las once. Y, aunque no lo me preguntó, estaría blandiendo el candelabro.

—Soy un científico, no adivino cosas.

—Pero, de seguro, puede deducir algo de…

—Keats —gritó—, por favor, rescátame de este interrogatorio antes de que admita el secuestro Lindbergh.

A Kim le pareció que el rico tono escocés no combinaba con los acentos de Black Country que flotaban alrededor de la excavación. De haber cerrado los ojos, hubiera creído oír a Sean Connery. Casi.

—Sabía que os llevaríais de maravilla —retozó Keats—. Daniel, las cajas acaban de llegar.

Kim se desplazó a un extremo del foso mientras aparecían más técnicos cargando cajas de plástico. Ya ni siquiera tenía idea de a qué equipo pertenecía cada persona. A esas alturas, estaba encantada de que fuera Dawson, y no ella, quien se quedara en el sitio.

De haber tenido que vérselas mucho más tiempo con el obstructivo doctor, quizás habría terminado haciéndose responsable de un segundo enterramiento.

—¿Hiciste nuevos amigos por ahí? —preguntó Bryant.

—Sí, sí, ese de allá: un barril de carcajadas.

—¿El típico científico?

—Sí, y se lo dije.

—Vaya, supongo que le encantaste por decírselo.

—Es muy difícil saberlo.

Bryant se rio.

—¿No estás calificada para juzgar las respuestas emocionales de otras personas, jefa?

—Bryant, vete a la m…

—No, no, no —gritó el doctor Bate poniendo un pie dentro del foso. Su voz sonaba fuerte y autoritaria. Todo mundo dejó de hacer lo que estaba haciendo.

Se arrodilló en el foso a un lado del hombre que había estado trabajando con el cráneo. Cerys entró también y se acuclilló a un lado del doctor.

Nadie habló mientras los dos conferenciaban en voz baja. De pronto, el doctor se volvió y miró a Kim directamente.

—Detective, después de todo, sí que tengo algo que decirle.

Kim se acercó, con la respiración atascada en el pecho. Saltó dentro del foso y llegó junto a él.

—Siga.

—¿Ve estos huesos de aquí? —Ella asintió.— La columna vertebral conduce al cuello, donde hay siete vértebras cervicales. Esta, la de más arriba, es la C1, el atlas. La siguiente es la C2, el axis.

Su dedo continuó a lo largo del cuello apuntando a los otros huesos C, del tres al siete. Kim vio un corte limpio entre el tres y el cuatro. Instintivamente, se llevó la mano derecha a su propio cuello. Se preguntó cómo demonios habría visto el doctor ese detalle desde allá arriba.

—Explíquemelo, doc.

—Le puedo decir, sin la menor duda, que esta pobre alma fue decapitada.

26

Kim salió del foso.

—Vamos, Bryant, tenemos que empezar.

Echó un vistazo a la camioneta Toyota que, por puro proceso de eliminación, debía de pertenecer al doctor Daniel Bate. Tenía una abolladura en el paso de rueda trasero y estaba cubierta de lodo.

—Madre mía, ¿qué es esto? —exclamó Kim, dando un salto atrás.

—Este… Lo llaman «perro», jefa.

Kim se acercó un poco más para ver la cara peluda que había aparecido en la ventanilla lateral del asiento trasero.

Kim frunció el ceño.

—Bryant, ¿soy solo yo o…?

—No, jefa, tal parece que no tiene más que un ojo.

—Detective, deje de asustar a mi perra —dijo Daniel Bate, cerrando la brecha entre los dos—. Le garantizo que no sabe nada.

Kim se volvió a su colega:

—¿Ves, Bryant?, los perros terminan por parecerse a sus dueños.

—¿Sabe, detective?, cuando a uno lo despiertan a las cuatro de la mañana y tiene que conducir tres horas y media, definitivamente no está como manda el médico.

—¿Está ciega? —preguntó Kim mientras él abría la puerta del coche. El perro saltó fuera y se sentó. El doctor Bate enlazó una correa a su collar rojo y negó con la cabeza.

—Con el ojo derecho ve perfectamente.

Kim supuso que la perra era una pastor alemán blanca. Avanzó un paso y le puso la mano en la nariz.

—¿Muerde?

—Solo a detectives arrogantes.

Kim puso los ojos en blanco y acarició la cabeza de la perra. Su pelaje era suave y cálido.

Kim estaba confundida. De haber venido conduciendo, les habría tomado mucho más que unas cuantas horas recorrer los quinientos sesenta kilómetros que los separaban de Dundee.

—¿Qué hace ella aquí?

—Nos estábamos tomando unos días libres después de mi último caso, explorando lugares dónde escalar en Cheddar, cuando mi jefe me llamó. Yo era el que estaba más cerca.

No había ninguna molestia en la voz de Daniel; solo la admisión de que ese tipo

de llamadas venían con el trabajo.

Kim sintió la nariz cálida del perro, que le empujaba la mano derecha. Por distracción, había dejado de acariciarle la cabeza.

—Anda, mire nada más, detective —dijo Daniel Bate con los ojos centelleantes—: por lo menos, hay alguien en este sitio a quien sí le gusta.

El sonido del móvil evitó que Kim le respondiera con un buen taco.

Apretó el botón de llamar mientras Daniel giraba y se llevaba a la perra a caminar por la parte más alta del campo.

—¿Qué pasa, Stace?

—¿Dónde estás?

—A punto de irnos del sitio, ¿por qué?

—¿Estás mirando hacia abajo o hacia arriba?

—¿Qué?

—Acabo de encontrar a William Payne, uno de los vigilantes nocturnos.

—Dame su dirección.

—Mira colina abajo. Verás una hilera de siete casas. Es justo la de en medio. Ambos jardines, el delantero y el trasero, están completamente enlosados.

Kim ya iba bajando la colina.

—¿Cómo coño lo sabes?

—Google Earth, jefa.

Kim negó con la cabeza y colgó. A veces, Stacey verdaderamente la asustaba.

—¿A dónde dices que vamos?

—A interrogar a nuestro primer testigo.

—¿Aquí? —preguntó Bryant mientras abría el portón que le llegaba a la cintura.

Curiosamente, el jardín delantero era una isla de losas grises. El camino se distinguía apenas por una rampa que ascendía desde ahí hasta la puerta principal.

Dos golpes después, a la puerta acudió un hombre alto con el cabello completamente blanco.

—¿William Payne?

Él asintió.

Bryant mostró su placa.

—¿Podemos entrar?

No retrocedió un solo paso y frunció el ceño.

—No lo entiendo. Ayer vino un policía y tomó nota de los detalles.

Kim echó una mirada a Bryant antes de hablar.

—Señor Payne, nuestra presencia aquí se debe a una investigación relacionada con Crestwood. —Ella no había enviado a otros agentes a esa dirección.

La comprensión se reflejó en su rostro.

—Ah, por supuesto, adelante.

Dio un paso atrás y Kim se tomó un instante para estudiarlo. Su cabello daba la impresión inicial de que era mucho más viejo de lo que la cara revelaba. Era como si hubiera pasado por dos procesos de envejecimiento completamente distintos. Los cambios en el rostro lo ponían entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años.

—Por favor, guarden silencio. Mi hija duerme.

Su voz era baja y agradable, sin el menor trazo de acento de Black Country.

—Vengan —susurró.

Los condujo a una habitación sencilla que se extendía a lo largo de la casa. La primera parte era el salón. Más allá, colocada frente a una ventana que daba al pequeño jardín de atrás, había una mesa de comedor. La perfecta retícula de losas no dejaba espacio para césped o arbustos. Kim oyó un sonido que venía de la parte de atrás. Era un golpe grave, suave y rítmico.

El sonido provenía de un dispositivo que parecía monitorear la respiración. Conectada a la máquina estaba una chica que, según supuso Kim, tendría unos quince años. La silla de ruedas era un artilugio desmesurado con un goteo intravenoso unido al otro lado.

Enrollado en el descansabrazos izquierdo de la silla, había uno de esos botones rojos colgantes que se conectan directamente con el servicio de ambulancias, como los que normalmente se ponen a las personas con discapacidades muy graves. Kim se daba cuenta de que a la niña no le sería muy útil traerlo colgado del cuello, pero se lo habían colocado a un par de centímetros de la mano izquierda.

El pijama de franela salpicado con imágenes de Betty Boop no escondía las atrofias del cuerpo.

—Es mi hija, Lucy —dijo William Payne, parado a un lado de la niña. Se inclinó y suavemente acomodó un mechón de cabello rubio detrás de su oreja.

—Siéntense, por favor —dijo, y los guio a la pequeña mesa. En el fondo sonaba a bajo volumen la voz de Jeremy Kyle.

—¿Les ofrezco una taza de café?

Ambos asintieron. William Payne fue a la cocina, que no era más que un cuadro junto al salón.

Puso tres portavasos metálicos en la mesa antes de traer tres tazas de porcelana. El aroma era delicioso. Kim tomó un sorbo de inmediato.

—¿Gold colombiano? —preguntó ella.

Él sonrió.

—Es el único vicio que tengo, detective. No bebo, no fumo. No tengo un coche rápido ni persigo mujeres veloces. Simplemente me gusta el buen café.

Kim asintió y bebió otro sorbo. Bryant lo apuró como si fuera un instantáneo Tesco.

—Señor Payne, ¿podemos preguntarle…?

Bryant se detuvo cuando Kim le dio una patadita bajo la mesa.

Ella conduciría este interrogatorio.

—¿Podría decirnos cuál es el problema de Lucy?

Él sonrió.

—Claro, siempre me alegra hablar de mi pequeña. Lucy tiene quince años y nació con distrofia muscular.

Se volvió a mirar a su hija y su mirada ya no regresó. Eso le dio a Kim la oportunidad de observarlo abiertamente.

—Nos quedó claro, desde muy temprano, que algo no andaba bien. Fue lenta para comenzar a caminar y nunca salió de la etapa de las torpezas y los brincos.

Kim miró alrededor.

—¿La madre de Lucy está aquí?

William volvió su atención a ella. Había una genuina sorpresa en su mirada.

—Disculpe. A veces, de verdad me olvido de que Lucy tuvo una madre alguna vez. Hace tanto tiempo que estamos los dos solos…

—Lo entiendo —dijo Kim, inclinándose hacia el frente. La voz del hombre se había reducido a poco más que un susurro.

—La madre de Lucy no era una mala persona, pero tenía ciertas expectativas, y una niña con discapacidades no formaba parte de su plan maestro. No me malinterpreten. Estoy seguro de que todos los padres desean tener hijos perfectos.

—Ese sueño, normalmente, no incluye cuidar de sol a sol a un adulto que jamás podrá ocuparse de sí mismo.

—Un momento, por favor.

Cogió un pañuelo desechable y limpió un rastro de saliva que corría por la mejilla de su hija.

—Perdonen. Bueno, de cualquier manera, Alison de veras lo intentó al principio, y, mientras hubo algunos elementos de normalidad a los que aferrarse, pudo arreglárselas; pero, a medida que la enfermedad progresaba, el esfuerzo se le hacía excesivo. El día que se fue, ya no podía ver a Lucy; llevaba meses sin tocarla. Ambos estuvimos de acuerdo en que lo mejor era que se marchara. Han pasado trece años y no hemos vuelto a saber de ella desde entonces.

A pesar de que relataba eso como si tal cosa, Kim podía percibir el dolor en su voz. Él era más indulgente con la madre de Lucy de lo que Kim hubiera sido.

—¿Por eso aceptó el turno de noche en Crestwood?

Payne asintió.

—Antes de eso, fui arquitecto paisajista, pero no podía conservar un trabajo y cuidar de Lucy.

—Trabajar de noche en Crestwood significaba que podía cuidar de mi hija

durante el día. Mi vecina venía a menudo y se sentaba con ella por la noche.

—¿No hubo una segunda señora Payne? —preguntó Bryant.

William negó con la cabeza.

—No, hice un compromiso para toda la vida. El divorcio puede satisfacer la ley, pero no a Dios.

Kim supuso que le habría sido difícil conocer a alguien, aunque lo hubiera intentado. Poca gente está preparada para hacerse cargo de un niño discapacitado, como no sea propio.

Desde la esquina sonó un gorgoteo y William se puso de pie en un instante. Se paró delante de su hija.

—Buenos días, cariño, ¿dormiste bien? ¿Quieres beber algo?

Aunque Kim no vio movimiento alguno, era obvio que había alguna suerte de comunicación entre el padre y la hija, porque William le dio la vuelta a un conducto de alimentación y se lo puso entre los labios. El índice derecho de Lucy tocó un botón en el descansabrazos. Recibió una dosis de líquido en la boca.

—¿Quieres escuchar música?

—¿Un audiolibro? —Él sonrió.— ¿Quieres que te gire?

Ajá. Kim lo entendió. Se comunicaba con parpadeos.

Mientras William giraba la silla, Kim se quedaba sorprendida con la palidez y suavidad de la piel, así como la franqueza de la mirada.

Pensó en la ironía de un cerebro perfectamente funcional en un cuerpo inútil. De seguro, no había destino más cruel.

—Lucy se sienta junto a la ventana para poder ver el exterior. Estaba encantada con toda la actividad de ayer.

—Señor Payne, me estaba diciendo… —quiso recuperar el rumbo sin sobresaltos.

—Sí, por supuesto. El trabajo en Crestwood era bastante fácil. Todo lo que tenía que hacer era asegurarme de que el lugar estuviera seguro, de modo que las niñas no pudieran irse ni nadie pudiera entrar; revisar los detectores de humo y completar todos los trabajos que hubieran dejado pendientes los empleados diurnos. Era muy conveniente para mí, así que me sentí muy decepcionado cuando se terminó.

—¿El incendio?

Él asintió.

—De cualquier modo, iban a cerrar el lugar. Solo esperaba tener trabajo unos cuantos meses más.

—¿Estaba trabajando esa noche?

—No, era el turno de Arthur, pero oí la alarma en cuanto se activó. Como ve, estoy en el dormitorio del frente.

—¿Qué hizo?

—Me aseguré de que Lucy estuviera bien y atravesé la calle corriendo. Arthur ya había sacado a la mayoría de las niñas, pero se estaba ahogando, así que corrí dentro e hice un barrido final hasta asegurarme de que no quedaba nadie. La señora Wyatt y Tom Curtis fueron los primeros en llegar, y había una gran confusión. Hacíamos listas para asegurarnos de haber contado a todas las niñas. Los paramédicos retiraban a las que tenían cortes pequeños o habían inhalado humo, pero sin informar a nadie. Yo trataba de ayudar, pero parecía que solo estaba empeorando las cosas. Me fui cuando comenzaron a llegar otros miembros del personal.

—¿A qué hora fue eso?

—Diría que como a la una y media.

—¿Identificaron las causas del incendio?

—No lo sé. No estoy tan seguro de con cuánto ahínco las buscaron. Nadie resultó gravemente herido y el lugar iba a ser derribado, de todos modos.

—¿Sabe que tanto Teresa Wyatt como Tom Curtis fueron asesinados?

William se levantó y se acercó a su hija.

—Cariño, creo que es hora de que oigas un poco de música, ¿eh?

Kim no percibió ningún parpadeo como respuesta, pero William le colocó los audífonos y encendió el equipo.

—Su oído está perfecto, detective. A una niña normal de quince años le hubiéramos pedido que saliera de la habitación. Este es nuestro equivalente.

Kim pudo haberse pateado su propio trasero. Sin darse cuenta, había tratado a Lucy como una persona invisible a causa de su discapacidad. Había sido un error que no debía volver a cometer.

—¿Qué puede decirnos de las víctimas?

—No mucho. Rara vez veía al personal. A veces, Mary, el ama de llaves, se quedaba esperando a que yo llegara para cotillear.

—¿Qué clase de cotilleos?

—Sobre todo, acerca de las discusiones entre la señora Wyatt y el señor Croft. Mary decía que eran algo poderoso.

—¿Se le ocurre alguien que pudiera haber querido hacerles daño a las niñas?

William palideció ostensiblemente y desvió la mirada hacia la ventana.

—No es posible creer que alguna persona… ¿Cree que ese cadáver que está en el terreno es de una de las niñas de Crestwood?

—Aún no lo hemos descartado.

—Lo siento, pero, de verdad, creo que no tengo nada con que ayudarla.

William se levantó abruptamente. Su expresión había cambiado, aunque todavía hablaba en voz baja. Había decidido que era hora de que se fueran.

Bryant insistió.

—¿Qué me dice de las niñas? ¿Eran muy problemáticas?

William comenzó a apartarse.

—No, en realidad. Había unas cuantas rebeldes, pero, en general, eran buenas niñas.

—¿Qué quiere decir con «rebeldes»? —preguntó Bryant.

—Cosas normales, simplemente.

Era evidente que William Payne quería que se fueran, y Kim comenzaba a entender por qué.

—¿Qué clase de…?

—Bryant, hemos terminado —dijo Kim, poniéndose de pie.

William la miró agradecido.

—Pero, si tan solo me dejaras preguntar…

—Dije que hemos terminado. —Había un gruñido en su voz. Bryant cerró su libreta y se levantó.

Kim pasó a un lado de William.

—Gracias por su tiempo, señor Payne. No lo retendremos más. —Fue a la silla de Lucy y le tocó la mano izquierda con mucha delicadeza.— Adiós, Lucy. Ha sido muy bonito conocerte.

Al llegar a la puerta, Kim se volvió.

—Señor Payne, ¿puedo quitarle un minuto más? Cuando llegamos, ¿qué pensó que habíamos venido a hacer?

—Antenoche hubo un intento de robo. No se llevaron nada, pero los llamé, de todos modos.

Kim le dio las gracias con una sonrisa, salió y cerró la puerta.

Ya en la calle, Bryant se volvió.

—¿Qué fue eso? ¿No te diste cuenta de cómo cambió cuando comenzamos a interrogarlo acerca de las niñas? No nos echó antes porque no pudo.

—No es lo que tú crees, Bryant.

Kim cruzó la calle y se volvió a examinar la propiedad. De las siete casas, era la única que tenía una alarma prominente en la fachada. Una luz infrarroja pasiva y un sensor apuntaban directamente al portón. Ella había visto sensores idénticos a lo largo de la parte trasera de la propiedad, así como una cerca de dos metros coronada con malla de púas.

Los ladrones de casas no buscaban deliberadamente desafiarse a sí mismos con las casas más complicadas. Y Kim no creía en las coincidencias.

Bryant resopló.

—No sabes en qué estaba pensando yo porque no me diste la oportunidad de hacer averiguaciones. El tipo estaba nervioso, jefa.

Kim negó con la cabeza mientras caminaba colina arriba.

Pasó junto a Daniel Bate, que llevaba a su perro de regreso al coche.

—Hola, detective, simplemente no puede alejarse de aquí, ¿eh?

—Sí, doc, sí que puedo —dijo sin reducir el paso.

—Jefa, ¿qué coño está pasando? —preguntó Bryant cuando llegaron al coche. Normalmente no huyes de ningún reto. Ese tío se estaba cagando de nervios y simplemente te fuiste.

—Sí, eso hice.

—Nos echó de todas las maneras posibles, excepto físicamente.

—Sí, Bryant, eso hizo —Se volvió a mirarlo por encima del techo del auto.— Tenía que cambiarle el pañal a su hija de quince años.

27

El hogar para ancianos era un dechado de simetría. En cada lado del vestíbulo había una ventanilla de cristal. Kim vio a su derecha un despacho vacío, y, a su izquierda, una habitación con un par de escritorios y una mujer de camiseta negra: la portera.

—¿Puedo ayudarla? —Kim supuso que eso le había preguntado a través de la barrera que las separaba.

—¿Puedo hablar con uno de sus pacientes?

La mujer se encogió de hombros. No había entendido. Kim señaló las puertas corredizas, pero la mujer movió la cabeza y articuló:

—Emergencias, solamente.

Por un momento, Kim sintió como si estuvieran atrapadas en alguna clase de cámara de descontaminación. Apuntó hacia el conjunto de puertas interiores.

La mujer asintió y señaló un libro abierto sobre una repisa, a la derecha de la ventana. Con la mano derecha hizo como si dibujara garabatos. Kim le preguntó las instrucciones para registrarse.

—Recuérdame lo que hemos progresado en comunicación —Kim masculló a Bryant.

Firmaron y esperaron a que la puerta zumbara.

Mientras entraban, Kim pudo ver de inmediato que había dos comunidades. A la izquierda estaban los residentes más sanos. Uno o dos se desplazaban por el área en andadores; otros se inclinaban sobre sus sillones de orejas, sumidos en conversaciones. Philip Schofield seguía hablando sobre el manejo del dinero. Algunos residentes se volvían y se los quedaban viendo: caras nuevas.

A la derecha había muy pocos sonidos. Una enfermera iba empujando un carrito con el que dispensaba medicamentos. Nadie la miraba.

La mujer que había estado del otro lado del cristal salió de su despacho. Acababa de colocarse una placa justo sobre el pecho izquierdo. Decía «Cath».

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Quisiéramos hablar con uno de sus residentes: Mary Andrews.

Cath se llevó la mano a la garganta.

—¿Son miembros de su familia?

—Detectives —contestó Bryant. Y siguió hablando, pero la reacción de la mujer había provocado a Kim un malestar en el estómago.

Era demasiado tarde.

—Lo lamento, pero Mary Andrews murió hace diez días.

Antes de que todo esto empezara, pensó Kim… O, quizás, ese había sido el comienzo de todo.

Gracias —dijo Bryant. Nos pondremos en contacto con el médico forense.

—¿Para qué? —preguntó Cath.

—Pistas sobre su muerte —explicó Bryant, aunque Kim ya se había apartado. Ella empujó la puerta, pero estaba cerrada.

—No hubo autopsia en el caso de Mary Andrews. Tenía cáncer pancreático en estado terminal, así que su muerte fue difícilmente una sorpresa. No había razones para someter a la familia al proceso. Fue entregada a los servicios funerarios Hickton.

Kim no necesitaba hacer preguntas al respecto. Todo mundo conocía a los directores de la funeraria de Cradley Heath. Habían enterrado a la gente de la localidad desde 1909.

—¿Mary Andrews tuvo visitas ese día?

—Tenemos cincuenta y seis residentes en estas instalaciones. Perdóneme si no lo recuerdo.

Kim percibió la hostilidad, pero la pasó por alto.

—¿Le importaría que *nosotros* revisáramos el libro de visitas?

Cath lo pensó por un instante y asintió. Apretó el botón verde que liberaba las puertas y Kim salió al vestíbulo.

Empezó a voltear páginas mientras Bryant mantenía la puerta abierta con el pie.

—Señor, tendrá que dejar que la puerta se cierre o sonará una alarma.

Debidamente reprendido, Bryant también regresó al vestíbulo.

—De cualquier modo, ¿qué pasa contigo? ¿Tienes algo contra los viejos? —preguntó Kim después de ver la expresión seria en el rostro de Bryant.

—*Na,* solo que es deprimente.

—¿Qué? —preguntó Kim mientras volvía otro par de páginas.

—Saber que la última parada es así. Cuando estás en el mundo, grande y amplio, todo sigue siendo posible, pero, una vez que te mudas a un sitio como este, sabes que ya solo te queda un lugar a donde ir.

—Mmm, vaya idea entusiasta. Aquí está —dijo, poniendo el dedo como un puñal en la página—. A las doce y cuarto del día diez. El visitante se registró para ver a Mary Andrews con un nombre completamente ilegible.

Bryant señaló el ángulo superior derecho del vestíbulo.

La detective se volvió y golpeó la ventana de vidrio. Cath le puso mala cara. Kim señaló las puertas de entrada. Sonó un zumbido.

—Tenemos que revisar su circuito cerrado de televisión.

Cath parecía estar a punto de objetar, pero se limitó a emitir un gruñido sonoro.

—Por aquí.

La siguieron a través de las oficinas generales hasta un espacio en la parte de atrás.

—Aquí —dijo ella, y se marchó.

El espacio apenas podía ser calificado como habitación. Había un escritorio pequeño con un viejo televisor y controles de reproducción. A un lado gemía una solitaria máquina de VHS.

—Supongo que esperar un sistema digital era demasiado —se quejó Bryant.

—*Sip,* buenas y viejas cintas de vídeo. Por favor, dime que están etiquetadas.

Kim se sentó en la única silla y Bryant se puso a inspeccionar los estantes de cintas.

—Solo hay dos de esa fecha. Una de día y otra de noche. Cambian las cintas cada doce horas.

—Así que ¿hablamos de grabaciones cuadro por cuadro?

—Eso me temo —dijo él y agarró la cinta. Desde el punto de vista de las pruebas judiciales, el video en tiempo real era aceptable, puesto que captaba el conjunto. Las grabaciones cuadro por cuadro consistían en tomar una imagen cada tantos segundos, lo que daba una idea mecánica de movimiento, casi como una colección de capturas de pantalla.

Kim puso el vídeo en la máquina y la pantalla cobró vida. Adelantó la cinta hasta un punto aproximado al momento.

Contempló la pantalla.

—¿Estás viendo lo mismo que yo?

—Degradación de la cinta. Mierda, no es posible entender nada.

Ella se apoyó en el respaldo de la silla.

—¿Cuántas veces habrán usado estas cintas?

Por lo general, las cintas de vigilancia de circuito cerrado se destruían después de doce ciclos para evitar que se vieran como esa.

Kim siguió mirando sombras de figuras que entraban y salían del vestíbulo.

—Madre mía, incluso podría ser yo.

Bryant la miró con rostro serio.

—¿Eres tú, jefa?

Kim se reclinó y abrió la puerta.

—Cath —gritó—, ¿puede venir un minuto?

La mujer apareció en la puerta.

—De verdad, detective, no hay ninguna necesidad de…

—Nos llevaremos esta cinta.

Cath se encogió de hombros.

—Está bien.

—¿Tenemos que llenar algún formulario?

—¿Un qué?

Kim puso los ojos en blanco.

—Bryant.

Él cortó una hoja de su libreta y escribió el número de la cinta, sus nombres y el

de la comisaría.

Cath recibió el papel, aunque era evidente que no sabía para qué.

—Cath, ¿está consciente de que su sistema es prácticamente inútil?

La mujer se la quedó viendo como si fuera estúpida.

—Esto es un asilo de ancianos, detective, no se parece nada a una central del crimen —parecía triunfante.

Kim asintió mientras Bryant optaba por inspeccionarse las uñas.

—Tiene razón…, pero, con mejores cintas, tendríamos la posibilidad de identificar al responsable de dos homicidios, que podrían ser tres. Con toda certeza, estaríamos más cerca de quitarle la oportunidad de volver a asesinar. —Kim sonrió amablemente ante el rostro horrorizado de la mujer.— De cualquier modo, gracias por su tiempo y su servicial cooperación.

Kim pasó a un lado de Cath y salió del edificio.

—Sabes, jefa, siempre he pensado que hay más motivos para tenerte miedo cuando sonríes.

—Dale esta cinta a Stacey. Ella podría conocer a un trabajador milagroso capaz de darnos una pista.

—Lo haré. ¿A dónde vamos ahora, jefa?

Kim le quitó las llaves de la mano.

Viajaremos a tu peor pesadilla, Bryant —dijo ella, abriendo mucho los ojos—. Vamos de un asilo de ancianos a una funeraria.

Bryant se encogió de hombros.

—Está bien, pero, si vas a conducir, asegúrate de que no sea mi último viaje, ¿eh?

28

—De verdad, jefa, he oído de persecuciones de ambulancia, pero ¿ir a exceso de velocidad por un maldito cadáver?

Kim redujo la distancia entre ellos y el auto de delante.

—Oíste al tipo de la funeraria. Hace apenas dos horas que salió. Si llegamos a tiempo, podremos detener la ceremonia y ordenar una autopsia.

—La familia quedará encantada.

—Deja de lloriquear.

—¿Te das cuenta de que vamos al crematorio que está justo a un lado de la excavación? ¿Alguna vez has sentido que no vas a ninguna parte?

—No tienes ni idea —dijo ella, tocando la bocina al coche de enfrente, que vacilaba en un pequeño atasco. El auto dobló a la derecha.

Kim subió la colina de Garrett Lane y pasó sobre el puente del canal. Bryant rebotó en su asiento. Ella tomó la cuarta salida directamente hacia los terrenos del crematorio y se detuvo frente a la entrada.

—Coño, no hay coches ni dolientes —observó.

—Quizás llegamos demasiado temprano. Estarán celebrando el funeral en casa.

Kim no dijo nada. Se bajó del auto y se dirigió al edificio. Había una niña sentada en un poyo, con la cabeza agachada.

Siguió de frente. Sí que había un funeral que echar a perder.

Se estremeció al entrar al edificio. Las bancas de madera se alineaban a cada lado del corredor. El pasillo central llevaba a un área cortinada, donde los paños rojos habían sido devueltos a sus posiciones de descanso.

A la derecha había un púlpito elevado y, detrás, un tablero con los números de tres himnos.

Kim sintió que el lugar no tenía alma. Las iglesias no le interesaban gran cosa, pero, a fin de cuentas, ofrecían equilibrio. Había bodas y bautizos, celebraciones de comienzos que equilibraban las pérdidas. Este lugar existía solo para la muerte.

—¿Necesita ayuda? —preguntó una voz sin cuerpo.

Ella y Bryant se miraron entre sí.

—Cristo Jesús —suspiró Bryant.

—Todavía no —dijo una figura que venía apareciendo detrás del púlpito.

Aunque no era gordo, la túnica ministerial negra no favorecía al hombre. Su rostro no era tan redondo como parecía sugerir la forma de su cuerpo. Su cabello entre blanco y gris era espeso en los costados, aunque se adelgazaba como un amplio arco en la parte alta de la cabeza, como un sendero bien pisado en el campo. Kim supuso que tendría entre cuarenta y cinco y cincuenta años.

—Pero ¿podría ayudarlos en representación Suya?

La voz era baja y pareja, con un ritmo manso. La madre de acogida número cinco de Kim tenía, por teléfono, una voz que no guardaba ninguna semejanza con su habla normal. Se preguntaba si el ministro tendría una voz especial para los oficios.

—Venimos por el funeral de Mary Andrews —dijo Bryant.

—¿Ustedes son miembros de su familia?

Bryant le mostró una tarjeta de visita.

—En este caso, han llegado demasiado tarde.

—Maldición. ¿Hay alguna manera de detener el proceso?

El ministro consultó su reloj.

—Lleva una hora ahí dentro a mil cien grados. Sospecho que no quedará mucho.

—Qué cabronada… Lo siento, padre.

—Soy un ministro, no un sacerdote, querida, pero le haré llegar tus disculpas.

—Gracias por su ayuda —dijo Bryant, empujando a Kim hacia la puerta.

—Carajo, carajo, carajo —dijo Kim, dirigiéndose al auto.

Su visión periférica registró que la niña seguía sentada en el poyo, sola. Llegó al coche y miró atrás. Era obvio que la niña estaba temblando de frío, pero ese no era su problema.

Abrió la puerta del coche y se detuvo. De verdad, no era problema suyo.

—Espera un minuto —dijo, cerrando la puerta de golpe.

Kim trotó hasta donde estaba la niña y se paró a su lado.

—Oye, ¿te encuentras bien?

La niña parecía sorprendida. Trataba de templar una sonrisa educada mientras asentía. Sus ojos eran hendiduras en estado natural sobre un rostro pálido.

Tenía los pies cubiertos con unos zapatos de charol atados con cordones blancos y negros. Llevaba unas gruesas medias negras ajustadas y una falda que le llegaba a la rodilla. Sofocaba su blusa gris una chaqueta cruzada demasiado grande, pasada de moda hacía dos decenios. Un atuendo improvisado para un funeral, pero que no la protegía de una temperatura que se negaba a pasar de los dos grados.

Kim se encogió de hombros y se volvió. Había hecho la pregunta. La niña no tenía más angustias que la aflicción. Podía alejarse con la conciencia tranquila. No era su maldito problema.

—¿Alguien cercano? —le preguntó mientras se sentaba en el muro.

La niña asintió una vez más.

—Mi abuela.

—Lo siento mucho —le dijo Kim—, pero quedarte aquí sentada no te hará bien.

—Sí, lo sé, pero ella era, más bien, como mi madre.

—¿Y por qué sigues aquí? —le preguntó Kim con dulzura.

La niña alzó la mirada hacia la chimenea del crematorio. El humo salía espeso y se dispersaba.

—No me quiero ir hasta que… No quiero que se quede sola.

Su voz se quebró y por su mejilla rodaron lágrimas.

—¿Tu abuela se llamaba Mary Andrews?

La niña dejó de llorar y asintió.

—Yo me llamo Paula… Pero ¿cómo lo sabes?

Kim no sintió la necesidad de darle detalles a una niña en duelo.

—Soy detective. Su nombre apareció relacionado con lo que está pasando ahí.

—Oh, sí, trabajó en Crestwood. Fue ama de llaves por veinte años. —La niña sonrió de pronto.— Me llevaba consigo a veces, cuando trabajaba los fines de semana. Yo la ayudaba a cambiar las camas y a lavar algunas cosas. Si de verdad le servía de algo mi ayuda, no estoy segura. Todas las niñas la querían, a pesar de que no les toleraba ninguna niñería. Parecían honrarla. No le faltaban al respeto y recibía montones de abrazos.

—Y supongo que el resto del personal también la quería.

Paula se encogió de hombros y sonrió.

—El tío Billy. —Señaló con el rostro el pie de la colina.— Vivía ahí.

Kim se sentía intrigada.

—¿Cómo conociste a Billy?

—A veces, mi abuela cuidaba un rato de su hija para que él pudiera ir de compras. —La niña sonrió y miró la chimenea.— Se suponía que simplemente tenía que sentarse a observar a Lucy, pero mi abuela no podía quedarse así. Siempre encontraba un par de cosas que hacer antes de que él volviera: pasaba la aspiradora o planchaba un poco. Y yo jugaba con Lucy. Cuando él regresaba, ella nunca le contaba lo que había hecho. No buscaba agradecimientos; solo quería ayudar.

—Tal parece que tu abuela era una mujer muy especial —dijo Kim sin simulaciones.

—Después del incendio, ya no regresamos, y mi abuela decía que se habían mudado. —Paula pensó por un momento.— ¿Sabes? Muchas cosas cambiaron para mi abuela a partir de ese incendio. Nunca fue una abuelita anciana, ¿me entiendes?, pero, después del incendio, fue como si se le hubiera ido algo.

Kim se quedó pensando por qué Mary Andrews había mentido acerca de que William Payne se había mudado.

—¿Alguna vez le preguntaste por eso? —presionó suavemente.

Sabía que se estaba aprovechando de la necesidad que la niña tenía de hablar de su abuela. Hablar de una persona recientemente fallecida ayudaba a conservarla en el corazón y la mente. Preservaba el vínculo, la unión. Kim esperaba que se estuvieran apoyando mutuamente.

Paula asintió.

—Una vez, y se molestó mucho. Lo recuerdo bien, porque mi abuela nunca se enojaba conmigo. Mi dijo que nunca más volviera a mencionar ese lugar ni a esas personas. Así que ya no lo hice.

Kim notó que la niña temblaba de frío. Todo su cuerpo se balanceaba, pero el humo seguía saliendo por la chimenea.

—¿Sabes?, alguien me dijo una vez algo que siempre he recordado. —Kim podía evocarlo con claridad. Había sido en el funeral de sus padres adoptivos número cuatro, cuando solo tenía trece años.

El rostro inocente y sin marcas de la niña se volvió hacia ella, ansioso, en la desesperada búsqueda de un poco de consuelo; tal como le había sucedido a Kim, aunque ella nunca lo había hecho ostensible.

—Me dijeron que el cuerpo no es más que una chaqueta que te quitas cuando ya no la necesitas. Tu abuela ya no está ahí, Paula. La chaqueta que llevaba puesta le provocó dolor, pero ya se liberó de ella.

Kim miró el humo, ahora más tenue.

—Y creo que la chaqueta se ha ido ya, y que tú también deberías irte.

La niña se levantó.

—Gracias, muchas gracias.

Kim asintió mientras la niña se volvía. Las palabras, cualesquiera, podían amortiguar la pena en cuestión de minutos. Intrínsecamente egoísta por naturaleza, la aflicción era cosa de los vivos; una medida de cuán intensa era la pérdida personal, y, en algunos casos, como Kim sabía bien, del calado de su arrepentimiento.

Kim miró a Paula trotar colina abajo. En un momento pensó decirle que Lucy aún vivía en la casa aquella, pero la abuela le había mentido por alguna razón y Kim tenía que respetarla.

El timbre del teléfono la devolvió al presente. Era Dawson.

—Jefa, ¿dónde estás?

—Tan cerca, que casi podría oler tu colonia.

El día se estaba convirtiendo en un episodio malo de *La dimensión desconocida.*

—Qué bueno, jefa, porque te necesitamos aquí enseguida.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, corriendo hacia Bryant.

—Que esta máquina magnética se ha vuelto loca. Tal parece que tenemos otro cadáver.

29

Kim recorrió la distancia a pie más rápido que Bryant en el coche.

Pasó a un lado del doctor Bate y de Keats, que cargaban cajas en una furgoneta.

El doctor se volvió a ella.

—¿Sabe, inspectora detective?, como están las cosas, yo debería pensar en pedir una orden de alejamiento.

—¿Qué mierda le pasa? —le preguntó sin detenerse.

—Sí, tenías razón —le dijo él a Keats.

Ella no tenía ni idea de en qué tenía razón Keats y, en ese preciso momento, tampoco le interesaba en lo más mínimo.

Se dirigió al grupo de gente que estaba a casi quince metros de la primera carpa. La ubicación tras el almacén del equipo significaba que esas actividades quedaban ocultas a los ojos de la prensa. Le dio las gracias a Dios por esas pequeñas mercedes.

—¿Qué pasa?

Cerys la llevó aparte.

—Gareth estaba revisando el resto del área solo para estar seguro. Al llegar a este punto, el magnetómetro detectó una nueva anomalía.

—Madre mía —dijo Kim, y se pasó la mano por el pelo—. ¿Podría tratarse de otra cosa?

Cerys se encogió de hombros.

—Siempre hay esa posibilidad, pero no lo sabremos hasta que comencemos a excavar. Mientras tanto, hay algo que me gustaría mostrarle. —Kim siguió a Cerys a la carpa de suministros. Habían puesto mesas plegables con táperes encima. Un par de ellos estaban vacíos, para la mayoría contenían volúmenes variables de tierra.— Tenemos algunos pequeños fragmentos de metal que debo analizar con más detenimiento, pero pensé que esto podría ser interesante para usted.

Cerys tomó uno de los táperes más pequeños. Contenía tierra fina y unas cosas que parecían grajeas de chocolate.

—¿Qué es esto?

Cerys cogió una y la sostuvo a la altura de los ojos de Kim.

Era una circunferencia perfecta, rosa y con puntos amarillos. Kim inclinó la cabeza.

—¿Una cuenta? —Cerys asintió.— ¿Cuántas?

—Siete, por el momento.

—¿Una pulsera?

Cerys se encogió de hombros y sonrió.

—Esa parte del trabajo le toca a usted, detective. Por supuesto, siempre existe la posibilidad de que se trate de contextos totalmente separados.

—¿Cómo?

Cerys cerró los ojos por un segundo.

—Recuerda lo que le conté de la pared?

Sí, Kim recordaba algo acerca de sucesos que acaecían en capas.

—¿Me está diciendo que las cuentas podrían no tener ninguna relación con el cuerpo?

—Es posible.

—¿Cuándo podríamos tener fotografías?

—Todas las que hagamos hoy las tendrá mañana, a primera hora.

Kim asintió y salió de la carpa. Habían marcado con pintura amarilla en aerosol el área que la máquina había indicado.

Cuando Cerys estuvo parada a su lado, se volvió a ella.

—¿Por qué no han comenzado a cavar?

—Son casi las tres. Apenas nos queda media hora de luz diurna. No hay tiempo.

—¿Es broma? ¿Simplemente la van a dejar donde está?

Cerys giró hacia ella, sorprendida.

—En primer lugar, aún no estamos seguros de que no sea un perro muerto —dijo, echando mano del mismo ejemplo que Kim había usado el día anterior—. En segundo lugar, si ahí abajo hay otro cuerpo, sería temerario asignarle un sexo cuando el primero…

—¿Qué pasa con ustedes, los científicos? ¿Hay una clase en la universidad llamada Extracción del Pensamiento Libre?

—Si comenzáramos a alterar el suelo ahora mismo, a sabiendas de que no podremos terminar, corremos el riesgo de que el sitio quede expuesto a los elementos. Podríamos perder pruebas muy valiosas.

Kim negó con la cabeza.

—Todos son iguales, como pequeños clones de androide que confían en…

—Le aseguro que no todos somos iguales. Ayer lo hicimos a su modo, pero hoy lo haremos al mío.

Kim la miró enfadada.

Cerys se cruzó de brazos.

—Entiendo su impaciencia, detective. De hecho, la he vivido de primera mano, pero no me dejaré apremiar hasta el punto de cometer errores. Además, los miembros de mi equipo salieron de sus casas a las cuatro de la mañana. Necesitan descansar. —Cerys comenzó a alejarse, pero se volvió.— Le prometo que ella estará segura una noche más.

—Muchas gracias…, Cerys.

—De nada…, Kim.

Fue con Bryant y Dawson y los llevó aparte.

—Bien, chicos, aquí ya están cerrando el negocio. Mañana, si encuentran otro cuerpo allá abajo, esto se abrirá de par en par. Idos a casa y descansad un poco mientras podáis. A partir de mañana, esto será un viaje sin descanso, así que aseguraos de que vuestras familias se enteren de que aquella cosa de los turnos laborales es un recuerdo lejano.

—No hay problema, jefa —intervino Dawson vivamente. Tenía los ojos oscuros y un poco enrojecidos, pero estaba aprendiendo la lección.

—¿Está bien, Bryant?

—Como siempre, jefa.

—Muy bien. Sesión informativa a las siete. Alguien dígaselo a Stacey.

Mientras se alejaba de ellos, silenciosamente hervía por dentro. Esperar no era una actividad que le saliera bien.

30

Era casi la medianoche cuando Kim entró en la cochera. La tranquila calle familiar, más allá de su casa, estaba quieta y en acogedor silencio. Encendió su Ipod y escogió los nocturnos de Chopin. El piano solo le ayudaría a transitar las primeras horas de la madrugada hasta que el cuerpo le exigiera dormir.

Tras salir de la escena del crimen, había regresado a la comisaría, incapaz de hacer nada mientras hubiera la posibilidad de encontrar otro cuerpo bajo la tierra.

En un momento dado, regresó a casa a pasar la aspiradora por todos lados. Fregó la cocina y usó media botella de Cillit Bang en las superficies de trabajo. Completó dos ciclos de lavadora y secó, planchó y colgó la ropa en su armario.

La energía inquieta seguía corriendo a raudales por su cuerpo, impulsándola a reparar un estante roto en el baño, a reacomodar los muebles del salón y a poner orden en el armario ventilado de lo alto de la escalera.

Probablemente solo necesite un poco de limpieza, pensó, mientras entraba en su habitación favorita de la casa.

A la izquierda estaba la Ninja, metida de reversa, lista para la siguiente aventura.

Por un instante, Kim se vio a sí misma echada sobre el cuerpo de la motocicleta, con el pecho y el vientre en el tanque de combustible, los muslos apretados contra el asiento de cuero, inclinando la moto en una serie de curvas apretadas, con las rodillas a un par de centímetros del suelo. Esa coordinación de pies y manos trabajando juntos para controlar a la bestia consumía cada gramo de su concentración y apartaba de su mente todos los pensamientos.

Conducir la Ninja era como dominar un caballo lleno de energía. Era una cuestión de control, de amansar a un rebelde.

Alguna vez, Bryant le dijo que a ella le gustaba discutir con el destino; que este había dictado que fuera hermosa y que, aun así, ella le reñía al no hacer nada para mejorar su aspecto. Dijo que el destino había decidido que ella no fuera capaz de cocinar y, aun así, intentaba preparar platillos complejos cada semana. Pero solo ella sabía que el destino había decretado que muriera joven y, hasta el momento, seguía luchando contra él. Iba ganando.

Hubo momentos en que los hados la persiguieron para convertirla en lo que debió ser a los seis años: una estadística. Así, de vez en cuando los tentaba, los incitaba a que intentaran atraparla como en aquel entonces.

La restauración de la Triumph Thunderbird era una labor amorosa, un testimonio para dos personas que quisieron hacerla sentir segura, que hicieron

todo lo posible por amarla. La Thunderbird era un viaje emocional, un baño para su espíritu.

En esta habitación de la casa, la tensión y los desafíos del día laboral abandonaban sus músculos, dejándola relajada y contenta. Aquí no necesitaba ser la detective analítica que diseccionaba cada pista ni la cabecilla que guiaba y presionaba a su equipo para conseguir los mejores resultados. Aquí no necesitaba justificar su habilidad para cumplir con un trabajo que amaba de verdad ni luchar para enmascarar las habilidades sociales que tanta falta le hacían. Aquí era feliz.

Cruzó las piernas y comenzó a estudiar las piezas que le había tomado cinco meses conseguir. Los repuestos genuinos Triumph de 1993 encajarían juntos para dar forma al cárter del cigüeñal. Ahora, lo único que tenía que averiguar era cómo hacerlo.

Entre el desafío general de restaurar una motocicleta clásica, estaban los pequeños deberes. El cárter del cigüeñal era el corazón de la máquina, así que, como siempre, comenzó igual que lo hacía con un rompecabezas dentro de un rompecabezas: agrupando las piezas similares.

Veinte minutos después, las arandelas, juntas, resortes, válvulas, tubos y pistones estaban separados en grupos. Abrió el diagrama que tendría que servirle de guía en ese desafío.

Por lo general, los procesos saltaban de la página como un holograma tridimensional. Su mente era capaz de reconocer el punto de partida más lógico y empezar a construir a partir de ahí. Hoy, las instrucciones no eran más que una confusión de números, flechas y formas.

Después de diez minutos de fruncir el ceño, la página seguía pareciéndose a los escritos de la piedra de Rosetta.

Maldita sea, sin importar todos sus esfuerzos, sabía que este caso le estaba provocando una gran inquietud.

Descruzó las piernas y se apoyó contra la pared. Era, tal vez, pasar tanto tiempo tan cerca de la tumba de Mikey. Por más que le llevara flores nuevas cada semana, esos recuerdos estaban guardados bajo llave desde que tenía seis años.

Como una bomba conectada a un sensor de movimiento, nunca encontraría un buen momento para abrir aquel paquete. Todos los psicólogos a quienes la habían enviado fracasaron al tratar de destripar esa caja. Aunque le aseguraban que tenía que hablar del trauma, en caso de que quisiera ponerle cura, ella se resistía. Porque todos se habían equivocado.

Por unos cuantos años, después de la muerte de Mikey, Kim había ido de un lado a otro entre profesionales de la salud mental, como un puzle imposible de desentrañar. En retrospectiva, a menudo se preguntaba si habrían ofrecido un juego de cuchillos de carne al primer profesional que desbloqueara a la gemela

sobreviviente del peor caso de negligencia que Black Country hubiera visto jamás.

Sospechaba que no había un premio semejante para quien pudiera reconstruir a la niña.

El silencio y la agresión habían sido sus mejores amigos. Kim se había vuelto una niña difícil y esa, precisamente, había sido su intención. No quería ser mimada ni amada ni entendida. No quería formar vínculos con padres adoptivos, falsos hermanos ni cuidadores de pago. Quería que la dejaran sola.

Hasta que llegó la familia de acogida número cuatro.

Keith y Erica Spencer eran una pareja de mediana edad cuando entraron en el mundo de las adopciones. Kim había sido su primera hija adoptiva, y, como resultaría después, la última.

Ambos eran maestros y habían hecho la elección consciente de no tener hijos. En vez de eso, invertían todo su tiempo libre en viajar por el mundo en motocicletas. Tras la muerte de uno de sus amigos, decidieron que era hora de limitar los viajes frecuentes, pero su pasión por las motocicletas permaneció intacta.

Cuando la llevaron a vivir con ellos, a los diez años, Kim se calzó los zapatos de pinchos, lista para el entendimiento mesurado y la arremetida de largas charlas de tanteos.

Pasó los primeros tres meses en su habitación, bruñendo sus habilidades de rechazo, a la espera de que ellos intervinieran. Como no lo hacían, Kim empezó a incursionar escaleras abajo por breves períodos, casi como un animal que evaluara la seguridad de abandonar el estado de hibernación. Si alguno de los dos se sintió sorprendido, no lo manifestó.

En una de esas incursiones, estaba un tanto interesada en encontrar a Keith, quien se encontraba en la cochera restaurando una vieja motocicleta. Al principio, se sentó en el lugar más apartado, simplemente a observar. Sin voltear a verla, Keith comenzó a explicarle lo que estaba haciendo. Ella no decía nada y, de todos modos, él seguía hablando.

Cada día, ella se acercaba un poco más al área de trabajo, hasta que, finalmente, estuvo sentada a su lado, con las piernas cruzadas. Si Keith estaba en la cochera, ella también.

Poco a poco, Kim empezó a preguntar sobre el funcionamiento de la máquina, ansiosa por entender cómo actuaba todo. Keith le enseñaba diagramas y, luego, le hacía demostraciones prácticas.

A menudo, Erica tenía que sacarlos de la cochera a rastras para hacerlos comer una de las últimas delicias gastronómicas que sacaba de incontables libros, todos alineados en los estantes de la cocina. Ponía los ojos en blanco ante las preguntas

de Kim, mientras comían acompañados de los suaves sonidos de su colección de música clásica.

Kim llevaba unos dieciocho meses con la pareja cuando Keith se volvió y le dijo:

—Muy bien, me has visto hacerlo un montón de veces, pero ¿crees que podrías apretar esa tuerca con todo y su arandela en la carcasa del escape? —Y se apartó y fue a la cocina a por bebidas.

Con esa primera vuelta de tuerca nació su pasión.

Perdida en el proceso, siguió ordenando los repuestos diseminados por el suelo, hasta que, en un momento dado, puso otro par de piezas en la moto.

Una breve risa la hizo girar. Ambos estaban en la puerta observándola. Erica lloraba.

Keith se acercó y se puso a su lado.

—Sí, creo que heredaste los genes inteligentes de mí, cariño —dijo, dándole un empujoncito.

Y, aunque ella sabía que eso no era posible, esas palabras le habían provocado un ardor en la garganta al solo pensar cuán felices pudieron haber sido ella y Mikey de haber tenido destinos más amables.

Dos días antes de su cumpleaños número trece, su madre adoptiva le trajo a la habitación un chocolate caliente y, simplemente, lo puso en la mesita de noche. De salida, Erica se detuvo junto a la puerta. No se volvió. Tenía la mano agarrada al pomo.

—Kim, sí sabes cuánto te queremos, ¿verdad?

No dijo nada, pero se quedó mirando fijamente la espalda de Erica.

—No te querríamos más si fueras nuestra hija biológica, y nunca haremos el menor intento por cambiarte. Te amamos tal como eres, ¿de acuerdo?

Kim asintió mientras esas palabras tiraban de sus lágrimas. Sin darse cuenta siquiera, esta pareja de mediana edad se había metido en su corazón y le ofrecía los primeros cimientos de estabilidad que jamás conoció.

Dos días después, Keith y Erica morían en la autopista, en un choque múltiple.

Al poco tiempo, se enteró de que ellos regresaban a casa después de haber visitado a un abogado especialista en adopciones.

Apenas una hora después del accidente, Kim había empacado sus cosas y estaba, como un paquete indeseable, de vuelta en el sistema asistencial. No hubo celebración, no hubo fanfarrias por su regreso. No hubo ningún reconocimiento por ese hiato de tres años. Un asentimiento aquí, otro allá y la última cama disponible.

Kim se limpió una lágrima que, furtiva, corría mejilla abajo. Ese era el problema con los viajes al pasado. Cualquier recuerdo alegre conducía a una tragedia o una pérdida. Por ese motivo, no lo visitaba más a menudo.

El aroma de la cafetera la llamó desde la cocina. Se puso de pie y cogió su taza

para rellenarla.

Mientras vertía el líquido, sus ojos recorrieron la extensa colección de libros de cocina que se alineaban en los estantes.

Entre sus labios escaparon, de pronto, unas palabras que llegaban con veintiún años de retraso:

—Erica, yo también te quise mucho.

31

Nicola Adamson tomó un trago de Southern Comfort. Por lo general, no tocaba el alcohol en su lugar de trabajo, pero esa noche no podía sacudirse la rigidez de los huesos. Sus articulaciones estaban soldadas, y sus músculos, encementados.

La atmósfera en el club era electrizante. Había aterrizado un grupo de banqueros suizos rebosantes de entusiasmo y dinero en efectivo. Música retumbante y risas contagiosas. Las otras chicas estaban ocupadas mezclándose con la clientela, con sonrisas tan abiertas como genuinas. Todo parecía indicar que sería una noche para el disfrute de todos. En ese tipo de atmósfera, el trabajo demandaba un esfuerzo mínimo. Casi siempre.

Nicola sabía que le estaba costando mucho trabajo olvidarse de la discusión con su hermana. Había comenzado con algo tan insustancial que ni siquiera lo recordaba, pero se había convertido en una retahíla masiva. Tan solo se detuvo en el umbral de los golpes físicos.

Como era de esperar, Beth había echado mano de la carta de la culpabilidad, mencionando lo que Nicola tenía, pero ella no. Al final, Beth se había ido del piso en un arranque de cólera. Cuando Nicola volvió del trabajo, ella no había regresado.

Aunque Beth era una adulta perfectamente capaz de valerse por sí misma, Nicola seguía siendo su hermana mayor, su protectora. A pesar de la animadversión entre ellas, se preocupaba, y no podía evitarlo.

—Oye, Nic, ¿estás bien?

Dio un saltito.

—Sí, Lou, estoy muy bien.

El propietario del club era un exluchador, lo que no disfrazaba bajo la camisa y el traje que usaba cada noche en el trabajo.

Era su negocio y lo había comenzado desde cero. Lou había soñado con un club de lujo donde mujeres muy atractivas bailarían para el disfrute de los clientes. Desde el primer día, tenía tres principios que aplicaba a sus empleadas tan estrictamente como a sus clientes: nada de desnudez, nada de caricias y ninguna falta de respeto.

Para los empleados, había una cuarta regla: nada de drogas. Él había decidido, por su propia cuenta, estar al tanto de que se cumplieran las tres primeras; una prueba antidopaje al mes se encargaría de la cuarta.

Sus principios eran tanto el plan de negocios como la misión. Siempre predicaba con el ejemplo. Nicola no había conocido a ninguna chica que se sintiera incómoda en presencia de Lou.

—¿Esta noche no eres tú, niña?

Sopesó la idea de mentir, pero su jefe la conocía demasiado bien.

—Solo estoy un poco distraída, Lou.

—¿Quieres trabajar en la barra?

Nicola negó con la cabeza, asintió y suspiró después. Con toda franqueza, no sabía lo que quería.

Él le pidió que lo siguiera a través de una puerta detrás de la barra. Ya en la paz relativa del corredor, se detuvo.

Mary Ellen, una exmodelo de San Diego, se escurrió entre los dos. Lou esperó a que esos oídos estuvieran lejos del alcance.

—¿Esto tiene algo que ver con tu hermana?

Nicola sintió que se le caía la mandíbula.

—¿Cómo sabes de Beth?

Miró el pasillo de un lado al otro.

—Mira, no iba a decirte nada, pero estuvo aquí más temprano.

Nicola sintió que la boca se le secaba.

—¿Estuvo aquí?

Lou asintió.

—Me exigió que te dejara ir para que pudieras dedicar tu vida a algo más importante.

—Oh, Dios bendito, no —suspiró Nicola. Podía sentir que la calentura le subía a la cara. Nunca en su vida se había sentido tan humillada.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que eres una chica grande, perfectamente capaz de tomar tus propias decisiones.

—Gracias, Lou, qué vergüenza. ¿Te dijo algo más?

—Sí, me insultó un poco y me acusó de explotarte. Nada que no hubiera oído antes. —Puso los ojos en blanco.

Nicola sonrió.

—¿Y qué le dijiste?

—Le di las gracias por sus comentarios y le pregunté si había algo más en lo que pudiera ayudarla.

Nicola rio a carcajadas. Era una liberación muy bienvenida y un antídoto para la tensión que llevaba en el cuerpo.

A pesar de su buen humor, se sentía mortificada de que Beth hubiera traído los problemas familiares a su lugar de trabajo.

—Mira, Lou, mi corazón no está aquí esta noche, así que lo mejor será, probablemente, que me marche a casa.

Él asintió comprensivo.

—Te diré algo: de vosotras dos, estoy contento de tenerte a ti, porque tu hermana es un puto dolor de huevos.

—Lo sé —dijo Nicola en voz baja, mientras reflexionaba: «no tienes ni idea».

Emprendió su marcha hacia el camerino, que estaba al fondo del pasillo.

—Ah, y Nic… —Ella se volvió.— Cuídate. Tengo el presentimiento de que está cabreadísima contigo.

Nicola suspiró hondo y repasó lo que acababa de pensar:

De verdad, no tienes ni idea.

32

—Muy bien, Kev, empieza tú —ordenó Kim.

Ya los había puesto al corriente con respecto a la escena criminal del día anterior y el descubrimiento de la rama de conífera que vinculaba los dos crímenes.

Cerys había cumplido su promesa y las fotografías estuvieron ahí poco después de las seis y media. En la pizarra blanca habían pegado, con cinta adhesiva, una fotografía aérea del lugar.

Dawson se levantó y trazó una línea del primer enterramiento al borde del mapa.

—Esta es la víctima número uno. Aunque no tenemos una identificación formal del sexo, creemos, por la ropa y las cuentas recuperadas, que lo más probable es que se tratara de una mujer. Estuvo enterrada ahí por unos diez años, aproximadamente. Los restos ya han sido retirados del lugar y están en el laboratorio, con Keats y el doctor Bate. Lo único que sabemos con certeza es que fue decapitado.

—Horrendo —dijo Stacey.

Dawson anotaba datos en la pizarra blanca mientras hablaba.

A Kim la incomodaba que el encabezado todavía dijera «víctima 1». Esos huesos habían sido parte de una persona. Hubo músculos y piel y, quizás, alguna marca de nacimiento. Tuvo un rostro y expresiones. No eran solo huesos. Esa niña había pasado una parte bastante larga de su vida en el anonimato, y a Kim la enfurecía que todavía no tuviera nombre.

Recordaba claramente su propia constatación de cuán invisibles eran los chicos en las casas de asistencia. Cuando tenía ocho años, se había aventurado a entrar en la ropería en busca de una funda de almohada limpia. Su vista se había topado con una hoja de papel colgada del portapapeles. La primera página y las siguientes hojas eran diagramas de cada uno de los siete dormitorios. Habían dibujado y numerado las camas: cama uno, cama dos, cama tres… con casillas de verificación abajo. Se preguntaba por qué no habían puesto su nombre, en vez de «cama 19».

Kim se daba cuenta de que era mucha molestia etiquetarlas con sus nombres. Las ocupantes cambiaban, pero no la ubicación de la cama.

Se trepó en un banco de madera y, apoyándose en el burro de planchar, escribió los nombres de las niñas en los lugares que ocupaban.

A los dos días, una revisión superficial de la ropería le reveló que había hojas nuevas: cama uno, cama dos, cama tres.

Su espacio, su identidad, su diminuta área de seguridad se borraban así de fácil.

Nunca olvidaría esa lección.

Volvió a centrar su atención en Dawson, que señalaba algo en la pizarra.

—Aquí es donde se detectó la segunda masa, a unos dieciséis o diecisiete metros de la primera.

Trazó una línea al borde del mapa, pero, como marca, puso solo un asterisco. Todo el cuerpo de Kim reaccionó al uso de la palabra *masa,* pero se resistió. No había cuerpo, por el momento.

—Gracias, Kev. Hoy, el equipo arqueológico hará una investigación de todo el sitio para asegurarse de que no haya más.

—¿Crees que aparecerán más restos humanos, jefa?

Kim se encogió de hombros. De verdad, no tenía ni idea.

—Stace: ¿pudiste echarle un vistazo a la cinta?

Stacey puso la mirada en blanco.

—Sí, es como si la hubieran usado en la grabación original de *Ben Hur*. Ha sido regrabada cientos de veces. Tengo un amigo que podría limpiarla un poco, pero no está en nuestro registro de…

—Envíasela de todos modos. Desde el punto de vista probatorio, es aún menos que inútil, porque nunca podremos probar que la muerte de Mary Andrews fue un asesinato; sin embargo, sí que podría darnos algo de información.

Stacey asintió y anotó algo.

—No hay nada más con respecto a Teresa Wyatt. Tengo los registros de su teléfono y no hay llamadas entrantes ni salientes que debamos tomar en cuenta. Desde el punto de vista forense, en la escena del crimen no se encontró nada, excepto un par de huellas de zapatos pisoteadas dos veces.

El asesino se había tomado un tiempo para regresar sobre sus propios pasos para confundir cualquier intento de identificación. Como si el daño causado por los bomberos no hubiera sido suficiente.

—Tan listo como impaciente —observó Kim

—¿Impaciente? ¿Por qué? —preguntó Bryant.

—El descubrimiento del cuerpo de Teresa Wyatt se aceleró gracias al incendio, y por eso la encontraron menos de una hora después de su muerte. Tom Curtis hubiera muerto, con toda probabilidad, de haber seguido bebiendo el whisky, pero eso no le bastó a nuestro tipo.

—Quiere que sepamos lo enojado que está —reflexionó Bryant.

—Definitivamente, tiene algo que decir.

—Bien, detengámoslo antes de que se lo diga a alguien más —añadió Stacey, pulsando las teclas de su ordenador—. Bien, como continuación del trabajo de Kev, puedo confirmar que Richard Croft, el de Crestwood, es, casi con certeza, el diputado conservador de Bromsgrove.

—Maldita sea —dijo Kim. Woody quedará encantado con la noticia.

—Y tengo las direcciones tanto de él como del segundo vigilante nocturno. —La impresora cobró vida y Bryant cogió la hoja suelta.— También tengo el registro, casi totalmente actualizado, de las niñas de Crestwood. Lo conseguí con un médico general de la localidad, pero, para ser franca, en Facebbok estoy consiguiendo mejor información acerca de quiénes estaban ahí al final.

—Sigue con eso, Stace, podría ser útil para ayudarnos a identificar a nuestra primera víctima. Alguien podría reconocer las cuentas. Para nosotros, el punto focal son los miembros del personal. Nada sugiere que las exocupantes corran ningún peligro.

—Bryant y yo ya hablamos con William Payne. Tiene una hija con una grave discapacidad. Le encantaba su trabajo, pero no veía con frecuencia a los otros miembros del personal. Acaba de ser víctima de un intento de allanamiento que, según los dispositivos de seguridad instalados en su casa, no tiene ningún sentido. Kev, hazle una visita de asesoramiento cuando regreses del sitio.

Dawson asintió.

Kim se puso de pie.

—Así que todos sabemos lo que tenemos que hacer, ¿sí? —Pasó por el Tazón y recogió su chaqueta.

—Ven, Bryant, vamos al laboratorio a ver si el doctor Spock tiene algo más que decirnos.

Bryant salió detrás de ella.

—Tranquila, jefa, apenas pasan de las siete. Dale al chico un respiro.

—Ahí estará —dijo Kim al llegar al final de las escaleras.

Respiró hondo y abrió la puerta del lado del pasajero.

Quién demonios iba a saber con qué se toparían hoy.

33

Al entrar en la sala de autopsias, Kim parpadeó tres veces para acomodar su visión. La sobrecarga de acero inoxidable era como una docena de flases destellando al mismo tiempo.

—Este lugar me da escalofríos.

Ella se volvió hacia Bryant.

—¿Cuándo te convertiste en una niñita?

—Siempre he sido así, jefa.

La sala de patología había sido modernizada recientemente, y ahora tenía cuatro compartimientos dispuestos como una pequeña ala de hospital.

Cada área tenía la dotación completa: fregadero, mesa, gabinetes de pared y una bandeja de herramientas. Muchos de los instrumentos parecían inofensivos y no muy distintos a las tijeras y bisturís que se usaban en las cirugías de rutina, pero otros, como el cincel de cráneos, la sierra de huesos y la cortadora de costillas, parecían haber sido arrancados a la imaginación de Wes Craven.

A diferencia de un pabellón en la parte principal de un hospital, no había cortinajes entre un compartimiento y otro. A estos clientes no les preocupaban en absoluto los falsos pudores.

El esqueleto recuperado yacía en su forma natural y, de alguna manera, parecía aún más desamparado que en la tierra. Ahora, los huesos se exhibían en un ambiente esterilizado, donde serían examinados, analizados y estudiados. Era, simplemente, hacerlos pasar por una nueva ignominia.

La mesa era larga y tenía un borde alrededor que la hacía parecer un descomunal plato para pavo. Kim sintió la abrumadora necesidad de cubrir los huesos.

Habían bajado la luz del techo a la altura del hombro. Kim se acordó de las lámparas de los dentistas.

El doctor Bate midió el fémur derecho y anotó el resultado en el portapapeles.

—Alguien ha estado ocupado.

—El pájaro madrugador es el que atrapa al gusano, dicen. A menos que seas entomólogo, y entonces sería algo muy extraño.

Kim se llevó la mano al pecho.

—Doc, ¿se suponía que eso era un chiste? ¿Sí, verdad?

Llevaba la bata blanca abierta y, debajo, unos vaqueros descoloridos y una camiseta de rugby a rayas verdes y azules.

—Detective, ¿es así de socarrona con toda la gente que conoce?

Ella se lo pensó por unos instantes.

—Intento serlo, definitivamente.

Se volvió a mirarla de frente.

—¿Y cómo ha tenido éxito si es tan grosera, arrogante e insoportable…?

—Vamos, tranquilo, doc. También tengo mis puntos malos. Dile, Bryant.

—De hecho, ella tiene…

—Así que ¿qué puede decirnos esta mañana de nuestra víctima? —interrumpió Kim.

El doctor movió la cabeza con desesperación y miró para otro lado.

—Bien, para empezar, los huesos revelan más acerca de la vida de las víctimas que de su muerte. Podemos calcular cuánto vivieron, sus enfermedades, sus viejas heridas, la estatura, la complexión y cualquier deformidad que hubieran padecido. La edad a la hora de la muerte es inherente a la descomposición. Mientras más joven es la persona, más rápido se consume. En el caso de los niños, los huesos son más pequeños. Contienen menores cantidades de minerales. Por el contrario, una persona obesa se descompondrá más rápido dadas las grandes cantidades de carne disponibles para alimentar a los microorganismos y los gusanos.

—Fabuloso. Ahora, ¿hay algo que pueda decirnos y que nos ayude de verdad?

El doctor echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—Le diré algo, detective, usted es coherente.

Kim no dijo nada y simplemente esperó mientras él se ponía unas gafas sencillas de montura negra.

—Tenemos dos metatarsianos fracturados en el pie izquierdo. Esta lesión va más con el fútbol, pero la herida no es antigua. No hubo fusión ósea.

—¿Habría pateado algo? —preguntó Bryant.

—Es posible, pero una persona normal habría dado la patada con el pie derecho, a menos de que la hubieran entrenado a usar ambos pies por igual. —Se movió hacia la mesa, más cerca del cráneo.— Antes le mostré la fractura de la vértebra cervical. Sabemos que la víctima fue decapitada en algún momento. El ataque fue brutal y el golpe que cortó el hueso no fue el primero.

Tomó una lente de aumento.

—Si mira la C1 y la C2, entenderá a qué me refiero.

Kim se inclinó a su lado. Había una cresta visible en el hueso C1.

—¿Puede verla?

Kim asintió y llegó a sentir el aroma a menta de su aliento.

—Aquí, sostenga esto —dijo él, y le pasó la lupa.

Con delicadeza, giró el cuerpo un poco para que los huesos del cuello quedaran de lado.

—Ahora mire la C2.

Sostuvo fijos los despojos mientras ella ponía la lupa sobre el área superior de

los huesos del cuello más próximos al cráneo. Una vez más, pudo apreciar una cresta muy clara.

Kim retrocedió mientras una sensación comenzaba a tomar forma en su estómago.

—Pero la herida que me enseñó ayer no estaba en el costado del cuello.

El doctor asintió y, solo por un instante, parecieron entenderse con la mirada.

—No lo entiendo —dijo Bryant, inclinándose sobre la mesa para mirar mejor.

—Estaba viva —murmuró Kim—. Se estaba moviendo mientras trataban de cortarle la cabeza.

—Qué enfermo tan hijo de puta —exhaló Bryant, moviendo la cabeza.

—¿Es posible que la herida del pie hubiera sido causada por un pisotón, en un intento de evitar que la víctima se moviera?

Eso explicaría por qué se retorcía en el suelo incapaz de huir.

—Podría ser una conclusión lógica.

—Tenga cuidado de no comprometerse ahí, doc.

—No podría confirmar esa teoría, detective, en ausencia de tejidos blandos, pero puedo afirmar que no he encontrado ninguna otra causa obvia de muerte.

—¿Cuánto tiempo estuvo ahí?

—No menos de cinco años, pero, posiblemente, tantos como doce.

Kim puso los ojos en blanco.

—Mire, si pudiera darle el día, mes y año, lo haría, pero la descomposición se ve afectada por muchas variables: calor, contenido del suelo, edad, enfermedades, infecciones. Al igual que usted, me encantaría encontrar a todo mundo con una fotografía, el historial médico completo, un pasaporte y una factura reciente de pagos de servicios públicos; pero, desafortunadamente, esto es lo que hay.

Imperturbable, Kim digirió el arrebato.

—Así que ¿qué tenemos, exactamente, doc?

—Mi cálculo instruido es que tenemos los despojos de un no adulto, de una persona de quince años o menos.

—¿Cálculo instruido? ¿Es jerga científica para decir «adivinación»?

Él negó con la cabeza.

—No, podría sostener esta conclusión ante la corte. Supongo que se trataba de una mujer.

Kim se quedó perpleja.

—Pero, ayer, usted dijo que…

—No hay ningún fundamento científico.

—¿Lo dice por las cuentas?

Movió la cabeza de un lado al otro.

—Cerys nos trajo esto anoche.

Sostuvo una bolsa que contenía un pedazo de tela. Ella se acercó para mirarlo.

Tenía un dibujo.

—Es parte de un calcetín. La lana se descompone mucho más lentamente que otras telas.

—Pero yo todavía no…

—Bajo el microscopio, solo he podido identificar los restos de una mariposa rosa.

—Eso me servirá —dijo Kim. Giró y salió del laboratorio.

34

La niña no me gustó desde el momento en que la vi. Había algo digno de compasión en ella: era lamentable. Y fea.

En su cuerpo, todo era demasiado pequeño. Los dedos de sus pies desgarraban las puntas de los zapatos. Su falda de mezclilla dejaba ver demasiado muslo. Incluso su torso parecía sumamente pequeño para las largas extremidades que surgían de él.

Era la última niña que esperaba que me causara un problema. Era tan intrascendente que apenas recuerdo su nombre.

No fue la primera, no sería la última, pero acabar con su miseria fue algo verdaderamente satisfactorio. Nadie amaría nunca a esta niña, nadie la había amado.

Nacida de una madre de quince años en la urbanización de Hollytree, el destino había sido bastante cruel. Tras parir a una segunda niña, cinco años después, la madre había huido.

El rechazo paternal llegó seis años más tarde, cuando el padre la abandonó en Crestwood junto con una bolsa de basura donde venían sus únicos bienes. Dejó claro que no habría visitas de fin de semana ni la menor esperanza de un regreso.

La niña se quedó parada junto al mostrador de la recepción mientras su padre la entregaba. Era lo suficientemente mayor para entender.

Él se alejó sin darle un abrazo ni una caricia de despedida, pero, en el último instante, se volvió a mirarla fijamente. Duro.

Por un breve minuto, ¿habría tenido ella la esperanza de que se arrepintiera, de que le diera alguna explicación, una justificación que ella pudiera entender? ¿Tenía la esperanza de que su padre le prometiera regresar, por falsa que fuera la promesa?

Él regresó y la llevó aparte.

—Cucha, niña, l'único que puo decirte pa orientarte bien es ca t'esmeres con los libros, porque nunca tendrás un hombre. —Y entonces se marchó.

Se metía entre sus compañeras como una sombra, ansiosa de congraciarse, en busca desesperada de amor o algo parecido, por remoto que fuera ese parecido.

Su conocimiento limitado del afecto hacía que la atención que recibía de las otras niñas suscitara en ella una gratitud lastimosa y una lealtad inquebrantable que terminaban en obsequios de comida, de la mesada; de cualquier cosa que sus dos compinches le pidieran. Las perseguía como un cachorrito de lurcher, y ellas la dejaban hacer.

Me divierte pensar en que la niña más insignificante que caminara nunca sobre la tierra goza ahora de cierta importancia. Todo mundo busca en ella respuestas, y estoy contento de haberle dado ese regalo.

Una noche me dijo: «tengo un secreto acerca de Tracy».

Yo dije: «yo también tengo uno».

Le pedí que nos reuniéramos mientras las otras dormían. Le dije que era nuestro secreto y que le tenía una sorpresa: conejitos en el lago. La técnica era infalible.

A la una y media de la noche, vi que se abría la puerta trasera. Un rayo de luz iluminó por detrás el cuerpo desgarbado e hizo que la silueta pareciera un personaje de caricatura.

Caminó hacia mí de puntillas. Sonreí para mis adentros.

Esta niña no sería un desafío. Su necesidad de atención era nauseabunda.

—Tengo algo que decirte —murmuró.

—Dime —le dije ansioso, siguiéndole el juego.

—No creo que Tracy se haya escapado.

—¿De verdad? Pregunté fingiendo sorpresa. No era ninguna noticia. A todas las que no habían podido alejarse a tiempo, la niña les había dicho lo mismo: que no creía que Tracy hubiera huido.

Su estúpida y torpe cara era como una máscara de tan estudiada.

—Mira, ella no era así, además de que dejó olvidado su Ipod. Lo encontré debajo de su cama.

No esperaba que dijera eso, pero maldita sea. ¿Cómo se me pudo haber pasado? La estúpida vaca lo tenía siempre colgado de la oreja. Sin duda, se lo había robado, y era su posesión más preciada.

—¿Qué hiciste con él? —le pregunté.

—Está en mi armario, para que nadie le haga ni una muesca.

—¿Le has contado esto a alguien más?

Negó con la cabeza.

—A nadie le importa. Es como si ella nunca hubiera existido.

Por supuesto. Eso era, justamente, lo que yo quería.

Pero ahora estaba el puto Ipod.

Le regalé una amplia sonrisa.

—Eres una niña muy lista.

La oscuridad que nos rodeaba no ocultó el enrojecimiento de sus mejillas.

Sonrió, ansiosa de agradar, de ser útil; de importar.

—Y hay algo más —dijo—. Ella nunca hubiera escapado, porque estaba…

—Silencio —dije, poniéndome el dedo en los labios. Me incliné hacia ella, una coconspiradora, una amiga—. Tienes razón. Tracy no huyó y yo sé dónde está. —Le tendí la mano.— ¿Quieres ir a verla?

Tomó mi mano y asintió.

Caminé con ella por el área de césped hacia el rincón más lejano, la parte más oscura y apartada del edificio, resguardada por árboles. Ella venía a mi derecha.

Tropezó con el agujero y cayó de espaldas. Le solté la mano.

Por un momento, en su rostro hubo señales de confusión. Levantó la mano para defenderse mientras yo entraba en el agujero.

En el borde busqué mi pala, pero, con el tropezón, ella la había desplazado.

La demora le dio tiempo para levantarse, pero yo la necesitaba acostada en el suelo. La cogí del pelo y tiré de su cabeza. Su cara quedó a pocos centímetros de la mía.

Respiraba esforzada y frenéticamente. Alcé la pala y la dejé caer en su empeine. Dio un solo grito antes de echarse al suelo y agarrarse el pie. La agonía hizo que los ojos se le pusieran en blanco mientras perdía brevemente el sentido. Le quité un calcetín del otro pie y se lo metí muy dentro en la boca.

Tiré de ella hasta que estuvo tendida a lo largo de la tumba. Me paré a su lado y le dejé caer la pala. El golpe le dio en el cuello, de lado, y el dolor la despertó. Trató de gritar, pero ningún sonido podía atravesar el calcetín.

Sus ojos iban de un lado al otro, locos de pavor. Levanté la pala más alto y la impulsé mientras ella se retorcía allá abajo. Esta vez funcionó mejor. A mis oídos llegó el sonido de la hoja cortando la carne.

Era una luchadora. Volvió a enroscarse. Le di una fuerte patada en el vientre. Comenzaba a asfixiarse con su propia sangre. Volví a patearla y la puse boca arriba.

Me concentré mucho. Era cuestión de puntería. Levanté la pala una vez más y golpeé su garganta. La luz abandonó entonces sus ojos, pero la parte inferior de su cuerpo seguía retorciéndose.

Me acordé de la tala de árboles. El corte ya estaba hecho. Un golpe más separaría las partes por completo.

Lancé la pala desde arriba. El metal sonó contra el hueso.

Cesaron los espasmos. De pronto, se hizo el silencio.

Subí mi pie derecho en la pala, y luego, el izquierdo, como si fuera un palo saltarín. Balanceé la hoja, empujándola hacia abajo, hasta que la sentí clavarse en la tierra floja.

Sus ojos nunca dejaron de verme mientras la enterraba. Muerta era casi bonita.

Me aparté de esa tumba que pasaría inadvertida entre los estropicios de la feria itinerante.

La niña siempre había querido ayudar, serle útil a alguien, tener un propósito. Lo había conseguido.

Pisé la hierba y retrocedí. Le di las gracias por guardar mi secreto.

Finalmente, la niña había hecho algo bueno.

35

—¿Qué piensas, entonces? —preguntó Bryant mientras ella iba al asiento del pasajero.

—¿De qué?

—¿Del doctor y la arqueóloga?

—Suena como el comienzo de un chiste malo.

—Vamos. Sabes a qué me refiero. ¿Crees que estén…?

—¿Qué coño te pasa? —le espetó—. Hace media hora estabas actuando como una niñita, y ahora eres una vieja cotilla.

—Vamos, que lo de «vieja» duele, jefa.

—Preferiría que usaras tus limitadas capacidades cerebrales en el caso, y no en la vida sexual de nuestros colegas.

Bryant se encogió de hombros y puso el coche en dirección a Bromsgrove. Su siguiente parada era una visita a Richard Croft en su despacho de la calle principal.

Mientras iban por Lye, Kim miraba a través de la ventanilla, incapaz de liberarse de la imagen de una niña de quince años revolcándose en el suelo, agarrándose el pie fracturado y tratando de escapar del golpe mortal de la hoja cortante. Que los dos primeros intentos hubieran cortado carne, cartílagos y músculos hasta alcanzar el hueso, pero sin matarla, la hacían sentir fatal.

Cerró los ojos, tratando de imaginar el espanto que habría recorrido el cuerpo de esa niña.

Kim siguió perdida en esos pensamientos hasta que llegaron a las afueras de Bromsgrove y al sitio donde alguna estuvo el asilo de Barnsley Hall.

El hospital psiquiátrico había abierto en 1907 con una capacidad máxima para mil doscientos pacientes. Había sido el hogar de su madre durante la mayor parte de los años setenta, hasta que, con veintitrés años, la devolvieron a la vida en comunidad.

Sí, buena decisión, pensó Kim mientras pasaban por la urbanización que se había construido tras la clausura y demolición del hospital, a finales de los noventa.

Hubo tristeza en la localidad cuando la ornamentada torre del agua fue finalmente demolida, en el 2000. La estructura gótica, moldeada en ladrillo rojo con recubrimientos de arenisca y terracota, había descollado en las instalaciones. Personalmente, a Kim le encantó presenciar su destrucción. Era la última reminiscencia de un establecimiento que había contribuido gravemente a la muerte de su hermano.

Bryant detuvo el auto en un pequeño aparcamiento detrás de una gran tienda

de mascotas. Kim se concentró en recuperarse.

Tomaron un atajo entre dos tiendas y les dio la bienvenida el aroma que surgía de la panadería Gregg en la primera hornada del día.

Bryant gimió.

—Ni se te ocurra —le dijo Kim.

Ella observó las construcciones de arriba abajo.

—Es esa —dijo, señalando una puerta roja entre una tienda de tarjetas y una de saldos de ropa.

Había un intercomunicador justo debajo de la placa. Kim lo presionó. Contestó una voz de mujer.

—Queremos ver al señor Croft.

—Disculpe, no está disponible en este momento. Para quienes no tienen cita, tenemos una recepción…

—Estamos investigando un homicidio, así que, por favor, abra la puerta. —Kim no se sentía preparada para tratar asuntos policíacos a través de un dispositivo electrónico.

Sonó un pitido leve y Kim empujó la puerta. Enfrente apareció una escalera estrecha que llevaba al piso de arriba.

Al llegar a la parte superior, se encontró con puertas a ambos lados. La de la izquierda era de madera sólida, mientras que la de la derecha estaba compuesta de cuatro piezas de vidrio.

Empujó la de la derecha.

Era una habitación reducida y sin ventanas y estaba ocupada por una mujer que, según supuso Kim, tendría alrededor de veinticinco años. Llevaba el pelo recogido, pero tan apretado que prácticamente le fruncía las sienes.

Bryant sacó su placa y se presentó.

Aunque pequeño, el lugar parecía muy ordenado y funcional. Una pared estaba cubierta de archivadores; un calendario y un par de certificados decoraban la de enfrente. A través de los altavoces del ordenador salían los sonidos de Radio 2.

—¿Podemos hablar con el señor Croft?

—No, me temo que no.

Kim desvió la mirada atrás de la mujer, hacia la otra puerta en el rellano.

—No está ahí. Está haciendo visitas a domicilio.

—¿Qué es?, ¿un médico? —preguntó Kim, molesta.

¿Qué pasaba con estas secretarias que necesitaban brindar protección a hombres de mediana edad? ¿Había un curso universitario especial para eso?

—El concejal Croft pasa muchas horas visitando a electores que no pueden salir de sus casas.

La expresión *audiencia cautiva* se apareció en la mente de Kim, así como la

visión del hombre rehusándose a salir de la casa hasta tener el voto comprometido bajo juramento.

—Estamos tratando de investigar un homicidio, así que…

—Estoy segura de que podremos concertar una cita conveniente —dijo ella, echando mano de una agenda en formato A4.

—¿Qué le parece si lo llama, sencillamente, y le dice que estamos aquí? Aguardaremos.

La mujer jugó con las perlas de su collar.

—No puedo interrumpirlo mientras está en visitas domiciliarias, así que, si quieren hacer una…

—No, no quiero hacer una maldita…

—Entendemos que el concejal es una persona muy ocupada —dijo Bryant, empujando levemente a Kim. Hablaba en voz baja, con calidez y un toque de comprensión—, pero estamos investigando un asesinato. ¿Está segura de que hoy no dispone de tiempo?

La ayudante de Croft pasó las páginas hasta ese día y negó con la cabeza. Bryant siguió sus ojos hasta la agenda.

—Con toda franqueza, no podría encontrarles lugar hasta el jueves por la mañana, a las…

—¿Es una broma? —ladró Kim.

—Denos lo que tenga.

—Nueve y cuarto, detective.

Bryant asintió y sonrió.

—Gracias.

Bryan giró y condujo a Kim a la puerta. Al salir, Kim se volvió a él hecha una furia.

—¿El jueves por la mañana, Bryant?

El negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Su agenda decía que hoy trabajará toda la tarde en casa y sabemos dónde vive.

—Muy bien —dijo ella satisfecha.

—Sabes, jefa, uno no siempre consigue lo que quiere intimidando a las personas. —Kim no estaba de acuerdo. Hasta el momento, le había funcionado.— ¿Alguna vez oíste hablar del libro *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*?

—¿Alguna vez viste *Alguien voló sobre el nido del cuco*? —Porque ella era la enfermera Ratched en ciernes.

Bryant rio a carcajadas.

—Quiero decir que hay más de una manera de despellejar a un gato.

—Y por eso te tengo a ti —dijo ella, haciendo alto frente a una cafetería.— Para mí, café con leche, doble —dijo, y empujó la puerta.

Bryant puso los ojos en blanco mientras se sentaba junto a la ventana.

A pesar de las advertencias de Bryant, Kim nunca había tenido la destreza de adaptar su comportamiento para amoldarse a otras personas. Incluso desde niña, había sido incapaz de asimilarse a colectivos de ninguna clase. Carecía de habilidades para esconder sus sentimientos, y sus reacciones innatas tenían la costumbre de reclamar el control de su rostro antes de que ella tuviera alguna oportunidad de dominarlas.

—¿Sabes?, a veces, lo único que quiero es un café —gimió Bryant al poner un par de tazas sobre la mesa—. Tienen más opciones que un restaurante de comida china para llevar. Aparentemente, este es un americano.

Kim negó con la cabeza. A veces era como si Bryant hubiera salido de una cápsula del tiempo sellada a finales los ochenta.

—Entonces, ¿por qué te pusiste pesada con la enfermera Ratched de allá atrás?

—Eso no te lleva a ningún lado, Bryant.

—*Sip,* nos hemos quedado estancados en los aros de cebolla.

—¿En qué?

—Para mí, un caso es como una comida de tres tiempos. Empiezas con el primer plato. Te sumerges porque tienes hambre. Hay testigos, hay un escenario criminal, así que te atiborras de información. Luego viene el segundo plato, el principal, y es, digamos, una parrillada mixta. Te ves obligado a trabajar en lo importante. Hay demasiada comida, demasiada información. Entonces, ¿deberías lanzarte por toda la carne y dejar las guarniciones o prescindir de una salchicha con tal de que te quede espacio para el postre?

—Bien, mucha gente coincidiría en que el pudín es el mejor bocado, porque, cuando llega, toda la comida termina por acumularse y el apetito queda satisfecho.

—Ese es el cargamento más grande de…

—Ah, pero mira dónde estamos. Nos hemos comido el primer plato y ahora tenemos dos líneas de investigación. Estamos tratando de resolver qué dirección debemos tomar para llegar al postre.

Kim tomó un sorbo de su café. A Bryant le encantaban las analogías, y, de vez en cuando, ella le daba gusto.

—Ahora, el plato principal a menudo tiene más sentido si se interrumpe con una charla de corazonadas.

Kim sonrió. De verdad, llevaban demasiado tiempo trabajando juntos.

—Así que, vamos, venga, ¿qué dicen tus entrañas?

—¿Cuál es nuestra historia inicial? —preguntó ella.

—Que Teresa Wyatt fue asesinada por un asunto personal, un resentimiento.

—¿Y después?

—Tras el homicidio de Tom Curtis, conjeturamos que se trata de alguien

conectado con Crestwood.

—¿La muerte de Mary Andrews?

—En realidad, no altera nuestras ideas.

—¿El descubrimiento del cuerpo bajo tierra?

—Nos conduce a creer que alguien está intentando eliminar gente involucrada en crímenes que ocurrieron hace diez años.

—Así que, en resumen, ¿nuestra teoría es que la persona que mató a nuestra jovencita es la misma que asesina empleados para no ser atrapada por los crímenes originales?

—Por supuesto —dijo Bryant enfáticamente.

Y ahí estaba la disparidad entre las corazonadas.

—Creo que fue Einstein quien dijo que, si los hechos no se acomodan a la teoría, hay que cambiar los hechos.

—¿Eh?

—La persona que mató a nuestra víctima enterrada era mesurada y metódica. Se las arregló para asesinar a una persona, por lo menos, y deshacerse de su cuerpo sin que nadie la atrapara. No dejó pistas y, de nos ser por la tenacidad del profesor Milton, nadie hubiera detectado nada.

—Vayamos más adelante, hasta Tom Curtis. El alcohol hubiera hecho el trabajo, pero no era suficiente. Hay un mensaje fuerte y claro en el sentido de que ese hombre se merecía la muerte.

Bryant pasó saliva.

—Jefa, ¿me vas a decir que tus instintos sostienen lo que creo que sostienen?

—¿Que es…?

—Que hay más de un asesino.

Kim tomó un sorbo de su café con leche.

—Lo que creo, Bryant, es que vamos a necesitar un plato más grande.

36

—¿Estás seguro de que aquí es donde ella te dijo? —preguntó Kim

—*Sip,* este es el lugar: El Toro y la Vejiga. Famoso por ser el segundo pub del corredor Delph.

El corredor Delph era una colección de seis pubs diseminados a lo largo de Delph Road. Arrancaba con La Bolsa del Maíz en Quarry Bank y terminaba con La Campana de Amblecote. El pasaje se había convertido en un rito para grupos de hombres, y, más recientemente, de mujeres, que hacían el recorrido de extremo a extremo consumiendo tanto alcohol como sus jóvenes cuerpos podían contener.

Ningún hombre que se respetase a sí mismo, de dieciocho años o más, a tres kilómetros a la redonda, admitiría no haber conquistado el Corredor Delph.

Bryant golpeó la puerta en la casa de Arthur Connop, donde la indiferente esposa los informó de dónde podrían encontrarlo.

El Toro y la Vejiga era un edifico de ventanal triple, amueblado con madera de caoba y exteriores color mostaza.

—¿A las once y media? —preguntó Kim. Para ella, tenía el aspecto de un lugar donde te limpiarías los pies al salir.

La puerta exterior daba a un pasillo estrecho y oscuro con opciones. Inmediatamente a la izquierda tenían un salón pequeño. A lo largo de la misma pared estaban las entradas de los baños. Las puertas iban a juego con el color oscuro de las ventanas exteriores y dotaban al pequeño corredor de un ambiente claustrofóbico.

El hedor a cerveza era peor que en la mayoría de las escenas criminales en las que Kim había estado.

Bryant abrió la puerta de la derecha, la que daba al bar. La habitación no estaba mucho más iluminada que el pasillo.

Había una banca corrida a lo largo de la pared. La tapicería estaba manchada y sucia. Había mesas de madera frente a la banca, cercadas por un par de taburetes.

En la esquina derecha observaron un periódico junto a un cuarto de litro de cerveza.

Bryant se acercó a la barra y habló a una mujer apenas entrada en los cincuenta que secaba vasos con un paño de cocina de aspecto dudoso.

—¿Arthur Connop? —le preguntó.

Ella asintió en dirección a la entrada.

—Salió al meadero.

En ese preciso instante, se abrió la puerta y entró un hombre de metro y medio

que venía ajustándose el cinturón.

—Pan con queso, Maureen —dijo, caminando directamente hacia ellos.

Maureen metió la mano bajo la cubierta de plástico rayada, examinó un paquete y lo depositó sobre la barra.

—Dos libras.

—Y medio litro de cerveza amarga —miró hacia ellos—. Que los polis se paguen lo suyo.

Maureen sacó la cerveza y la puso sobre la barra. Arthur contó el cambio y colocó el dinero en una sucia esterilla de cerveza.

—Nada para nosotros, gracias —dijo Bryant, y Kim le quedó muy agradecida.

Arthur se escurrió entre mesa y banca y se sentó.

—¿Qué quieren? —preguntó con su cerrado acento local mientras ellos ocupaban los taburetes al otro lado.

—¿Nos ha estado esperando, señor Connop?

Impaciente, puso los ojos en blanco.

—No llegué en un barco bananero. Han estado excavando donde solía trabajar. Algunos de los tipos con los que trabajaba han sido asesinados, así que no iba a pasar mucho tiempo antes de que vinieran a verme.

Quitó la película adhesiva del pan que, aparentemente, era la única pieza de alimentación en venta. El tufo a cebolla alcanzó a Kim de inmediato. Sobre la mesa cayó un pequeño trozo de queso rallado. Arthur se lamió el índice, tocó la mesa para recuperar el queso y se lo comió.

Kim se preguntaba si esas manos habían sido lavadas tras el reciente viaje. De pronto, resistía la náusea.

Bryant le golpeó la rodilla bajo la mesa. Obviamente, quería conducir este interrogatorio, y ella estaba más que satisfecha con permitírselo.

—Señor Connop, por el momento, andamos buscando algunos antecedentes. ¿Cree que podría ayudarnos con eso?

—Si quieren. Solo háganlo rápido y déjenme en paz.

Kim se sintió tentada a mostrarle las fotos en su teléfono, pero en ese preciso momento recordó un consejo de Woody: si no eres capaz de jugar limpio…, deja que Bryant lo haga.

El rostro de Connop era un mapa de carreteras de vasos sanguíneos reventados y tenía la palidez de una vida entera bebiendo. Su esclerótica ya se había rendido al color de la ictericia. Llevaba barba de días, totalmente blanca. Las arrugas de su frente habían perdido el muelle y, a juzgar por su profundidad, Kim supuso que el tipo había nacido cabreado.

Sostenía el pan con las dos manos mientras se lo llevaba a la boca, masticando ruidosamente.

Como un indiscutible multitareas, hablaba mientras comía.

—Vamos, pregunten y váyanse a la mierda.

Kim prefirió mirar para otro lado mientras la boca del sujeto machacaba la comida hasta convertirla en una especie de puré de pan y queso.

—¿Podría hablarnos de Teresa Wyatt?

Tomó un trago de cerveza para pasarse el sándwich.

Arrugó la nariz.

—Un poco egoísta y engreída, pero, en realidad, no interfería. Nunca hablaba con gente como yo. Escribía los deberes en una pizarra y yo simplemente los hacía.

—¿Tenía una buena conexión con las niñas?

—En realidad, no tenía mucho que ver con ellas, no se relacionaba. Para ser franco, creo que le hubiera dado lo mismo que el lugar estuviera lleno de animales de granja. Por lo que llegué a escuchar, tenía un poco de mal genio, pero, fuera de eso, no hay nada más que pueda decirle.

—¿Qué me dice de Richard Croft?

—Maldito hijo de puta —dijo, dando otro mordisco.

—¿Puede explicarse?

—No mucho. Si sigue vivo para cuando lo encuentren, verán a qué me refiero.

—¿Estaba muy relacionado con las niñas?

—¿Es de coña, verdad? No salía de su despacho lo suficiente como para charlar con ninguna de ellas. Y todas sabían que lo mejor era no molestarlo. Su trabajo eran los presupuestos y cosas de esas. Hablaba un montón sobre exámenes de comparados, indicadores de desempeñados y otras mierdas como esas.

Kim supuso que se refería a análisis comparativos e indicadores de desempeño, conceptos que no tenían ningún significado para un trabajador manual.

Arthur se dio unos golpecitos en la nariz.

—Siempre se vestía por encima de sus posibilidades, eso.

—¿Quiere decir que usaba ropa fina?

—Quiero decir que usaba todo fino: trajes, camisas, zapatos, corbatas. No lo compraba con su salario de funcionario público.

—¿Por eso le caía mal? —preguntó Kim.

Arthur gruñó.

—Me caía mal por un millón de razones, y esa era solo una de ellas. —Su rostro se arrugó de disgusto.— Baboso y desagradable hijo de puta. Con aires de superioridad y secretista y…

—¿Sobre qué? —preguntó Bryant.

Arthur se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero, que un hombre tenga dos ordenadores sobre su escritorio, me supera. Y siempre bajaba la tapa del pequeño cuando yo entraba. No sé por qué. No es como si yo fuera capaz de entender esas cosas.

—¿Conoció a Tom Curtis?

Arthur asintió mientras el último trozo de pan ya se molía en su boca.

—No era un mal tipo. Joven, buen mozo. Era el que mejor se relacionaba con las niñas. Hazles un sándwich si se saltaron el té… Ese tipo de cosas. Ponía buena cara.

—¿A qué ponía buena cara? —preguntó Kim.

—A estar en Crestwood, por supuesto. Esa es la cosa, ¿sabe? Todos estábamos ahí por nuestros propios motivos. Era un buen trampolín para llegar a donde quisieras. La excepción era Mary. Una persona buena y honesta, sal de la tierra, esa.

Kim desvió su atención un instante, pensando en los encargos de este grupo de gente que, en el mejor de los casos, no ofrecía calidez, orientación ni cuidados genuinos… Y, en el peor, había hecho mucho más.

—¿Conoció a William Payne? —preguntó Bryant.

Arthur soltó una carcajada.

—Ah, ¿te refieres a Huevos de Oro? —preguntó, y se rio de su propio chiste. El sonido de su risa no era nada placentero.

Kim se volvió a mirar detenidamente al hombre que tenía enfrente. Los efectos del alcohol le estaban soltando la lengua. Su enfoque ya se perdía ligeramente cuando tomó otro gran trago hasta terminarse la cerveza.

Kim se levantó y fue a la barra.

—¿Cuántas ha tomado? —le preguntó a Maureen.

—Un whiskey doble y esta es su cuarta cerveza de medio litro.

—¿Es lo habitual?

Maureen asintió mientras llenaba un cuenco con cacahuetes salados para uso comunitario. Kim no se hubiera comido uno de esos ni con una AK47 apuntándole a la cabeza.

Maureen giró y dejó caer la bolsa vacía en la papelera.

—En cuanto se termine esa cerveza, pedirá otra. Me negaré. Me insultará y se irá a casa tambaleando para dormir la borrachera antes de volver por la noche.

—¿Todos los días es la misma rutina?

Maureen asintió.

—Madre mía.

—No sienta pena por él, detective. Si tiene un poco de compasión para compartir, ofrézcasela a su esposa. Arthur es un viejo miserable que se ha hecho la víctima desde que lo conozco. No es un abuelito cariñoso. Es así de insoportable tanto borracho como sobrio.

Kim sonrió ante la franqueza de la mujer. Para cuando volvió a la mesa, el último tarro ya iba a la mitad.

—Sí, el Billy de mierda esto, el Billy de mierda aquello. Todo mundo se le

empinaba de espaldas al puto Billy. Solo porque tenía una hija tarada.

Kim sintió que un rugido crecía en su garganta. Bryant la miró, negando con la cabeza, y ella abrió los puños. No serviría de nada derribarlo de un golpe; jamás cambiaría.

—Sí, cuidemos todos a Billy, démosle todos los trabajos fáciles y dejémosle la mierda a Arthur. Dejemos que Billy trabaje las horas que quiera y que Arthur se encargue del resto. Todos teníamos nuestros jodidos problemas, y si él simplemente la hubiera recluido en una casa de asistencia, nunca nos hubiéramos…

Kim se inclinó hacia delante, lo suficientemente cerca como para ver las últimas gotas de claridad en sus ojos.

—¿Nunca qué, señor Connop? —preguntó Bryant.

Movió la cabeza de un lado al otro y sus ojos fluctuaron, pero finalmente encontró el tarro con el tacto. Se lo llevó a la boca y apuró el contenido.

Levantó el vaso.

—¿Otra, Maureen? —gritó.

—Ya tuviste suficiente, Arthur.

—Guarra de mierda —balbució, y golpeó la mesa con el tarro.

Se levantó tambaleante.

—Arthur. ¿qué nos estaba diciendo?

—Nada. Váyanse a la mierda y déjenme solo. Han venido demasiado tarde.

Kim salió del edificio detrás de él y lo sujetó del brazo. El viejo amargado había agotado su tolerancia.

Subió mucho la voz cuando un automóvil arrancó cerca de ellos.

—Escuche. Tres de los antiguos trabajadores han muerto en las últimas dos semanas. Dos de ellos, por lo menos, fueron asesinados, y si no nos dice lo que sabe, probablemente usted sea el siguiente.

Él fijó en ella sus ojos, con una mirada que desmentía el nivel de alcohol que enardecía su cuerpo.

—Que vengan de una jodida vez. Será un alivio muy bienvenido.

Se zafó de Kim y siguió por el camino, tambaleándose. Zigzagueó hasta un coche aparcado y, después, contra la pared, como una bola de millón.

—No está bien, jefa. No nos dirá nada en ese estado. Quizás deberíamos hacerle otra visita más tarde, después de que haya dormido un poco.

Kim asintió y se volvió. Caminaron hacia el automóvil, que estaba aparcado justo a la vuelta de la esquina.

Cuando Kim puso la mano en la manilla del coche, el aire se llenó de un golpe seco, seguido de un grito muy agudo.

—¿Qué coño…? —gritó Bryant.

A diferencia de su compañero, ella no necesitaba preguntar. Giró y comenzó a

correr hacia el pub.

En sus entrañas, ya lo sabía.

37

En segundos, Kim estaba a un lado del cuerpo postrado de Arthur Connop.

—Fuera de aquí —ladró.

Tres personas se apartaron. Bryant se interpuso entre ellas y la figura en el suelo.

Antes de poner su atención en la víctima, Kim hizo una seña de asentimiento a un joven que, desde el otro lado de la calle, apuntaba su teléfono móvil en esa dirección.

Bryant salió corriendo, y, sin su protección, la multitud comenzó a converger nuevamente sobre Kim.

—Por favor, retrocedan —gritó ella, mientras trataba de evaluar los daños.

La pierna de Connop colgaba sobre el arrollo en un ángulo antinatural. Kim se inclinó y le puso dos dedos en el cuello. Le revelaron exactamente lo que sospechaba: estaba muerto.

Una joven que llevaba un cochecito ya estaba pidiendo una ambulancia.

Bryant regresó y miró a Kim.

—Jefa, ¿quieres que…?

—Obtén todos los detalles —le dijo. No esperaba de su equipo nada que ella misma no estuviera preparada para hacer. Y estaba entrenada. Maldita sea.

Se arrodilló mientras Bryant se dirigía a los testigos e intentaba alejarlos del área.

Giró el cuerpo de Arthur hasta ponerlo boca arriba, con cautela. La cara del hombre estaba salpicada de grava del camino. Sus ojos, sin mirada, estaban fijos en el cielo.

Escuchó el grito ahogado de uno de los testigos, pero no tenía tiempo para preocuparse por las sensibilidades de los mirones. Es parte de la naturaleza humana mirar con atención cosas que más tarde te provocarán pesadillas. En ese momento, sin embargo, la prioridad era Arthur Connop.

Kim le puso dos dedos bajo la barbilla y, con cautela, inclinó la cabeza del hombre hacia atrás.

No llevaba cerrada la cremallera del cárdigan, así que le rasgó la camisa para abrirla.

Colocó los carpos de su mano derecha en el centro del pecho y la palma izquierda en la parte superior, entrelazando los dedos. Presionó treinta veces con firmeza, aproximadamente seis centímetros cada vez, y se detuvo.

Fue a la cabeza de Arthur y, con los dedos de la mano derecha, le tapó la nariz. Selló sus labios con la boca y sopló de manera sostenida.

Vio cómo el pecho se levantaba a resultas de la respiración asistida. Repitió el

proceso y volvió a las compresiones.

Sabía que las resucitación cardiopulmonar se usaba, más que nada, para mantener las funciones cerebrales intactas hasta que pudieran tomarse medidas con las que restablecer la circulación sanguínea y la respiración espontáneas. No se le escapaba la ironía de estar tratando de preservar un cerebro que su propietario llevaba años tratando de destruir.

El chillido de las sirenas de la policía se detuvo en algún punto detrás de ella. Su prioridad habría sido cerrar la calle para salvaguardar las pruebas. Otros se encargarían de interrogar a los testigos.

Estaba consciente de las actividades arriba y a su alrededor, pero el centro de su atención seguía siendo la figura sin vida que tenía bajo de las manos.

La rodeaba un conjunto cacofónico de voces, pero una de ellas alcanzó a penetrar su concentración.

—Jefa, ¿me hago cargo?

Kim negó con la cabeza sin levantar la mirada. Dejó de aplicar compresiones, segura de que acababa de notar que el pecho se movía por sí mismo.

Observó con fijeza. Se incorporó otra vez. La luz regresaba a los ojos del hombre y un gruñido bajo escapaba de entre sus labios.

Kim se sentó en el camino, con los brazos muertos de cansancio.

Arthur Connop la miró de frente. Ella percibió en él un instante de reconocimiento y un destello de comprensión mientras todos los dolores viajaban por los nervios hasta su cerebro. Volvió a gruñir y una mueca retorció sus rasgos.

Kim le puso una mano en el pecho.

—Permanezca quieto. La ambulancia llegará en cualquier momento.

Los ojos del hombre giraron hasta encontrarla, mientras ella escuchaba otra sirena a la distancia.

—Terminado —jadeó.

Kim bajó la cabeza.

—¿Qué ha terminado, Arthur?

Él tragó y movió la cabeza de un lado al otro. El esfuerzo le provocó otro gruñido.

Kim oyó las pisadas de los paramédicos, cada vez más cerca.

—¿Qué ha dicho?

—Termínalo —consiguió pronunciar.

Miró sus ojos y notó que la luz volvía a fugarse.

Llevó las manos adoloridas instintivamente hacia su pecho, pero sintió que alguien la apartaba.

Dos uniformes verdes le obstruían la visión. Un hombre le buscaba el pulso a Arthur y negaba con la cabeza. La mujer comenzó a aplicar compresiones mientras su compañero sacaba el equipo del maletín.

Bryant la agarró de la mano y se la llevó de ahí.

—Está en buenas manos, jefa.

Miró atrás al paramédico que colocaba las paletas del desfibrilador en el pecho de Arthur Connop.

Ella negó.

—No, ha muerto.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que lo terminara.

Se apoyó en la pared, mientras la fatiga reemplazaba la adrenalina.

—Lo que quiera que haya sucedido en Crestwood ha atormentado a esta gente el resto de sus vidas.

Bryant asintió.

—Un testigo vio un auto blanco que se alejaba. Nadie vio el impacto cuando sucedía, pero uno jura que era un Audi, y otro, un BMW. Quizás no estén relacionados, jefa.

Ella giró para mirarlo.

—Bryant, el hombre iba tambaleándose cien metros hasta su casa, todos los días, sin el menor incidente.

—Así que no crees que haya sido un genuino accidente con fuga.

—No, Bryant, creo que nuestro asesino estaba acá fuera, esperando, y que el hijo de puta ha tenido los cojones para hacer esto en nuestras narices.

Él le tocó el brazo con delicadeza.

—Vamos, vamos a que te asees un poco antes de que…

Ella se soltó.

—¿Qué hora es?

—Poco más de las doce.

—Es hora de hacerle una visita amistosa a nuestro concejal local.

—Pero, jefa, un par de horas…

—Quizás se nos haga demasiado tarde —dijo ella, dirigiéndose al auto—. Aparte de William Payne, nuestro concejal es el único que queda.

38

—¿Te quedan algunas de esas mentas, Bryant? —preguntó Kim. Ya había usado y hecho bolas tres toallitas húmedas. Se limpió la cara, el cuello y las manos, pero, psicológicamente o no, el persistente tufo a cerveza y cebolla no se le quitaba.

Bryant metió la mano en el compartimento de la puerta del conductor y le ofreció un paquete sin abrir. Ella cogió un caramelo y se lo llevó a la boca.

El aroma a mentol trazó un sendero hasta sus pulmones.

—Madre mía, ¿se necesita carné para esto? —preguntó, una vez que su ojo derecho dejó de lagrimear.

—Piense en la alternativa, jefa.

Le dio una buena calada al dulce y miró por la ventanilla mientras se aproximaban al centro de Bromsgrove. Bryant dobló a la derecha después de pasar el viejo hospicio del sindicato, que había funcionado hasta 1948.

Aunque estaban a solo quince kilómetros de Stourbridge, era como si se hubieran internado en otro mundo.

El área fue documentada por primera vez a principios del siglo IX como Bremesgraf. Creció alrededor de la agricultura y la fabricación de clavos. Reciamente conservadora, la población rural acomodada estaba compuesta, en su mayoría, por británicos blancos, con apenas un cuatro por ciento de minorías étnicas.

—¿Es de coña? —preguntó Kim mientras dejaban Littleheath Lane. Los precios más bajos de las casas a lo largo de ese tramo de Lickey End eran de siete cifras. Las residencias estaban protegidas de las miradas por altos setos y largos caminos de entrada. Conocida como «el cinturón bancario», la zona acomodaba a profesionales corporativos con un acceso inmediato a la M5 y a la M40. No era el hábitat natural de un diputado local.

El auto se detuvo en un jardín amurallado protegido por un portón de hierro forjado.

Bryant bajó la ventanilla y presionó el botón del intercomunicador. Le contestó una voz distorsionada; Kim no supo si era de hombre o de mujer.

—Policía de West Midlands —dijo Bryant.

No hubo respuesta, pero un golpe sordo reveló que la puerta eléctrica empezaría a deslizarse tras la pared de la izquierda.

Bryant entró en cuanto la abertura fue lo suficientemente grande.

El camino de grava los condujo a un patio de ladrillo rojo y una residencia campestre de dos pisos.

La casa se componía de dos cuerpos en ángulo recto. Kim alcanzó a ver detrás una cochera separada, tan grande, que hubiera devorado, por mucho, su propia

casa. A pesar del espacio que la mansión dejaba para los vehículos, había dos autos aparcados en una franja de grava del lado derecho de la propiedad.

Un porche abierto y techado recortaba la edificación. Había maceteros con laureles distribuidos a intervalos regulares.

—No querrías renunciar a todo esto sin luchar, ¿eh? —preguntó Kim.

Bryant se detuvo frente a la puerta principal.

—Es un testigo, no un sospechoso, jefa.

—Desde luego —dijo ella, bajándose del coche—. Y me aseguraré de tener eso presente mientras lo interrogo.

La puerta se abrió antes de que llegaran a ella. Delante estaba un hombre que, según Kim supuso, sería Richard Croft.

Llevaba puestos unos chinos color crema, una camiseta azul marino y una toalla alrededor de los hombros. Su cabello gris estaba húmedo.

—Perdonen, acabo de salir de la piscina.

Por supuesto. Ella enfrentaba a cada rato ese mismo inconveniente.

—Bonitos coches. —Kim asintió mientras contemplaba con delectación un Aston Martin DB9 y un Porsche 911. Había un espacio entre los dos.

Observó, también, dos cámaras de circuito cerrado en lo alto del edificio.

—¿Sobrecarga de seguridad para un diputado local? —preguntó ella, mientras seguía a Richard Croft por el pasillo.

Él se giró.

—Bueno, la seguridad es por mi esposa.

Dobló a la izquierda y lo siguieron a través de puertas dobles de vidrio en lo que Kim supuso que sería uno de los espacios del salón. El techo era bajo y estaba sostenido por gruesas vigas restauradas por expertos. El lugar se iluminaba con sofás de cuero color caramelo y las paredes malva. Unas puertas francesas llevaban a un invernadero que, al parecer, recorría toda la casa.

—Por favor, siéntense en lo que hago los arreglos para el té.

—Oh, qué civilizado —dijo Bryant cuando Richard Croft salió de la habitación—. Va a prepararnos un poco de té.

—Me parece que dijo que hará *los arreglos* para el té. Estoy casi segura de que eso significa que él no lo va a preparar.

—Marta estará aquí en un momento —dijo Richard Croft al regresar a la habitación. Se había quitado la toalla y estaba peinado, lo que revelaba un poco más de cabello gris en sus sienes.

—¿Es su esposa?

Sonrió mostrando unos dientes quizás demasiado blancos.

—No, por Dios, Marta es nuestra sirvienta residente. Ayuda a Nina con los niños y la casa.

—Y es una casa verdaderamente encantadora, concejal.

—Llámeme Richard, por favor —ofreció magnánimo—. La casa es el fruto del amor de mi esposa. Trabaja muy duro y espera tener un espacio placentero donde relajarse.

—¿Y a qué se dedica ella, exactamente?

—Es abogada de derechos humanos. Defiende los derechos de ciertas personas con quienes usted no querría pasar el tiempo, precisamente.

Kim lo entendió de inmediato.

—Terroristas.

—«Individuos acusados de actividades terroristas» sería un término más correcto políticamente. —Kim trató de no exhibir sus emociones, pero el disgusto debió de haber sido obvio.— Todos tenemos derecho de hacer un uso pleno de la ley. ¿No está de acuerdo, detective?

Kim no dijo nada. No confiaba en su boca abierta. Creía firmemente en que la ley tenía que aplicarse a todos y, por lo tanto, hubiera admitido que la protección de esa ley debía estar disponible para cualquiera. Por lo tanto, sí, estaba de acuerdo; solo que detestaba coincidir en algo con él.

Más intrigante que la profesión de la esposa era la absoluta falta de movimientos faciales mientras el hombre hablaba. La frente y la parte superior de las mejillas de Croft no se habían movido ni una sola vez. Para Kim, había algo surrealista en el proceso de inyectarse voluntariamente un derivado de la más potente entre las toxinas conocidas. En un hombre que se acercaba a los cincuenta años, era definitivamente grotesco. Sentía que estaba contemplando un muñeco de cera, no a una persona.

Él señaló su entorno.

—A Nina le gusta la buena vida, y yo simplemente me siento afortunado de tener una esposa que me ama mucho.

El comentario probablemente había salido de su boca con la intención de ser autocrítico y resultar encantador. Al llegar a los oídos de Kim, ya era pura arrogancia y autocomplacencia.

Quizás no te ama tanto como tú a ti mismo, estuvo a punto de responderle Kim. Pero, por fortuna, la interrumpió la llegada de una bandeja que traía una chica rubia y delgada, también con el cabello húmedo.

Kim intercambió con Bryant miradas de complicidad. Madre santa, no había una sola hebra de moral entre este tipo y su mujer.

Temía por los dos niños, perfectamente acicalados, de la foto sobre la chimenea de ladrillo.

En cuanto Marta salió, Richard sirvió en tres tacitas el contenido de la tetera de plata.

Kim no vio leche ni percibió el aroma de la cafeína. Levantó la mano y se negó.

—Tenía la intención de ir a verlos para ofrecerles cualquier ayuda, pero he

estado muy ocupado con mis electores.

—Sí, Kim estaba segura de que los electores insistían en que disfrutara de un buen revolcón de medio día con la sirvienta. Había deshonestidad hasta en el tono de su voz. Ella se preguntaba si en su despacho lo habría encontrado más convincente. Aquí, rodeado de lujos, a sabiendas de lo que había estado haciendo, no podía evitar la oleada de repugnancia que le causaba.

—Bien, aquí estamos ahora, así que, si nos permite hacerle algunas preguntas, entraremos en materia.

—Por supuesto. Adelante, por favor.

Fue al sofá frente a ellos, se recostó y pasó el pie derecho sobre la rodilla del izquierdo.

Kim decidió comenzar por el principio. Cada una de sus células detestaba a este hombre, pero trataría de asegurarse de que sus propias opiniones no ofuscaran sus juicios profesionales

—¿Sabe que Teresa Wyatt fue asesinada hace poco?

—Terrible situación —dijo sin modificar el gesto—. Le envié flores.

—Un recuerdo adorable, estoy segura.

—Es lo menos que podía hacer.

—¿Y sabe también de Tom Curtis?

Croft agitó la cabeza y miró el suelo.

—Horrendo.

Kim hubiera apostado su casa a que el tipo envió flores.

—¿Estaba al corriente de que también Mary Andrews murió recientemente?

—No, no lo sabía.

Miró hacia su escritorio.

—Debería escribir una nota y enviar…

—Flores. —Kim terminó la frase por él.— ¿Recuerda a un trabajador que se llamaba Arthur Connop?

Richard pareció meditar por un momento.

—Sí, sí, era uno de los ordenanzas.

Kim se preguntaba qué clase de ayuda les habría brindado este hombre de haber encontrado tiempo para visitar la comisaría, porque no estaba siendo tan comunicativo.

—Hablamos con él esta mañana.

—Espero que esté bien.

—Él no le desea lo mismo a usted, precisamente.

Richard se rio y cogió su taza de líquido verde.

—La gente rara vez recuerda a sus superiores con cariño, según he notado. Especialmente, los tipos más perezosos. Tuve motivos para reconvenir al señor Connop en más de una ocasión.

—¿Por qué?

—Por quedarse dormido, por hacer mal el trabajo…

Sus palabras se perdieron como si hubiera tenido más que decir.

—¿Y?

Richard negó con la cabeza.

—Solo correcciones del día a día.

—¿Qué me dice de William Payne?

Kim notó un ligero cambio en sus ojos.

—¿Qué pasa con él?

—Bueno, él era el otro vigilante. ¿Recibía reprimendas similares?

—En absoluto. William era un empleado modelo. ¿Está al tanto de sus circunstancias personales? —Kim asintió.— William no hubiera hecho nada que pusiera en riesgo su trabajo.

—¿Diría usted que se lo trataba con más miramientos que a Arthur Connop? —presionó Kim. Ahí había algo. Podía sentirlo.

—Francamente, es posible que hayamos hecho la vista gorda en un par de cosas.

—¿Como qué?

—Bueno, sabíamos que, de vez en cuando, William se iba a casa por la noche si su hija estaba pasando un mal rato o si su vecina no estaba disponible para cuidarla, pero nunca dejaba a sus niñas desatendidas; así que lo dejábamos escapar. Lo sabíamos, quiero decir, pero… —se encogió de hombros—, ¿intercambiaría lugares con él?

—¿Algo más que eso? Arthur indicó que…

—De verdad, detective, creo que Arthur Connop nació amargado. Si ya lo conoció, sabrá que es una víctima de la vida. Cada cosa mala de su existencia ha sido culpa de alguien más y ha estado fuera de su control.

—Y, hoy mismo, hace un rato, quizás le ha dado la razón, puesto que un auto le pasó por la espalda, dándolo por muerto.

Richard Croft tragó saliva.

—¿Y está… muerto?

—No lo sabemos todavía, pero su estado no era esperanzador.

—Oh, cielos, qué accidente tan terrible y trágico. —Suspiró hondo.— Bien, en tal caso, no le hará ningún daño que me sincere completamente con usted, detective.

—Hágalo, por favor —dijo Kim, incapaz de ver los caballos desbocados que, al parecer, luchaban por sacarle las palabras de la boca.

—No mucho antes del incendio, me hicieron ver que Arthur estaba suministrando drogas a algunas de las niñas. Nada fuerte, pero drogas, a fin de cuentas.

—¿Por qué? —preguntó Kim con toda intención. De haber sido descubiertas, sus

acciones le habrían costado el trabajo, antecedentes penales y, posiblemente, unos cuantos meses en Featherstone.

—William era el cuidador nocturno. Lo cubría un relevo en sus dos noches de descanso. A veces, Arthur daba un paso al frente y ganaba alguna paga extraordinaria. Sin que el resto del personal lo supiera, pasaba la primera parte de su turno en el pub. El hecho fue descubierto fácilmente por un grupo de residentes que echaron mano de la situación para conseguir ciertas ventajas.

—¿Lo chantajearon? —preguntó Bryant.

—Eso no es, precisamente, lo que yo quería decir, detective.

Tratándose del encargado de las instalaciones, Kim estaba segura de ello.

—Era natural que Arthur no dijera nada por miedo a perder su trabajo.

—Tenía que haber hablado, de todos modos —explotó Kim—. Era responsable de la seguridad de quince a veinte niñas de entre seis y quince años. Pudo haberles sucedido cualquier cosa mientras estaba fuera.

Richard la miró inquisitivo.

—¿Excusa el comportamiento de esas niñas, detective?

No lo excusaba, pero, entre los que estuvieron a cargo de esas niñas, aún no había conocido a ninguno que de verdad hubiera dado una mierda por ellas.

Eligió las palabras concienzudamente.

—No, pero, para empezar, si Arthur hubiera hecho bien su trabajo, no lo habrían puesto en semejante situación.

Él sonrió en señal de conformidad.

—Buen punto, detective, pero las niñas involucradas no eran ciudadanas ejemplares.

Kim hizo un esfuerzo por contener el ramalazo de rabia. El comportamiento de las niñas las hacía, automáticamente, personas sin moral, futuro ni esperanza. Y, con modelos de comportamiento como Arthur Connop, eso no la sorprendía en lo más mínimo.

Se preguntaba acerca de esa repentina revelación con respecto a Arthur. ¿Qué ganaba el concejal con eso?

Richard se inclinó hacia delante.

—¿Más té?

—Señor Croft, no parece particularmente preocupado de que todos sus antiguos colegas estén muriendo a un ritmo anormal.

—Llevamos dos asesinatos, una muerte natural y un accidente que, tal vez, ni siquiera ha sido fatal.

—¿Qué sucedió en Crestwood hace años? —preguntó ella con toda intención.

Richard Croft no dejó pasar ni un instante.

—Ojalá lo supiera, pero estuve ahí únicamente los dos últimos años en que las instalaciones estuvieron funcionando.

—Y, en ese tiempo, el número de fugas creció definitivamente, ¿de acuerdo?

Se la quedó mirando de frente y un destello de molestia puso en riesgo su mesurada compostura. La técnica de Kim había pasado de interrogatorio general a sondeo. Él no parecía disfrutar que ella cuestionara la manera en que manejó las instalaciones mientras estuvo a cargo.

—A algunos chicos no les gustan las reglas, por bien intencionadas que sean.

Según lo que Kim podía recordar, la mayoría de las reglas se establecían para conveniencia del personal, no de los residentes.

—Nos ha hablado de Arthur, pero ¿qué tan implicado estaba *usted* con las residentes de Crestwood?

—No mucho. Me pusieron ahí para tomar decisiones organizacionales, para que las instalaciones funcionaran con eficiencia.

Su uso frecuente de la palabra *instalaciones* hacía que Crestwood pareciera más una unidad de Broadmoor, el hospital psiquiátrico de alta seguridad de Berkshire, que una casa para niñas abandonadas.

—Señor Croft, ¿tiene algún motivo para creer que alguno de sus colegas habría querido hacer daño a cualquiera de las niñas?

Él se puso de pie.

—Por supuesto que no. ¿Cómo es posible que me pregunte tal cosa, siquiera? El solo decirlo es terrible. Todos los empleados de la instalación estaban ahí para cuidar a esas niñas.

—¿Qué me dice de Arthur?

—Cometió un error. Jamás le hubiera hecho daño a nadie.

—Lo entiendo, señor Croft, pero tenemos los restos de quien parece haber sido una adolescente enterrados en los terrenos de Crestwood, y una de las cosas que puedo deducir con absoluta certeza es que no se metió ahí ella sola.

Se quedó paralizado y se pasó los dedos por el cabello como única reacción física a las palabras de Kim. Sus expresiones faciales eran difíciles de leer detrás del bótox.

—Señor Croft, ¿usted o alguno de sus conocidos interpuso objeciones para que el profesor Milton hiciera excavaciones en el terreno?

—Absolutamente no. Yo no habría tenido ningún motivo.

Ella se puso de pie y lo encaró.

—Finalmente, le haré una última pregunta antes de dejarlo en paz: ¿Dónde estaba la noche del asesinato de Teresa?

Su rostro se puso carmesí. Señaló la puerta.

—Les agradeceré que salgan de mi casa inmediatamente. Revoco mi ofrecimiento de ayudarlos. Cualquier otra pregunta deberán hacerla a través de mi abogado.

Kim se dirigió a la puerta.

—Señor Croft, estoy más que lista para irme de la propiedad *de su esposa* y quisiera darle las gracias por su tiempo.

Kim salía por la puerta frontal justo cuando un Range Rover plateado se detenía en la franja de grava. Quien venía conduciendo no ocupó el espacio disponible entre los otros dos autos, señal de que, normalmente, alguien más aparcaba ahí.

Una mujer delgada bajó del coche y sacó un portafolio del asiento trasero. Llevaba un traje ejecutivo negro con falda recta que le llegaba justo por debajo de la rodilla. Encumbraba sus pantorrillas con tacones de diez centímetros. Tenía el cabello negro y brillante, pero recogido por detrás en una grave cola de caballo.

Al pasar, Kim no pudo evitar advertir que la mujer era absolutamente deslumbrante. Ella la recompensó con una sonrisa tolerante y una cortés señal de asentimiento.

—Muy bien, ¿qué coño le ha visto *ella*? —preguntó Bryant.

Kim movía la cabeza de un lado al otro mientras se subía al coche. La puerta se cerró detrás del matrimonio. Después de todo, el mundo seguía albergando misterios.

Bryant arrancó el auto y lo condujo en reversa.

—Jefa, ¿alguna vez encontrarás el modo de jugar limpio?

—Claro que sí, en el preciso momento en que encuentre compañeros de juego que me agraden.

Suspiró mientras veía la residencia que iba quedando detrás y, por un momento, pensó en William Payne y su hija Lucy. Definitivamente, el destino tenía una manera defectuosa de ver las cosas.

—¿Qué piensas? —preguntó Bryant mientras el portal se abría para dejarlos salir.

—En su reacción a las noticias de la niña enterrada.

—¿Qué hay de eso?

—En ningún momento preguntó si la habíamos identificado. No se veía consternado por nada de lo que le dijimos. El bótox podrá entumecerle la cara, pero no controlar el movimiento de sus ojos.

Las entrañas de Kim habían reaccionado desfavorablemente ante el señor Richard Croft. El tipo sabía algo, y ella estaba segura de eso. Pero seguía persiguiendo esa esquiva hebra, esa definitiva pieza de algodón que pendía y que, en cuanto tiraran de ella, revelaría los secretos de Crestwood.

39

—¿Qué querían *esos*? —preguntó Nina Croft después de dejar el portafolio en el pasillo.

—Vinieron a interrogarme acerca de Crestwood —contestó Richard mientras seguía a su esposa a la cocina. Tras quince años juntos, ella seguía teniendo un par de cosas que no dejaban de sorprenderlo.

La primera era que siguiera luciendo tan fantástica como el día en que la conoció. Se había enamorado perdidamente de ella y, desafortunadamente, eso tampoco había cambiado desde entonces.

La segunda era esa helada lejanía que llevaba siete años sin abandonar sus ojos.

Nina se detuvo en la isla que estaba en el centro de la enorme cocina. Él se quedó parado del otro lado. Ella lo encaró a través de los utensilios de cocina Le Creuset que nunca se habían usado.

—¿Qué les dijiste? —le exigió.

Richard bajó la vista. Siete años antes, tras el nacimiento de su segundo hijo, él se sintió colmado de euforia. Ver a su hermosa mujer dar a luz había provocado en él tal amor y ansia de fiera protección que llegó a pensar que su vínculo con ella era inquebrantable. Había sentido que podría confiarle absolutamente todo.

A los dos días, Richard, después de acomodar a Harrison en su cuna, se había sentido tan cercano a ella que le había revelado los secretos de Crestwood. Desde entonces, no habían vuelto a dormir en la misma cama.

No había habido enojo, recriminaciones ni amenazas de entregarlo. Simplemente cayó entre ellos una niebla de hielo que, desde entonces, no había podido disiparse.

—¿Qué te preguntaron?

Le hizo un relato de la conversación, palabra por palabra. Ella no mostró ninguna emoción hasta que llegaron a las últimas dos preguntas. Solo entonces, un músculo dio un salto en su mejilla. Él terminó y, mientras esperaba la respuesta, sintió que una gota de sudor se formaba bajo la línea de su cabello.

—Richard, hace muchos años te dije que no toleraría que tus errores del pasado afectaran mi vida ni las de mis hijos.

—¿Fue aquella noche en que te fuiste de mi cama para siempre, cariño?

De vez en cuando, el tono apenas tolerante de la voz de Nina le dolía como una patada en el vientre, y, en ocasiones, su columna vertebral se ponía en actitud de sorpresa.

—Sí, amor mío, cualquier atracción que alguna vez sentí por ti murió en la noche de tus confesiones. Suficientemente escandaloso hubiera sido que una investigación en Crestwood revelara tu incapacidad para apartar las manos del

tesoro de la institución. —Alzó la mirada al techo como si hablara con Harrison. — Apoderarte del dinero que estaba destinado a esas niñas ya era reprobable, mi amor —dijo con frialdad—, pero lo que hiciste para encubrirlo… Bueno…, sinceramente, me faltan palabras.

Una vez más, maldijo haber hablado esa noche con tanta franqueza. Sí, había cogido para sí un salario extra. Se lo merecía y las chicas no lo habían echado de menos. Sus necesidades básicas estuvieron cubiertas todo el tiempo.

El disgusto en el rostro de su esposa se coló hasta el corazón que se rehusaba a dejarla marchar. La reacción inmediata de Croft fue contragolpear, lastimarla de alguna manera que suscitara en ella cualquier forma de sentimiento.

Inclinó la cabeza y sonrió.

—Bien, por lo menos tengo a una persona lista para ofrecerme amor, aunque mi esposa no esté dispuesta a hacerlo.

Richard retuvo el aliento. Cualquier reacción que contuviera emociones genuinas, cualquier indicio de lo que alguna vez tuvieron, serían bienvenidos.

Ella rio a carcajadas. No era un sonido que hubiera germinado en la alegría ni en la felicidad.

—¿Te refieres a Marta?

Esa no era la reacción que él esperaba. Una sonrisa maliciosa empezaba a dibujarse en el rostro de la mujer.

La habitación comenzó a cerrarse sobre él.

—¿Tú sabes…? ¿Sabes lo de Marta?

—¿Que si lo sé, cariño?… Lo pago bien.

Richard dio un paso atrás, como si lo hubieran abofeteado. Ella estaba mintiendo. Tenía que estar mintiendo.

—Ay, Richard, viejo ridículo. Marta tiene en Bulgaria una familia muy grande a la que ayuda con su trabajo. Su salario anual les asegura la comida. Sus, este…, *horas extras,* envían a sus hermanos a la escuela, así que, si la ves ansiosa por follar contigo, es porque le pago por hora. Y estoy contenta de pagarle, porque se merece cada jodido centavo.

Richard podía sentir el color que inyectaba su rostro mientras registraba la horrible verdad. Esa mañana, Marta había sido muy insistente.

—Qué puta eres, qué corazón tan frío.

Nina pasó por alto el insulto y encendió la cafetera.

—Ya te he dicho que no aceptaré que ni una pizca de escándalo se asocie con mi nombre. He trabajado con ahínco para alcanzar la vida que tengo, y, debido a tu posición ante la comunidad, no me importa cargar contigo como pasajero. Eso sí, siempre y cuando viajes en silencio.

Richard sintió que lo invadía el disgusto por su vida. Para su mujer, él no era más que un puntal subsidiario gracias a su posición como miembro del

parlamento. Su carrera la investía de respetabilidad y contrarrestaba lo indeseable de su clientela.

—No es para que parezcas tan consternado, querido. Es un arreglo que ha funcionado bien y debería seguir haciéndolo.

La piel se le erizó de solo pensar en compartir la cama con Marta después de lo que había oído. En ocasiones, Richard había llegado a sentir que tenían una auténtica conexión, cuando, en realidad, no significaba más que una mejora salarial.

—¿Por qué Marta, entonces? —preguntó, aún atónito por la confesión.

—Mi imagen lo es todo y no permitiré que la empañes. Eres un hombre y tienes ciertas necesidades. Yo nunca toleraría que estuvieras follando con alguna puta enferma de las calles y que pusieras a mis hijos en peligro.

Observó que Nina sacaba su móvil.

—Ahora, lárgate de aquí como un chico bueno mientras limpio tu desorden.

Richard estaba al borde de una decisión. Tenía las manos apretadas a los costados. No podía girar y largarse, irse de esa casa, alejarse de la frialdad y el control de Nina.

Podía ir directamente a la policía y soltar la carga que traía dentro. Podía liberarse de esa mujer y de la vida que llevaba.

Consideró su magro salario de sesenta y cinco mil libras esterlinas. Con su nivel de gastos, hasta una contabilidad muy creativa terminaría dejando la luz del día entre su ingreso y uno de seis cifras. Su paga mensual podría cubrir apenas las facturas de los servicios públicos de la casa. El salario de su esposa pagaba la hipoteca, los coches y las cinco mil libras que aterrizaban en su cuenta cada primero de mes.

Las manos apretadas de Richard cayeron a sus costados. Giró y caminó hacia el estudio, cargando sus cojones en un plato de oro de nueve kilates.

Solo cuando estuvo tras la puerta cerrada, se limpió el sudor que le caía detrás de la oreja. La última astilla de orgullo le había impedido hacerlo frente a su esposa.

Teresa y Tom estaban muertos, y Arthur ya iba por el mismo camino. Richard quería creer que esas muertes eran una coincidencia. Tenía que creerlo…, porque, si no, eso solo podía significar una cosa: que quizás él sería el siguiente.

40

Kim marcó el número de Stacey mientras Bryant dictaba la orden en el autoservicio de McDonald's. Le cogieron la llamada al segundo timbrazo.

—Stace, vamos a necesitar tantas direcciones como puedas conseguir de las exresidentes de Crestwood, porque nos estamos quedando rápidamente sin miembros del personal.

—Sí, ya nos enteramos aquí. Woody vino a buscarte.

—Woody está tras de mí —susurró a Bryant mientras Stacey tecleaba en su ordenador.

Bryant hizo una mueca.

—Muy bien. La primera de la lista… Ah, de hecho, son dos: unas gemelas llamadas Bethany y Nicola Adamson. La dirección es de Nicola y está en Brindleyplace, en Birmingham.

Kim repitió la dirección en voz alta y Bryant la anotó.

—Estupendo. ¿Puedes tratar de localizar a aquel pastor que mencionaste? Su nombre volvió a surgir y creo que valdría la pena visitarlo. Las niñas pudieron haber hablado con él.

—Lo veré, jefa.

—Gracias, Stace. ¿Sabes algo de Dawson?

—Nada que tenga que ver conmigo.

Kim colgó.

—De verdad, teníamos que haber pasado por la comisaría después de lo sucedido esta mañana —dijo Bryant.

Kim sabía muy bien que tenían que haberse reunido con Woody después del atropello y fuga, que tenían que haber seguido el procedimiento que obligaba a los testigos de «incidentes traumáticos», pero su equipo jamás habría podido salir de la comisaría.

—Más tarde haré un informe e iré a hablar con Woody, pero se nos está acabando el tiempo. Hasta ahora, hemos perdido a cuatro que trabajaban en Crestwood en el momento en que cerró.

Probó su hamburguesa de pollo. Sabía igual que un pedazo de cartón metido entre dos placas de aglomerado de madera. La dejó a un lado y cogió su móvil.

Dawson contestó de inmediato.

—¿Cómo va todo? —le preguntó.

—Avanzando. Cerys está en el pozo, con las herramientas de mano, así que no estamos muy lejos de cualquier cosa que esté allá abajo.

Kim podía oír la fatiga en su voz.

—¿Fuiste a ver a William Payne?

—Está hecho, jefa. Llamé a ADT para asegurarme de que la alarma estuviera funcionando. Limpié los sensores de movimiento del frente y atrás y probé que funcionaran en un radio de cinco metros. Le pedí que quitara de la cerca un par de macetones y que cambiara la batería del botón de Lucy, solo para asegurarme. Ah, y me puse en contacto con todos los policías que patrullan el área para que incluyan la casa de Payne en sus revisiones rutinarias.

Kim sonrió. Y esa era la razón por la que lo tenía en el equipo. Había veces en que dirigir a Dawson era como criar a un niño pequeño. Algunas veces la llevaba al límite de su paciencia, mientras que, en otras, cumplía con el trabajo. De manera brillante.

—Solo para que estés enterada, Jefa, nos llegó por la radio: Arthur Connop murió.

Kim no dijo nada. Sabía que no iba a sobrevivir.

—El encargado de escenarios criminales todavía tiene cerrada la calle. Nunca se sabe, algo podría aparecer.

Kim colgó.

—Connop —susurró.

—¿Muerto? —preguntó Bryant.

Kim asintió y suspiró. Con toda sinceridad, le era muy difícil evaluar la pérdida de Arthur Connop. Su esposa se había mostrado enfáticamente desinteresada en su paradero. No habían hablado con nadie que albergara siquiera el menor afecto por ese hombre, en el pasado ni en el presente. Quizás Maureen sentiría su pérdida por el descenso semanal en la venta de cerveza y panes con queso, pero muy pocos lamentarían verdaderamente su muerte.

Kim hubiera querido pensar que ese hombre tosco e insufrible había sido un tipo decente alguna vez, alguien que paulatinamente se había ido amargando con la edad; pero su flagrante descuido de las obligaciones, diez años atrás, destruía esa falsa esperanza. Kim sospechaba que Maureen tenía razón en que Arthur siempre había sido un egoísta y un malvado, pero ahora debía preguntarse si no habría sido algo más que eso. ¿Qué tan lejos habría llegado con tal de borrar sus huellas?

Mientras Bryant se limpiaba la boca con una servilleta de papel, Kim miraba el reloj del salpicadero. Apenas pasaban de las tres y la esperaba un montón de papeleo en la comisaría. Había sido un día largo y agotador, y mañana podría comenzar a trabajar con la lista de las residentes. Su cuerpo le exigía una ducha y un poco de descanso.

—¿Quieres, entonces, que vayamos a esa dirección en Birmingham, jefa?

Ella sonrió y asintió con la cabeza.

41

Con una superficie de casi setenta hectáreas, Brindleyplace era la zona rehabilitada de uso mixto más grande del Reino Unido. Las fábricas a lo largo del canal y un colegio victoriano habían sido renovados con una variedad de estilos arquitectónicos.

El proyecto había comenzado en 1993 y ahora ofrecía tres áreas distintas.

Brindleyplace era un surtido de edificios de poca altura con lujosos espacios para oficinas, locales comerciales y galerías de arte, mientras que Water's Edge albergaba los bares, restaurantes y cafés. El componente residencial se extendía a partir de Symphony Court.

—Jefa, ¿qué carajo estamos haciendo mal? —preguntó Bryant cuando llegaron al cuarto piso del edificio King Edwards Wharf.

A la puerta acudió una mujer delgada y atlética, vestida de mallas negras y una camiseta deportiva ajustada. Su cuerpo mostraba el rubor de un esfuerzo o ejercicio recientes.

—¿Nicola Adamson?

—¿Y ustedes son?

Bryant le mostró la placa y los presentó a ambos.

Ella se apartó y les dio la bienvenida a un ático de planta abierta.

Kim pisó el suelo de madera de haya que se extendía a todo lo largo, hasta el área de la cocina.

Había sofás de cuero blanco colocados en diagonal frente a una pared, de la cual colgaba un enorme televisor de pantalla plana. Debajo había varios dispositivos electrónicos empotrados. Nada de cables ni alambres a la vista.

Los focos estaban alineados en el techo. Un par de reflectores iluminaban directamente la chimenea de guijarros.

El final del salón estaba marcado por una mesa de comedor de vidrio rodeada de sillas de teca. Enseguida terminaba el laminado y empezaba el suelo de baldosas de piedra.

Kim supuso que estaría mirando alrededor de ciento cuarenta metros cuadrados de espacio habitacional.

—¿Les ofrezco una bebida?: ¿té, café?

Kim asintió.

—Café, lo más fuerte que tenga.

Nicola Adamson sonrió abiertamente.

—¿Ha sido uno de esos días, detective?

La mujer caminó a una cocina formada por gabinetes blancos y brillantes con acentos de madera marrón.

Kim no contestó, pero siguió moviéndose por el espacio. La pared de la izquierda estaba hecha completamente de vidrio, soportada solo por algunos pilares circulares de piedra. Más allá había un balcón, y, sin salir, Kim pudo apreciar la vista al canal Brindley Loop.

Detrás de la pared de vidrio, vio la cinta de correr parcialmente oculta tras un biombo oriental. Bien, razonó, si vas a ejercitarte, esta es, ciertamente, la manera de hacerlo.

Era un espacio impresionante para una mujer de alrededor de veinticinco años que se encontraba en casa a media tarde.

—¿A qué se dedica? —preguntó Kim abiertamente.

—¿Cómo dice?

—Tiene aquí un lugar muy bonito. Solo me preguntaba cómo hace para pagarlo.

El tacto y la diplomacia de Kim se habían quedado en algún punto alrededor de las once de la mañana. El día se estaba haciendo demasiado largo y la mujer podía contestar o no.

—No sé cuál es el motivo de su visita, puesto que mi trabajo no es ilegal, de ninguna manera, aunque soy bailarina, una bailarina exótica, y resulta que soy muy buena en lo que hago.

Y Kim supuso que probablemente era muy buena. Sus movimientos eran naturalmente graciosos y flexibles.

Trajo una bandeja con dos tazas humeantes y una botella de agua.

—Trabajo en el Roxburgh —dijo, como si eso lo explicara todo, y, para Kim, eso lo explicaba todo. El club era exclusivo para miembros y proveía entretenimiento para adultos hecho por profesionales. La estricta gestión garantizaba pocas visitas de la policía local, a diferencia de otros clubs del centro de Birmingham.

—¿Entiende por qué estamos aquí? —le preguntó Bryant. Tras haber cometido el error de recargarse en el lujoso sofá, ahora estaba pasando dificultades para enderezarse sin que el mueble se lo tragara por completo.

—Por supuesto. No estoy segura de qué tanto podré ayudarlos, pero, por favor, pregunten con toda libertad.

—¿Qué edad tenía cuando estaba en Crestwood?

—No fue un tramo continuo, detective. Mi hermana y yo entramos y salimos de los servicios asistenciales desde los dos años.

—¿Qué edad tenía en esa foto? —preguntó Kim, refiriéndose a una enmarcada en plata que estaba sobre una mesita, al lado de Nicola.

Los rasgos de las dos niñas eran tan idénticos como su ropa. Ambas usaban blusas escolares blancas y rígidas de un almacén de uniformes gratuitos. Kim recordaba bien esa ropa y las burlas gratuitas que entrañaba.

Ambas vestían cardiganes rosas con bordados florales en el lado izquierdo. Todo

era idéntico, con excepción del cabello. Una tenía los mechones rubios sueltos, mientras que la otra lo llevaba atado en forma de burbuja.

Nicola cogió la foto y sonrió.

—Recuerdo muy bien esos cardiganes. Beth extravió el suyo y quería quedarse con el mío. Fue una de las pocas cosas por las que peleamos.

Bryant abrió la boca, pero la mirada de Kim lo hizo callar. La expresión de la mujer había cambiado. Ya no veía la foto, sino más allá.

—Quizás no lo parezcan, pero esos cardiganes eran preciosos. Mary pidió un par de voluntarias para que la ayudaran a limpiar toda la pintura. Beth y yo nos ofrecimos, puesto que Mary era una buena mujer que hacía lo mejor posible. Ese día, cuando terminamos, nos dio unas cuantas libras por nuestro trabajo. — Nicola finalmente levantó la mirada. Su expresión era tan triste como melancólica.

—Ni siquiera puede imaginar cómo nos sentimos. A la mañana siguiente fuimos a Blackheath, al mercado. Pasamos todo el día deambulando de un puesto al otro, decidiendo qué comprar, y no eran tanto los cardiganes, sino el hecho de que eran nuestros, desde nuevos. No era ropa que nos hubieran pasado las niñas más grandes ni prendas usadas de la tienda de beneficencia. Eran nuevos y eran nuestros.

Una lágrima se escapó del ojo derecho de Nicola. Colocó la foto de nuevo en su lugar y se limpió la lágrima.

—Parece tonto, y usted no podría comprender realmente…

—Sí, sí que puedo —dijo Kim.

Nicola sonrió indulgente y negó con la cabeza.

—No, detective, de verdad, no puede…

—Sí, sí puedo —repitió Kim.

Nicola se encontró con su mirada y la sostuvo un par de segundos antes de asentir, revelando que había comprendido.

—Para responder a su pregunta, teníamos catorce años en esa foto.

Bryant miró a Kim y ella le hizo un gesto para que siguiera adelante.

—¿Todo su tiempo lo pasó en Crestwood? —preguntó él.

Nicola negó con la cabeza.

—No, nuestra madre era adicta a la heroína, y me gustaría decir que hacía su mejor esfuerzo, pero no. Hasta los doce años, pasamos por una mezcla de casas de acogida, hogares infantiles y la casa de nuestra madre que, si llevaba un tiempo sobria, venía a por nosotras. En realidad, no recuerdo bien.

Kim podía adivinar, por sus ojos, que recordar no le significaría ninguna dificultad.

—¿Pero se tenían una a la otra? —dijo Kim, observando la foto. Por seis años, ella también había experimentado ese sentimiento.

Nicola asintió.

—Sí, nos teníamos la una a la otra.

—Señorita Adamson, tenemos motivos para creer que el cuerpo que hemos descubierto en los terrenos era, posiblemente, de una de las ocupantes de Crestwood.

—No —dijo, moviendo la cabeza—, no puede decir eso en serio.

—¿Hay algo que recuerde de sus tiempos ahí que pudiera sernos útil?

Los ojos de Nicola estaban ocupados, como buscando en los recuerdos. Ni Kim ni Bryant decían nada.

Lentamente, Nicola comenzó a mover la cabeza.

—Con toda franqueza, no se me ocurre nada. Beth y yo nos mantuvimos juntas, la una para la otra. No tengo nada que ofrecerles.

—¿Qué me dice de su hermana? ¿Cree que ella sería capaz de ayudarnos?

Nicola se encogió de hombros justo cuando el móvil de Kim comenzó a sonar. Dos segundos más tarde empezó a sonar el de Bryant. Ambos malabarearon y cortaron las llamadas.

—Perdone —dijo Bryant—, ¿qué nos estaba diciendo?

—Mary Beth podría recordar alguna cosa. Se está quedando conmigo por el momento. Nicola consultó su reloj.

—Estará en casa en media hora, más o menos, por si quisieran aguardar.

El teléfono de Kim empezó a vibrar en su bolsillo.

—No, está bien —dijo mientras se ponía de pie.

Bryant hizo lo mismo y extendió la mano.

—Si llegara a ocurrírsele algo, llámenos, por favor.

—Sin duda —dijo, y los acompañó a la puerta.

Kim se volvió, dispuesta a jugarse una carta.

—¿Recuerda alguna de las chicas que tuviera una inclinación especial por las cuentas?

—¿Cuentas?

—¿Un brazalete, tal vez?

Nicola pensó por un momento y se llevó una mano a la boca.

—Sí, sí, había una niña llamada Melanie. Era mayor que yo, así que no la conocí muy bien. Era una de las chicas guais, una de las alborotadoras.

Kim retuvo la respiración.

—Sí, ahora recuerdo las cuentas. Le dio una a su mejor amiga. Tenían una especie de pequeño club.

Nicola comenzó a mover la cabeza de arriba abajo.

—Sí, claro, eran tres. Todas tenían las cuentas.

Kim sintió que el estómago se le hundía. Sería capaz de apostar a que las tres habían huido.

42

—Mierda —dijo Bryant cuando ya estaban en el coche.

Kim se sentía mareada.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Si te refieres a la posibilidad de que haya un tercer cuerpo, sí.

—Di «probabilidad» en vez de «posibilidad» y nos estaremos entendiendo. —Kim se ajustó el cinturón de seguridad y se volvió.— ¿Escribiste esos nombres, verdad?

Bryan asintió mientras ella sacaba el móvil. Bryant hizo lo mismo.

—Dos llamadas perdidas y un mensaje de Dawson —dijo ella.

—Las mías son de Woody.

Ambos entraron a sus buzones de mensajes. Kim escuchó la voz agitada de Dawson y después borró el mensaje.

—Dawson quiere que regrese al sitio de inmediato.

Bryant rio entre dientes.

—Woody quiere que te lleve directamente de regreso a la comisaría en el mismo lapso. Lo último que he oído es que, a pesar de tus talentos, aún no dominas el arte de estar en dos sitios al mismo tiempo. —Se volvió a ella.— Así que, jefa, ¿opción A u opción B?

Kim se lo quedó mirando y enarcó una ceja.

—Sí, sabía que dirías exactamente eso.

43

Bryant detuvo el auto en la franja de tierra. Les había tomado cuarenta minutos recorrer los trece kilómetros desde el centro de Birmingham.

Kim abrió la puerta.

—Ve a ver a Dawson y asegúrate de que esté bien.

—De inmediato, jefa.

Trotó hasta la tercera carpa. El sitio comenzaba a parecer más un área de concesiones para festivales que un escenario criminal. Se detuvo en el entrada. Giró y echó una mirada colina abajo, a la casa de en medio y a la prisionera que hospedaba, y saludó con la mano. Por si acaso.

En cuanto entró en la carpa, Cerys se volvió.

Kim bajó la mirada al foso.

—¿Dónde está la niña? —preguntó, atribuyéndole a los despojos un sexo sin siquiera haberlo pensado. Nada había que le dijera que este segundo cuerpo era femenino, excepto sus corazonadas, y eso le bastaba, normalmente.

—Dan tiene el cuerpo en la otra carpa. Lo retiramos hace una hora y media, más o menos. Pudimos tamizar un tercio del foso y creo que te interesaría saber que encontramos más…

—Cuentas. —Kim terminó la frase por ella.

—¿Cómo lo sabes?

Kim se encogió de hombros.

—¿Ha habido algo más?

Cerys suspiró hondo y asintió lentamente.

—Hemos hecho un barrido completo del área y encontramos…

—Otra masa —interrumpió Kim una vez más.

Cerys se puso la mano derecha en la cadera.

—¿Debería irme a casa?

Kim sonrió.

—Perdona. Estoy cansada, simplemente. Ha sido uno de esos días. ¿La segunda área estará completa mañana?

—A primera hora comenzaré con la excavación del área tres. Aún no la hemos marcado. No queremos darles ninguna ventaja a los buitres —dijo Cerys, y se refería a la prensa.— Todavía no sabemos con certeza si la tercera señal anómala es otro cuerpo.

Kim ya tenía esa certeza en la boca del estómago.

La prensa está pendiente de cada uno de nuestros movimientos, así que les pedí a los chicos que, en cuanto terminaran con el barrido, guardaran la máquina y limpiaran el área de interés. Así no provocaremos suspicacias.

—¿Cómo sabrás dónde excavar, exactamente, si no hay marcas? —preguntó Kim.

—Medí los pasos desde el borde de la carpa. Créeme, lo sabré.

Kim confiaba en ella.

—La buena noticia es que ya podemos cerrar el sitio uno y rellenarlo mañana. Solo necesito firmar y podrán quitar la primera carpa.

—¿Apareció algo interesante?

—Unos pedazos de tela. Todo ha sido etiquetado, puesto en bolsas y enviado al laboratorio. Quizás sirva para ayudar con la identificación.

Tras la reunión con Nicola, Kim supuso que todo era cosa de decidir entre tres.

—¿Algo más?

Cerys negó con la cabeza y se volvió.

Kim agradecía la tenacidad de la mujer. Aceptaba que su propio impulso crecía sobre algo más que la necesidad de resolver este caso. Por más que trataba de convencerse de que no era distinto a los demás, sí que lo era. Conocía el doloroso pasado de esas niñas. Ninguna de ellas se había despertado un día para elegir su futuro en un mapa. Su comportamiento no se remontaba a un día, mes, año y horas absolutos. Era un viaje progresivo de altibajos, hasta que las circunstancias finalmente sofocaban toda esperanza.

Nunca eran cosas grandes. Kim recordaba siempre haber sido llamada «niña». A todas las llamaban «niñas», de modo que el personal no tenía que preocuparse por recordar los nombres.

Kim entendía que su propia motivación provenía de la necesidad de encontrar justicia para estas niñas olvidadas, y no reduciría el paso hasta conseguirlo.

Y estaría agradecida con cualquiera que se prestara a ayudarla.

—Oye —dijo Kim al llegar a la salida—. Gracias.

Cerys sonrió.

Kim se dirigió a la carpa de suministros. Aunque Daniel estaba de espaldas, pudo ver que él y otras dos personas estaban ocupadas etiquetando bolsas de plástico.

—Hola, doc, ¿qué hay de nuevo?

—¿Qué?, ¿sin insultos, sin violencia?

—Mire, me siento muy cansada, pero estoy segura de que podría hacer acopio de… No, está bien. Hoy podría vivir sin eso.

Kim reparó en que el doctor estaba un poco más hosco que de costumbre. Tenía los hombros ligeramente encorvados mientras sellaba la bolsa de plástico que contenía el cráneo. Unas tiras de cinta adhesiva escritas con rotulador negro marcaban el hueso que contenía y el sitio del hallazgo.

El asistente cogió la tapa de la caja, pero Daniel negó con la cabeza.

—Todavía no.

Kim se sentía confundida. En otras ocasiones, había visto despojos empacados. Los huesos más pesados se ponían hasta abajo, y los más ligeros, arriba.

Por lo general, el cráneo era lo último que se empacaba.

Se paró a un lado de él y lo observó coger un contenedor del tamaño de una fiambrera para sándwiches, previamente forrado con pañuelos desechables. Había una colección de huesos pequeños apilados en el extremo derecho de la mesa. Las manos del hombre temblaban ligeramente.

—¿Adulto o no adulto? —preguntó Kim.

—Definitivamente, no adulto. Por ahora, no podría darle una idea de cómo murió. A partir de nuestra primera inspección, el cuerpo de la chica no presenta áreas de trauma evidente.

Su voz era baja y controlada.

Por un momento, Kim se sintió confundida.

—Un momento, doc. Como nuestra primera víctima era muy joven, no pude amenazarlo hasta conseguir que me dijera el sexo, pero, de repente, ¿se refiere a este como un cuerpo de mujer, incluso antes de llevarse los huesos al laboratorio?

Se quitó las gafas y se talló los ojos.

—Así es. Puedo decir el sexo de la víctima número dos sin la menor duda, detective. —Echó un vistazo a la fiambrera.— Porque esta jovencita estaba embarazada.

44

—Vaya día —dijo Bryant mientras aparcaba detrás de la comisaría. Eran sus primeras palabras desde que salieron del sitio—. Dawson estaba bastante callado.

—¿Te sorprende?

Dawson no había podido apartar los ojos del pequeño contenedor, hasta que los huesos estuvieron en la caja más grande, junto a los de la madre.

—Ve a casa, Bryant. Iré a ver a Woody y luego me iré a casa yo sola.

Todavía no eran las siete y ya estaban entrando en la decimotercera hora del sexto día de trabajo. Bryant habría podido seguir a su lado; pero tenía familia. Ella no.

La última carga de energía la usó para subir los escalones hasta la tercera planta. Golpeó y aguardó.

Cuando Woody le dijo «adelante», se maravilló del nivel de rabia controlada que podían contener tres sílabas.

La pelota antiestrés ya estaba en la mano del hombre cuando ella se sentó.

—¿Quería verme, señor?

—Sí, hace tres horas, cuando te llamé. Entonces hubiera sido más apropiado —gruñó.

Kim echó un vistazo a su mano derecha y hubiera podido jurar que la pelota antiestrés pedía misericordia.

—Hubo cosas en el sitio que exigían…

—Stone, estuviste implicada en un accidente traumático.

—Bryant no conduce tan mal —bromeó débilmente—. Ha sido un largo día.

—Guarda silencio. Estás plenamente enterada del procedimiento. Tienes que regresar a la comisaría para una reunión informativa y un control médico.

—Estaba bien, pregúntele a Bryant…

—Tendrás que disculparme si prefiero no perder el tiempo con eso. —Se apoyó en el respaldo de la silla y se cambió la pelota a la mano izquierda.

Maldita sea, aún no estaba fuera de peligro.

—Tengo una obligación, un deber de cuidarte, y me haces casi imposible ejercerlo. Estabas obligada a recibir apoyo y asesoramiento.

Kim puso los ojos en blanco.

—Cuando necesite que alguien me diga cómo debo sentirme, de seguro se lo haré saber.

—El problema podría ser, justamente, que no sientas nada, Stone.

—No lo es para mí, señor.

Él se inclinó hacia delante, con los ojos clavados en ella.

—En este preciso instante, no, pero, en algún momento, toda la negatividad

terminará afectándote, tanto a ti como a tu habilidad para trabajar.

Kim lo dudaba. Ese era el modo en que siempre manejaba los asuntos. Las cosas malas se empacaban en cajas bien selladas. La clave era nunca abrir las cajas. Su única interrogante era por qué no había más gente dispuesta a hacer eso.

El viejo adagio decía que el tiempo lo curaba todo; y ella había adquirido maestría en el arte de manipularlo. En el tiempo cronometrado, hacía apenas siete horas que había fracasado en salvarle la vida a Arthur Connop, pero las actividades con que atiborró el intervalo distanciaban el recuerdo. En su mente, el incidente pudo haber sucedido una semana antes. Por lo tanto, para Kim, estaba en un pasado mucho más remoto de lo que Woody creía.

—Señor, muchas gracias por preocuparse, pero estoy realmente bien. Acepto que no puedo salvar a todo mundo y no me autoflagelo cuando muere la gente.

Woody levantó la mano.

—Stone, para ya. Está decidido. En cuanto termine este caso, recibirás atención psicológica o te enfrentarás a una suspensión.

—Pero…

Él negó con la cabeza.

—Si no, el mal interior terminará destruyéndote.

Lo que llevaba dentro no la preocupaba. Eso estaba encerrado y contenido. Su único miedo era que le diera por salir. Liberarlo sería, casi con certeza, su propia destrucción.

Suspiró pesadamente. Esa era una lucha que tendría que dejar para otro día.

—No volveremos a discutir este asunto, pero, antes de que te vayas, hay algo más.

Fabuloso, pensó.

—Me llamó el superintendente, quien recibió una llamada del superintendente jefe, y ambos *te* quieren fuera del caso. —Él se apoyó en el respaldo.— Así que dime, por favor, a quién coño encabritaste hoy.

No tenía ningún sentido mentirle. Era evidente que a alguien se le habían erizado las plumas.

—Señor, podría darle una lista, aunque no sería exhaustiva. Sin embargo, la única persona a quien estoy consciente de haber hecho enojar es Richard Croft, aunque no sabía que tuviera tanta influencia.

Hubo una breve pausa mientras los ojos de ambos se encontraban.

—Su esposa —dijeron al unísono.

—¿Qué le dijiste?

Ella se encogió de hombros.

—Muchas cosas —respondió ella, pensando en que la esposa de Croft debía amarlo mucho, después de todo.

—¿Testigo o sospechoso?

Ella hizo una mueca.

—Un poco de todo.

—Maldita sea, Stone. ¿Cuándo aprenderás a que hay un elemento político cuando la policía se ejerce a ese nivel?

—No, señor, hay un elemento político cuando la policía se ejerce a *su* nivel. El mío sigue siendo el descubrimiento de la verdad.

Woody la fulminó con la mirada. Kim no había querido decir eso de la manera en que sonó. Confiaba en que él lo supiera y prefirió no abrir la boca para cambiar de tema.

Sacó la quijada.

—¿Así que va a obedecer las instrucciones y me sacará del caso?

—Stone, no necesito una provocación tuya para seguir usando una columna vertebral perfectamente sana. Ya están advertidos de que seguirás dirigiendo la investigación.

Kim sonrió. Debía de haberlo sabido.

—Es evidente que el concejal sabe algo, o no hubiera soltado sus perros guardianes.

Por primera vez en muchos días, él le concedió la promesa de una sonrisa.

—Así que, supongo, yo debería desencadenar los míos.

—Sí, señor —dijo Kim, y sonrió.

45

Kim pasó la vista de Bryant a Stacey.

—Muy bien, nuevo día. Dawson irá derecho al sitio y llamará cuando tenga algo más que informar.

—Así que recapitulemos: De los seis miembros del personal identificados, solo quedan dos: Richard Croft y William Payne. A Richard Croft no le gusto, así que no creo que podamos sacarle mucho más. Pero está ocultando algo.

—Jefa, dos de las objeciones contra el proyecto del profesor fueron interpuestas por Travis, Dunne y Cohen, el bufete de abogados.

—¿La esposa de Croft?

Stacey asintió.

—Usa su nombre de soltera para trabajar: Cohen.

—Así que, cualquier cosa que él esté ocultando, ella la sabe.

—¿Valdrá la pena visitarla, jefa? —preguntó Bryant.

Kim negó con la cabeza.

—Ya está tratando de sacarme del caso y no pienso darle munición. —Se encogió de hombros.— No vamos a recibir ninguna ayuda de ella. No importa lo que Croft esté tratando de esconder, su esposa es parte de esto y ella bloqueará todos nuestros intentos.

—¿Qué tan lejos crees que podría llegar? —preguntó Stacey.

—Eso depende del nivel de daño potencial —contestó Kim, recordando la casa con portal y los autos, por no mencionar la carrera profesional.

Kim fue a la pizarra, que habían dividido en dos. La primera mitad ya había sido subdividida. Los detalles de Teresa Wyatt y Tom Curtis ocupaban los primeros dos segmentos. Los cuartos bajos estaban dedicados a Mary Andrews y Arthur Connop.

—¿Han dicho algo los forenses sobre Arthur? —preguntó Kim.

—Trozos de vidrio de un faro del lado del pasajero y algunas partículas de pintura blanca incrustadas en la pernera. Están tratando de encontrar coincidencias.

Kim miró fijamente el lado izquierdo de la pizarra. A pesar de que no era capaz de demostrar que Mary Andrews y Arthur Connop habían sido asesinados, sabía que sus muertes estaban vinculadas a algo siniestro que había ocurrido diez años atrás.

«¿Qué habéis hecho?», les preguntaba en silencio.

Por el momento, el lado derecho de la pizarra estaba subdividido en dos partes, una por cada una de las víctimas ya desenterradas. Kim sabía que volvería a subdividirse antes de que terminara el día.

Los nombres estaban impresos a un lado.

Melanie Harris.

Tracy Morgan.

Louise Dunston.

—¿Cómo van las identificaciones? —preguntó Stacey, que seguía la mirada de su jefa.

Kim no se volvió.

—Aparentemente, estas tres formaban un pequeño grupo cercano. Tengo la esperanza de que el doctor Bate pueda ofrecernos más pistas y logremos averiguar cuál es cuál.

—¿Crees que podrían ser más de tres, jefa? —preguntó Stacey.

Kim negó con la cabeza. Debía de haber un motivo para que el blanco de los ataques fuera un grupo en particular.

—¿Podrías encontrar más información de estas tres en Facebook sin que te detecten?

—Oh, sí. Cuando pregunté si alguien me recordaba, una chica me preguntó si yo era la tímida niña pequeña y negra de gruesas gafas que tartamudeaba. Le dije que sí.

Kim puso los ojos en blanco.

—¿Qué pudiste averiguar acerca del ministro?

—El único que he encontrado, que hubiera tenido cierto vínculo con Crestwood, es Victor Wilks, el tipo que hizo trabajos caritativos. Su nombre apareció en algunas publicaciones. Las chicas se refieren a él cariñosamente como «el padre». Solía visitar el lugar una vez al mes para darles a las niñas un breve servicio.

—¿Antecedentes?

—Es difícil saberlo. Hasta ahora, lo único que tengo es que pasó algunos años en Bristol, un par en Coventry y uno en Manchester. He lanzado algunos correos electrónicos, a ver si pesco algo.

—¿Dónde está ahora?

—Dudley.

—¿Desde cuándo?

Stacey tecleó algo en el ordenador.

—Desde hace dos años.

—¿Tienes su dirección?

Stacey le pasó a Kim un trozo de papel mientras Bryant colgaba el teléfono.

—Jefa, era la recepción. Tienes visita.

Kim frunció el ceño. Estaba demasiado ocupada como para dejar todo por alguien que pasaba por ahí.

—Llámalos y diles que…

—Aquí no va a haber cambios, jefa. Tu visitante es Bethany Adamson y está

terriblemente cabreada.

46

—¿Puedo ayudarla en algo? —le preguntó Kim en la recepción.

La mujer se volvió y Kim se sintió inmediatamente desconcertada. No por lo mucho que la mujer se parecía a Nicola. Eran gemelas idénticas. Lo sorprendente era lo *poco* que se parecían.

La mujer no le ofreció la mano.

—Me llamo Bethany Adamson y quiero hablar con usted.

Kim retrocedió hacia el pasillo e invitó a Bethany Adamson a que la siguiera.

Un golpeteo regular sonaba tras de ella mientras se dirigían a la sala de interrogatorios número dos. Kim introdujo el código de acceso y sostuvo la puerta abierta. La mujer siguió de frente. Llevaba un bastón para caminar en la mano derecha.

Kim notó que las botas de Bethany eran planas y funcionales y que le llegaban a las rodillas. Llevaba debajo unos vaqueros negros que colgaban sueltos de los muslos a las rodillas. La chaqueta de cuero abultaba una constitución tan delgada que la hacía parecer más frágil que su hermana.

—No tengo mucho tiempo, señorita Adamson.

—Lo que vengo a decirle no será largo, detective.

La sorprendió con el acento de Black Country, tan marcado.

Kim hizo una seña de asentimiento para invitarla a seguir adelante, mientras evaluaba el aspecto de la mujer. De no haber sabido lo que sabía, habría pensado que Bethany era la hermana de Nicola, solo que mucho mayor.

Su cabello rubio iba recogido en una cola de caballo muy apretada, con raíces sin lavar y grasientas. El rostro, aunque idéntico en estructura, parecía más delgado y áspero que el de la hermana.

La repartición de vitalidad y carisma no había favorecido a esta gemela, definitivamente.

Kim notó que la mujer parecía descansar la totalidad de su peso en el bastón. La invitó a sentarse, pero Bethany negó con la cabeza.

También ella se quedó de pie: una frente a la otra, con la mesa de metal en medio.

—*Ustead* habló ayer con *mia* hermana.

A Kim la sorprendía la rudeza que veía en el rostro de la mujer. Sus labios eran delgados, y el ceño, al fruncirse, le juntaba las cejas.

Kim asintió.

—Sus nombres surgieron durante la investigación que estamos llevando a cabo.

—No tenemos *na ca* decirla.

Kim se sintió intrigada.

—¿Cómo lo sabe?

Bethany Adamson buscó la mirada de Kim y sus ojos se conectaron: Su fachada era fría, despojada de emociones. Ni enojo ni pasión. Muerta e inflexible, nada más. Si el rostro es la suma de los rasgos individuales, esta mujer no había experimentado un momento de regocijo jamás en su vida.

—Simplemente lo sé.

Kim cruzó los brazos.

—Su hermana fue un poco más servicial.

—Bueno, ella no'ntiende, ¿o sí?

—¿Entender qué?

Beth suspiró hondo.

—Nuestros primeros años fueron duros. Somos hijas de una puta adicta a la piedra que nos metía y nos sacaba de ahí como libros de biblioteca. Conforme crecimos, nuestras oportunidades de tener una vida de cualquier clase desparecieron, porque nadie nos quería. Solo nos teníamos *unalaotra.*

—La entiendo, señorita Adamson, pero…

—*Nuestras* años en Crestwood no fueron *las* más felices y usted no podría entender, de ninguna manera, lo que se siente haber nacido d'una madre *ca ta* quiere solo por los subsidios.

La mirada de la mujer tenía atrapada la de Kim y no la iba a dejar ir.

—En nuestra infancia n'hubo amor ni *estabilidá,* y no tenemos ganas de seguirlo recordando. Ninguna de las dos.

Kim lo entendía mucho mejor de lo que nunca estaría dispuesta a admitir. A pesar del comportamiento de la mujer, sentía la urgencia de intentar acercársele. Entendía de dónde venía esa actitud defensiva, pero había restos humanos viejos y nuevos apilándose a su alrededor.

—¿Qué sucedió ahí, Beth? —preguntó tranquila.

—Señorita Adamson, si no le molesta, y eso lo tendrá que *averigurar usté,* detective, pero sin involucrarnos a mí ni a mi hermana. No nos haría ningún bien.

—¿Ni aunque eso me permitiera atrapar a un asesino?

No hubo la menor emoción en su muerto rostro.

—Ni siquiera así. Mi hermana es demasiado educada para pedírselo, pero yo no. Así que déjenos en paz.

—Si, más adelante, esta investigación nos obligara a hablar con alguna de las dos…

—Yo no lo haría, si fuera usted. Si *na nas* deja en paz, le prometo que lo lamentará.

Con una velocidad sorprendente, Bethany Adamson recorrió la distancia hasta

la puerta. Cuando Kim se dio cuenta de que acababan de amenazarla, ya se había ido.

En vez de amedrentarla, las palabras de la mujer le habían provocado el efecto diametralmente opuesto.

Una nueva pregunta ardía dentro de Kim.

Nicola y Beth habían experimentado exactamente la misma infancia, pero eran como las estaciones opuestas del año. Así que, ¿qué demonios había sucedido para que Beth se convirtiera en una persona tan hostil y llena de odio?

47

La urbanización Hollytree estaba entre Brierley Hill y Wordslev. Todo el desarrollo municipal, construido a principios de los setenta, abarcaba un área de cerca de tres kilómetros cuadrados y albergaba, por lo menos, a tres delincuentes sexuales registrados.

Al entrar, Kim se acordó de los círculos del infierno de Dante. La capa exterior estaba formada por casas grises prefabricadas, con ventanas rotas, tapiadas o enrejadas. Hacía mucho que las cercas que separaban las propiedades habían desaparecido. Los jardines de las casas vacías se usaban como basureros de ocasión, para el bien de la comunidad local. El camino estaba cubierto de coches hechos con piezas desiguales.

La capa interior estaba compuesta de conjuntos de doce casitas por manzana. Los grafitis en aerosol de las paredes exteriores competían en vulgaridad y exhibían más detalles sobre los asuntos de los pajaritos y las abejitas que la enseñanza escolar. El municipio había dado la batalla y la había perdido. Kim no necesitaba bajarse del auto para percibir el hedor pútrido de pasillos donde se vendían más drogas que en una farmacia.

En el centro, tres edificios de gran altura se elevaban sobre el resto de la finca, vigilando. Por más que el municipio lo desmintiera, eran las casas de familias desalojadas de otras urbanizaciones de los alrededores. La cuenta de sentencias «al gusto de Su Majestad» habría llegado tan lejos como la era del hielo.

—¿Sabes, jefa?, si es verdad que Tolkien llamó las tierras oscuras de Mordor en honor de Black Country, seguro que miraba hacia acá.

Kim no podía estar en desacuerdo. Era la tierra que la esperanza había olvidado. Bien lo sabía, porque Hollytree había sido su hogar los primeros seis años de su vida.

Bryant aparcó frente a una fila de edificios que alguna vez tuvieron tiendas al servicio de la comunidad. El último en cerrar había sido el quiosco de prensa, en un extremo, después de que lo asaltaran a punta de cuchillo dos adolescentes de doce años.

El edificio de en medio, que alguna vez funcionara como tienda de patatas fritas, se abría una mañana a la semana como centro de acogida.

Un grupo de siete chicas de alrededor de quince años merodeaba cerca de la entrada. Llenaban el portal tanto con sus cuerpos como con su actitud. Bryant miró a Kim y ella le respondió con una sonrisa.

—No las lastimes demasiado, ¿eh, jefa?

—Claro que no.

Bryant estaba atento mientras Kim se paraba frente a la cabecilla. El cabello de

la chica estaba teñido en tres tonos de púrpura y la piel fresca y sin arrugas estaba salpicada de metal.

Extendió la mano derecha.

—Cuota de entrada.

Kim se la quedó mirando, haciendo un esfuerzo por no sonreír.

—¿Cuánto?

—¿Cien?

Kim movió la cabeza de un lado al otro.

—*Na,* demasiado. Estamos en recesión, lo sabes.

La niña sonrió, cruzó los brazos y habló en el dialecto de Black Country.

—Por eso debo mantener los precios altos.

Sus compinches se rieron y se dieron codazos entre sí.

—Muy bien, si me respondes bien a una pregunta muy fácil, trato hecho.

—No voy a contestar ninguna pregunta, porque no vas a entrar, perra.

Kim se encogió de hombros y comenzó a girar.

—Bien, me iré. Pero, a mi manera, tenías una oportunidad, por lo menos.

La indecisión le duró un segundo.

—Dímela, entonces.

Kim se volvió y miró el rostro ávido de dinero.

—Dime cuánto tendría que pagarte si me dieras un descuento del quince por ciento.

La confusión arrugó los rasgos de la niña.

—No me sé la jodida…

—¿Ves? Si asistieras al cole, mira cuánto más serías capaz de extorsionar. Kim se inclinó sobre ella hasta que sus rostros estuvieron a dos dedos de distancia

—Ahora, lárgate de mi vista antes de que te agarre por el anillo que llevas en la nariz y te saque arrastrando.

Kim hablaba en voz baja y dejaba que sus ojos hicieran el resto del trabajo.

La chica se la quedó mirando todo un minuto. Kim ni siquiera pestañeó.

—Vamos, niñas, esta perra no vale la pena —dijo, y se movió a la izquierda. La pandilla la siguió.

Cuando la puerta estuvo despejada, Kim se volvió.

—Venga, mujer, diez libras por cuidar el coche.

La chica vaciló, pero una segunda niña le dio un codazo por detrás.

—Trato hecho —gruñó.

Bryant la siguió hasta el amparo del edificio. El lugar ya había sido despojado de cualquier cosa que tuviera un valor, incluyendo las tejas. Una grieta de dos metros y medio viajaba de la esquina derecha hasta el centro de la pared trasera.

Había tres hombres parados en la esquina opuesta. Los tres se volvieron. Dos daban la impresión de haber entrado en pánico y pasaron junto a ellos rumbo a

la puerta. Los criminales profesionales eran como sabuesos. Podían oler a un policía desde el condado vecino.

—¿Fue algo que dijimos, chicos? —preguntó Bryant.

Uno de ellos aspiró entre dientes en señal de desprecio, mientras que Kim movía la cabeza de un lado al otro. El sentimiento era mutuo.

Al último hombre, Kim lo reconoció por el día en que fueron al crematorio a perseguir el cuerpo de Mary Andrews.

—Pastor Wilks, no lo reconocí con la ropa puesta —bromeó Bryant.

Victor Wilks sonrió con una tolerancia apenas disimulada a un comentario que, seguramente, había oído un montón de veces. Aunque Bryant no estaba del todo equivocado.

Con el hábito puesto, Wilks era una figura que reclamaba reverencia inmediata, respeto, familiaridad. Aquí, en un entorno normal, parecía ordinario, un simple hombre promedio. La estimación inicial de Kim en el crematorio lo había puesto en la proximidad de los sesenta años, pero, sin ese uniforme, había que calcularle diez menos. La vestimenta informal, en vaqueros claros y sudadera azul, acentuaba una complexión más musculosa que gorda.

—¿Les ofrezco algo de beber? —preguntó, señalando una cafetera plateada.

Kim observó los últimos dos dedos de su mano derecha. Estaban torcidos hacia dentro como un gancho. Ya había visto lesiones así en luchadores a mano limpia. Sumados a la estatura superior al promedio, esos dedos la hacían suponer que el hombre se había dedicado al boxeo en algún momento de su vida.

Kim observó la cafetera y le dio un codazo a Bryant, quien respondió:

—No, gracias, pastor…, ministro…

—Victor, por favor.

—¿Qué demonios hace aquí? —le preguntó Kim. Nadie en su sano juicio entraría en un lugar como este por su propia voluntad.

Él sonrió.

—Intento ofrecerles esperanza, detective. Esta área es una de las más desfavorecidas del país. Intento demostrarles que hay otras salidas. Es fácil juzgar, pero hay bondad en todos; uno solo tiene que mirar.

«Ajá, helo ahí», pensó ella cuando la voz del pastor cambió al modo sermón.

—¿Cuál es su tasa de éxito? —preguntó Kim molesta—. ¿A cuántas de estas almas ha redimido?

—No hago números, querida.

—Por fortuna —dijo, deambulando por la habitación.

Bryant comenzó a hablar acerca de las investigaciones.

—Sabemos que usted visitaba Crestwood con regularidad, que hablaba con las niñas y realizaba servicios breves.

—Así es.

—Tenemos entendido, también, que de vez en cuando cubría el turno de William Payne.

—Eso también es correcto. Todos nos ofrecíamos a cubrirlo a veces. Su situación no es envidiable, y estoy seguro de que usted estará de acuerdo. El compromiso de ese hombre con su hija es admirable. Está eternamente agradecido por la vida de Lucy. La cuida incansablemente. Todo el personal hacía lo mejor posible para apoyarlo. —Lo pensó por un momento.— Bueno, casi todo el personal.

Kim terminó su circuito por la habitación y se paró a un lado de Bryant.

—Hablando del personal, ¿podría decirnos quién trabajaba ahí durante el tiempo en que usted estuvo relacionado con Crestwood?

Victor fue a la cafetera y Kim no pudo sino asombrarse de que aún no se hubieran robado ese instrumento metálico para desguazarlo.

Puso una bolsa de té en una taza de plástico.

—Richard Croft acababa de ser puesto como gerente. Sus funciones parecían ser administrativas, sobre todo. Creo que tenía el cometido de apretar los presupuestos y aumentar la eficiencia. Su contacto con las niñas era mínimo, y eso era lo que él quería. Siempre tuve la impresión de que no había acabado de instalarse, de que tenía prisa por terminar el trabajo, cumplir con sus objetivos y seguir adelante.

—¿Qué me dice de Teresa Wyatt?

—Bueno, desde luego que había fricciones entre esos dos. A Teresa la habían pasado por alto para el puesto de gerente, así que estaba resentida con la posición de Richard. —Wilks intentaba extraerle algo de sabor a su bolsa de té.— Teresa no era una mujer particularmente afectuosa, así que ella y Richard chocaron de inmediato. Se detestaban mutuamente, y todo mundo lo sabía.

Todo eso era muy interesante, pensaba Kim, pero no explicaba por qué había dos o tres niñas muertas en los terrenos.

—Nuestra impresión es que Teresa tenía mal carácter. —Victor se encogió de hombros, pero no dijo nada.— ¿Tiene alguna prueba de lo que nos ha dicho?

—No, personalmente.

—¿Habrá alguien que la tenga? —presionó Kim.

Él vaciló y entonces abrió las manos.

—A estas alturas, no veo qué daño puede hacer. Teresa me habló de una inminente denuncia en su contra. Yo había escuchado susurros de que, en ocasiones, había bofetadas o empujones cuando la frustración la sacaba de sus casillas, pero esto era diferente. Había golpeado a una niña con tanta fuerza en el vientre, que la hizo toser sangre.

Kim sintió que su pie comenzaba a dar golpecitos. Puso una mano sobre su rodilla para mantenerlo quieto.

—¿Y ese era el motivo de la queja?

Él movió la cabeza de un lado al otro.

—No, Teresa no estaba tan preocupada por la agresión como por lo que se desprendería de la denuncia.

—¿Que era…?

—Que Teresa Wyatt había golpeado a la niña por rehusarse a tener relaciones sexuales.

—¿Y así fue?

Victor no parecía tan seguro.

—No lo creo. Teresa fue franca conmigo acerca de la agresión. Admitió exactamente lo que había hecho, pero juró que no se había tratado de sexo. Sabía que una declaración así la destruiría. Una calumnia así se adheriría a su nombre como una sanguijuela por el resto de su vida.

Kim cerró los ojos y negó con la cabeza. Los secretos seguían surgiendo.

—¿Quién era el denunciante? —preguntó Kim. Habría apostado su motocicleta, su casa y su empleo a que había sido una de las tres.

—No me lo dijo, detective. Tuvimos esa conversación por su propio beneficio. Ella quería contármelo solo para aclarar sus propios pensamientos.

Por supuesto, pensó Kim. ¿Que Teresa Wyatt hubiera pensado en decir la verdad? Ni Dios lo quiera.

—¿Qué me puede decir de Tom Curtis? —preguntó Bryant.

Victor tuvo que pensar un momento.

—Ah, ¿se refiere al chef? Era un poco callado. No chocaba con nadie, en realidad. Un poco manso, supongo que podría decirse así. Lo reprendieron un par de veces por ser demasiado campechano con las chicas.

—¿De verdad? —preguntó Kim.

—Tenía veintitantos años; era el miembro más joven del personal, así que podía relacionarse con ellas mejor que nadie. Algunos pensaban que, quizás, se llevaba demasiado bien, pero era solo un rumor, así que preferiría no hacer más comentarios al respecto.

—Aunque, sin duda, usted tiene su propia opinión.

Victor levantó la mano derecha y su rostro se endureció.

—No mancillaría el nombre de un muerto sin tener evidencias de que se condujo de manera inadecuada.

—¿Es un modo de inferir que otros lo hicieron? —presionó Kim.

—No está en mí decirlo ni pienso especular al respecto.

—Entendido, Victor. —Bryant lo tranquilizó.— Por favor, continúe.

—Mary Andrews era el tipo de mujer sensata que probablemente prestó la mayor atención a las niñas. Era firme, aunque cariñosa. Siempre estaba disponible. Para Mary, aquello no era simplemente un trabajo.

—¿Y Arthur?

Victor se rio.

—Oh, Arthur Connop, casi me olvido de él. Siempre lo consideré un individuo bastante desafortunado. Solía preguntarme qué tuvo que haber sucedido en la vida de ese hombre para volverlo tan amargado y hostil. Un hombrecillo extraño a quien nadie le agradaba.

—¿Particularmente William Payne? —preguntó Bryant.

Victor arrugó la nariz.

—Bueno, no creo que se tratara de nada personal. Es difícil que William no te agrade. Creo que Arthur estaba resentido por el hecho de que, de vez en cuando, el resto del personal hiciera cosas para ayudar a William. No quería que nadie tuviera lo que él no.

—¿Cómo interactuaba con las niñas?

—¿Quién?, ¿Arthur? Nada, en absoluto. Las detestaba a todas. Dada su naturaleza, era un blanco fácil. Le hacían toda clase de jugarretas, le escondían las herramientas y cosas como esas.

—¿A William también le hacían bromas?

Victor lo pensó por un momento. Algo le pasó por la cabeza, pero terminó negando.

—En realidad, no, porque William trabajaba en el turno de noche, así que su contacto con las niñas era mínimo.

Kim se enderezó un poco. El hombre se estaba guardando algo.

—¿Qué puede decirnos de las niñas?

Él se apoyó en el respaldo.

—No eran un mal grupo. Algunas estaban ahí temporalmente, debido a alguna situación familiar; otras habían sido puestas bajo el cuidado de la institución debido a acusaciones de abuso infantil; unas más se quedaban hasta que algún miembro de la familia las reclamaba, y también las había que no tenían familia.

—¿Recuerda a unas gemelas, Nicola y Bethany?

Una sonrisa apareció en sus ojos.

—Ah, sí, hermosas niñas. Si mal no recuerdo, Nicola era la más desenvuelta de las dos. Bethany, a menudo, se escondía detrás de su hermana y la dejaba hablar. No se mezclaban mucho con las otras. Supongo que porque se tenían la una a la otra.

—¿Así que no había niñas problemáticas? —preguntó Kim. No sonaba como ninguno de los hogares donde ella había estado.

—Por supuesto que había chicas más rudas. Jovencitas a las que nadie podía llegar. Había tres en particular… Perdonen, no recuerdo sus nombres. Separadas, ya eran bastante malas, pero, una vez unidas, se convertían en un pequeño grupo compacto. Se protegían entre sí y provocaban toda clase de problemas: robos, cigarrillos, chicos. —Apartó la vista.— Y otras cosas.

—¿Qué otras cosas? —preguntó Bryant.

—No me toca a mí decirlo.

—¿Lastimaron a alguien? —intervino Kim.

Victor se levantó y fue a pararse junto a la ventana.

—Físicamente, no tanto, detective.

—¿Cómo, entonces? —preguntó, mirando a Bryant.

Victor suspiró hondo.

—Eran más crueles que la mayoría, especialmente cuando estaban juntas.

—¿Qué hacían? —presionó Kim.

Victor seguía junto a la ventana.

—Una de las chicas era de la localidad y conocía a Lucy. Un día, las tres se ofrecieron a ir a jugar con ella mientras William hacía algunos recados. Como la persona totalmente confiada que era, William aprovechó la oportunidad para ir al supermercado. Cuando regresó, apenas una hora después, las niñas no estaban por ningún lado, y tampoco Lucy. Revisó la casa de arriba abajo.

Victor regresó y caminó hacia ellos.

—¿Saben dónde la encontró?

Kim sintió que la mandíbula se le apretaba.

—La habían desnudado. Metieron su cuerpecito en un bote de basura. No tenía suficiente fuerza muscular para salirse. —Tragó saliva.— Estuvo ahí atorada por más de una hora, cubierta de desperdicios de alimentos y sus propios pañales sucios. La pobrecita solo tenía tres años.

Kim sintió que las náuseas la dominaban. Por más que intentaban estirar la tela del caso, esta se revolvía como un resorte hasta el umbral de William y Lucy Payne.

Era hora de tener otra charla.

48

—¿Qué demonios está pasando aquí? —gritó Kim cuando el auto se detuvo fuera de la casa de Payne. Había un socorrista y una ambulancia estacionados fuera. Las puertas de la ambulancia estaban abiertas de par en par.

Mientras corrían entre los vehículos, dos paramédicos iban saliendo de la casa con una camilla.

La pequeña y frágil figura de Lucy apenas llenaba la estrecha cama transitoria. La llevaban como si fuera un bebé. La atrofia de sus extremidades era más evidente fuera de la silla. Su pequeño rostro estaba cubierto con una máscara de oxígeno, pero Kim podía verle los ojos y el miedo que irradiaban.

Kim apenas le tocó el brazo suavemente. Los paramédicos se movían con urgencia para colocarla en la parte de atrás de la ambulancia.

William Payne salió de prisa de la casa. Su rostro había perdido el color. Miraba con los ojos muy abiertos y llenos de espanto.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Kim.

—Tenía dificultades para respirar durante la noche, pero esta mañana parecía estar mejor. Yo estaba arriba, cambiando las camas, y ella seguramente volvió a tener dificultades, aunque no pudo hacer ningún sonido. No pudo alertarme.

Se pararon detrás de la ambulancia mientras los paramédicos colocaban la camilla en su lugar.

Mientras William luchaba por contener las lágrimas, sus ojos se enrojecieron.

—Se las arregló para presionar el botón de su descansabrazos y alcancé a oír las sirenas a la distancia. Cuando llegué a verla, se estaba poniendo azul. —Agitó la cabeza y las lágrimas comenzaron a rodar. Su voz enronquecida expresaba terror.— Pudo haber muerto porque no la oí pedir ayuda.

Kim abrió la boca para ofrecerle consuelo. En eso, uno de los paramédicos saltó del vehículo.

—Señor, tenemos que…

—Debo irme. Por favor, disculpen…

Kim lo ayudó a subir a la ambulancia.

Las puertas se cerraron y el vehículo salió disparado con las sirenas y las luces puestas.

Sintió un dolor en la garganta mientras los veía desaparecer.

—No tenía buen aspecto, ¿verdad, jefa?

Kim negó con la cabeza y cruzó la carretera hacia la excavación.

Entró en la carpa de la víctima número dos. Cerys estaba de rodillas dentro del foso; se volvió y sonrió.

Kim extendió la mano. Cerys se quitó el guante de látex y se agarró de ella para

salir del foso.

La mano tibia y suave de la arqueóloga estaba cubierta de talco del interior del guante.

—Oí sirenas. ¿Está todo bien?

Kim se encogió de hombros. No tenía mucho sentido hablarle de Lucy. Cerys no estaba relacionada con esos aspectos de la investigación. Aparte, la propia reacción emocional hacia la chica no tenía sentido ni siquiera para Kim. Más difícil era tratar de explicarle todo eso a otra persona.

—¿El sitio uno está cerrado, entonces? —preguntó. La primera tumba ya estaba cubierta y habían puesto trozos de tierra con hierba encima. Parecía un mal trasplante capilar. Esa carpa ya no estaba, pero había una nueva.— ¿Habéis encontrado algo ahí?

—Nos estamos aproximando. Las lecturas indican que la masa está a menos de sesenta centímetros.

A diferencia de Cerys que, como científica, no daría por hecho que se trataba de un cuerpo hasta ver los huesos, Kim sabía instintivamente que se trataba de la tercera chica. Ahora todo era cuestión de saber cuál era cuál.

—Clausuraremos esta tumba un poco más tarde y la rellenaremos antes de que oscurezca.

—¿Ha habido alguna novedad?

—Tenemos las cuentas —iba diciendo mientras se dirigía a una mesa plegable.— Son once. Y esto. —Cerys le mostró una bolsa de plástico.

Kim cogió la bolsa y sintió el grosor de la tela.

—Supongo que es franela —dijo la arqueóloga.

—¿Un pijama?

—Es posible, pero solo la parte de arriba.

—¿No hay nada de la parte de abajo?

Cerys negó con la cabeza.

Kim no dijo nada. La ausencia de una prenda inferior le ponía en la cabeza una imagen como para rechinar los dientes.

—Pudo tratarse de telas diferentes, ropa de dormir que no hacía juego. Ese material pudo haberse descompuesto.

Kim asintió. Podía tener esa esperanza.

—¿Es todo?

Cerys le pasó un táper lleno de fragmentos con incrustaciones de lodo.

—Son pequeñas piezas de metal, pero nada me hace suponer que estén relacionadas con el asesinato.

—¿Qué sigue?

Cerys se limpió las manos en los vaqueros.

—Voy al sitio tres, ¿vienes?

Kim la siguió a la última carpa.

—Justo a tiempo, jefa —dijo Dawson cuando la vio entrar.

Bajó la vista y miró la inconfundible forma de un pie que sobresalía de la tierra oscura.

Había siete personas dentro de la tienda, todos con la mirada fija en la fosa poco profunda. No importaba que hubieran descubierto lo que todo mundo esperaba encontrar. Cada cuerpo merecía un momento de respeto, una silenciosa declaración de unidad, puesto que todos habían jurado hacer su mejor esfuerzo por llevar al perpetrador ante la justicia.

Cerys se volvió y Kim se encontró con su mirada, atormentada, pero firme.

Su voz era baja y espesa mientras decía lo que todos los presentes estaban pensando.

—Kim, tienes que encontrar al hijo de puta que hizo esto.

Kim asintió y salió de la carpa. Tenía toda la intención de hacer exactamente eso.

49

—Jefa, te tengo un mensaje —le dijo Bryant cuando la vio salir de la carpa—. El doctor Dan quiere que veamos algo.

Kim no dijo nada mientras regresaba colina abajo. Bryant puso en marcha el coche y se dirigió al hospital Russells Hall. Sabía cuándo dejarla en paz.

La rabia se acumulaba en su interior. Sin importar sus actos, esas chicas no merecían la muerte. La enfermaba pensar que alguien hubiera sentido que esas vidas eran desechables. Había sido una de ellas y sabía que todas merecían la oportunidad de luchar.

Un mal comienzo en la vida no dictaba los actos del futuro. Kim era un testimonio de eso. Sus primeros años le auguraban una vida en el crimen, las drogas, los intentos de suicidio y, posiblemente, algo peor. Cada señal de tráfico la había dirigido hacia la destrucción de la vida, fuera la suya o las de otros, y, aun así, a su existencia predeterminada le había mostrado los dedos medios. Nada sugería que sus tres víctimas hubieran sido incapaces de hacer lo mismo.

Bryant detuvo el coche frente a la entrada principal del hospital.

Ella saltó y comenzó a caminar. Cuando Bryant la alcanzó, ya estaba llegando a los ascensores.

—Madre mía, jefa, baja la velocidad. Puedo arreglármelas con el rugby. Seguir tus pasos es otra cosa, completamente.

Ella movió la cabeza de un lado al otro.

—Vamos, abuelo, apresúrate.

Kim entró en la morgue. Pudo ver que los huesos de la víctima número dos estaban colocados en una mesa, a un lado de la víctima número uno.

Por más muerta que estuviera, Kim podía sentir el alivio de que la primera víctima ya no yaciera entre la cruda frialdad clínica del laboratorio. Si habían sido amigas en vida, ahora volvían a estar juntas.

Cualquier sensación de alivio le duró poco cuando vio la pequeña colección de huesos a un lado de la segunda víctima.

—¿El bebé? —preguntó.

Daniel asintió.

No se ofrecieron cortesías ni saludos.

Kim se acercó para observar. Los huesos eran tan pequeños, que no guardaban correlación con la forma real, y eso le pareció más triste aún.

Y el trabajo de Daniel era inspeccionar esos huesos en busca de pistas y hacer de cuenta que no eran los componentes de un bebé. A todos se les exigía la objetividad científica; tenían que extirparle las emociones al proceso. Pero la obligación de Daniel era analizar minuciosamente cualquier pista de una vida

que no había llegado a formarse del todo. Y eso no era algo que Kim pudiera lograr.

Ese día no hubo frases ingeniosas.

—¿Qué edad tenía? —preguntó.

—Los huesos comienzan a desarrollarse a las trece semanas. En el momento del parto, un recién nacido tiene trescientos huesos, aproximadamente. Calculo que esta criatura estaría entre las veinte y las veinticinco semanas.

«Definitivamente, una persona», pensó Kim. Tanto desde el punto de vista ético como del legal. Por lo general, no se practicaban abortos después de la semana doce, a menos que hubiera un riesgo muy significativo para la madre.

—¿Es un homicidio doble, entonces, jefa?, ¿madre e hijo?

Kim asintió. Sentía que los huesos atraían su mano. Quería cubrirlos. ¿Por qué razón? No tenía ni idea.

Daniel fue de un lado al otro de la mesa y se paró entre las dos niñas.

—No sé si esto les servirá de algo, pero tengo más antecedentes de la víctima número uno. Medía alrededor de 1,63 y comía mal. Yo diría que estaba desnutrida.

Bryant sacó su libreta.

—No le cuidaron los dientes y sus incisivos centrales estaban cruzados. En algún momento se le fracturaron dos dedos de la mano izquierda, así como la tibia derecha. Estas lesiones no se produjeron cerca del momento de la muerte.

—¿Abuso infantil?

—Más que posible —dijo él, dándoles la espalda, pero no antes de que ella pudiera verlo tragar profundamente.

Fue a la víctima número dos.

—Todavía no llego al mismo nivel de detalle con la segunda víctima, aunque hay algo que creo que deberían saber.

Se desplazó a un extremo de la mesa y movió suavemente la mandíbula de la víctima número uno.

—Observen de cerca el interior de los dientes.

Kim se inclinó. Pudo apreciar lo que Daniel había dicho con respecto a los incisivos torcidos, pero, fuera de que no había encías ni carne adherida, los dientes parecían relativamente normales.

—Ahora veamos a la víctima número dos.

Kim giró y se agachó sobre el cráneo de la segunda mujer. Tenía los dientes razonablemente rectos y no había traumatismos evidentes, pero sí algunas diferencias en el color del esmalte en general.

—¿Limpiaron a la víctima uno? —preguntó ella.

Daniel negó con la cabeza.

—Ninguna de las dos ha sido limpiada.

La tolerancia de Kim frente a las adivinanzas se estaba evaporando a toda velocidad.

—Explíquemelo, por favor, doc.

—La tierra que hay en los dientes de la víctima número uno habría llegado a la boca con el tiempo, una vez que la carne se descompuso; probablemente, cinco o seis años después del fallecimiento. La tierra de los dientes de la segunda víctima proviene del mismo día en que fue enterrada.

Kim rápidamente conectó las pistas que Daniel estaba poniendo a su vista. Había una sola manera de que la tierra se fijara entre los dientes con tal rapidez.

La chica había sido enterrada viva.

50

Tracy fue la primera en «escaparse», y hubo ocasiones en que yo hubiera preferido que no hubiera sido así. La punzada de arrepentimiento que sentí después fue tan sorprendente y desconocida que me costaba trabajo decir su nombre.

El pensamiento retrospectivo no es natural en un psicópata, a menos que el plan salga mal. Entonces, se trata de un pensamiento analítico, no emocional.

El eje del mundo se torció un poquito mientras yo luchaba en el suelo con esta intrusa. Tras su rendición, entendí que el arrepentimiento no venía de lo que yo había hecho, sino de que no volvería a mirarla, de que ya no contemplaría el movimiento de sus caderas mientras ella iba de un lado al otro de la habitación.

Entendí que el arrepentimiento estaba correlacionado solo con mi propia pérdida.

El mundo se enderezó solo.

A pesar de todo, yo sabía que Tracy era diferente. Hay mujeres que destacan incluso desde pequeñas. Entran en una habitación y las cabezas se giran para verlas; los ojos las recorren. No es su belleza, sino un núcleo interior; un espíritu inquebrantable. Una resolución que asegura a su dueña que logrará todo lo que se proponga.

Eso es atractivo y excitante.

Yo sabía que Dina, la madre de Tracy, había vendido el cuerpo de su hija de nueve años por treinta y cinco libras. Una semana después, lo vendió por una cantidad considerablemente mayor cuando se enteró de su valor en el mercado. Dos meses después, Dina la retiró completamente del negocio.

A Tracy la sacaron de ahí los servicios asistenciales dos días después de su cumpleaños número catorce. Fue llevada a Crestwood y puesta entre otras niñas abusadas que habían sufrido golpes, violaciones, descuidos.

No estaba agradecida.

No era una víctima y quería quedarse exactamente donde antes estaba.

Habiendo aprendido, por las malas, que no podía confiar en nadie, Tracy le había ocultado ingresos a Dina por dos años. No se quejaba de los desafíos de la vida. Simplemente los convertía en su propia ventaja.

Me contó sus primeros años. Eran como una narración de hechos leída en un libro. Su voz se quebró, quizás, una o dos veces, pero se recuperaba rápidamente y seguía adelante.

La escuché, asentí y le ofrecí mi apoyo.

Y entonces tuvimos relaciones sexuales. Corrección: yo las tuve y ella se resistió. Violación *es una palabra muy fea que no define lo que sucedió entre nosotros.*

Después de eso, se paró frente a mí y me miró a los ojos. Su mirada era fría y calculadora. No tenía nada que ver con un rostro tan joven.

—Esto te costará muy caro —dijo.

No me daba miedo que Tracy fuera por ahí a decir lo que había sucedido entre nosotros. Ella no confiaba en nadie, salvo en sí misma. Encontraría algo para usarlo en mi contra, siempre y cuando fuera benéfico para ella.

Yo admiraba su juvenil optimismo. No me sorprendió que me acorralara después de unos cuantos meses.

—Estoy embarazada, y es tuyo —me dijo triunfante.

Eso me divertía, a pesar de que yo tenía dudas de las dos partes de su declaración. Una de las cosas que más me gustaban de Tracy era su habilidad para manipular cualquier situación en su propio beneficio.

—¿Así que…? —le pregunté. Ambos sabíamos que se habían abierto las negociaciones.

—Quiero dinero —dijo.

Sonreí. Por supuesto que lo quería. La cuestión era cuánto. Otras transacciones del pasado pusieron una cifra en mi mente. Sería el costo de un aborto y un tanto extra: la tarifa normal del negocio.

Guardé silencio, el recurso de negociación más poderoso del que disponía.

Inclinó la cabeza y esperó. Ella también lo conocía.

—¿Cuánto?, le pregunté con indulgencia. Había algo en esta chica.

—Suficiente.

Asentí. Desde luego que le daría suficiente.

—Son quinientas…

—Ni te acercaste —dijo entrecerrando los ojos.

Valía la pena comenzar con una postura baja. Nunca se sabe. Ya había funcionado un par de veces…

—¿En cuánto estás pensando?

—Cinco mil o abro la boca.

Reí a carcajadas. Eso era más que un tanto extra.

—Los abortos no…

—No voy a pasar por un puto aborto. De ningún modo. Quiero dinero para escapar. —Se palpó el vientre.— Para comenzar de nuevo.

Eso no iba a suceder de ninguna manera. Soy una persona razonable. Sabía que, si ella me acusaba en ese momento, nadie le iba a creer; en cambio, con una prueba ambulante de ADN, yo perdería mi libertad para siempre. La fecha de nacimiento sería una amenaza constante.

Ese bebé no debía nacer.

Asentí en señal de que entendía. Necesitaba tiempo para pensar, tiempo parar prepararme.

Más tarde, esa misma noche, ya estaba listo.

—Deberíamos decirnos adiós con una bebida —dije, y le serví una abundante

cantidad de vodka en un chorrito de Coca Cola.

—¿Tienes mi dinero? —preguntó, levantando el vaso.

Asentí y le di palmadas a mi bolsillo superior.

—¿Qué planes tienes?

—Iré a Londres, conseguiré un piso y un empleo, y después volveré al cole para formarme en algo.

Ella seguía hablando y yo seguía llenándole el vaso. Veinte minutos después, tenía los ojos entrecerrados y arrastraba las palabras.

—Ven, quiero enseñarte algo. —Le ofrecí la mano.— Ella la rechazó, se levantó y volvió a caer. Le llevó un momento intentarlo de nuevo. Esta vez, se bamboleó en dirección de la puerta como un perro en un concurso de agilidad. Me adelanté y le abrí la puerta trasera. La repentina ráfaga de aire frío la lanzó hacia mí. Le di equilibrio, pero sus piernas cedieron hacia adelante y cayó al suelo.

Se reía mientras trataba de levantarse. Me reí con ella cuando la sujeté por los brazos y la hice marchar por la hierba.

Veinticinco pasos hacia el noroeste y la solté. Cayó de espaldas en el hoyo. Rio de nuevo. Yo también.

Me arrodillé a su lado en el foso y le puse las manos en la garganta. La sensación de su piel en mis palmas era excitante, a pesar de sus intentos por apartar mis manos. Tenía los ojos cerrados y se retorcía junto a mí en un estado semiinconsciente. El vaivén de sus caderas y la hinchazón de sus pechos eran hipnóticos. No podía no verlos. Le arranqué los endebles pantalones cortos y, en un rápido movimiento, ya estaba dentro de ella.

Su cuerpo se moldeaba fácilmente entre mis manos mientras ella entraba y salía de la consciencia. Se movía como en un estado de ensoñación. Esta vez, a diferencia de la primera, no hubo lucha.

Cuando me levanté, sus ojos se habían puesto en blanco. Me puse en cuclillas a su lado, en ese apretado espacio, y busqué sus pantalones cortos rasgados.

Me quedaría con ellos para siempre. Me ayudarían a recordar.

Mis manos volvieron a encontrar su garganta. Mis pulgares cayeron sobre su laringe, pero fueron incapaces de presionar. Su hermoso rostro sonreía de estupor.

Frustrado, salí del hoyo. La primera palada de tierra cayó sobre su torso. Ella ni siquiera abrió los ojos.

Trabajé frenéticamente y logré llenar el hoyo en pocos minutos. Este método de eliminación era totalmente nuevo para mí.

Pisé el suelo y volví a colocar la hierba.

Me quedé con ella media hora. No quería dejarla sola.

Me senté a un lado de su tumba y la maldije por lo que me había obligado a hacer. Si tan solo no hubiera sido tan codiciosa. Si hubiera aceptado el dinero para el aborto, todo habría salido bien.

Pero ese bebé no podía nacer. Nunca.

51

Bryant suspiró hondo mientras tomaba una menta. Era una reacción inmediata a su salida de un ambiente de no fumar.

—¿Se te ocurre algo peor que ser enterrado en vida? —preguntó cuando llegaron al auto.

—Sí, ser enterrado en vida contigo —dijo ella, en un intento por aligerarse el humor.

—Gracias, jefa, pero, quiero decir, ¿puedes imaginártelo?

Ella negó con la cabeza. Era una manera de morir demasiado horrenda como para comprenderla. La mayoría de las personas deseaban irse calladamente durante el sueño. Ella siempre había estado a favor de un disparo.

La víctima número dos tendría que haber estado inconsciente o incapacitada de algún modo cuando fue puesta en el hoyo. Habría recuperado el sentido al verse rodeada de la densa negrura de la tierra. Tendría que haber sido incapaz de ver, oír ni mover un solo músculo. Tal vez hizo intentos por gritar, como reacción natural a un terror abyecto. Su boca tuvo que haberse llenado de barro, y cada vez que trató de respirar, debió de haber obstruido aún más su nariz y su garganta. La respiración habría abandonado lentamente su cuerpo, mientras su boca no tragaba otra cosa que tierra.

Kim cerró los ojos y trató de imaginar el miedo, el pánico absoluto que debió de haber paralizado a esa niña de quince años a medio vestir. No podía comprender semejante desesperanza.

—¿Cómo puede desarrollarse tal maldad en un hombre? Quiero decir, ¿dónde comienza algo así?

Kim se encogió de hombros.

—Edwin Burke tenía razón cuando dijo que «lo único que se necesita para que el mal triunfe es que los buenos no hagan nada».

—¿Qué dices, jefa?

—Digo que estas no fueron sus primeras víctimas, no puede ser. El asesinato a sangre fría es, muy rara vez, el primer signo de una mente diabólica. Tuvo que haber señales previas que alguien excusó o pasó por alto.

Bryant asintió y se volvió a ella.

—¿Cuánto tiempo crees que tardó en morir?

—No mucho —dijo Kim, pero su mente añadió que debió de haberse sentido como toda una vida.

—A Dios gracias.

—¿Sabes, Bryant? No puedo seguir con esto —dijo agitando la cabeza.

—¿A qué te refieres, jefa?

—No puedo seguir refiriéndome a los cuerpos por número: víctima uno, víctima dos. Bastante tuvieron cuando vivían. Tenemos tres cuerpos y tres nombres, y necesito conectarlos.

Kim miró a través de la ventanilla y la asaltó un recuerdo repentino. Su decimoquinto cumpleaños había caído entre las familias de acogida cinco y seis.

Dos días antes, se le había acercado un miembro del personal.

—Mañana es el cumpleaños de Kim y estamos haciendo una colecta para su regalo. ¿Quieres cooperar? —le preguntó.

Ella se lo quedó mirando por un largo minuto a la espera de que se diera cuenta de que estaba pidiéndole contribuir para su propio regalo. La cara del tipo se quedó en blanco.

—¿A dónde vamos, jefa? —preguntó Bryant cuando se aproximaban a la salida del hospital.

Con la información que Daniel Bate les acababa de proporcionar, Kim sabía que había una sola persona capaz de ayudarlos, a pesar de las amenazas recibidas unas horas antes.

—Brindleyplace, supongo, Bryant. Es hora de ir a ver a las gemelas.

Se concentró en el camino que tenían por delante.

—Necesito saber los nombres.

52

Nicola Adamson abrió la puerta al segundo golpe, vestida con un pijama de satén. Llevaba el cabello revuelto y los recibió saludándolos con un gran bostezo.

—Perdone si la hemos despertado —le dijo Bryant.

No había un genuino «si», a pesar de que ya había pasado la hora del almuerzo.

Ella volvió a bostezar y se frotó los ojos.

—Fue una noche muy larga en el club. Llegué esta mañana como a las cinco…, o anoche, o lo que sea.

Nicola cerró la puerta y fue directamente a la cocina. Kim, a pesar de que solo tenía treinta y cuatro años, se preguntaba si alguna vez se levantó de la cama viéndose tan fantástica.

—Me dará gusto hablar con ustedes, pero primero déjenme preparar algo de café.

Kim hizo a un lado un bolso y se sentó en el sofá.

—Su hermana vino a verme esta mañana.

La cabeza de Nicola giró bruscamente.

—¿Que hizo qué?

—No estaba muy por la labor de que usted nos ayudara.

Nicola movió la cabeza de un lado al otro y apartó la vista. La jarra de café instantáneo aterrizó en el armario con un ruido sordo.

Kim tuvo la impresión de que esa no era la primera vez que Beth interfería.

—¿Qué les dijo?

—Me dio órdenes de dejarlas solas y de no abrir viejas heridas.

Nicola asintió y la tensión pareció abandonar su cuerpo.

—Supongo que solo trata de cuidarme. Sé que da la impresión de rudeza, pero es simplemente sobreprotectora. —Se encogió de hombros mientras se sentaba.— Así somos las gemelas, simplemente.

«Sí, así es», pensó Kim.

—Pero ya soy una chica grande y ofrecí ayudarlos, así que, si quieren preguntarme algo, adelante. —Sonrió.— Especialmente ahora, que ya tengo café.

—¿Su hermana se lastimó la pierna recientemente? —dijo Kim, buscando pistas para entender la amargura de la mujer.

—No, es una lesión de su niñez. Cayó mal de un manzano cuando teníamos ocho años. Los huesos de su rodilla quedaron destrozados. Con el tiempo se compusieron, pero el dolor se le agudiza si hace frío. Ahora, ¿qué puedo hacer por ustedes?

Bryant cogió su libreta.

—Tenemos más información acerca de las víctimas y creemos que usted podría

ayudarnos a identificarlas.

—Por supuesto, en caso de que, en verdad, pueda.

—Nuestra primera víctima era, tal vez, la más alta. Lo más probable es que hubiera sido delgada. Sus dientes inferiores estaban torcidos.

—Melanie Harris —dijo Nicola con toda certeza.

—¿Está segura?

Nicola asintió.

—Sí, sí. Esos dientes la hacían sufrir mucho. Las niñas de la escuela abusaron mucho de ella hasta que se unió a las otras dos. Nadie volvió a intimidarla después. Siempre se veía un poco rara junto a las otras dos, porque era mucho más alta, como su cuidadora. —Nicola se puso seria.— Nos dijeron que había escapado.

Kim y Bryant no comentaron nada.

Nicola movía la cabeza de un lado al otro.

—¿Quién habría querido lastimar a Melanie?

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar.

—Hay una segunda víctima, Nicola —dijo Kim en voz baja—. Y esta estaba embarazada.

Nicola se inclinó sobre la mesa y tomó el bolso que Kim había puesto a un lado. Sacó un paquete de cigarrillos y un mechero desechable. En su visita del día anterior, Kim no había notado ningún indicio del hábito de fumar.

Se puso un cigarrillo en la boca, pero su pulgar no acertaba con el mechero. Tuvo éxito al tercer intento.

—Tracy Morgan —susurró Nicola.

Kim miró a Bryant, que enarcaba las cejas.

—¿Está segura?

—Sí, estoy segura. No es algo de lo que me enorgullezca particularmente, pero, de niña, era bastante entrometida. Mis reportes del cole siempre iban en la línea de «Nicola haría bien en ocuparse de sus propios asuntos tanto como se preocupa de los ajenos».

Bryant se rio entre dientes.

—Sí, en casa tengo algo así, justamente.

Nicola se encogió de hombros.

—Bueno, yo solía escabullirme por ahí y escuchar tras las puertas. Recuerdo haber oído a Tracy contarles a las otras dos que estaba «cargadita», como dijo ella.

—¿Tienes alguna idea de con quién se veía? —preguntó Kim. Podría ser otra línea de investigación.

—No. La oí decir que hablaría con el padre, pero no me quedé más tiempo, por miedo a que me atraparan.

Nicola le dio una calada al cigarrillo cuando cayó en la cuenta.

—Hay una tercera, ¿no es así?

No le contestaron nada. Le dieron un minuto para digerir las noticias.

—¿Hay algo que puedas decirnos acerca de…?

—La otra era Louise. No recuerdo su apellido, pero era la cabecilla, la más ruda. Nadie se metía con Louise. Incluso después de que las otras dos hubieran escapado, perdonen, de que su hubieran *ido,* nadie se atrevía a meterse con ella. —Hizo una pausa momentánea.— ¿Sabe?, ahora que lo pienso, insistía mucho en que sus compañeras no habían huido.

—¿Había algo en Louise que pudiera ayudarnos a confirmar su identidad?

Nicola aplastó el cigarrillo en un cenicero de cristal cortado.

—Oh, sí, Louise tenía una prótesis dental. Le habían tirado tres dientes en una pelea con niñas de otro colegio. Aborrecía su aspecto sin ellos. Una de las niñas de Crestwood se los escondió una noche, solo como trastada. Louise le rompió la nariz.

—¿Sabes algo del incidente que tuvieron con la hija de William Payne?

Nicola frunció el entrecejo.

—Ah, ¿se refiere al tipo de la noche? —Movió la cabeza.— No lo veía mucho. Nunca oí nada en particular, pero recuerdo que estuvieron castigadas un mes o algo así. Siempre estaban dispuestas a hacer alguna fechoría. De cualquier modo… No se merecían esto.

Bryant pasó la hoja de su libreta.

—¿Recuerda mucho de Tom Curtis?

Nicola entrecerró los ojos.

—Era más joven que los otros miembros del personal. Parecía un poco tímido y varias de las chicas estaban enamoradas de él. —Nicola se llevó la mano a la boca.— Oh, no, no pensará que podría haber sido el padre de… —Sus palabras se desvanecieron como si no hubiera sido capaz de terminar el pensamiento, siquiera.

La idea ya había pasado por la cabeza de Kim, pero prefirió no responder.

Kim no sentía que Nicola pudiera ofrecerles nada más por el momento.

Se puso de pie.

—Gracias por su ayuda, Nicola. Por favor, no comparta esta información con nadie hasta que las víctimas hayan sido formalmente identificadas.

—Por supuesto.

Kim se dirigió a la puerta y se volvió.

—¿Quién se fue primero?

—¿Perdone?

—¿Quién fue la primera en desaparecer, Melanie o Tracy? —dijo Kim. Nicola ya les había dicho que Louise había sido la última.

Nicola arrugó la cara mientras lo pensaba.

—Tracy fue la primera, porque Melanie y Louise pensaban que había desaparecido debido al embarazo.

Kim asintió mientras salía.

—Detective… —Kim giró.

—Diga lo que diga mi hermana, estaré más que feliz de ayudar en todo lo que pueda.

Kim asintió en señal de gratitud y se fue.

—¿A dónde vamos? —preguntó Bryant.

El reloj de Kim decía que pasaban de las tres.

—De regreso a la comisaría.

Cogió el teléfono y llamó a Dawson.

—Hola, jefa —contestó él.

—¿Cómo están las cosas en el sitio, Kev?

—Están rellenando la segunda tumba y Cerys ya desenterró la mitad del tercer cuerpo. El doctor Bate viene en camino. Dado que no la sepultaron muy hondo, esperan terminar de descubrirla esta misma noche.

Kim estaba consciente de lo duro que hacía trabajar a su equipo.

—Cuando el doc haya llegado, tómate libre el resto del día. No habrá nada que hacer hasta mañana, a primera hora.

—Jefa, preferiría quedarme, si no tienes inconveniente.

Era una novedad que Dawson no quisiera tomar tiempo libre cuando se lo ofrecían.

—Kev, ¿estás bien?

Acostumbrada a su voz, captó el súbito cambio de densidad.

—Jefa, ya los he visto sacar de esta tierra los cuerpos de dos niñas. Si no tienes inconveniente, preferiría terminar.

Y, en ocasiones, él simplemente la dejaba patidifusa.

—Muy bien, Kev, te llamaré después. —Colgó y agitó la cabeza.

—¿Te sorprende, de verdad?

—No. Es un buen chico. Si acaso, un tanto carente de juicio de vez en cuando.

—Y yo quisiera tenerlo en mi equipo cualquier día de la semana —concluyó Bryant.

Con frecuencia, esos dos no cantaban con la misma partitura, pero, si hacía falta, Bryant podía ser objetivo.

Kim se bajó del auto y Bryant lo cerró.

—Ve a ver a Stacey. Pon esos nombres en la pizarra. —Quería que el anonimato quedara atrás lo más pronto posible.— Y después, márchate a casa.

Kim se dirigió a la motocicleta e hizo una pausa mientras le quitaba el seguro al casco.

En casa de Nicola, algo no había estado bien. Algo le roía las entrañas, algo que tenía que haber advertido.

Era como si sus ojos hubieran visto alguna cosa y su cerebro no la hubiera registrado.

53

Por segunda vez ese mismo día, Kim miraba la entrada principal del hospital Russells Hall. Detuvo la motocicleta en la acera, arriesgándose a que le pusieran una multa.

Después de entrar en el edificio, caminó a través de un grupo mixto de pacientes y visitantes que fumaban bajo las señales de no fumar.

Se acercó a la recepción, a la izquierda. Una mujer, con el nombre de Brenda en un costado, le sonrió.

—¿Lucy Payne, ingresada hace unas horas?

—¿Es su pariente?

Kim asintió.

—Es mi prima.

Brenda tecleó algo en su ordenador.

—C5, pabellón médico.

Kim pasó a un lado de la cafetería y consultó el directorio. Tomó un ascensor al segundo piso y caminó a lo largo del ala oeste. Pasó a un lado de una cama rodante que acababa de salir del quirófano.

Entró en la sala que estaba detrás de la cama. En el área sonaba un suave zumbido de máquinas y voces bajas. El carrito de los medicamentos cruzó de un conjunto de seis salas al otro.

Había llegado al final de la hora de visitas, según pudo notar. Los parientes permanecían en silencio, después de haberse dicho todo lo que se les había ocurrido, y ahora solo estaban a la espera de que el reloj diera la hora.

Se acercó al mostrador de enfermeras.

—¿Lucy Payne?

—Sala lateral, segunda puerta.

Kim pasó frente a la primera puerta, que resultó ser una pequeña cocina. Al llegar a la segunda, estuvo a punto de golpear. Detuvo la mano justo antes de hacer contacto con la madera.

Lucy dormía plácidamente en una enorme cama, con la cabeza sostenida por cinco almohadas. Tenía un monitor conectado al dedo índice de la mano derecha. De ese mismo lado, una máquina pitaba rítmicamente.

En la parte superior de un gabinete alto, a un lado de la cama, había una solitaria tarjeta que decía «Que te mejores» y un osito de felpa.

Kim entró en la habitación y pasó a un lado de William Payne, que roncaba levemente en el sillón del rincón.

Se paró a un lado de la cama a observar la figura durmiente. Lucy parecía tener mucho menos de quince años.

Y, aun así, había sufrido mucho. Esta niña no había pedido esa cruel enfermedad que lentamente le robaba las fuerzas y la movilidad, ni tampoco una madre que la abandonara. Tampoco había pedido, ciertamente, que tres niñas estúpidas la metieran en una papelera.

Hoy, Lucy había estado a punto de morir. Trató de gritar, pero lo único que salió de su boca fue el silencio.

A pesar de la vida que llevaba, esta valiente y decidida niña se había resistido. Se había aferrado a las paredes del abismo, simple y llanamente, porque quería vivir. El que se las hubiera arreglado para presionar el botón de emergencia era todo un testimonio.

A la propia Kim no le habían augurado muchas posibilidades de supervivencia cuando la sacaron de su piso en el rascacielos de Hollytree. Todo el camino al hospital, donde comenzarían a alimentarla por vía intravenosa sin verdaderas expectativas de éxito, había viajado entre silenciosas sacudidas de cabeza y profundos suspiros. Su cuerpo de seis años pesaba diez kilogramos. El cabello se le caía en mechones, no podía hablar. Sin embargo, al tercer día, se sentó.

Kim tomó un pañuelo desechable y limpió una fina línea de baba de la barbilla de Lucy.

Finalmente, comprendía su afinidad con esta joven a quien había conocido pocos días antes. Lucy era una luchadora. No iba a rendirse a las cartas que el destino le había repartido. Cada día luchaba por vivir, haciendo frente a unas probabilidades que no la favorecían.

Unas horas antes, pudo haber elegido no apretar el botón de emergencia. Pudo haberse rendido a su enfermedad y elegido el camino de una paz postrimera, pero no lo hizo. Una sola cosa la detuvo: la esperanza.

¿Podría esta joven tener una mejor calidad de vida que la que le había tocado hasta el momento?, se preguntaba Kim. ¿Podría su existencia ser más segura y disfrutable? No tenía ni idea, pero lo que sí sabía es que dentro de esta diminuta y frágil niña había un núcleo de fuerza y determinación que le causaba asombro.

Cuando estaba poniendo el pañuelo desechable en el aparador lateral, Kim se percató de los cambios detrás de ella y de que los suaves ronquidos habían cesado.

No se volvió.

—¿Sabe que tenemos que hablar? —preguntó en voz baja.

—Sí, detective, lo sé —contestó William con voz ronca.

Kim asintió y salió de la habitación. Era hora de ir a casa.

Tenía trabajo por hacer.

54

Beth estaba hojeando una revista. No tenía ni idea de qué se trataba y se esmeraba en hacerlo evidente.

Podía sentir la ansiedad de Nicola. No habían hablado desde el regreso de Beth. Conocía a su hermana. Nicola quería preguntarle cuál era el problema, pero le daba miedo la respuesta. La verdad era que no podría afrontar la respuesta.

Nicola siempre había abominado que la gente se enojara con ella. Era complaciente. Quería que todo mundo estuviera feliz. Y ese rasgo había tenido sus costos. Costos para las dos.

Y sus ansias de complacer volverían a pasarle factura.

Beth estaba tan enfadada que no podía levantar la cabeza. Seguía viendo la página. Nicola no sería capaz de quedarse callada por mucho más tiempo. Beth pasó una página con indiferencia.

—Myra me llamó ayer —empezó Nicola—. Me dijo que fuiste muy grosera con ella.

—Lo fui —dijo Beth. Si su hermana prefería hablarle de asuntos insustanciales, en vez de enfrentarse a los verdaderos problemas que había entre las dos, pues qué bien. Nicola se desmoronaría de un momento a otro.

—¿Por qué tienes que ser tan malvada? La mujer no te ha hecho nada.

Beth se encogió de hombros.

—Es una vieja vaca entrometida *ca* solo quiere meterse en los asuntos de los demás. ¿Por *ca* te preocupa lo *ca* piensa?

—Porque es mi vecina y tengo que vivir aquí. —Nicola hizo una pausa.— ¿Le dijiste que yo te estaba poniendo en el contrato de arrendamiento?

Beth sonrió para sus adentros. Esa perlita seguramente tuvo a esa perra despierta por horas.

—Sí, eso hice.

—¿Tratas de hacerme la vida difícil mientras estás aquí?

—¿Sabes, Nic? Te pedí *ca* hicieras algo y no m'hiciste caso. Me pediste *ca* fuera agradable con la vieja arpía y no t'hice caso. ¿Cuál es la diferencia?

—Por Dios, Beth, sé que estás molesta conmigo. ¿Finalmente me vas a decir por qué?

Otra vez, Beth sonrió para sus adentros. Qué bien conocía a su hermana. Las cosas siempre habían sido así.

Pasó otra página.

—¿Cuál de las razones te doy?

—La que quieras. Lo que sea que haga que dejes de darme el hielo. Sabes lo que detesto que estés enojada conmigo.

Oh, sí, Beth lo sabía perfectamente.

—Te dije *ca* n'hablaras con ella.

—¿Con quién? —preguntó Nicola. La pregunta le salió con una entonación forzada. Sabía muy bien a quién se refería ella.

Pasó otra página, sabiendo que eso frustraría a su hermana aún más. Nicola quería toda su atención. Aborrecía que Beth pudiera quedarse ahí sentada, concentrada en cualquier cosa que no fuera el ambiente entre las dos. Tal como estaba.

—¿Te refieres a la detective? —preguntó Nicola.

—Ajá.

—Madre mía, Beth, ¿cómo puedes ser tan fría? Están encontrando restos humanos enterrados justo donde vivíamos.

—¿Y?

—Conocíamos a esas niñas. Hablamos con ellas, comimos con ellas. ¿Cómo puede no importarte?

—*Porca* no significan nada para mí. Ni siquiera me caían bien, así ¿por *ca* habrían de preocuparme ahora?

—Porque están muertas, y, sin importar lo que hubieran hecho mal, no merecían morir. Algún monstruo las enterró y se olvidó de ellas. Tengo que hacer algo y ayudar.

—Estás más preocupada por ellas *ca* por mí.

—¿De qué hablas?

Esta vez, la confusión era genuina. Y así estaban las cosas. Nunca avanzarían hasta que Nicola admitiera lo que había hecho.

—Sabías lo *ca* me hicieron y te importó dos cojones.

—Beth, no sé quién te hizo qué. Dímelo.

Pasó una página más de la revista y movió la cabeza.

—Pregúntale a la detective y tal vez ella te diga lo *ca* hiciste, *porca* estás jodidamente empeñada en involucrarte.

—Solo porque sé que, de alguna manera, nos concierne.

La mano de Beth se quedó detenida a medio movimiento. La página se soltó de entre sus dedos y cayó. Que su hermana hubiera hecho esa conexión ya era todo un progreso. Quería que Nicola recordara. Quería una disculpa. Quería oír las palabras que llevaba diez años esperando.

Pero aún no.

—Te lo estoy diciendo, Nic, déjalo en paz.

—Pero quiero que todo quede expuesto. —Beth podía oír la emoción en la voz de su hermana. No la miró. No podía mirarla.— Beth, quisiera saber qué hice para lastimarte. Cómo te fallé de un modo tan terrible. Eres mi hermana. Hay demasiados secretos entre las dos. Te amo y solo quiero saber la verdad.

Beth arrojó la revista a un lado y se puso de pie.
—Nic, ten mucho cuidado con tus deseos…, *porca* podrían hacerse realidad.

55

Kim convocó a una reunión informativa tardía. La intensidad de este caso los estaba afectando a todos. Lo último que podía hacer era ofrecerle a su equipo un par de horas más de sueño.

Para cuando terminó de poner a Woody al corriente de los últimos sucesos, Bryant, Stacey y Dawson ya estaban en sus escritorios.

—Buenos días, compañeros, estoy segura de que ya todos están enterados, pero el interés de los medios en nuestros asuntos ha ascendido exponencialmente. El levantamiento de la tercera carpa ha provocado furor. Es ahora noticia de primera plana en todos los periódicos y anoche ocupó un segmento en los titulares de Sky News.

—Sí, lo vi, jefa —gruñó Bryant.

—Estoy segura de que no necesito recordaros que no debe haber ningún diálogo con ningún miembro de la prensa, por más persuasivo que sea. Este caso es demasiado volátil y lo descarrilará un comentario mal citado de cualquiera de nosotros.

Kim se incluía a sí misma en esa sentencia. Conocía sus propias limitaciones cuando la prensa los aguijoneaba, y por ese motivo, sabiamente, se mantenía alejada.

—Y si alguno de vosotros necesita recordar la forma tan jodida en que estamos haciendo las cosas, siéntase en la libertad de caer por el despacho de Woody y leer cualquiera de los artículos.

El escritorio de su jefe era como un quiosco de prensa. Durante la reunión que acababan de tener, él le había hablado de cada texto.

—¿De verdad, jefa? —preguntó Dawson.

Kim asintió. Era mejor que supieran que estaban siendo atacados.

—Vamos, Kev, ya sabes cómo es esto. Por ahí del tercer día, todo es culpa nuestra, y nos las hemos arreglado para llegar hasta el quinto a partir del descubrimiento de los primeros huesos, así que yo diría que vamos bastante bien.

Kim sentía la ola de negatividad que recorría el lugar.

Suspiró.

—Si la atención de los medios es tan importante para vosotros, debisteis de haber elegido una carrera en el mundo del espectáculo. Somos agentes de la policía. Nadie nos quiere.

—Aunque es algo demoledor para el espíritu, jefa. Magulla un poco el entusiasmo —dijo Stacey.

Kim podía notar que las charlas motivacionales no eran su fuerte.

—A ver, vosotros, mirad esa pared, y miradla muy bien.

La pizarra era mucho más tolerable a su vista con los nombres de las niñas. Había sido dividida en tres columnas:

Víctima 1: Melanie Harris.
Edad: 15 años.
Más alta que el promedio, desnutrida, defecto dental, calcetín de mariposa.
Decapitada.

Víctima 2: Tracy Morgan.
Edad: 15 años.
Embarazada, sin la parte de abajo del pijama.
Enterrada viva.

Víctima 3: Louise Dunston (?)
Edad: 15 años.
Prótesis en tres dientes superiores.

—Esas tres chicas perdieron la vida a manos de un monstruo. Combinadas, las violaron, golpearon, asfixiaron y enterraron. Esto no fue, para ellas, una historia que leyeron en el periódico. Fueron sus vidas, su realidad. Todos los días nos levantamos de la cama para encontrar a la persona que cree haber salido airosa con este crimen. Hace poco, estas niñas eran seres anónimos, olvidados y silenciosos. Ya no más. Melanie, Tracy y Louise tendrán voz ahora, gracias a nosotros. Y no os equivoquéis: *atraparemos* al hijo de puta que hizo esto. —Kim hizo una pausa y miró alrededor de la habitación.— Y si necesitáis más motivación que esa, os habéis equivocado de trabajo.
—Gracias, jefa —dijo Bryant asintiendo.
—A bordo —añadió Stacey con una sonrisa.
—Oh, sí —intervino Dawson.
Se sentó en su posición acostumbrada, al borde del escritorio sobrante.
—Bien, Kev, ¿avances en el sitio?
—El doctor Dan se llevó el cuerpo a eso de las dos, esta noche. Cerys hizo una inspección preliminar de la tumba, pero no harán el tamizado hasta esta mañana.
—¿Dijo el doc algo acerca de la dentadura?
—No dijo gran cosa de nada. Es un tipo extraño, jefa.
—Díselo a Cerys. Quizás todavía esté en la tumba.
—¿Alguna cosa, Stace?
—Tengo el móvil de Tom Curtis. Hubo más de cincuenta llamadas perdidas en las dos horas previas a su muerte.
Kim se enderezó.

—Continúa.

—Todas provenientes del móvil de Croft.

—Madre mía —se enfureció Kim—. ¿Algo más?

—La cinta de vídeo del asilo no sirve, así que no tenemos nada incriminatorio en relación con la muerte de Mary Andrews.

—¿Alguna información del encargado de escenarios criminales con respecto a Arthur Connop?

—El análisis de la pintura dice que proviene de un Audi TT con matrícula 59.

—¿Algo más?

—Sí, los registros que el municipio tiene de Crestwood son una mierda. Sigo vigilando a través de Facebook de manera no oficial, aunque he estado llamando a las exresidentes oficialmente. Algunas de las que se fueron estaban ahí esa noche, mientras que otras que aparecen en la lista se habían ido semanas antes.

Mmm…, pensó Kim. O una enorme ineficiencia por parte del municipio o un intento deliberado por confundir el último padrón de ocupantes. En ese momento de la investigación, cualquier cosa era posible.

Aunque Kim no estaba completamente cómoda con la presencia de Stacey en el grupo de Facebook, este parecía proveer más información útil que los registros oficiales.

—Stace, haz algunas preguntas sobre Tom Curtis. Averigua qué tanta familiaridad tenía con las chicas. Me gustaría saber si hubo rumores de algún comportamiento indebido.

—Lo haré, jefa.

—Bien, Kev, regresa al sitio. Bryant, creo que tú y yo debemos hacerle otra visita al concejal Croft.

—Este…, jefa, hay una cosa más —dijo Stacey.

—Adelante —dijo Kim—, mientras cogía su chaqueta.

—Tengo tres direcciones, las últimas conocidas de nuestras niñas.

Kim intercambió miradas con Bryant. Era lo menos agradable del trabajo de cualquier detective. Sin importar las circunstancias que los impulsaron a dejar a sus niñas en los servicios asistenciales, Kim estaba segura de que habría familiares que se sentirían profundamente consternados al descubrir sus muertes.

Bryant tomó la lista al pasar por el escritorio de Stacey.

Primero tendrían que ocuparse de los vivos. Después harían el trabajo de los muertos.

56

Kim asintió en dirección del coche patrulla que estaba estacionado fuera del portón. Aunque la policía de West Midlands no estaba dispuesta a vigilar a Richard Croft las veinticuatro horas del día, habían comisionado revisiones periódicas a través del intercomunicador cada vez que un coche patrulla estuviera en el área.

Bryant presionó el botón del intercomunicador y aguardó a que se abriera la puerta. Esperó otros diez segundos y volvió a llamar.

Se miraron entre sí. En la visita anterior, la respuesta había sido inmediata.

—Sigue llamando —dijo Kim, mientras salía del auto.

Caminó al coche patrulla. El agente bajó la ventanilla.

—¿Cuándo hizo la última verificación?

—Hace unos veinte minutos. Dijo que iba a trabajar en casa esta mañana y que más tarde iría a su despacho. Unos minutos después, salió un coche. Creo que era la niñera.

Kim corrió de regreso junto a Bryant. Richard Croft había estado en la casa, solo, por veinte minutos, cuando menos.

—¿Ha habido algo? —Bryant negó con la cabeza.— Bien, vamos a entrar.

Se quedó inmóvil por un instante y planeó su ruta sobre el portón. Era de hierro y estaba adornado con flores, espirales y hojas. Sus ojos detectaron un trayecto para sus pies cerca de la pared del lado izquierdo. Con las dos manos, sacudió el portón. Demasiado firme.

Kim recordó que, años atrás, Keith le había contado algo. Cuando un fundidor fue a verter chatarra en el horno, se quedó atorado en la carretilla y fue a dar dentro del horno con todo y todo. Llamaron al vicario de la localidad para que orara sobre el metal derretido mientras lo vertían en moldes. Según recordaba, había deseado que hubieran hecho algo bonito con él.

Perdona, compañero, pensó mientras empezaba a escalar. Ladeó la pierna derecha sobre las puntas de treinta centímetros que adornaban la parte superior del portón.

—No hay manera —dijo Bryant desde abajo.

—Vamos, niñota —le dijo Kim.

—Niñota me volvería si intentara esa maniobra.

Mientras Kim descendía los dos metros y medio del otro lado, pensaba que, con suerte, Richard Croft estaría escuchando música muy lejos del intercomunicador como para oírlo. O que el sistema de alta tecnología del portón se hubiera descompuesto y él estuviera en camino para dejarlos entrar. Lo prefería un poco molesto que muerto.

Al correr por el camino de entrada, sus piernas sintieron una pendiente que no habían notado en el auto. No percibió ningún signo de actividad mientras se aproximaba a la casa.

Golpeó la puerta y tocó el timbre simultáneamente. Retrocedió para ver hacia dónde apuntaban las cámaras de circuito cerrado de televisión. Una se dirigía al portón, mientras que la otra apuntaba a los malditos coches. No había nada que cubriera la parte trasera del edificio.

—Sigue golpeando —le dijo a Bryant, que acababa de alcanzarla y, al parecer, estaba intacto.

Corrió alrededor de la casa y se tropezó con una pala que había estado apoyada en la pared.

Aún antes de ver el vidrio roto, sintió los crujidos bajo sus pies.

Gritó el nombre de Bryant tan fuerte como pudo. Él apareció por el otro lado.

La puerta de entrada al invernadero que corría a lo largo de la casa estaba destrozada.

Estuvo a punto de entrar en la casa, pero hizo una pausa antes de poner un pie en el suelo.

—Sígueme —dijo, corriendo de regreso al frente de la casa. De camino, cogió la pala con que se había tropezado.

Se la dio a Bryant.

—Rompe la ventana. No quiero que la entrada trasera se contamine antes de que llegue el encargado de escenarios criminales.

Bryant echó atrás todo lo que pudo y agitó la pala. El vidrio se rompió al primer impacto.

Kim levantó un ladrillo para arrancar los bordes dentados y hacer más segura la entrada.

Se paró sobre un macetón de terracota, apoyada en el hombro de Bryant. Su pie encontró un objeto sólido bajo la ventana. Puso su peso en él y sintió que resistía. Solo cuando estuvo dentro supo que era un escritorio antiguo y que habían entrado por el estudio.

Ya en el suelo firme, extendió la mano para darle apoyo a Bryant y ayudarlo a entrar. Dio vuelta a la izquierda mientras él subía por las escaleras. La siguiente habitación en la que entró era el salón, el cual reconoció porque ahí habían estado en la visita anterior. Lo inspeccionó rápidamente.

—Nada en el salón —gritó cuando volvía al vestíbulo. Oyó a Bryant decir que el dormitorio principal estaba despejado.

Entró en la biblioteca y se detuvo en seco.

Postrada en medio de la alfombra yacía la figura de Richard Croft. Tenía un cuchillo de veinte centímetros clavado en la espalda.

Kim llamó a Bryant y se arrodilló, segura de no tocar nada. El charco de sangre

empapaba el tapete a ambos lados del hombre.

Bryant apareció a su lado.

—Joder.

Ella puso dos dedos en el cuello de Croft.

—Está vivo.

Bryant sacó el móvil y pidió una ambulancia.

Kim fue a buscar el receptor del intercomunicador y lo encontró montado en la pared, a un lado de un congelador Smeg de gran tamaño.

Presionó el botón y vio en el monitor que la puerta de hierro forjado comenzaba a desplazarse.

Notó que la alarma de la casa no estaba puesta. Estaba asombrada de que las personas usaran alarmas contra intrusos para proteger sus posesiones cuando no estaban en casa, pero no para preservar su propia vida mientras los viejos colegas morían a un ritmo ilógico.

Movió la cabeza de un lado al otro, corrió a la puerta principal y la abrió.

Ahora, los paramédicos tendrían acceso directo al edificio.

Corrió alrededor de la casa y se detuvo a dos metros del punto de entrada. Giró para revisar el jardín trasero. En una primera inspección, no encontró puntos vulnerables evidentes. La parte trasera de la propiedad no estaba encerrada con un muro, sino con una cerca de dos metros de altura. Un enrejado decorativo aumentaba la altura medio metro más. Todas las piezas parecían intactas.

—Muy bien, hijo de puta, si no entraste por arriba, fue a través.

Comenzando por la pieza más alta, Kim caminó hacia su izquierda, empujando cada uno de los paneles de la cerca. Los postes eran de madera, aunque resistentes, y todas piezas a su izquierda estaban despejadas de arbustos. A lo largo y a un nivel más bajo corría un jardín de hierbas. Un intruso que hubiera hecho el intento de entrar a través de uno de esos paneles laterales habría quedado expuesto inmediatamente a cualquiera que estuviera en la parte trasera de la casa.

Kim estudió la hilera de cercas que bordeaba el fondo de la propiedad. Cada tres metros había un ciprés de cinco metros de altura. La mayoría de los árboles estaban en medio de una pieza de cerca, excepto el cuarto.

Tras su metro de anchura se escondían un panel y un poste. Caminó treinta metros hasta el fondo del jardín y, con el dedo índice, empujó delicadamente la pieza. Se movió con el puro toque. Kim observó que el panel ya no estaba unido al poste.

Oyó pisadas apresuradas que provenían de un costado de la casa.

—¿Marm? —la llamó un agente.

Ella salió de detrás del árbol, como demostrándose que el sitio de entrada y el posible escondite eran una prueba de ingenio.

—¿Qué puedo hacer, Marm?

—Vigila la puerta trasera. No dejes entrar a nadie.

Él asintió y se paró delante de la puerta, viendo hacia el exterior.

Kim regresó junto al ciprés y volvió a empujar la cerca. Se movía con facilidad, dejando libre un espacio por el cual resultaba muy fácil deslizarse.

—Maldita sea —dijo. El cabrón era listo. Se apartó de ahí y caminó de regreso al jardín para asegurarse de no haber hecho nada que dificultara la recolección de indicios.

Se subió al columpio cuando oyó que las sirenas aceleraban por el camino de entrada y se detenían frente a la puerta principal.

Miró por encima de la cerca para descubrir que, del otro lado, la tierra formaba una pendiente empinada que llevaba a la parte trasera de una finca comercial. Más allá había una urbanización: un laberinto de calles, barrancos y callejones sin salida.

Un poco como este maldito caso, pensó Kim mientras volvía al suelo.

Recorrió lentamente la línea desde la pieza de cerca rota hasta la puerta trasera, mirando a un lado y al otro.

Se detuvo a metro y medio del agente de la policía.

—¿Qué haces, Marm?

Kim abrió la boca para preguntarle qué coño creía que estaba haciendo, cuando lo reconoció como el agente con quien Bryant había charlado el otro día. Y estaba haciendo exactamente lo que le habían pedido, que era tratar de charlar con ella.

Puso los ojos en blanco, negó con la cabeza y se dirigió al frente del edificio. Bryant estaba ahí, observando cómo se cerraban las puertas de la ambulancia.

—¿Y bien?

—Aún respira, jefa. Se llevó puesto el cuchillo. Los paramédicos no han querido quitárselo hasta ver lo que mantiene unido. Contra toda lógica, el arma con que intentaron asesinarlo podría ser lo que le preserva la vida.

—Oh, qué ironía —dijo, y se sentó en los escalones de piedra.

—Y aquí llega la sirvienta —dijo Bryant al ver que un Vauxhall Corsa se detenía de un frenazo en el camino de grava. Una mujer, a quien identificaron como Marta, se bajó del coche. Había perdido los colores.

—¿Qué…?, ¿qué…?

Kim se quedó sentada, pero Bryant fue al encuentro de la chica.

—El señor Croft ha sido herido de gravedad. Póngase en contacto con su esposa y avísele que acuda al hospital cuanto antes.

Ella asintió y entró a la casa dando traspiés.

Otros dos coches derraparon en el camino de entrada, seguidos por la furgoneta del encargado de escenarios criminales.

—No sé —dijo Bryant, mientras Kim se ponía de pie—, los polis son como los

autobuses. En un momento dado, no hay ninguno, y de pronto…

—Soy el sargento Dodds —dijo un corpulento oficial que llevaba las manos dentro de su chaleco protector. Bryant se lo llevó a un lado para explicarle la escena, mientras Kim agarraba al primer agente de escenarios criminales que se bajó de la furgoneta.

—Sígueme —le dijo sin presentarse. Condujo al tipo alto y rubio por un costado de la casa hasta el fondo del jardín. Apuntó a la parte de atrás del árbol.

—El panel roto marca el perímetro del allanamiento. —Señaló la puerta trasera. — Este es el punto de entrada.

—Entendido, Marm.

Regresó al frente de la casa, donde Marta la recibió con un móvil en la mano.

—La señora Croft quiere hablar con usted.

Kim cogió el teléfono.

—Sí.

—Detective inspectora, por lo que me dice Marta, mi casa ha sufrido daños considerables.

—No tan graves como los de su marido.

—Le exijo una explicación más detallada de lo que han estado haciendo en mi propiedad. Fui muy específica al exigir que a usted la retiraran…

—El Russells Hall, en caso de que le interese —dijo Kim, y apagó el teléfono.

Se lo devolvió a Marta mientras Bryant salía de la propiedad.

—¿De veras? —preguntó él.

Ella asintió y se dirigieron al auto, en el extremo del camino de entrada.

—¿Estás tendiendo puentes con la señora Croft, ¿eh, jefa?

—Bah, simplemente nos hacemos más cercanas cada día —dijo Kim con seriedad.

—¿A dónde, jefa?

—Hollytree State —dijo tranquila. Era una obligación que no podían sortear—. Estamos a punto de arruinarle el día a una familia.

57

Bryant condujo el auto a través del laberinto de callejuelas hasta el triángulo de rascacielos del centro. La urbanización comprendía un total de quinientas cuarenta viviendas. Dos pandillas eran las responsables de infundir entre los residentes el nivel de miedo requerido.

Los Delta eran un grupo de jóvenes que provenían de la zona postal de Dudley. Los Bee Boys venían de dos calles más allá, donde comenzaba la zona postal de Sandwell.

Bryant detuvo el coche cerca del parque de diversiones. Aunque había columpios, un balancín y algunas bancas, el parque no había visto un niño en décadas. Ahí lo conocían como el Foso, y era lugar donde los representantes de los grupos se reunían a zanjar sus «negocios». Hasta donde Kim sabía, en los últimos dos años habían encontrado tres cadáveres, pero ningún testigo.

Según las cuentas de Kim, casi setenta viviendas daban directamente al área; no obstante, nadie vio nada.

El acceso a Swallow Court no estaba restringido; la presencia policial, aunque indeseada, tampoco. La comunidad se había cerrado al mundo exterior y los crímenes que sucedían en el enclave se resolvían en el enclave. A sabiendas de que ningún ciudadano ordinario hablaría nunca abiertamente con la policía, los cabecillas de las bandas se sentían seguros.

—Oh, Diosito —exclamó Bryant, poniéndose la mano en la nariz. Kim había respirado hondo antes de entrar en el bloque del medio. El vestíbulo estaba oscuro y olía a orines. El lugar era pequeño y no tenía ventanas. Había dos bombillas fundidas, nunca reemplazadas, y la única fuente de iluminación era un tragaluz que, protegido por una rejilla cuadrada, proyectaba una línea de luz amarillenta.

—¿Qué piso? —preguntó Kim.

—Siete. ¿Por las escaleras?

Kim asintió y se dirigió al cubo de las escaleras. En esos edificios, los ascensores eran manifiestamente defectuosos, y si se atascaban entre piso y piso, había pocas probabilidades de que alguien viniera a ayudarlos.

¿Reventado o abandonado muerto? La decisión era fácil.

Al llegar al primer piso, Bryant había contado siete jeringas, tres botellas de cerveza rotas y dos condones usados.

—Y, ahora, ¿quién diría que el romance ha muerto? —preguntó al llegar al vestíbulo del séptimo piso—. Aquí mismo, —dijo, señalando el 28C.

Había un puñetazo muy bien marcado en medio de la puerta que les abría una

niña. Kim le calculó tres o cuatro años. La niña no sonreía ni hablaba, solo absorbía zumo de un biberón.

—Rhianna, aléjate de la puta puerta —gritó una voz de mujer.

Bryant dio un paso adelante, haciendo a la niña a un lado. Kim se quedó junto a ella y cerró la puerta.

—Disculpe —gritó Bryant mientras esperaban en el lúgubre pasillo—. Policía. ¿Podemos…?

—¿Qué coño…? —escucharon en medio de una conmoción y mucho movimiento.

—Ya nos llegó el olor —gritó Kim, adelantándose a su compañero para adentrarse en el salón. Las cortinas estaban echadas, pero no alcanzaban a cerrarse por el medio.

Una chica con pendientes de argolla y expresión pastosa llegó agitando el aire con las manos, una atmósfera pesada que olía a marihuana.

—¿Qué coño estáis haciendo aquí? —preguntó en el dialecto de Black Country—. No tenéis derecho a…

—Rhianna nos invitó a entrar —dijo Kim, a punto de tropezar con una mecedora donde había un recién nacido—. Hemos venido a ver a Brian Harris.

—Es mi padre. Está en la cama.

Pasaban de las once y media.

—Así que ¿tú eres la hermana de Melanie? —preguntó Bryant.

—¿Quién? —preguntó con una mueca de desprecio.

Kim oyó que se abría una puerta en el pasillo. Un hombre a medio vestir venía hacia ellos, furioso.

—¿Qué mierdas os creéis que estáis haciendo?

—Señor Harris —respondió Bryant con amabilidad, poniéndose enfrente de su compañera. Le mostró la placa, dijo su nombre y el de Kim—. Hemos venido a hablar de Melanie.

El hombre se detuvo y frunció el ceño.

Kim empezaba a sospechar que habían equivocado la dirección. Pero era evidente que Melanie había heredado la estatura del padre. El hombre medía más de uno ochenta. Se le notaban todas las costillas y llevaba la pretina de sus vaqueros descansando en las caderas huesudas. Tenía unos brazos escuálidos cubiertos de tatuajes hechos en casa.

—¿Qué hizo esa perrita esta vez? —dijo mirando por encima del respaldo del sofá. Kim siguió sus ojos. Una bulterrier staffordshire yacía jadeando en una jaula destinada a un yorkie grande. Tenía las tetillas distendidas y rojas. En una caja de cartón, a un lado de la jaula, había cuatro cachorros acurrucados. Kim no podía notar si los cachorros ya tenían los ojos abiertos, pero se los habían quitado a la perra por alguna razón.

Un perro separado demasiado pronto de su madre desarrollaría problemas de comportamiento más adelante; problemas que podrían ser explotados como un símbolo de prestigio entre los Delta.

Kim miró a la perra mayor a los ojos. Volverían a cruzarla a la primera oportunidad.

Se volvió a Bryant, que contemplaba al resto de los perros. Intercambiaron miradas.

—Lo que haya hecho esa chica me vale tres pares de cojones. Hace muchos años que me deshice de ella.

Abajo de ellos, en el suelo, el bebé se puso a llorar.

La chica se sentó y puso el pie derecho en el respaldo de la mecedora. Sacó el móvil y se puso a textear con una mano.

Brian Harris se sentó a un lado de su hija. Le dio un fuerte codazo.

—Pon la tetera a hervir, Tina.

—Ponla tú, huevón de mierda.

—Hazlo o lárgate y llévate de aquí a tus malditos hijos.

Tina le dedicó una mirada asquerosa, pero fue a la cocina. Rhianna la siguió de cerca.

Harris se enderezó, encendió un cigarrillo y sopló el humo sobre la cabeza del bebé.

Bryant trataba tranquilizar su tono de voz mientras se sentaba en el sofá de enfrente. Kim permaneció de pie.

—¿Puede decirnos cuándo fue la última vez que vio a su hija, señor Harris?

El tipo se encogió de hombros.

—No podría decirlo con exactitud. Era una niña.

—¿Qué edad tenía cuando la entregó? —preguntó Kim.

Brian Harris no manifestó ninguna emoción ante la insistencia.

—No puedo recordarlo, ha pasado mucho tiempo.

—¿Era una niña problemática?

—*Na,* solo que comía mucho. Vaquita atrevida —dijo, sonriendo con su propia gracejada. —Ni Bryant ni ella dijeron una sola palabra.— Mirad, tenía dos hijas que cuidar cuando la guarra de su madre se largó, así que hice lo mejor que pude.

Se encogió de hombros, como si el título de padre del año lo estuviera esperando a la vuelta de la esquina.

—¿Así que simplemente fue la de la mala suerte? —preguntó Kim.

Arrugó la cara, exhibiendo una hilera de dientes amarillos.

—Era una niña de aspecto muy raro. Puras piernas y nada de carne. No era una pintura al óleo.

Bryant se movió un poco hacia delante.

—¿La visitó alguna vez después de haberla puesto en los servicios asistenciales?

Negó con la cabeza.

—Eso hubiera sido aún más difícil para ella. Yo tenía que cortar por lo sano. Ni siquiera sé dónde la metieron. Podría haber sido ese sitio que han estado excavando —dijo, dando una calada al cigarrillo.

—¿No pensó en ponerse en contacto con la policía para ver si su hija es una de las víctimas de Crestwood? —preguntó Kim, exasperada. Una pizca de emotividad habría restaurado su fe en la humanidad.

El hombre se enderezó.

—¿Melanie es una de las muertas?

Por fin, pensó Kim, un destello de interés en el bienestar de la hija abandonada hacía quince años.

Frunció el entrecejo.

—No me costará nada, ¿o sí?

Kim enterró las manos muy hondo en los bolsillos. En ocasiones, habría querido arrestarlos ahí mismo, por su propio bien.

Tina regresó y le dio a su padre una bebida humeante. Por la expresión de la mujer, Kim no habría puesto una pizca de confianza en esa taza.

—Señor Harris, lamentamos comunicarle que, a reserva de la identificación formal, sospechamos que Melanie es una de las chicas que hemos descubierto recientemente.

Brian Harris intentó aparentar solemnidad, pero el egoísmo en sus ojos ganó la batalla.

—Mira, la di hace años, así que, en realidad, no tiene nada que ver conmigo.

Kim observó a Rhianna, que daba la vuelta al sofá hasta la jaula. La niña metió los dedos entre las barras y comenzó a jalar por la papada a la perra, que no tenía a dónde ir. Kim se hizo a un lado y, con el pie derecho, le dio un empujón a la pequeña. Ella fue a la caja de los cachorros, pero Kim no tenía por qué haber actuado.

—Tina, sácala de aquí.

Tina gruñó otra vez y se puso de pie. Cogió a su hija de la mano y se la llevó al dormitorio. Sin la niña presente, Kim ya no pudo soportar más. No podía usar los puños, pero tenía otras herramientas a su disposición.

—Señor Harris, quiero que se quede con una imagen en la cabeza; un recuerdo póstumo, si quiere. Su hija de quince años fue asesinada de una manera atroz. Le machacaron los huesos del pie para que no pudiera huir mientras un enfermo hijo de la gran puta le cercenaba la cabeza. Se resistió y lloró y, posiblemente, lo llamó a usted a gritos mientras el cabrón la cortaba en pedazos. —Kim se agachó hasta ponerse cara a cara del padre y su repugnante excusa.— Y esta información no le ha costado un maldito centavo.

Miró a Bryant.

—Hemos terminado.

Pasó a un lado de él y se dirigió a la puerta. Bryant la siguió, pero vaciló antes de cerrar la puerta.

—Aguarda aquí, solo quiero preguntarle una cosa más.

Mientras esperaba, Kim caía en la cuenta de que esa no había sido, exactamente, una práctica de libro de texto del modo de informar a los seres queridos acerca de un deceso. Pero, de haber detectado un solo gramo de amor o adhesión, incluso de arrepentimiento, se habría apegado a las reglas. Decidió que las demás familias serían notificadas por otras personas. No se fiaba de sí misma, de conservar la calma si volvía a enfrentarse a una indiferencia familiar como esa.

La puerta del piso se abrió una vez más y Kim se quedó estupefacta cuando su colega salió de la vivienda.

—Bryant, de verdad, esto es broma, tiene que serlo.

58

—Toma, tú cargas con los cachorros y yo me llevo a la madre.

Bryant le puso la caja en los brazos. Los cuatro perritos comenzaron a moverse de un lado al otro y Kim pudo ver que tenían los ojos abiertos. Apenas.

—¿Cómo diablos…?

—Le dije que, en esta ocasión, estaríamos dispuestos a pasar por alto el nivel de actividad criminal de su vivienda si me daba los perros. —Bryant la siguió escaleras abajo.— Pero nunca hablé de servicios asistenciales.

Kim se apresuró a bajar el resto de las escaleras y se detuvo junto al coche.

—Este…, ¿y ahora qué, doctor Doolittle?

Él puso a la perra y la caja juntos en el asiento trasero.

—Tú conduces.

—¿A dónde? —preguntó ella, subiéndose al coche—. Vamos, jefa, sabes bien dónde vivo.

—Madre mía —exclamó ella, y se puso en marcha. Negoció la salida de la urbanización y se las arregló para echar una mirada atrás. La perra estaba asomada por arriba de la caja. Uno de los cachorros se esforzaba por alcanzar su nariz.

—Nunca más vuelvas a decirme que soy impulsiva, Bryant. ¿Qué va a decir de esto tu señora?

Él se encogió de hombros.

—Dime qué opción tenía.

Kim no contestó nada. Por mucho que lo desearan, sabían que eran incapaces de salvar al mundo entero… Aunque, en ocasiones, simplemente deberían lidiar con lo que tenían justo frente a sus ojos.

Se detuvieron en un semáforo.

—Jefa, mira —dijo Bryant.

Kim echó otro vistazo atrás. La perra lamía al cachorro que estaba a su alcance. Los otros intentaban escalar la caja a arañazos.

Cinco minutos después, se detuvieron en Romsley, ante una casa adosada de tres habitaciones.

Él se bajó del coche.

—Bien, si tú te haces cargo de…

—No hay manera —dijo Kim—. En este asunto vas solo.

—Gallina —le dijo él.

—Tienes razón.

Bryant cogió a la perra adulta por la correa, que se bajó del coche por su propia

cuenta y se quedó quieta. Él se puso la caja bajo el brazo y se dirigió a la puerta principal.

Kim dijo una plegaria en silencio. Habiendo visto a la mujer de Bryant de mal humor, se temía no volver a ver a su colega nunca más. Le daría diez minutos antes de ponerse en camino.

Sacó el móvil y marcó el número de los servicios asistenciales. Habló por unos momentos y colgó. Una llamada de un policía «en riesgo» estimulaba una respuesta inmediata, así que habría un asistente social golpeando la puerta en menos de una hora. Kim barruntaba que Tina estaba perdida, pero Rhianna y el bebé tenían alguna oportunidad.

La puerta se abrió y Bryant salió de la casa. Sin que ella pudiera asegurarlo, sus miembros, al parecer, estaban intactos.

—¿Estás casado todavía? —preguntó ella, y se pasó al asiento del pasajero.

—La madre y los cachorros están reunidos en una manta junto al radiador de la cocina. Hay pollo y arroz en la estufa y la señora está en la internet buscando cómo cuidar cachorros.

—¿Vas a quedarte con ellos?

Él asintió.

—Por ahora. Hasta que hayan crecido lo suficiente.

—¿Cómo lo lograste?

Él se encogió de hombros.

—Le dije la verdad, jefa —contestó con sencillez.

Kim podía imaginarse a los perros mimados y malcriados en casa de su compañero.

Movió la cabeza desesperada.

—Bien. Ahora llévame a la comisaría y ve al hospital. Uno de los dos tiene que estar listo para interrogar a Croft, si se da la oportunidad.

—¿No vienes?

Kim negó con la cabeza.

—Tal vez no sea una buena idea. Podría ser pura paranoia de mi parte, pero tengo la impresión de que no le gusto mucho a la señora Croft.

59

El rugido de la Ninja se apagó cuando Kim se detuvo en el camino de tierra. Se quitó el casco y lo puso en el manillar derecho.

Examinó el lugar desde lo alto de la colina. El sitio uno y el sitio dos habían sido devueltos al paisaje y la carpa de suministros había desaparecido.

El terreno no estaba circundado por una cerca temporal y la prensa había abandonado el área. También se habían ido los policías. En la esquina superior del sitio estaban reunidas unas cuantas piezas del equipo. Era, otra vez, un pedazo de tierra municipal baldía donde la feria itinerante se pondría cada año para solaz de los pobladores.

Apenas quedaban al pie de la colina unos cuantos osos de felpa y algunas flores ajadas por la dureza de la intemperie. Eran la única pista de los sucesos de los últimos días.

Aquella parte de la investigación había concluido. Las pistas de las muertas habían sido descubiertas y ahora les tocaba a ella y a su equipo hacer que todo encajara.

Algún día, los nombres de esas tres chicas estarían plasmados en una página de la Wikipedia. Estarían vinculadas a un artículo principal, uno que contendría la historia de Black Country. El triple asesinato sería, para siempre, una tacha en el legado.

Los lectores pasarían por alto el artículo que describe el logro de los acereros de Netherton, que forjaron las anclas y las cadenas del *Titanic*, y los veinte caballos shire que arrastraron la carga de cien toneladas a través de la ciudad.

La metalurgia, un oficio con raíces en el siglo XVI, quedaría opacada tras ese titular sensacionalista.

No sería un recordatorio de los mejores momentos de la zona.

—Supuse que serías tú, jefa —dijo Dawson, que salía de la tienda.

Tenía los ojos circulados por manchas oscuras. Llevaba los vaqueros manchados de tierra, y el jersey, arrugado, pero las horas en el sitio y el compromiso con el caso le daban el derecho a tener ese aspecto un poco estropeado.

Kim hubiera querido elogiarlo por el trabajo tan bien cumplido, pero, de alguna manera, las palabras se le quedaban atoradas en la garganta. Cada vez que ella le daba una palmadita en la espalda, él encontraba el modo de volver a cabrearla.

—Dawson, tengo que decirlo: desarreglas mi maldita vida. Eres un detective jodidamente bueno, pero a veces actúas como un niño de tres años. —Se detuvo. Eso no estaba saliendo como ella quería.— Mira, sé que esta semana ha sido muy difícil para ti, y, a pesar de todo, has sido una puta estrella.

Dawson echó la cabeza atrás y rio.

—Gracias, jefa. Viniendo de ti, eso significa mucho.

—Lo digo en serio, Kev.

Sus ojos se encontraron. Él lo sabía.

—Escucha: tómate el día de mañana. Todos hemos trabajado ocho días sin parar. El sábado por la mañana pasaremos unas cuantas horas con café y magdalenas y gritos de Bryant, analizando lo que tenemos y trazando un plan de acción para la próxima semana.

—Vaya días, jefa. ¿Sigues incriminándome por eso?

Ella negó con la cabeza.

—*Na,* creo que Bryant encaja mejor.

Entró en la única carpa que quedaba y encontró a Cerys sola junto a la mesa plegable, a un lado de la tumba.

—¿Has perdido a todos tus amigos, Cerys? —preguntó Kim.

Ella se volvió y sonrió.

—Mi equipo está en el hotel haciendo las maletas para salir a la carretera. Ha sido una semana muy completa.

Kim movió la cabeza en señal de aprobación.

—¿Y tú?

La arqueóloga suspiró hondo.

—Todavía no. Esta tumba estará completa en un par de horas. No creo que haya más hallazgos. Nuestra tercera víctima no fue enterrada tan profundamente como las otras, pero quiero asegurarme.

—¿Así que tú te marchas enseguida? —le preguntó Kim.

Cerys negó con la cabeza.

—No. Me quedaré tarde hasta terminar el papeleo. —Cogió un pequeño cubo Tupperware.— Cuentas, otra vez, pero, por supuesto, ya lo sabías. Había algunos residuos de ropa adheridos a los huesos. Daniel los tiene en el laboratorio. La prenda era demasiado delicada para retirarla aquí mismo.

—¿Algo más?

Señaló en la tumba un rincón del tamaño de unos treinta centímetros de lado. Tenía el rostro macilento y cansado.

—Si no hay nada interesante en ese lugar, me temo que no.

—¿Encontraste una prótesis dental?

Cerys frunció el ceño.

—No. ¿Debería haber una?

—Es el último detalle de identificación que estoy buscando.

—Desde luego, si estaba ahí, no se desprendió del cuerpo.

Maldita sea, sin esa pieza final, no podía estar completamente segura de que Nicola había acertado.

Kim asintió en señal de que había entendido y salió de la carpa. Se detuvo un

instante y volvió a entrar.

—Cerys, ¿estás bien?

La arqueóloga se volvió, quizás sorprendida por la pregunta; quizás, por la persona que preguntaba. Sonrió, pero era una sonrisa forzada y falta de calidez.

—¿Sabes, Kim? Con toda franqueza, no lo sé. Mi cuerpo está lleno de una rabia que, simplemente, no me puedo sacudir. Mira, No me importa lo que estas niñas hicieron o dejaron de hacer. Solo sé que fueron tratadas como algo menos que seres humanos. Fueron torturadas, las enterraron y dejaron que se pudrieran, y no eran más que unas jodidas niñas. Quiero estar ahí cuando atrapes al hijo de puta que hizo esto. Quiero hacerle exactamente lo mismo, y lo más preocupante es que me siento capaz de tratarlo con la misma crueldad.

Kim miró cómo se desinflaba su cuerpo. A veces se olvidaba de que Cerys no solía trabajar en escenarios criminales, y uno tan horrendo como este era una iniciación infernal.

La mujer se la quedó viendo y movió la cabeza de un lado al otro.

—¿Cómo haces, Kim? ¿Cómo puedes levantarte de la cama todos los días sin volverte loca?

Kim meditó la pregunta.

—Construyo cosas. Cojo un poco de óxido y un poco de polvo y construyo algo hermoso. Doy forma a algo que equilibra la fealdad de lo que hacemos. Eso ayuda. Pero ¿sabes dónde estriba la diferencia?

—¿Dónde?

—En la certeza de que voy a atraparlo.

—¿Eso crees?

Kim sonrió.

—Ah, sí, porque mi pasión por alcanzarlo supera la energía de que él dispone para escabullirse de mí. No me detendré hasta castigarlo por lo que ha hecho. Y todo lo que tú has logrado aquí, cada pista que has descubierto, cada hueso que has recogido de este lugar, me ayudará a alcanzar el objetivo. Es jodidamente difícil, Cerys, pero bien vale la pena.

Cerys asintió y sonrió.

—Lo sé, y creo en ti. Lo atraparás.

—Oh, sí, sí que lo haré. Y cuando lo logre, le daré tus saludos.

Se quedaron en silencio. Kim no tenía nada más que pedirle a esa mujer que había trabajado incansablemente, un día tras otro, a un gran costo, tanto físico como emocional.

Se acercó a ella y le tendió la mano. Aunque tenía la piel áspera en algunos lugares, su apretón era suave y tibio.

—Muchas gracias por todo, Cerys, y que regreses a casa con bien. Ojalá que volvamos a encontrarnos.

Cerys sonrió.
—Lo mismo digo, detective.
Kim asintió y salió de la carpa.
Tenía una prótesis dental que encontrar.

60

Cuando entró, Daniel y Keats estaban reunidos con una carpeta sobre la mesa.

Daniel se apartó mientras Keats se volvía.

—Oh, detective, que gusto verte —dijo Keats.

Kim lo fulminó con la mirada.

—No, de verdad, lo digo en serio. Definitivamente, la ausencia ha hecho que mi corazón se vuelva más cariñoso. Creo que mi naturaleza sensible y delicada podría, de hecho, hacer más tolerable lo acerbo de su lengua.

—Sí, has tenido una semana bastante fácil, ¿no es así? —preguntó ella, enarcando las cejas.

—Así ha sido, de hecho, detective. —Empezó a contar con los dedos.— He tenido un apuñalamiento doble en Dudley, un anciano que se colapsó cenando en su fiesta de ochenta y cinco años y dos incertidumbres médicas. Ah, y el rastro de cadáveres que has ido dejando a tu paso.

—Me da gusto llenar tu itinerario, pero ¿has conseguido averiguar algo útil, aunque sea remotamente?

Pensó por un momento y negó con la cabeza.

—No, y acabo de cambiar de opinión. Acabo de darme cuenta de que no te he echado de menos en absoluto.

—Keats —gruñó.

Esta mañana mandé a tu despacho los resultados de la autopsia. Teresa Wyatt fue forzada a ahogarse, como ya sabes. No hubo una gran batalla, dado que la víctima ya estaba dentro de la bañera. No detecté más señales en el cuerpo ni signos de agresión sexual. Gozaba de una salud razonablemente buena para su edad. Creo que la forma en que murió Tom Curtis está totalmente fuera de duda, pero podría decirte que lo más probable es que la botella de Whiskey hubiera acabado con su vida. Su corazón estaba en tan mal estado que era poco probable que llegara a la edad de cuarenta y cinco años. Ah, y su última comida fue ensalada y carne. De primera, diría yo.

Kim puso los ojos en blanco.

—Con respecto a Mary Andrews, seguramente no llegaste a la iglesia a tiempo, y, para hacer deducciones razonables acerca del fallecimiento, por lo general, necesito un cuerpo. Arthur Connop murió de un trauma interno masivo causado por un altercado con un vehículo. Su hígado vivía horas extras, pero el resto de sus órganos estaban razonablemente saludables para un hombre de su edad.

Keats levantó las manos como quien dice «es todo».

—¿No hay indicios, rastros, nada?

—No, detective, porque esto no es una serie. Si tuviéramos solo una hora de

trepidante acción, habría descubierto, de repente, que Teresa Wyatt se tragó la fibra de una alfombra que concuerda con la de la casa de tu sospechoso. Quizás habría encontrado, incluso, un cabello suelto en el cuerpo de Tom Curtis, uno que se le hubiera caído al asesino y que, milagrosamente, todavía estuviera pegado a la raíz. Pero yo no soy una miniserie de televisión.

Kim gruñó. Una vez tuvo un absceso dental menos doloroso que un discurso de Keats. Por el entrecejo del hombre, supo que la soflama no había terminado.

Apoyó la espalda en la mesa de acero inoxidable y cruzó los brazos.

—¿Cuántas mujeres asesinó el destripador de Yorkshire? —preguntó Keats.

—Trece —respondió Dan.

—¿Y cómo lo atraparon?

—Dos policías lo arrestaron por conducir con una matrícula falsa —contestó ella.

—Así que, trece cuerpos después, nadie lo había atrapado por sus pelos sueltos ni por las fibras de las alfombras. Por lo tanto, solo puedo informar de lo que el cuerpo me dice. Ninguna prueba forense, sin importar su clase, sustituye el buen trabajo de la vieja policía: deducción, instintos, inteligencia, pensamiento práctico. Y eso me recuerda a Bryant, ¿dónde está?

Él volvió a su lugar en el banco de trabajo y Kim se lo quedó viendo. Notó que la etiqueta de su chaqueta blanca sobresalía por el cuello. Lo alcanzó y, con el dedo índice, la puso de nuevo en su lugar.

Keats giró. Enarcó una ceja. Sonrió y volvió a lo suyo.

Kim se dirigió a Daniel.

—Doc, ¿había una prótesis dental?

Él se encontró con la mirada de Kim y ella se quedó atónita al ver el cansancio en los ojos del hombre. Sabía que había trabajado hasta tarde en el sitio para retirar el cuerpo de la tercera víctima. Tal como ella hubiera hecho.

—¿Qué, sin insultos, ironía ni comentarios hirientes?

Sintió que él era igual que ella. Expuestas las preguntas, exigirían las respuestas y no se detendrían hasta conseguirlas. En un asunto como este, no había turnos, no había horas de activación y desactivación.

Solo existía la gran necesidad de saber. Ella comprendía. Inclinó la cabeza y sonrió.

—*Na,* doc, hoy no.

Él le sostuvo la mirada y le devolvió la sonrisa.

Keats tenía su atención puesta otra vez en la encimera y hojeaba las páginas de un catálogo de suministros.

—No hay prótesis —declaró Daniel.

—Maldita sea.

—Pero tendría que haber una. Le faltan tres dientes frontales.

Kim dio un largo suspiro. Ahora tenía los nombres de las tres niñas. Este era el cuerpo de Louise, sin duda alguna.

—¿Ya le preguntó a Cerys? —dijo él.

—Ahí no está.

—Ya entendí—dijo Keats en voz baja.

Daniel fue al área de trabajo y observó el lugar donde Keats tenía puesto el dedo índice.

Asintió lentamente.

—¿Qué? —preguntó Kim.

Keats se dirigió a ella, incapaz de decir nada. Kim se puso nerviosa en el acto. Ese hombre había visto cuerpos en los peores estados de descomposición. Había asimilado con calma horrendos escenarios criminales, así como la putrefacción y las formas de vida subsiguientes. Ella lo había visto realizar un examen preliminar de un cuerpo mientras se refería a los gusanos como «amiguitos». ¿Qué podría causarle semejante horror en ese momento?

—Observe esto —le pidió Daniel, señalando el pubis.

Kim pudo notar una grieta que corría a través del centro del hueso.

Levantó la cabeza.

—¿La pelvis está rota?

—Acérquese más.

Kim se agachó tanto como pudo y vio las muescas en el borde del hueso. Contó un total de siete. La del centro era la más profunda. A ambos lados del hueso roto se veía claramente un patrón en zigzag. Kim observó que el borde dentado recorría un poco más de dos centímetros antes de toparse con la grieta más extensa del hueso.

Retrocedió horrorizada mientras miraba de Daniel a Keats y de regreso, incapaz de comprender lo que tenía justo enfrente de los ojos.

—Sí, detective —le dijo Keats con voz ronca.— Este cabrón trató de cortarla en dos.

Se hizo un silencio entre ellos mientras miraban el esqueleto que alguna vez perteneció a una niña. No un ángel, no una chica inocente, pero una niña, de cualquier modo.

Kim se hizo a un lado y prácticamente chocó con Daniel.

Él la detuvo con los brazos.

—¿Está usted bien?

Kim asintió y se soltó del contacto. No podría confiar en su propia habla hasta que se le pasaran las náuseas.

El sonido de su móvil los sorprendió a todos. Puso la habitación en movimiento, como si alguien hubiera presionado el botón de pausar. Era Bryant, que la llamaba desde algún lugar del edificio.

Kim tenía la boca seca cuando cogió la llamada.

—Jefa, estoy perdiendo mi tiempo aquí.

—¿Sigue en cirugía? —preguntó ella, echando un vistazo al reloj. De haber sido ese el caso, las cosas no lucirían bien para Richard Croft.

—No, se lo llevaron en una camilla a la sala hace una hora. Le sacaron el cuchillo y lo tengo aquí, en una bolsa. Entra y sale del estado de consciencia, pero la señora Croft no va a permitir que me le aproxime.

—Voy para allá —dijo ella, y colgó el teléfono—.

—¿A dónde vas ahora? —le preguntó Keats.

Ella bajó la vista al cuerpo número tres y suspiró hondo.

—Voy a comenzar una pelea.

61

Sentía que Louise me seguía los pasos. No era como las otras dos. Melanie era tímida y demandante; estaba desesperada por afecto y aprobación. Tracy tenía mucha calle y era sensual, pero Louise tenía una malicia que cargaba como plomo.

Era distinta. Nadie abusó de ella, no la abandonaron ni la olvidaron. Simplemente no le gustaban las reglas que habían llegado con un padrastro y un nuevo bebé.

Quería estar al mando, y eso es algo que noté desde el primer día, cuando decidió qué cama iba a ocupar. La chica que tenía esa cama se atrevió a decirle que no. Por causarle problemas, se consiguió una fractura de muñeca.

No fue difícil creer en el nivel de violencia que había infligido a su hermano de siete meses de edad, motivo por el cual la expulsaron de su casa.

A diferencia de Tracy, Louise no tenía punto de equilibrio. Era áspera, simplemente. No había sexualidad ni humor, y yo soportaba mirarla.

Nadie se metía con ella. En su interior había una cólera que ansiaba ser liberada. Hervía entre el dolor y el resentimiento.

Pero yo sabía algo de ella, algo que nadie más sabía.

Louise era malvada y era violenta; y también se orinaba en la cama.

Con la ayuda de un reloj de pulsera que vibraba, se levantaría a las cuatro de la mañana, dejaría su tibia cama e iría al baño. No regresaría hasta haber vaciado la vejiga.

—Hola Louise, le dije una noche cuando ella salía del baño.

—¿Qué quieres? —preguntó, tapándose la boca.

—Creo que deberíamos conversar. Pareces muy inquieta, últimamente.

—¿Tú crees? —preguntó, y se puso una mano en la cadera—. Mis compañeras están cayendo como moscas.

Me encogí de hombros.

—Es indiscutible que no te quieren lo suficiente como para andar contigo.

Su rostro pareció congregarse en el centro cuando frunció los labios y entrecerró los ojos.

—Sí, y tal vez no han tenido nada que decir.

Oh, todos los puntos a mi favor. Se necesita un psicópata para conocer a otro.

Con Louise, no había motivos para andarse con jugarretas. Su destino estaba marcado, pero quería tomarme mi tiempo y divertirme un poco.

—¿Cómo está eso? —le pregunté.

Sé que tienes algo que ver. Finges ser muy amable con nosotras, pero algo no anda bien contigo.

La felicité en silencio por su perspicacia.

—No tienes nada que decir. ¿Quién lastimaba con toda intención a tu hermanito?

Hay una maldad en ti que hace que todos se aparten. Apostaría a que tus compañeras se fueron porque ya no podían soportarte. Hasta tu propia familia te odia.

Echó la barbilla hacia delante.

—Me importa tres cojones.

—Entonces, ¿por qué te sigues orinando en la cama?

Se lanzó contra mí, con el puño apuntando a mi cara, pero yo estaba listo. La agarré de la muñeca y le torcí el brazo, hasta que se fue de espaldas contra mí. Ya tenía mi antebrazo enganchado contra su garganta. Como se puso a sacudir la cabeza de un lado al otro, le clavé el mentón en la coronilla. Trataba de gritar. Yo ya le estaba tapando la boca con la mano izquierda.

La arrastré hacia delante. Trataba de morderme los dedos. Sus brazos se agitaban sin causarme ningún daño.

Sus esfuerzos por sobrevivir se debilitaron cuando la arrastré fuera. Puse mi brazo derecho sobre sus hombros y apreté con fuerza.

Le arranqué el último aliento de vida como a una muñeca. Sentí que su existencia terminaba en cuanto su cuerpo se derrumbó sobre mí, como si alguien le hubiera sorbido los huesos.

Llevé mi mano derecha de los hombros al cuello, solo para asegurarme.

La piel se quedó en silencio ante la presión de mis dedos.

Me la eché al hombro y la cargué hasta el hoyo que ya la estaba esperando.

A diferencia de las otras dos, no sentí nada por la carne que arrojaba a la tierra. La enfermiza necesidad de Melanie me producía náuseas. Su rostro obsequioso me erizaba la piel.

Tracy me había provocado el deseo. Su propia codicia la había arrastrado a la muerte.

Pero Louise no era nada. Era el medio para alcanzar un fin.

Era una póliza de seguro.

La manera en que murió sería una distracción.

Así que le abrí las piernas y cogí la sierra.

62

Por segunda vez en otros tantos días, Kim caminó por los pasillos del hospital Russells Hall. Dado que ya había terminado el horario de vistas, se anunció como policía en el intercomunicador.

La prioridad del personal médico era el cuidado de sus pacientes, si bien trataban de complacer a los agentes de la policía.

Kim atravesó la pequeña sala de espera en la parte superior del pabellón. Bryant se puso de pie en cuanto la vio. Ella le hizo señas de que volviera a sentarse.

Se detuvo en el mostrador de enfermeras.

—¿Richard Croft?

La mujer vestida de azul oscuro era baja y redonda. Una banda elástica le buscaba la cintura a medio uniforme, pero fallaba estrepitosamente.

—Detective, no creo que esté suficientemente listo para interrogatorios.

Kim asintió como señal de que lo entendía, pero quiso intentarlo:

—Hermana, esta semana ya llevo conmigo más de seis cadáveres y todos necesitan respuestas. Richard Croft estuvo a punto de convertirse en el séptimo, y podría estar dispuesto a ayudarnos.

El ceño de la mujer se hizo más profundo.

Kim levantó la mano.

—Le aseguro que no haré nada que altere su condición.

No era mentira, puesto que Kim no tenía intención de hacer absolutamente nada.

La hermana señaló con el rostro la tercera puerta abierta del ala principal.

—Unos cuantos minutos y nada más, ¿está bien?

Kim confirmó con un movimiento de cabeza y se alejó en silencio por el pasillo.

Se detuvo en la entrada a mirar, no a la forma inerte que yacía en la cama, sino a la figura de la esposa en el sillón, que en ese momento miraba absorta su teléfono móvil.

Mientras Kim se apoyaba en el marco de la puerta, la cabeza de brillante cabello negro se irguió. La expresión de Nina Croft era de una tolerancia cortés. Evidentemente, era el modo en que contemplaba a sus subordinados. Pero, en cuanto sus ojos se posaron en Kim, desapareció cualquier reminiscencia de tolerancia y cortesía.

Kim se quedó momentáneamente sorprendida de que un rostro tan atractivo pudiera verse así afectado por su propio veneno. De pronto, la belleza se emborronó, reemplazada por unos ojos entrecerrados y una boca delgada y malvada.

—¿Qué coño hace aquí?

—Señora Croft, su marido debe ser interrogado.

—No ahora, detective Stone, y, definitivamente, no por usted. —Nina Croft se puso de pie. Era lo que Kim esperaba, tal cual.

Richard Croft se quejó en su cama. Kim dio un paso hacia él y Nina instantáneamente se interpuso.

—Largo de aquí —espetó.

Kim intentó rodearla, pero Nina la sujetó bruscamente por el brazo y tiró de ella hacia la puerta. De no haber sido agente de la policía, habría abofeteado a la mujer. A veces, los sacrificios valían la pena.

—Salga de esta habitación y aléjese de mi esposo inmediatamente.

Nina se la llevó a rastras hacia la puerta principal del pabellón. Mientras pasaban por la sala de espera, Kim cruzó miradas con Bryant. Le hizo señas hacia la habitación, que había quedado desguarnecida.

A la salida del ala hospitalaria, la mujer sacudió el brazo de Kim como si estuviera cubierto de pústulas leprosas.

—No me gustan sus métodos, detective, y no me gusta usted.

—Créame si le digo que eso no me quita el sueño. —La mujer giró para regresar al pabellón.— Y, en realidad, lo que le disgusta no son mis métodos, ¿no es así, señora Croft? —Nina se volvió y retrocedió un paso. Muy bien.— Usted no es estúpida. Sin duda, me investigó antes de llamar para pedir que me retiraran del caso. Lo que usted desprecia es, seguramente, mi tasa de éxito.

Nina se le acercó,

—No, lo que desprecio es que usted quiera dar la impresión de que mi esposo es un sospechoso, y eso me dice que usted no tiene lo que hace falta para dirigir esta investigación. Evidentemente, es una inepta…

—¿Por qué quería que me quitaran el caso, si sabe bien que lo voy a resolver sin importar el tiempo que me tome? —Nina Croft seguía mirándola con desdén.— Especialmente cuando su esposo está bajo riesgo. Cualquier esposa normal querría que el asesino fuera atrapado lo más pronto posible y evitarle peligros a su ser amado.

—Tenga cuidado con lo que dice, detective Stone.

—¿A qué le tiene miedo, señora Croft? ¿Por qué está tan aterrada de que encontremos las respuestas? ¿Y qué demonios hizo su esposo entonces?

Nina retrocedió y cruzó los brazos.

—Usted nunca será capaz de probar que hizo algo indebido.

—Qué interesante que no diga que no hizo nada malo, solo que no seré capaz de probarlo.

—Un juego de palabras, detective.

—Su esposo sabe algo de lo que aconteció en Crestwood hace diez años, y,

mientras en este momento trata de aferrarse al vida, otros no han sido tan afortunados.

La mujer permaneció impasible. Kim no estaba segura de haber conocido nunca a ninguna mujer tan carente de compasión como Nina Croft.

Kim movió la cabeza en señal de incredulidad.

—A cada oportunidad ha intentado obstruir esta investigación. Trató, sin éxito, de que me quitaran el caso. Usó sus influencias legales para impugnar las excavaciones…

Las propias palabras de Kim se perdieron en cuanto la verdad se le hizo evidente.

—¡*Usted* fue quien mató al perro del profesor! Cuando fallaron las instancias legales, decidió intentar cualquier cosa para evitar las excavaciones. Dios santo, ¿qué le pasa?

Nina se encogió de hombros.

—Tómese la libertad de arrestarme por uso improcedente de engrapadoras.

Un movimiento más allá de la cabeza de Nina Croft le dijo a Kim que Bryant acababa de salir de la habitación lateral.

Kim encaró a la mujer.

—Es usted un despiadado, frío y miserable remedo de mujer. No le importa nadie ni nada. Creo que sabe exactamente qué sucedió entonces y la única persona a quien está interesada en proteger es a usted misma. Y le prometo esto: llegará pronto el día en que vuelva a visitarla, y será un muy difundido arresto por obstrucción de la justicia.

Kim hizo una pausa cuando vio que Bryant salía por las puertas dobles.

—Y ahora tendrá un legítimo motivo de queja. Así, que, por favor, tire su mejor golpe. —Bryant llegó y se paró a su lado.— ¿Encontraste lo que buscabas? —le preguntó.

Bryant asintió y se dirigió a Nina.

—Su esposo pregunta por usted.

Nina miró del uno al otro, percatándose de que la habían engañado. Su rostro se llenó de colores. A Nina Croft no le gustaba perder.

—Putilla astuta…

Kim giró y se alejó.

—¿Ejercicios para el corazón y el cerebro, jefa?

—Mejores amigas a partir de ahora. ¿Qué lograste?

—Una mierda, absolutamente.

Kim dejó de caminar.

—¿Estás de coña?

Bryant negó con la cabeza.

—No.

—Tenemos una víctima viva. El único sobreviviente de un gamberro que ha matado a dos, por lo menos, ¿y Croft no puede darnos nada?

—Jefa, apenas puede juntar dos palabras. Aun así, por el sistema del sí y del no, me las arreglé para saber que estaba de pie, de espaldas a la puerta, cuando le clavaron el cuchillo en la espalda. Cayó hacia delante y quedó inconsciente de inmediato.

Kim soltó aire entre los labios.

—Minutos, Bryant. Debemos de haberlo perdido por unos malditos minutos. Quienquiera que fue, sabía que contaba con un breve momento mientras Marta salía de compras, además de que conocía la única forma de entrar y salir sin ser detectado.

Ya había oscurecido cuando salieron del hospital.

—Mira, acabo de decirle lo mismo a Kev. Tómate el día de mañana. El sábado trataremos de ensamblar todas las piezas. Ha sido una semana muy jodida.

Por primera vez, Bryant no discutió.

Kim rodeó el hospital hasta el sitio donde había aparcado la motocicleta. Dobló la esquina en plena oscuridad.

En cuanto cogió el casco, que estaba asegurado con llave al manillar, su móvil comenzó a sonar.

63

Pulsó el botón de llamar. La batería destelló en rojo.

—¿Qué pasa, Stace?

—Jefa, he estado rastreando algunas viejas publicaciones de Facebook y me encontré con algo que creo que deberías saber.

—Dime.

—Hace unos ocho meses, una de las chicas vio a Tom Curtis con su familia en el zoológico Dudley. Hizo comentarios sobre su peso, preguntándose qué habían visto en él años atrás. Siguieron algunas bromas infantiles sobre que estaba metiendo su salchicha en el pan de alguna y mierdas como esas, pero, entonces, también comenzaron a mencionar a nuestras tres chicas.

Kim cerró los ojos ante lo que sabía que se avecinaba.

—Está claro que estaba follando con una de ellas, jefa.

Kim pensó en la chica de quince años embarazada.

—¿Mencionaron a Tracy por su nombre?

—No, jefa, esa es la cosa. Tom Curtis se estaba acostando con *Louise*.

Kim sacudió la cabeza mientras la rabia iba dominándola.

—¿Estás bien, jefa?

—Estoy bien, Stace. Bueno trabajo, y ahora desconéctate… —Sus palabras se perdieron en cuanto se agotó la carga del teléfono.

Volvió a meterse el móvil en el bolsillo y le dio una patada a la pared.

—Maldita sea, maldita sea, maldita sea —gruñó.

La cólera que desgarraba sus venas no hallaba un punto de escape. Esos hijos de puta tenían por encargo salvaguardar la seguridad de esas niñas y habían fallado de la manera más cutre. Al parecer, cada uno había encontrado el modo de abusar de ellas.

El abuso infantil estaba clasificado en cuatro categorías principales: abuso psicológico, abuso sexual, maltrato emocional y descuido. Según las cuentas de Kim, el personal de Crestwood había anotado gol en las cuatro. La ironía radicaba en el hecho de que las niñas de Crestwood habían sido puestas en ese lugar para *evitar* que las maltrataran.

Ninguna de ellas había llegado ahí por su propia elección. Kim sabía, por experiencia propia, que ese tipo de casas eran basureros; servicios públicos municipales, como los vertederos. Un lugar para individuos destruidos e indeseados donde, en el mejor de los casos, los chicos eran deshumanizados, despojados de su identidad, y en el peor, expuestos a abusos aún más terribles.

Ella lo había visto con sus propios ojos. El maltrato era de esperarse. Y,

lentamente, como un tocón clavado en la tierra, tu cabeza sobresalía del suelo por un tiempo.

Kim le dio vueltas a la motocicleta, tratando de desalojar el calor de sus venas. Apretó y aflojó los puños en un intento de aliviar la tensión que crecía en su interior.

Cada niña había llegado a Crestwood por varios motivos, y ninguno era bueno.

Melanie había sido descartada por su padre con toda facilidad. Se la había concedido al Estado para que hubiera una boca menos en su mesa. Era una niña poco atractiva, y ese había sido el criterio de selección. ¿Cómo era posible que Melanie no se enterara de que las cosas habían sido así? ¿Cómo reconciliarse mentalmente con eso? Había sido desechada por el único hombre que tenía que haberla cuidado, y todo porque era fea.

La niña había suplicado por cualquier pizca de atención, algo que la validara como una persona digna de afecto. Incluso había intentado comprar amistades para hacerse un sitio. Habría estado encantada de ser el garbanzo negro, siempre y cuando la reconocieran los otros garbanzos.

Esa era la historia de Melanie. Pero no era la única. Todos los niños del sistema tenían una. La propia Kim, por ejemplo, aunque la suya no había comenzado con la soledad.

La imagen de Mikey flotó ante sus ojos. No era la que ella quería, sino la que siempre le tocaba. Dio un paso atrás en la oscuridad de su rincón mientras las emociones la cogían por la garganta.

Prematuros por tes semanas, Kim y Mike habían nacido con una salud frágil. La de Kim mejoró pronto: ganó peso, sus huesos se fortalecieron; la de Mikey, no.

Su madre, Patty, se los había llevado a casa, a un piso alto de Hollytree, cuando tenían seis semanas de nacidos.

El primer recuerdo de Kim se remontaba a tres días antes de su cuarto cumpleaños. Era una visión de su madre presionando el rostro de su gemelo con una almohada. Las pequeñas piernas se agitaban en la cama mientras el niño forcejeaba por respirar. Kim trató de apartar a su madre, pero ella lo tenía agarrado con mucha fuerza.

Kim logró derribarla, abrió la boca todo lo que pudo y le hincó los dientes en la pantorrilla, como un perro rabioso. Apretó con todas las fuerzas que fue capaz de acopiar y no la soltó. Su madre giró y la almohada se le cayó de la cama. Aulló e intentó darle una patada para liberarse, pero Kim no abrió la boca hasta que estuvieron lo suficientemente alejados del niño.

Recordaba haber corrido a la cama para zarandear a Mikey hasta despertarlo. Él escupió, tosió y tragó una ansiosa bocanada de aire. Kim se lo puso a las espaldas y se quedó mirando a su madre.

La dejó sin aliento ver tanto odio en los ojos de la mujer que los había parido.

Retrocedió hacia la cama, siempre con Mikey a sus espaldas.

Su madre se acercó.

—Putilla estúpida. ¿No sabes que es el jodido demonio? Tiene que morir para que se detengan las voces. ¿Qué coño no entiendes?

Kim negó con la cabeza. No, no lo entendía. Él no era el demonio, era su hermano.

—Lo voy a atrapar; te juro que lo voy a atrapar.

A partir de entonces, tuvo que mantenerse todo el tiempo un paso por delante de su madre. La mujer lo volvería a intentar varias veces durante el siguiente año, pero Kim siempre tenía a Mikey a su lado.

De día, llevaba un distintivo en el bolsillo y lo usaba para pincharse los antebrazos y mantenerse alerta. Por las noches, sacaba del bote de café un puñado y se lo ponía directamente en la boca, hasta absorber con la lengua los granos amargos.

Solo se daba permiso de descansar cuando oía el rítmico sonido de los ronquidos de su madre.

Los servicios sociales los visitaban ocasionalmente. Un tipo con exceso de trabajo les hacía una inspección superficial de diez minutos con un sujetapapeles mental. Eran pruebas que, de alguna manera, su madre se las arreglaba para superar.

Muchas veces, Kim se preguntó qué tan bajos tendrían que ser los estándares como para que siguieran bajo el cuidado de su madre.

No hay evidencias de cocaína en forma de piedra. Comprobado.

No hay evidencias de padres bamboleantes y borrachos. Comprobado.

Niños sin cicatrices evidentes. Comprobado.

Una semana antes de su sexto cumpleaños, Kim, al salir del baño, se había encontrado a su hermano esposado al radiador.

Kim miró a su madre, horrorizada y confundida por un instante. A la mujer no le hizo falta más tiempo que ese instante. Kim sintió que le cogía un buen puñado del cabello y que tiraba de ella por detrás. Se vio arrastrada hasta el radiador y esposada a su hermano.

—Si tengo que atraparte para atraparlo también a él, eso es lo que haré.

Esas fueron las últimas palabras que escuchó decir a su madre.

Hacia el final de ese día, Kim se las había arreglado para meter el pie derecho por bajo la cama hasta sacar un paquete de cinco galletas con crema y media botella de Coca Cola.

Durante dos días estuvo convencida de que su madre regresaría, de que tendría uno de esos raros momentos de lucidez y que los dejaría libres.

Al tercer día se dio cuenta de que su madre no pensaba regresar y que los había dejado morir. Con solo dos galletas y unos pocos tragos de Coca Cola restantes,

dejó de comer completamente. Dividió las últimas dos galletas en mitades de mitades: ocho bocados para Mikey.

Cada pocas horas, se esforzaba por sacar la mano de las esposas, dejándose jirones de piel.

Hacia el final del quinto día, las galletas se habían agotado. Quedaba un solo trago de Coca Cola en la botella.

Mikey se volvió a verla. Tan flaco, tan pálido.

—Kimmy, me hice pipí otra vez —susurró.

Ella lo miró a los ojos. El niño estaba tan angustiado por un charco más entre la inmundicia que tenían debajo. Su expresión seria la hizo reír a carcajadas. Y, una vez que comenzó a reír, no podía parar. Aunque Mikey no sabía por qué, se sumó hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Y cuando las lágrimas terminaron de caer, ella lo abrazó con fuerza. Porque ya lo sabía. Le susurró al oído que mami venía en camino con comida y que solo tenía que resistir. Lo besó en un costado de la cabeza y le dijo que lo amaba.

Dos horas después, murió en sus brazos.

—Que duermas bien, dulce Mikey —musitó cuando el último aliento abandonó el frágil y maltratado cuerpo del niño.

Horas o días más tarde, hubo fuertes ruidos y, después, gente. Mucha gente. Demasiada. Ella quería llevarse a Mikey, pero estaba demasiado débil para enfrentarlos. Tuvo que dejarlo ir. Una vez más.

La estancia de catorce días en el hospital fue de tubos, agujas y batas blancas, todo desdibujado. Los días se fundieron en uno solo.

El día quince fue mucho más claro. La sacaron del hospital para llevársela a una casa infantil. La pusieron en la cama número diecinueve.

—Perdone, señorita, ¿se siente bien? —preguntó desde arriba una voz. Kim se pasmó al percatarse de que se había deslizado por la pared y estaba sentada en el suelo.

Se limpió las lágrimas y se puso de pie en un resorteo.

—Estoy bien, gracias, estoy bien.

El conductor de la ambulancia vaciló un segundo, pero asintió y siguió su camino.

Kim se quedó inmóvil, respirando hondo para disipar esa abrumadora tristeza, mientras volvía a empacar todos los recuerdos. Nunca se perdonaría el no haber podido proteger a su hermano.

Quitó el candado del casco, que estaba asegurado a la rueda. Su cuerpo se llenó entonces de ánimo de lucha y determinación.

No, ella no. Kim no les fallaría a esas niñas porque, maldita sea, sí que le importaban a alguien. Le importaban a ella.

64

Stacey se reclinó en su silla y se estiró. Una corriente de calor le quemó los músculos del cuello. Giró la cabeza de un lado al otro y algo hizo clic en su omóplato derecho.

La jefa había dicho que se fuera a casa y eso pretendía hacer.

Cerró la página de Facebook y, a continuación, el correo electrónico. Todavía le quedaban algunos mensajes en negrillas, sin leer, en la parte superior de la lista, pero ya los vería el sábado por la mañana. Lo único que ansiaba en ese momento era un baño prolongado entre burbujas seguido de una pizza para llevar y su dosis de episodios de *Las amas de casa reales*. Poco le importaba cuáles.

El ronroneo del ordenador se detuvo y la habitación quedó en silencio.

Deslizó los pies dentro de los zapatos, debajo del escritorio. Cogió su chaqueta y caminó hacia la salida.

Su mano izquierda vaciló sobre el interruptor de la luz. Algo la incomodaba en el fondo de sus pensamientos; algo que había visto, pero cuyo significado aún no había podido esclarecer.

Gruñó mientras regresaba al escritorio. El ronroneo pareció sonar más fuerte, como si el ordenador se sintiera intimidado. Stacey supuso que se estaba proyectando.

Tecleó sin mirar y fue directamente al correo electrónico. El segundo mensaje sin leer fue el que le aceleró el corazón. Lo leyó desde el comienzo, con los ojos muy abiertos.

Para cuando llegó al final, tenía la boca seca.

Stacey cogió el teléfono. Los dedos le temblaban.

65

Kim se estacionó a un costado del edificio cercado. Desmontó y se paró junto a la motocicleta.

Eran apenas las ocho, pero se sentía como si fuera mucho más tarde. El frío de la noche había caído por debajo del punto de congelación, de modo que las puertas estaban cerradas, y las cortinas, corridas. Frente a una flama anaranjada y parpadeante, las familias se acurrucaban a mirar una película nocturna.

Esa misma idea había tenido Kim cuando se detuvo brevemente en casa, un lugar que apenas había visitado durante la última semana. No iba a ser capaz de descansar, bien lo sabía. Las respuestas estaban emergiendo de entre la niebla, pero faltaba una pieza que la tenía muy inquieta.

Ya no había nadie en el sitio de la excavación. Había desaparecido cualquier señal de actividad. Era espeluznante verlo cerrado. Las carpas blancas estaban de regreso en los almacenes, a la espera de la próxima víctima. Todo el equipo estaba agrupado. Se lo llevarían de ahí al día siguiente. Junto con Cerys.

A simple vista y en la oscuridad, la tierra lucía como una semana antes. Hasta los ramos de flores y los ositos de peluche habían desaparecido.

Pero Kim sabía que podía recorrer las tres tumbas e identificar el punto exacto donde estaba cada una. Y eso seguiría siendo así mucho tiempo después de que sanaran las cicatrices del paisaje.

No podía sino preguntarse cuánto tiempo más habrían permanecido perdidas esas chicas, de no haber sido por aquel profesor testarudo, tan decidido a encontrar monedas enterradas.

Pero, gracias a su tenacidad, las tres que habían yacido bajo ese humilde terreno serían honradas con enterramientos dignos. Y Kim asistiría a todos.

Sabía que el caso los había afectado. Cerys había sacado los cuerpos de la tierra. Daniel había examinado los despojos de las chicas para averiguar cómo habían muerto, así que ahora le tocaba a ella poner una cosa sobre la otra.

Echó un vistazo a la casa de en medio. Había actividad ahí dentro. Lucy y William habían regresado del hospital y la vida entre ellos seguía su curso normal. Por ahora.

Kim apartó la mirada de la ventana llena de luz. Había llegado el momento de tener una muy difícil conversación con William Payne, pero él no tenía a dónde ir y ella, antes, tenía que encontrar la pieza que estaba faltando.

La prótesis dental estaba aquí, en algún lugar; y, de alguna manera, era importante. Que no la hubieran encontrado en el cuerpo ni en la sepultura significaba que aún estaba en el edificio. La ubicación se lo diría todo. Y, esta vez, Kim venía preparada.

Buscó en la alforja y sacó un martillo. Se imaginaba que, con solo quitar dos piezas de la cerca, podría colarse a través de la apertura.

Se quitó los guantes negros de cuero y se metió en la boca una pequeña linterna. Con las orejas del martillo sacó un par de los clavos que sujetaban los toscos paneles de madera a los postes verticales.

Los dos primeros salieron con facilidad. Trató de separar la pieza del poste, pero el otro par de clavos la fijaban con fuerza por el otro extremo. Si bien la primera pieza se había soltado con facilidad, la segunda no parecía dispuesta a ceder. Pudo hacerla girar. La dejó colgada verticalmente, aún aferrada a un clavo muy obstinado.

Era evidente que, diez años atrás, el presupuesto del ayuntamiento para la contratación de mano de obra decente sobrepasaba con creces el presupuesto para materiales de calidad.

Kim hizo lo mismo con el segundo panel, abriendo así un espacio lo suficientemente ancho como para trepar. Ya en el otro lado, se sacudió las manos y se las llevó a la boca. El viento crudo contra los dedos le entumecía las yemas.

Deliberadamente, no había comunicado sus planes a Bryant ni al resto del equipo. No tenía el derecho legal a entrar en el edificio y una orden judicial le hubiera quitado demasiado tiempo.

Había recibido claro y fuerte el mensaje de Woody acerca de la lealtad de su equipo.

Sin la ayuda de la luz diurna, tendría que echar mano de la memoria y recordar la configuración de la parte trasera del edificio. Usó la linterna para iluminar el suelo. La tierra estaba cubierta de maleza, ladrillos y escombros.

Kim dirigió la linterna hacia la ventana abierta por donde había entrado la vez anterior. Al tratar de ir directamente del punto A al punto B, se tropezó con un bloque de hormigón. Lo maldijo sin detenerse.

Llegó a la ventana y se acordó de que había usado el contenedor de basura para saltar la cerca cuando iba de salida. Caminó de regreso, con cuidado de esquivar el bloque, cogió la papelera y la puso bajo la ventana rota.

Dirigió la luz para examinar el marco exterior en busca de los fragmentos de vidrio. Se puso la linterna en la boca y entró.

Sí, estaba dentro.

66

Sí, lo sabía, yo tenía razón desde la primera vez que la vi. Su diligencia y tenacidad le serían muy útiles. Demasiado, tal vez.

Porque la han traído de regreso a mí.

Al principio pensé que no nos encontraríamos, pero sí.

Mis previsiones y mi desorientación astuta no fueron suficientes.

Lo hubieran sido para algunos. Pero no para ella.

Aquí estaba, sola en la noche, tarde, entrando a un edificio abandonado, buscando respuestas. No descansaría hasta haber descubierto los secretos.

Todos.

Que su razonamiento metódico la trajera a mí era solo cuestión de tiempo. Yo no podía correr riesgos.

De no haber sido tan lista, le habría permitido vivir. La gente debe responsabilizarse por sus actos.

Recuerdo aquella vez en el comedor, cuando tenía doce años. Robbie tenía un sándwich de ensalada de pollo. Se veía mucho más apetitoso que el mío, de jamón y queso. Le pedí que los intercambiáramos y se rio en mi cara.

Una costilla rota, un ojo amoratado y dos dedos fracturados más tarde, yo tenía el sándwich, y estaba bueno.

¿Veis? No tenía que haber sucedido. No le habría pasado nada de haber hecho el intercambio. Eso traté de explicarles a los maestros, pero eran incapaces de entender. Todos ponían excusas ante mi falta de remordimientos.

Yo no tenía problemas. No estaba buscando que me pusieran atención. No estaba actuando de ese modo porque mi madre hubiera muerto.

Simplemente quería el sándwich.

Qué pena que la detective tuviera que morir. Echaré de menos la presencia de su mente aguda y su impulso infalible, pero ella misma se lo buscó.

No fue mi culpa.

Mi único error fue el que cometí hace algunos años, pero, desde entonces, no lo he vuelto a cometer.

Aunque, a fin de cuentas, hasta los grandes cerebros cometen errores ocasionalmente.

Y, cuando la vi trepar por la cerca, supe que ese había sido el último de ella.

67

Los pies de Kim aterrizaron en la encimera de formica y los vidrios crujieron como grava bajo sus botas. En el oscuro silencio, el ruido le pareció ensordecedor.

Se asentó en el suelo y pasó la luz de la linterna alrededor de la cocina. Nada había cambiado en esos pocos días, desde su anterior entrada ilegal, y esta no era el área de su interés.

De todos modos, hizo una pausa momentánea, imaginándose a las niñas escabulléndose cuando no había nadie, en busca de un paquete de galletas o una bebida. ¿Cuántas veces habría entrado y salido Melanie de esta habitación antes de ser brutalmente decapitada?

Kim cruzó la habitación y saltó cuando algo le tocó el rostro. Se rascó las mejillas, tratando de quitarse las suaves fibras, y apuntó el haz de luz hacia la entrada, hacia el hueco en forma de cabeza que había dejado en una telaraña. Sacudió la cabeza y se frotó la cara y el cabello. Una hebra solitaria le hacía cosquillas en la oreja.

Al pasar del vestíbulo al pasillo, una ráfaga le llegó desde arriba. El viento entraba al edificio a través de las ventanas rotas. Sobre su cabeza oyó crujir una viga.

Por un segundo, Kim cuestionó la sensatez de su decisión, la de haber elegido entrar al edificio sola y por la noche, pero no se asustaría con los insectos ni el viento.

Avanzó a lo largo del pasillo. Precavida, apagaba la linterna cada vez que pasaba por las entradas o las habitaciones que daban al frente del edificio.

Aunque la construcción estaba rodeada por una cerca, no podía arriesgarse a que alguien advirtiera la luz desde la carretera o las casas del frente.

A su izquierda encontró un cuarto de servicio. A su derecha estaba la sala comunitaria. Se imaginó a Louise en esa sala, acaparando la atención, reuniendo a sus tropas como cabecilla del grupo. Hasta que un hijo de puta trató de cortarla en dos con una sierra.

Se dirigió a la habitación que estaba al fondo del pasillo, donde el fuego había comenzado: la oficina del director.

Apagó la linterna al entrar. Una farola cercana a la parada del autobús proyectaba sombras dentro del lugar.

¿Estabas aquí, de pie, pidiéndole que te ayudara?, Kim le preguntó en silencio a Tracy. ¿Viniste a ver a Richard Croft para pedirle un consejo antes de que te enterraran viva? Kim se sospechaba que no.

Se deshizo de esos pensamientos y examinó la habitación. Había dos

archivadores detrás de la puerta abierta. Abrió los cajones uno por uno. La luz de la farola no llegaba tan lejos. Metió la mano en todos.

Nada.

Fue a la estantería, en la parte opuesta a la puerta. Era una estructura pesada, de madera, que terminaba quince centímetros por debajo del techo. Pasó la mano por cada uno de los estantes vacíos y apoyó los pies sobre el segundo para examinar la parte superior. Aunque la mano se le ennegreció con el hollín polvoriento, no había nada. Se sopló el polvo oscuro y se limpió el resto de la suciedad en los vaqueros.

Fue al escritorio, a un lado de la ventana, y abrió cada uno de los cajones. En el fondo encontró una pequeña caja para guardar dinero en efectivo. La sacudió ligeramente. Estaba vacía.

Kim se quedó erguida, estudiando la habitación. La prótesis dental estaba ahí. Podía sentirlo. ¿Dónde la habrían puesto para asegurar su destrucción?

Sus ojos fueron hacia atrás, a la estantería cercana a la puerta. El fuego había comenzado en el pasillo, junto a la entrada del despacho, en el punto más alejado de los dormitorios de las niñas. De algún modo, las llamas habían escogido su propio derrotero para dirigirse hacia el pasillo, dejando intacto el despacho de Croft.

Se metió la linterna en el bolsillo y se plantó frente a la estantería. Esta vez tenía que examinar cada estante, por arriba, por abajo y por los lados. Se arrodilló en busca de cualquier espacio bajo el estante inferior.

Nada.

Estornudó y el polvo y el hollín se levantaron de las superficies que ya había tocado.

Volvió a pararse frente a la estantería y abrió los brazos. Con un abrazo gigante, casi podía abarcarlo todo. Lo desplazó hacia un lado y hacia el otro, ganando un par de centímetros cada vez. Tras unos cuantos intentos, había una separación de unos veinte centímetros entre el mueble y la pared.

No mucho, pero lo suficiente para buscar detrás.

Empezó a mover la mano por el respaldo de madera contrachapada, barriéndolo de un lado al otro. Tenía el rostro pegado al tablero lateral mientras intentaba llegar al punto más lejano.

Las puntas de sus dedos se deslizaron sobre una superficie lisa que contrastaba con lo áspero de la madera contrachapada. Empujó tanto como pudo, forzando el hombro. Tocó otra vez. Cinta adhesiva. Sus dedos habían encontrado el borde de una tira de cinta adhesiva. Con solo un poderoso empujón más, alcanzó la esquina.

Instantáneamente, recordó a su familia de acogida número tres, que usaba el rincón de las travesuras para castigarla. Según sus cálculos, aproximadamente un

tercio de su estancia de cinco meses lo había pasado en ese rincón. Y no siempre por su culpa. En ocasiones, habían sido simplemente las apariencias.

Kim se quedó paralizada cuando su mano se cerró sobre la forma inconfundible de un diente.

Por su mente pasó la palabra *castigo* y tuvo que cerrar los ojos. Movió la cabeza de un lado al otro, incrédula. ¿Cómo no lo había notado más temprano? Aquello la había estado contemplando desde la pizarra: decapitación, enterramiento prematuro y muerte por aserramiento. Todas las formas de la pena capital.

Sacó el brazo de detrás de la estantería. La prótesis dental podría esperar. Ya no era tan importante como antes.

Necesitaba refuerzos. Finalmente, tenía todas las piezas necesarias para resolver el caso. Una última visita y las niñas descansarían en paz.

Demasiado tarde, Kim distinguió en el pasillo la sombra que proyectaba la farola.

Y, luego, nada.

68

Kim abrió los ojos y encontró que tenía una cinta de tela atascada en la boca. Se la habían atado al cuello con un nudo en la nuca.

La habían puesto de costado. Sus pies y manos eran un desbarajuste de extremidades atadas. Tenía las rodillas bajo el mentón.

El dolor en el cuerpo no era nada comparado con el ruido sordo en la cabeza. Comenzaba en la coronilla y se extendía como tentáculos por sus sienes, oídos y mandíbula.

A través de su ropa, el frío helado del suelo de concreto se filtraba hasta sus huesos.

Por un momento, Kim no podía recordar dónde estaba ni qué hacía ahí. Poco a poco, los destellos del día comenzaron a regresar, pero eran como un collage. Veía a Richard Croft tendido boca abajo sobre un charco de sangre. Apenas recordaba la reunión informativa, pero no podía situarla, no sabía si había sucedido el día anterior. Intuía, más que recordar, que había regresado al sitio y había hablado con Cerys.

Mientras las instantáneas se iban acomodando cronológicamente, Kim recapituló que había regresado a Crestwood a buscar la prótesis dental.

Entre la bruma, recordó que la había hallado… antes de que la negrura se le viniera encima.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado inconsciente, pero sabía que estaba en el despacho del director. Tenía polvo y hollín adheridos a la piel.

Su visión comenzó a aclararse y sus ojos se adaptaron a la oscuridad. La habitación no había cambiado y la farola exterior proyectaba una luz nebulosa.

Nada rompía el silencio, salvo el sonido del agua que caía en algún lugar, a lo lejos. Ese ruido era una presencia inquietante con su continua regularidad.

Kim tiró de los lazos que la ataban. Estaban apretados con firmeza y se le encajaban en la piel. Hizo un nuevo intento, pero la soga le quemaba la piel herida.

Buscó en su memoria cualquier cosa que hubiera visto en la habitación, algo que pudiera ayudarla. No apareció nada, pero sabía que no podía quedarse quieta y esperando.

Algo se escurrió cerca de su cabeza y la impulsó a ponerse en acción. Trató de avanzar, retorciéndose como un gusano chamuscado. El esfuerzo le provocó nuevas oleadas de dolor que surgían del cráneo; la bilis le quemó el fondo de la garganta. Rezó por no vomitar y ahogarse.

De pronto, oyó un sonido. Dejó de retorcerse, agudizó los sentidos y se puso en alerta.

Estiró el cuello hacia la entrada. Apareció una figura. Le resultó familiar.

Kim parpadeó en la oscuridad mientras su atacante entraba en el fragmento de luz que alcanzaba a iluminar la habitación.

Sus ojos viajaron desde los pies a lo largo de las piernas, el torso y los hombros…, hasta dar exactamente con los ojos de William Payne.

69

William Payne avanzó lentamente hacia ella. Sus ojos no expresaban nada y su cabeza se movía involuntariamente de lado a lado. No, esto no estaba bien. Los músculos del vientre de Kim se rebelaban ante el escenario que la detective tenía enfrente. Esto no era lo que esperaba.

William se inclinó a su lado y comenzó a desatarle los nudos que la tenían ligada como a una res. Los dedos del hombre trabajaban de prisa, pero torpes.

Ella trató de hablar. La tela en la boca hizo ininteligible su pregunta.

Él agitó la cabeza.

—No tenemos mucho tiempo —susurró.

La boca del hombre volvió a abrirse, pero un silbido bajo llegó del fondo del pasillo.

William se llevó un dedo a la boca y se ocultó entre las sombras de la habitación. Como ella no podía hacer ningún sonido a través de la mordaza, supuso que lo que le pedía era no revelar su ubicación.

Continuó el zumbido, cada vez más fuerte. El andar del visitante no era igual al de William Payne. Sus pasos eran definidos, seguros, decididos.

Una vez más, la entrada se llenó con una sombra, pero, esta vez, Kim no tuvo que aguardar a que el hombre estuviera bajo la luz.

Este *sí era* a quien ella esperaba.

70

—Bryant, tienes que encontrar a la jefa —ladró Stacey en el auricular—. Es el pastor. Es Wilks. Él mató a las niñas y no puedo ponerme en contacto con la jefa.

—Cálmate, Stace —dijo Bryant. El sonido del televisor, en el fondo, comenzó a disminuir. Ella supuso que Bryant caminaba con el teléfono a otra habitación—. ¿De qué hablas?

—Esos correos electrónicos míos eran una apuesta. Hubo una discusión en Bristol hace doce años, cuando un familiar encontró un perno de metal en las cenizas de su pariente. Acusaron al crematorio de mezclar funerales. Después de ese incidente, Wilks se largó a toda prisa.

—Stace, no te ofendas, pero eso no lo convierte en culpable de…

Stacey contuvo la frustración. No tenía tiempo.

—Revisé los archivos y, dos semanas, antes, una chica llamada Rebecca Shaw había huido del hogar infantil Clifton…

—¿Por qué llegaría a los periódicos semejante cosa? —preguntó Bryant.

—Porque ella ya había aparecido en las noticias cuando la atropellaron. Tenía daños muy graves en las rodillas…

—Debió de haber necesitado pernos —terminó Bryant.

Stacey pudo oír cómo las cosas encajaban en sus lugares.

—Así se deshacía de ellas entonces —dijo Stacey—, pero ya no pudo arriesgarse.

Oyó a Bryant suspirar pesadamente.

—Virgen santa, Stace, ¿cuántas…?

—Bryant, tienes que encontrar a la jefa. Su teléfono murió hace un rato, cuando hablé con ella, y no la oí bien.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Estaba distraída, intranquila. No creo que haya ido a casa. Me preocupa que…

—Stace, pon un aviso, di que está desaparecida. Me encantará recibir un rapapolvo cuando aparezca sana y salva.

—Lo haré, pero, Bryant…

—¿Sí?

—Solo encuéntrala.

La palabra *viva* quedó sobreentendida.

—La encontraré, Stace, te lo prometo.

Stacey colgó. Le creyó. Bryant encontraría a Kim.

Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

71

Entró en la habitación y apoyó la pala contra la pared.

Kim vio sus pies, que se movían cada vez más cerca de ella. No podía estirar el cuello para alzar la vista, a pesar de que lo deseaba con desesperación. Quería ver directamente a los ojos a ese hijo de las mil putas que intentó cortar por la mitad a una niña.

La voz era baja y jovial, como si discutiera a dónde ir a cenar esa tarde.

—Qué amables sus colegas, que cavaron unos cuantos hoyos para mí. Este último fue muy fácil de vaciar. Creo que le encantará.

Kim tiró de las ataduras y trató de escupir la mordaza.

Sentía que las amarras de su muñeca derecha aflojaban un poco, pero no lo suficiente.

Victor Wilks rio a carcajadas.

—Esto tiene que ser una novedad para usted, detective. Normalmente es usted quien tiene el control, pero ya no más.

Kim sintió que la frustración la dominaba. Frente a frente, habría podido con él. Le estaría dando una paliza de mierda. Si la tenía atada como a un maldito pavo era porque no tenía otro modo de controlarla.

Él se arrodilló a su lado y, finalmente, Kim pudo mirarlo a los ojos. Eran cálidos y triunfales.

—He leído mucho sobre usted, detective. Entiendo su pasión. Entiendo su motivación. Incluso entiendo su afinidad por las víctimas jóvenes. —Su voz era melódica, como si estuviera en un servicio funeral.— Usted fue una de esas niñas, ¿no es así, querida?... Pero, a diferencia de ellas, logró convertirse en una persona decente.

Kim tensó la cuerda. Ardía en deseos de retorcerle el cuello a Wilks y arrancarle esa expresión de suficiencia.

Él retrocedió un paso y rio.

—Oh, Kim, sabía que era una luchadora. Pude percibir su brío desde la primera vez que la vi.

Kim gorgoteó sobre el pedazo de tela.

Él inclinó la cabeza y pudo leer la rabia en la mirada de la detective.

—¿Cree que no me saldré con la mía?

Kim asintió y volvió a gorgotear.

—Vale, pero lo conseguiré, querida. Verá: esta tierra no volverá a ser tocada nunca más. Por lo menos, no mientras yo viva. —Rio entre dientes.— Y, definitivamente, no mientras usted viva.

—Esta tierra es ahora el sitio donde se sepultó originalmente a tres adolescentes

asesinadas. Nadie querrá perturbarla nunca más. Ahora, recuérdeme otra vez, ¿alguien sabe que usted está aquí?

Kim se retorció hacia él. Podía ver la sombra de William Payne parado junto a la puerta abierta. Necesitaba que el ministro se volviera y que no notara ninguna anomalía en la iluminación.

Lo único que consiguió con ese movimiento fue que Victor pasara el peso de un pie al otro. Seguía a un lado de la entrada.

—Y se olvida de un detalle vital, querida. Ya he hecho esto antes. Tres veces, por lo menos. Así que, como verá, soy relativamente bueno con…

Sus palabras se perdieron en el momento en que algo a su izquierda emergió de entre la oscuridad.

Kim gruñó al oír la corriente de aire. Sabía que William se estaba apresurando. Sus tres pasos le dieron tiempo a Victor Wilks para ponerse de pie.

El primer golpe lo desvió fácilmente. Aunque William era más joven y alto, Victor Wilks escondía pura fuerza bajo su considerable corpulencia.

Aprovechó el impulso de William, que tropezaba hacia atrás, y estuvo encima de él en un segundo. Levantó el puño y golpeó a su adversario a un lado de la cara. La cabeza de William giró violentamente.

Entonces le tiró un golpe de gancho con la izquierda y mandó a volar la cabeza de William en dirección opuesta. Kim supo, por la postura del ministro, que tenía razón en cuanto a que había pasado algún tiempo en la arena de boxeo. Su adversario no tenía la menor oportunidad.

Ella trató de moverse, serpenteando, al centro de la habitación. Quería convertirse en un obstáculo para que Victor Wilks tropezara y eso le diera cierta ventaja a William.

Nunca en su vida se había sentido tan terriblemente inútil.

—Deberías estar agradecido por lo que hice, pedazo de mierda —dijo Victor mientras William caía deslizándose contra la pared—, después de lo que esas pequeñas perras le hicieron a tu hija. Tendrías que darme las gracias.

William, que ya iba a medio camino, se impulsó hacia delante, apuntando con la mano a los genitales de Victor.

Ese intento hizo que el pastor retrocediera para salir de su alcance. Al moverse hacia atrás, pateó a Kim con el pie derecho, provocándole una explosión detrás de los ojos.

Kim parpadeó por unos segundos hasta deshacerse de las estrellas, pero alcanzó a ver que Victor agarraba a William de la garganta, lo levantaba de un tirón y lo aplastaba contra la pared metiéndole el brazo izquierdo en el cuello. Vio con horror cómo los ojos del hombre se desorbitaban en sus cuencas.

Victor lanzó un último puñetazo a la cabeza de William y, finalmente, lo soltó.

Ella gritó con fuerzas cuando vio a William Payne llevarse la mano al pecho y

derrumbarse hasta el suelo.

72

Derribado por el golpe de Wilks, William cayó con la cabeza a pocos centímetros de la de Kim. Ella rápidamente le buscó signos de vida, pero la escasa luz no le permitía distinguirlos.

Victor Wilks se agachó en medio de los dos. A rastras, apartó la forma inerte de William como si fuera un saco de patatas.

Ella lo vio ponerle dos dedos en el cuello.

—Está vivo. Por ahora.

Kim respiró aliviada.

Victor vino a arrodillarse a su lado. Sacó un cuchillo del bolsillo y le puso la hoja en la garganta.

—Estoy seguro de que su último deseo es hablar conmigo, detective, y se lo concederé; pero, si grita, le cortaré la garganta. ¿De acuerdo?

Kim se quedó inmóvil, aunque seguía contemplando los desalmados ojos del hombre. Ya no era el afable pastor que hablaba mansamente a una congregación de dolientes urgidos de consuelo. La petulante expresión de triunfo había dado lugar al corazón ennegrecido de un asesino.

Wilks le quitó la mordaza, que cayó hasta reposar en el cuello de Kim.

—Va a pagar por lo que ha hecho, maldito bastardo —le escupió. Las palabras salieron de su garganta con aspereza. La mordaza le había secado el interior de la garganta hasta convertirla en papel de lija.

Tragó tres veces para llevar algo de humedad a su boca seca.

Él se arrodilló junto al cuerpo de William y le puso el filo del cuchillo en la carótida.

—No, no lo creo, querida. Solamente usted ha estado cerca de sospechar de mí. Lo vi en su rostro el otro día. Incluso antes de que usted lo supiera. Sabía que no le llevaría mucho tiempo unir las piezas.

—¿Asesinó a tres niñas inocentes?

—Difícilmente las llamaría inocentes.

Kim sabía que era necesario retardarlo todo lo posible. Nadie más sabía que estaba en ese lugar. Él tenía razón en que nadie acudiría a ayudarla. Su única posibilidad de escapar yacía inconsciente, a dos metros de distancia.

Pero tenía que hacerlo hablar. Mientras él hablara, ella seguiría respirando.

Kim se maldijo a sí misma por no haber deducido todo con más rapidez. Nicola había mencionado algo y ella no lo había comprendido del todo. Tracy Morgan no había dicho que recibiría dinero del padre de la criatura. Habría usado el término *padre del bebé* o el nombre de esa persona. Se refería a que no recibiría dinero del padre.

—¿El hijo de Tracy era suyo?

—Por supuesto que era mío. La estúpida putilla pensó que podría chantajearme. Incluso estaba dispuesta a que el niño naciera y a construirse una nueva vida.

—¿La violó?

—Digamos, tan solo, que me lo puso difícil.

Cada una de sus células la urgía a tomar ese cuchillo y clavárselo muy hondo entre los ojos.

—Qué hijo de puta. ¿Cómo pudo hacerle eso?

—Porque ella no era nada, detective. Como muchas de las demás, no tenía a nadie. Su vida no tenía ningún sentido.

—¿Por qué ella no lo denunció?

Antes de que la pregunta terminara de salir de su boca, Kim ya sabía el motivo.

—Porque ella misma sentía que se lo merecía. Muy dentro de su ser, ella también sabía que no era nada. Su vida, o la falta de ella, no afectaba a nadie. Su presencia no tenía el menor efecto en nada. Nadie lloró, nadie se afligió. No valía nada.

La cólera de la propia Kim comenzó a crecer. Entendía bien ese sentimiento: te carcomía saber que a las únicas personas que tenías en la vida estaban ahí porque les pagaban. El sentimiento de nulidad, una vez absorbido, no te abandonaba nunca. Día tras día, sucederían cosas que reforzarían esa creencia.

—¿Así que Tracy fue la primera? —preguntó Kim. Tenía que mantenerlo en ruta mientras discurría cómo liberarse.

—Sí, Tracy fue la primera. A sus pequeñas compinches no les habría sucedido nada de no haber sido tan persistentes. Insistían una y otra vez en que Tracy no había escapado.

—Pero usted la enterró viva —dijo Kim, incrédula. Aunque Wilks se encogió de hombros, ella vio que algo ensombrecía sus ojos—. ¿No fue capaz de matarla? —le preguntó sorprendida—. No era su intención enterrarla viva. Tenía intenciones de matarla, pero no pudo. Madre mía, de verdad que usted sentía algo por esa niña.

—No sea ridícula —ladró—. No sentía nada por ella. Lo que pasó fue, simplemente, que le di vodka para que fuera más manejable. Yo ya tenía decidido lo que iba a hacer.

Kim sintió que la bilis ascendía hasta su garganta. Una visión de Tracy Morgan flotó ante sus ojos: intoxicada, moldeable. Habría resultado demasiado tentadora como para que el maldito animal se resistiera.

—La volvió a violar, ¿no es así?

Lo vio sonreír.

—¿Lo ve, detective? Tenía razón con respecto a usted. De verdad, usted sí que sabe usar esa cabeza.

—Pero ¿no es usted un hombre de Dios?

—Y Él me conoce mejor que nadie, y, aun así, me ha regalado estas oportunidades. Si Él hubiera sentido que me estaba equivocando en algo, me habría detenido.

—Las otras dos no creían que ella hubiera huido. Todos los demás, sí. Ya corría el rumor de que estaba embarazada, así que todo mundo sintió, simplemente, que había escapado con el padre de la criatura o que había ido a tomar cartas en el asunto.

—Pero no sus amigas.

—No, eran unas guarrillas que nunca la dejaban en paz.

—¿Usted incriminó a William Payne deliberadamente?

—No con Tracy. Yo solo quería que ella se fuera. Pero, de pronto, me di cuenta de que las mismas tres niñas que me provocaban problemas le habían hecho una infamia a su hija, así que decidí contratar un pequeño seguro.

Kim entendió. A partir de entonces, al pastor se le había ocurrido la brillante idea de llegar de visita durante los turnos de William y ofrecerle al cuidador un poco de tiempo extra con su hija. Si el personal fijo se enteraba, hacía la vista gorda debido a la enfermedad de Lucy. Victor sabía que, con eso, el primer dedo acusador apuntaría hacia William Payne.

—¿Quién encontró la prótesis dental? —preguntó Kim.

—Teresa Wyatt. Ella sabía que Louise, por su propio pie, no iría a ningún lado sin la dentadura. Solo se la quitaba para dormir. Así que sumó dos y dos y el resultado fue exactamente el que yo quería. Revisó las listas y dedujo que las tres niñas habían desaparecido en turnos de William. Desde luego, todos sabían lo del incidente con Lucy. No tuvieron que dar un gran salto para creer que él había cometido los crímenes.

—¿Así que lo encubrieron?

Víctor se rio.

—Oh, sí, detective, eso hicieron, ciertamente.

—¿Para proteger a William?

—Ni por un segundo. A primera vista, todos sintieron pena por él. Su vida no fue digna de envidia. Vio a su hija decaer un día tras otro y nunca pudo hacer nada por evitarlo. Sin él, a Lucy ya no le queda nada. Pero lo hicieron en beneficio propio.

A Kim no le gustaba que se refiriera a William en tiempo pasado. Se preguntaba si la tumba era suficientemente amplia para los dos.

—Estoy seguro de que ya conoce sus secretos. Cualquier investigación oficial los hubiera destruido a todos. Habrían descubierto las malversaciones de Richard; Melanie habría denunciado a Teresa por ataques y agresiones sexuales; Tom habría quedado expuesto por acostarse con Louise, ¿y quién habría dicho que las

relaciones eran consensuadas? Arthur los odiaba a los tres pasionalmente. Le habían hecho la vida miserable. Y las niñas ya estaban muertas, así que ellos no tenían nada que ganar.

Kim escuchó una sirena a la distancia, pero sabía que no era para ella. Barruntó si podría aprovecharla para mantenerse viva. Se obligó a volver al camino.

—¿Quién era el cabecilla del club?

—Tomaron juntos la decisión. Nada iban a ganar si acudían a la policía. Tenían que separar lo más pronto posible al resto de las niñas y destruir todos los registros que pudieran incriminarlos.

—¿El fuego?

—Sí, el caos y la dispersión de las niñas terminarían provocando una pesadilla administrativa.

—¿Nadie habló con William?

—No hacía falta. El trato lo sellaron unas cuantas palabras mías acerca del estado de ánimo de William y de su furor contra las niñas.

—¿Así que el incendio fue provocado?

—Sí, pero las niñas nunca corrieron peligro. El incendio se prendió en el punto más alejado de los dormitorios. Las alarmas se activaron de inmediato y Athur Connop ya estaba listo y aguardando para sacarlas del edificio.

—Así que tres niñas perdieron la vida, William perdió su trabajo y algunos miembros del personal perdieron, en gran medida, la cordura. ¿Y usted salió de ahí como si nada?

—Como le dije, Él está de mi lado.

—¿Y Él ha estado con usted en Manchester, Bristol y por dondequiera que ha pasado?

—Está siempre conmigo —dijo Victor con una sonrisa.

—¿Está seguro? —preguntó Kim.

Vio las dudas en el rostro de Victor cuando el sonido de la sirena aumentó de volumen. Sabía que no tendría otra oportunidad de sobrevivir. En muy poco tiempo, él dirigiría ese cuchillo en contra de ella. Terminaría enterrada en la vieja tumba como una de sus víctimas.

Tenía que provocarle pánico, incitarlo a que cometiera alguna estupidez.

La sirena sonó más fuerte y a Kim se le ocurrió algo.

—Pero ha olvidado un asunto muy importante, Victor. —Sonrió ampliamente.— Esa será su perdición.

Mientras Victor se inclinaba hacia ella para escucharla sobre el ulular de la sirena, William gruño y rodó sobre su espalda.

Vio que traía el botón de emergencia de Lucy colgando del cuello. No se había llevado la mano al pecho, después de todo.

La sirena sonó todavía con más fuerza. Ella tenía las manos y los pies atados

entre sí.

—¿Qué fue, exactamente, lo que olvidé, detective?

El rostro del hombre se encontraba al lado del suyo. Él estaba seguro de que la sirena no era para ellos y quería saber qué huellas se había olvidado de borrar.

Incluso atada, Kim sabía que tenía la sartén por el mango.

—Usted acaba de decir que sé cómo usar la cabeza.

Kim echó atrás la cabeza y la catapultó hacia delante, con mucha fuerza. Su frente se encontró con el puente de la nariz de Victor. Dentro de su cráneo saltaron fuegos artificiales y, por un instante, no estuvo segura de quién era el dueño del hueso roto que había sonado.

Por el gemido de dolor que salió de la boca del pastor, ella supo que el hueso roto era, definitivamente, de Wilks.

Por instinto, él se llevó las manos a la cara, mientras el cuchillo caía a solo quince centímetros de las manos atadas de Kim. El pastor se puso de pie, vacilante, y ella se desplazó hacia el arma.

—Maldita puta —gritó él, tambaleándose por la habitación.

En cuanto las manos de Kim se aferraron al mango, Victor pareció darse cuenta de que ya no poseía el cuchillo.

Sin quitarse las manos del rostro, fue a buscar la pala que había dejado junto a la entrada.

Kim había ganado un minuto al romperle la nariz, pero, atada como estaba, un solo golpe de esa pala cerca de la cabeza la dejaría fuera.

El sonido de la sirena ya era ensordecedor.

Giró el cuchillo y lo presionó contra el trozo de cuerda que William había conseguido aflojar. Aunque pudo cortarlo, no consiguió liberar ninguna de sus extremidades. En cambio, ganó unos cuantos centímetros de movimiento.

Sus dedos trabajaban a toda velocidad. Dos pasos más y él estaría encima.

La mano derecha de William salió disparada hasta el tobillo de Victor. El pastor tropezó y cayó, pero rápidamente volvió a levantarse.

Usando el dedo medio, Kim alcanzó a tirar con fuerza de una de las cuerdas. Sintió el tirón en las extremidades. Era la conexión que mantenía unidos los brazos con las piernas.

Puso más ahínco. Respiraba ahora en bocanadas breves y marcadas mientras ponía cada gramo de la energía que le quedaba en cortar esa tira de cuerda.

Victor se puso de pie y se paró sobre ella. La rabia ardía en sus ojos mientras la sangre le brotaba por la nariz. A la luz de la farola callejera, el rastro de sangre le había formado un bigote y una perilla.

Levantó la pala muy alto y la lanzó hacia abajo. Kim rodó hacia su izquierda y la hoja de la pala cayó a un par de centímetros de su cabeza. El golpe estalló en su oído.

Podía sentir la tirantez, que cedía poco a poco ante el filo del cuchillo. En su imaginación, las amarras se deshilachaban bajo la presión de la hoja.

Pero no se desgastaban lo suficientemente rápido.

Una vez más, la pala estaba muy por encima de su cabeza. En los ojos de Wilks, la saña era un signo homicida.

Ella sabía que el siguiente golpe daría en el blanco.

La sirena paró y, repentinamente, se hizo un silencio siniestro.

Victor se reacomodó la pala entre las manos. Sus ojos destellaron con la brillantez del triunfo.

Kim vio la hoja de la pala descender hacia su cabeza.

Se le había agotado el tiempo. Soltó el cuchillo y puso cada minúscula fracción de su fortaleza en aflojar las manos, rezando por haber debilitado la cuerda correcta.

Las piernas y los brazos se soltaron en una explosión y ella se apretó contra las rodillas, pero el movimiento descendente de la pala ya no podía detenerse. La herramienta la golpeó con fuerza en la parte baja de la espalda.

Gritó de dolor mientras deslizaba las piernas por debajo de Victor. El tipo se derrumbó de espaldas. En la caída, golpeó la pared con el hombro derecho.

Kim no le hizo caso al dolor en la espalda. Sabía que tenía que sacar el mayor provecho de esa oportunidad. Las lesiones que le había infligido a Victor no lo mantendrían sometido por mucho tiempo.

Se abalanzó contra las piernas del hombre, se le echó encima. Él hizo un intento de levantarse por la cintura, pero Kim actuó con demasiada rapidez. Consiguió incorporarse y se sentó sobre él a horcajadas. Él rodó y se retorció, pero ella ya le tenía las rodillas bien clavadas en el costillar.

Kim alcanzó a oír movimientos en la cocina, pies que crujían sobre los fragmentos de vidrio.

—Aquí —gritó.

Miró unos ojos que solo temían por sí mismos. Sonrió.

—Tal parece que Él también se hartó de sus crímenes.

Una vez más, el pastor hizo un intento de rodar para quitársela de encima.

Ella cerró la mano y le dio un puñetazo en la nariz, justo en el mismo lugar donde le había dado el cabezazo.

Victor aulló de dolor.

—No eran más que unas niñas, hijo de puta.

Le dio otro golpe.

—Y este es de parte de Cerys.

El resplandor de una luz cayó justo sobre ella. Un paramédico pasó la luz por la habitación.

—Este… La policía viene en camino —dijo, sin dar un paso adelante, obviamente

inseguro de haber entendido lo que estaba presenciando.

—Gracias a Dios —dijo ella mientras buscaba su placa.

El paramédico le echó un vistazo.

—Vale, qué coño…

Ella apuntó a William, que se quejaba a su lado.

—Primero encárgate de él. Tiene heridas en la cabeza, en ambos lados.

—¿Necesitas…?

—Yo estoy bien. Atiéndelo. —Victor se retorció debajo de ella.— Bah, quédate quieto —le dijo, clavándole la rodilla derecha más hondo entre las costillas. El segundo paramédico entró precipitadamente en la habitación.

—La policía está por llegar —dijo, mirándola intrigado.

¿Por qué la habrían etiquetado como la mala tan rápidamente?

—Ella *es* la policía, Mick —dijo el primer paramédico, con apenas una pizca de incredulidad.

Mick se encogió de hombros y se arrodilló en el suelo, al otro lado de la cabeza de William. Ella reconoció a ese segundo médico. Era el mismo que había acudido cuando el episodio de Lucy. No pudo sino preguntarse cuántas veces lo habrían llamado para atender a la pobre niña.

—Lucy —consiguió pronunciar William.

—Está bien. Se las arregló para decirnos dónde encontrarte —dijo Mick.

«Vaya niña», pensó Kim.

—Nunca… Jamás… podrás demostrar… —empezó a murmurar Victor.

—Cállate —dijo ella, apretando otra vez con la rodilla.

Kim escuchó más sirenas a la distancia. Se acercaban rápidamente.

El sonido cesó y, segundos después, oyó los pasos por la galería.

Bryant y Dawson irrumpieron en el despacho. Se detuvieron en seco.

Ella sonrió.

—Buenas noches, chicos. Gracias por venir, pero hace diez minutos habría sido estupendo.

Bryant le extendió la mano para ayudarla a ponerse de pie, mientras Dawson obligaba a Victor a levantar los brazos.

Ella no le hizo caso a la mano extendida y se incorporó por sí misma. No era capaz de identificar una sola parte de su cuerpo que no enviara señales de dolor a su cerebro, pero la agonía en la espalda posiblemente lo superaba todo. Hizo una mueca mientras se enderezaba.

—¿Cómo os enterasteis?

Stacey recibió un mensaje de correo electrónico de un ministro de Bristol. Te daré los detalles más tarde, pero, jefa, habrá más. Enterrarlas no era su modus operandi habitual. Antes, las cocinaba.

Eso no la sorprendió. Cerró los ojos y dijo una silenciosa plegaria por aquellas a

quien nunca encontrarían.

Respiró hondo.

—Hazlo que se ponga de pie, Kev.

Dawson y Bryant lo cogieron de los brazos y lo levantaron.

La hostilidad en la mirada de Victor le quemaba la piel. Si él creía que era capaz de asustarla, tendría que pensárselo de nuevo. Por lo visto, él nunca había visto a Woody verdaderamente de malas. Eso sí que era otra cosa.

—Victor Wilks, queda usted bajo arresto por el homicidio de Tracy Morgan y su hijo no nacido, de Melanie Harris y Louise Dunston. No es necesario que diga nada, pero cualquier cosa que diga podría usarse como prueba, capullo, asesino, hijo de puta.

Le gustó el modo en que él la miraba, con un odio insuperable en los ojos.

—Apartadlo de mi vista, chicos.

Bryant vaciló.

—Jefa…

Ella levantó la mano.

—Estoy bien. Solo llévalo sano y salvo a la comisaría. No tardaré mucho en llegar.

Podía leer la preocupación en los ojos de sus colegas. Si dejaba a Bryant quedarse más tiempo por ahí, él terminaría llevándola a rastras al hospital. Y, dadas las circunstancias, ella simplemente no tenía tiempo.

Kim hizo una mueca mientras se inclinaba al lado de William.

El paramédico que tenía más cerca se volvió a verla.

—Señorita, usted necesita que la atiendan…

Kim no le hizo caso y apuntó a William con la cabeza.

—¿Cómo está?

—Contusión grave. Cree que le estoy mostrando ocho dedos con una sola mano, así que tendremos que llevarlo al hospital.

—Lucy —dijo otra vez William.

Kim le tocó la mano con delicadeza. Me aseguraré de que esté bien.

Dio las gracias a los paramédicos y se dirigió a la salida del edificio. Cada uno de sus huesos lloraba a gritos. Salió justo a tiempo para ver que se llevaban a Victor Wilks en el coche.

Kim se preguntaba cuántas vidas habría segado. De cuántas otras niñas vulnerables y dañadas se habría aprovechado. Y cómo se habrían enterado.

—Pero ya no, Victor —dijo al coche que desaparecía.

—No tendrás ni una más.

73

Kim cruzó la calle corriendo y puso la mano en el pomo. La puerta estaba abierta. Cerró y se dirigió al salón.

—No, demonios, no —exclamó mientras recorría la habitación.

Lucy yacía tumbada en el suelo, boca abajo, frente a la silla de ruedas.

Kim se agachó junto a la niña y un dolor le rasgó la parte baja de la espalda.

—Lucy, todo está bien —le dijo, acariciándole el cabello.

Se puso de pie, pensando en el mejor método para levantarla.

Volvió a arrodillarse y, con suavidad, le dio la vuelta hasta acostarla boca arriba. Los jóvenes ojos estaban llenos de pánico.

—Todo está bien, cariño. ¿Cuál es la señal para el sí?

Lucy parpadeó dos veces.

—Te voy a levantar por debajo de los brazos, ¿está bien?

Dos parpadeos.

Kim se inclinó, puso la mano bajo el cuello de Lucy y levantó el medio superior del cuerpo de la niña hasta sentarla, apoyada en ella. Sabía que esos músculos no podrían sostenerla. La atrajo hacia sí, de modo que el cuerpo de Lucy quedara firme contra el suyo y no cayera de espaldas.

Puso las manos bajo sus axilas y tiró de ella hasta ponerla de pie. Era un cuerpo inerte que no ofrecía la menor resistencia. Y, aunque no tenía el peso normal de una niña de quince años, la tensión sobre la espalda lastimada hizo que Kim se quejara en voz alta.

—Te diré algo: en este baile, yo dirijo —susurró Kim mientras le daba la vuelta a Lucy y la sentaba suavemente en la silla.

Kim trajo el escabel para sentarse enfrente de Lucy. Le cogió la mano y se la sostuvo.

—¿Estás bien? ¿Estás lastimada?

Ningún parpadeo. De inmediato, Kim se dio cuenta de que había hecho dos preguntas.

—Perdona, ¿estás bien?

Dos parpadeos.

—¿Estabas tratando de ir con tu padre?

Dos parpadeos.

Kim le apretó la mano un poco más fuerte. Virgen santa, esta niña sí que tenía un gran espíritu.

—Estará bien. Se dio un golpe en la cabeza y lo llevaron al hospital para revisarlo, pero está bien.

Los ojos de la niña se llenaron de alivio.

Entonces, Lucy movió un poco la cabeza hacia Kim.

—Lucy, perdona, pero no te entiendo.

Notó la irritación en su rostro. Ella repitió el movimiento, pero con más energía.

—Uuuuuuu —alcanzó a pronunciar.

Kim podía sentir la frustración de esta pobre chica atormentada. El cerebro le funcionaba a la perfección, pero su habilidad para comunicar esos pensamientos era una prisión peor de lo imaginable.

Repitió el movimiento y el sonido, aunque fue la intensidad de sus ojos lo que dio a Kim la respuesta.

La emoción le endureció la garganta.

—¿Quieres saber si yo estoy bien?

Dos parpadeos.

Kim vio la frágil mano que tenía metida en la suya.

Su visión se nubló por un instante, pero se controló con una tos.

—Estoy bien, Lucy, gracias a tu padre. —Kim pensó en esos segundos en que William tuvo agarrado a Victor por los tobillos.— En buena parte, me salvó la vida. —El orgullo brilló en los expresivos ojos.— Ahora tengo que marcharme. ¿Hay alguien a quien pueda llamar para que venga a cuidarte?

Lucy empezó a parpadear y, al mismo tiempo, se abrió la puerta principal. Una voz de mujer sonó desde el vestíbulo.

—Vaya, no sé qué clase de circo tienen allá, pero… —Una mujer regordeta de casi sesenta años se detuvo en la entrada del salón y se cruzó de brazos.— ¿Y usted es?

—Detective inspectora Stone.

—Vale, qué bien. —Se puso delante de Kim para poder echarle un buen vistazo a Lucy.— ¿Estás bien, Luce?

La niña debió de haber respondido que sí, puesto que la mujer se apartó, aunque aún tenía los ojos fijos en Kim.

—¿Dónde está William?

—Tiene que ir al hospital —respondió Kim de inmediato.

—¿Qué demonios le ha hecho? —preguntó severa—. ¿Se encuentra bien?

—Está bien, pero probablemente deba permanecer en el hospital la mayor parte de la noche.

—Vale, qué bueno que he venido a echar una ojeada. Bien, iré a encender la tetera y luego nos daremos gusto con una buena comida para llevar, Luce. Pediré pizza, tu favorita.

La mujer fue a la cocina, pero su presencia aún podía oírse.

—No sé qué diablos creen ustedes que están haciendo ahí: policía, ambulancias, máquinas, carpas. Pensé que ya habían terminado, pero no, tenían que comenzar de nuevo esta noche…

Kim ocultó una sonrisa hasta que se volvió a mirar a Lucy, que ponía los ojos en blanco. La risa explotó en su boca.

—Tengo que marcharme, Lucy, ¿está bien? —Dos parpadeos.— ¿Necesitas algo más? —Dos parpadeos.

Kim evaluó la situación. La voz atronadora aún podía oírse desde la cocina.

Comprendió y se llevó una mano a la oreja derecha.

Dos parpadeos.

Kim fue a por el Ipod, que estaba en el alféizar de la ventana. Colocó los cascos en las orejas de Lucy y el control en el brazo de la silla, cerca de la mano derecha de la niña.

—¿Así está bien?

Dos parpadeos y un centelleo pícaro. Kim no pudo contener la risa.

Señaló la puerta.

—Tengo que…

Dos parpadeos.

Kim le tocó el brazo con delicadeza y se dirigió a la salida.

La ambulancia partía apenas mientras un segundo coche patrulla se detenía en el lugar.

Kim cruzó el camino, de regreso a la casa de las niñas. En la cerca había quedado un hueco, como un diente faltante, donde los médicos habían estrellado la ambulancia.

—Chicos, en el despacho, al final del pasillo, junto a la puerta hay un gabinete. Detrás encontrarán una prótesis dental. Métanla en una bolsa, regístrenla y llévenla al laboratorio.

Con una señal de asentimiento, entraron al edificio.

De pronto, en el lugar volvía a reinar el silencio. No había una sola señal que indicara lo que había pasado. Nada revelaba que ahí había estado a punto de perder la vida.

Y la explicación de que siguiera viva era un botón de emergencia. Su salvador había sido ese sencillo instrumento que ayudaba a Lucy a sobrellevar la vida cotidiana.

Kim se paró en seco. Acababa de reparar en lo que estaba olvidando. Un mareo la abrumó en cuanto la última pieza del rompecabezas encajó en su lugar.

—Madre mía… —susurró en la oscuridad.

—Aquí tengo los dientes, Marm —dijo el agente, que venía rodeando el edificio.

Se daba cuenta de que tenía más trabajo por hacer y que solo una persona podía ayudarla.

—Agente, ¿me presta su móvil?

74

Con la motocicleta ronroneando hasta detenerse en la franja de grava, Kim ya se sentía más como de costumbre. Se había dado un baño, cambiado de ropa y pulido la Triumph. En su cochera, la vieja moto brillaba como una pieza de museo.

No tenía ningún sentido cerrar los ojos. Cada célula de su ser había deseado la negrura del cielo para poder volver al sitio y cerrar ese caso.

Vio a Cerys en el fondo del campo, justo a un lado del boquete que habían hecho los paramédicos pocas horas antes.

El sol no había salido, aunque estaba a punto.

—Así que no mentías cuando me llamaste anoche. ¿De verdad esto es solo entre nosotras dos? —preguntó Cerys.

—*Sip* —contestó Kim. Estaba por emprender una acción que podría tener un alto costo para ella. Las palabras de Woody resonaban en sus oídos. No se llevaría a su equipo entre las patas.

—Cuando iba saliendo del hotel, me encontré con Dan. Ya te envió un informe, pero me confirmó que, en definitiva, la prótesis dental que encontraste pertenecía a Louise Dunston.

Kim asintió.

Cerys comenzó a presionar botones en la máquina y a anotar datos en una pequeña libreta.

—Vale, ya está listo. ¿Qué tan segura estás de que encontraremos algo?

Kim respiró largo, cerró los ojos y se concentró en sus entrañas.

—Más segura de lo que quisiera.

—¿Te das cuenta de que nada de lo que encontremos podrá ser usado en la corte?

Kim asintió. En caso de que tuviera razón, eso nunca llegaría a la corte.

Dio un paso adelante y extendió las manos.

—Dámelo y dime qué debo hacer. Ya te he causado demasiados problemas esta semana.

—Soy una niña grande y sé cuidarme —le espetó Cerys—. Y, sin acritud, este es un aparato demasiado costoso y no te lo confiaría.

Kim suspiró frustrada.

—Cerys, ¿tan solo podrías…?

—Calla, Kim. Primero dame la mochila.

Kim se agachó, levantó la mochila y la sostuvo mientras Cerys pasaba los brazos por las correas.

La arqueóloga se amarró el monitor a la cintura. Kim tomó la correa y le puso la

barra de metal sobre el hombro. Dio un paso atrás.

—Te tenía más como usuaria de Prada.

Cerys negó con la cabeza.

—Venga, ya eché un vistazo alrededor del área y hay mucha mierda en el suelo. Hay que quitarla.

—¿Debo suponer que ese será mi trabajo?

—¿Ves a alguien más alrededor?

—Vale. ¿Dónde?

—Yo investigaría primero la parte de atrás del edificio. El frente da justo a la carretera y a las casas, así que, si estamos buscando lo que crees que vamos a encontrar, todo el frente está demasiado expuesto.

—¿Puedo ayudar, detective?

Kim se volvió hacia William Payne, que venía rodeando la cerca. Se veía pálido y cansado.

Kim se le acercó.

—¿Cómo se siente?

Él sonrió.

—Adolorido, pero no hay lesiones permanentes. Me enviaron a casa hace un par de horas.

—¿Cómo está Lucy?

—Mírela usted.

Kim fue al borde de la cerca. Habían descorrido la cortina y Lucy se asomaba por la ventana.

La saludó y volvió a poner su atención en William.

—No creo que se encuentre en buen estado…

—Detective, no sé qué está usted haciendo aquí, pero sé que Lucy y yo nos hemos convertido en parte del asunto. De verdad, me gustaría ayudar. —Kim se sentía dividida.— Eran solo unas niñas, detective. Niñas endurecidas, abandonadas, olvidadas. Lo que le hicieron a Lucy estuvo mal, yo lo sé y ellas también lo supieron. Las tres volvieron al día siguiente, por su propia cuenta, y se disculparon.

—¿Y usted aceptó sus disculpas?

Él se encogió de hombros.

—Eso no tiene importancia. Lucy ya las había aceptado.

Kim, maravillada, movió la cabeza de un lado al otro.

—¿Sabe que su hija es una auténtica inspiración?

—Vaya que lo es —sonrió orgulloso—. Es el motivo por el cual me levanto de la cama todas las mañanas.

Kim inclinó un poco la cabeza.

—Y usted mismo no está tan mal. Anoche, si no se las hubiera arreglado para

soltar un poco las amarras o para agarrar a Victor…

—No fue ningún acto de valentía, detective. Me di cuenta de que estaba en el edificio y simplemente vine a preguntarle si necesitaba ayuda. Entonces noté que Victor Wilks estaba cavando un hoyo…

Sus palabras se fueron perdiendo mientras se sonrojaba. Kim entendía su acto de heroísmo accidental, pero, de cualquier modo, él le había salvado la vida.

—Aun así…

—Basta —dijo William levantando las manos—. Ahora, por favor, dígame cómo puedo ayudar.

Kim se sonrió. Este hombre no buscaba agradecimientos, honores ni simpatía.

—Muy bien, vale, ¿ve ese contenedor junto a la ventana? Tenemos que llenarlo con cualquier cosa que esté en el suelo y que pudiera interferir con la máquina.

William comenzó por la izquierda; Kim, por la derecha. Empezaron a trabajar desde el perímetro marcado por la cerca hacia el centro, recogiendo todo lo que se encontraban a su paso.

—Compañeros, la máquina funcionaría mucho mejor si hubiera menos hierba —dijo Cerys desde el perímetro.

Kim miró a su alrededor. En algunos lugares, la hierba le llegaba a la rodilla.

Se agachó para comenzar a arrancarla cuando, de repente, la máquina hizo un ruido.

Se enderezó para concentrarse en Cerys.

La arqueóloga retrocedió tres metros y empezó a avanzar lentamente. Una vez más, la máquina sonó.

Cerys giró hacia Kim.

—Por lo visto, tus instintos estaban bien.

75

Cerys miró de Kim a William y de regreso.

Kim recorrió la distancia hasta el hombre y le quitó las hierbas de la mano.

—William, tengo que pedirle que salga del área ahora mismo.

Parecía dolido. Tenía los ojos puestos en el área de tierra que había acaparado la atención de Cerys. Asintió.

Ella le cogió la mano derecha.

—William, nada de esto es culpa suya, debe saberlo. Nadie murió por su culpa. Simplemente fue hecho parecer así por un hombre malvado, tortuoso y sin conciencia.

Él se la quedó viendo. Le tomaría tiempo creerlo.

—Lo dejo en sus manos, detective.

Ella le apretó la mano.

—Me llamo Kim y quiero darte las gracias por todo lo que has hecho.

William se sonrojó avergonzado. Ella le soltó la mano.

—Ahora, vuelve con tu maravillosa hija.

Él le regaló una amplia sonrisa.

—Gracias, det… Kim. Eso haré.

Kim aguardó hasta que se hubiera ido para acercarse a donde Cerys había dejado la máquina.

La arqueóloga se volvió a mirarla.

—Lo que sea que haya aquí, no está a gran profundidad.

Kim asintió y tragó saliva.

Cerys le dio las llaves de la furgoneta.

—Hay palas en la parte de atrás. Ve a por ellas mientras pongo unas marcas.

Kim fue de prisa a la furgoneta, sacó dos palas y regresó corriendo colina abajo. Los efectos de los analgésicos que había tomado unas horas antes comenzaban a declinar. El dolor le estaba maltratando la espalda baja.

Cerys ya había marcado el área. De inmediato, Kim vio que era más pequeña que las demás.

La arqueóloga echó otro vistazo a los valores que le había dado el magnetómetro y señaló:

—Trabaja de ese lado, pero no con demasiada fuerza.

Kim clavó la pala en el suelo. Un dolor le recorrió la espalda a todo lo ancho, pero no le hizo caso y se concentró en lo que necesitaba hacer.

Las dos trabajaron en silencio durante media hora.

—Muy bien, Kim, para y sal —le dijo Cerys de repente.

El foso tenía un poco más de metro y medio de largo y un metro de ancho. La

profundidad era de no más de treinta centímetros.

A las mascotas las enterraban más hondo.

Cerys dio dos vueltas al foso antes de entrar. Con las herramientas de mano, empezó a remover pequeños montículos de tierra y a ponerlos a un lado de la excavación.

Kim no hablaba. Sus ojos estaban en Cerys.

La arqueóloga siguió cavando y los montículos fueron haciéndose cada vez más pequeños. Con el borde de una pequeña espátula, se puso a escarbar una sección en el centro del foso.

Al tercer raspado, surgió algo blanco.

Cerys tomó un cepillo suave y lo pasó por la superficie. Aparecieron más partes blancas.

El estómago de Kim se revolvió cuando se dio cuenta de que, sin duda alguna, estaba mirando un hueso.

—Esto, Kim, es un brazo, definitivamente.

La mujer siguió cavando hasta que descubrió lo que parecía ser la articulación del hombro. La detective seguía observando cómo iban apareciendo más y más partes de huesos.

—Cerys, ¿qué es eso? —preguntó Kim, señalando algo que sobresalía de la articulación del hombro.

La arqueóloga desempolvó esa parte y pudieron observar que era tela.

El corazón de Kim comenzó a retumbarle en el pecho.

—Cerys, desempólvala otro poco.

Así lo hizo, y Kim soltó un taco. La arqueóloga se volvió y sus miradas se encontraron.

—¿Esto es lo que estabas buscando?

Kim asintió, y sus pies ya empezaban a moverse lentamente hacia la motocicleta.

—Cerys… Tengo que…

—Ve —le dijo ella, sacando el móvil—. Voy a llamar.

Kim salió corriendo colina arriba tan rápido como sus piernas se lo permitieron.

76

Kim llamó a la puerta y respiró hondo.

La puerta se abrió.

—Detective, buenos días. Por favor, entre.

—Buenos días, Nicola —dijo Kim, y se metió en el apartamento.

Nicola cerró la puerta y se paró frente a ella.

—¿Viene sola esta vez?

Kim asintió.

—Tenía que darle algo de tiempo libre a mi equipo.

—Pero no a usted.

—Pronto, Nicola, muy pronto.

—Por favor, siéntese.

Kim se sentó. En lo que lo hacía, sus ojos se posaron en el borde del sofá y, en ese instante, su mente registró por completo el significado de lo que había vislumbrado en su visita anterior.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Nicola.

Kim se tomó un instante para analizar la expresión de la chica. Era abierta y franca. No había la menor señal de falsedad. Maldita sea.

—Hemos descubierto otro cuerpo.

Nicola se llevó la mano a la boca.

—Oh, Dios mío, no. —La consternación era genuina.

—Nicola, ¿tiene alguna idea de quién podría ser la cuarta víctima?

La chica se levantó y se puso a caminar de un lado al otro por detrás del sofá.

—Ni siquiera podría empezar a imaginar quién…

—Nicola, ¿había un cuarto miembro en ese grupo?

Frunció el ceño. El movimiento de sus ojos indicaba que estaba escarbando entre sus recuerdos.

—No, detective, eran solo tres, estoy segura.

Kim suspiró y se levantó, como si estuviera dispuesta a marcharse.

—Vaya. ¿Será posible que Beth recuerde a la otra niña? —preguntó esperanzada Kim.

Nicola negó con la cabeza.

—Beth no está en este momento, salió de compras, pero, cuando regrese…

—¿Está segura? —preguntó Kim.

—Claro que estoy segura —dijo Nicola sonriendo.

Kim señaló con el rostro el borde del sofá.

—Entonces, ¿por qué no se llevó el bastón?

Los ojos de Nicola se fijaron en el objeto que colgaba enganchado en el respaldo.

Su gesto era de auténtica confusión.

Kim aprovechó el momento para recorrer el lugar. Se dirigió a la primera puerta, esperando que fuera la correcta.

—Es posible que aún no se haya ido. Es posible que…

—Detective, no entre ahí. A Beth no le gusta…

Las palabras de la chica se fueron perdiendo mientras Kim empujaba la puerta.

Nicola seguía a su lado. Contemplaron el dormitorio juntas. La cama individual consistía en un colchón sobre un somier. No había sábanas ni edredón. A un lado de la cama sin usar había una mesita de noche con dos cajones.

Kim fue al armario de la esquina y lo abrió. Siete perchas vacías le devolvieron la mirada.

Se volvió a Nicola que, horrorizada, seguía parada junto a la puerta de la habitación.

Kim esperaba una respuesta, pero la chica no hacía otra cosa que observar el dormitorio vacío.

Una lágrima rodó por su mejilla.

—Se ha marchado otra vez. Y ni siquiera se despidió.

Kim acompañó a Nicola fuera del dormitorio y cerró la puerta. La guio al sofá y se sentó a su lado.

—¿Ya había hecho esto? —le preguntó con delicadeza.

Nicola asintió.

—Lo ha estado haciendo desde que salimos de Crestwood. —Una nueva oleada de lágrimas recorrió sus mejillas. Se las limpió con la manga del jersey.— Siempre está sumamente enojada conmigo, pero no me dice por qué. Eso es lo que suele hacer. Regresa y vuelve a dejarme. Es tan injusta… Sabe que no tengo a nadie más.

Kim fue a la cocina y trajo unas toallas de papel. Se sentó y se las dio a Nicola. Las lágrimas aún no cesaban.

—¿Recuerda la última vez que regresó?

La joven dejó de llorar y lo pensó. Se sonó la nariz y asintió.

—Hace dos años, cuando tuve mononucleosis y me llevaron al hospital. Desperté y ahí estaba, sentada a un lado de mi cama.

—¿Y antes de eso?

—Tuve un accidente automovilístico leve. Me salí del camino, nada más. No estaba muy lastimada, pero me asusté muchísimo. Llevaba poco tiempo conduciendo.

—Así que ella ha estado entrando y saliendo de su vida desde que estaban en Crestwood. ¿Tiene alguna idea de por qué podría estar tan molesta con usted?

Nicola movió la cabeza con vehemencia.

—No me lo dirá.

Kim podía percibir la exasperación en la voz de Nicola y se daba cuenta de que esto iba a ser aún más difícil de lo que había imaginado.

Le cogió la mano.

—Necesito que recapitule, que vaya al día del incendio. Me parece que ahí hay algo que usted podría haber olvidado. ¿Quiere intentarlo mientras estoy aquí?

—No hay nada —dijo confundida.

Kim le apretó la mano.

—Está bien, Nicola. Aquí estoy. Dígame, paso a paso, qué recuerda de ese día, y veamos si conseguimos ensamblar juntas la escena.

Nicola puso la mirada al frente, con los ojos fijos en el muro opuesto.

—Sé que hacía frío y que Beth y yo habíamos discutido por alguna cosa. Ella me estaba aplicando la ley del hielo, así que me fui al salón comunitario.

—¿Quién estaba en el salón comunitario? —preguntó Kim, tranquila.

La joven movió la cabeza y frunció el ceño.

—Nadie. Todas estaban fuera, haciendo un muñeco de nieve.

—¿Qué hizo usted, entonces?

Nicola inclinó la cabeza.

—Oí voces, gritos. Venían del despacho del señor Croft.

—¿Qué oyó?

Kim seguía sujetando la mano de Nicola, con el pulgar descansando sobre la esbelta muñeca. El pulso se aceleró.

—Hablaban de William, acerca de encubrir algo. Decían que se iba a meter en problemas, que terminaría preso. Hablaban de lo que le sucedería a Lucy.

—¿Recuerda a quiénes pudo oír?

—El señor Croft y la señorita Wyatt estaban discutiendo. El padre Wilks hablaba en voz baja, y oí a Tom Curtis y a Arthur Connop en el fondo.

Cinco, pensó Kim.

—¿Qué me dice de Mary Andrews?

Nicola negó con la cabeza.

—Estaba de baja, con la gripe.

—¿Qué sucedió después?

—El padre Wilks abrió la puerta y me descubrió. Parecía furioso. Huí.

Kim podía sentir que la palma de la mano de Nicola se humedecía.

—¿A dónde fue?

—Fui a buscar a Beth. Estaba en nuestro dormitorio. Yo ya estaba harta de que la gente se enojara conmigo.

La voz de Kim era apenas un susurro.

—Así que ¿qué hizo usted?

—Le dije… Le dije…

Kim le apretó la mano, pero Nicola ya estaba sacudiendo la cabeza de un lado al

otro. Sus ojos se movían alrededor, hurgaba en su propios recuerdos con la esperanza de reorganizar su pasado.

—No, no, no, no, no.

Kim intentó agarrarse de su mano, pero Nicola se soltó con facilidad.

Empezó a caminar de un lado al otro por la habitación, como animal enjaulado, buscando un sitio donde esconderse.

Su pánico iba en aumento. Se movía rápida y frenéticamente.

—No, no puede ser… No es posible que yo…

Las manos de la joven golpearon la barra del desayunador. Nicola se volvió y comenzó a aporrear las paredes con las manos, y luego, su propia cabeza.

Kim corrió, la agarró por la espalda y le inmovilizó los brazos a los costados para evitar que se hiciera daño.

—¿Qué le dijo a Beth?

Nicola trataba de zafarse del abrazo, pero Kim tenía los dedos entrelazados y no estaba dispuesta a soltarla.

—Por favor, deténgase, no puedo…

La voz de Kim se hizo más fuerte.

—Nicola, tiene que recordar. ¿Qué le dijo a Beth?

La cabeza de la joven se sacudía de un lado al otro. Kim echó su propio cuello hacia atrás para evitar que la golpeara.

Kim siguió gritándole al oído.

—Dígame, Nicola, ¿qué le dijo a su hermana?

—Le dije que se podía quedar con el puto cárdigan, si le hacía tanta ilusión —gritó.

Se hizo un silencio. De pronto, el cuerpo de la joven cesó de luchar y se desplomó, llevándose a Kim consigo.

Kim no quiso soltarla. Se sentó en el suelo, abrazándola apretadamente. Sabía que los sucesos de diez años atrás ya corrían libres por esa memoria.

—Lo cogió, ¿no es así? —La joven asintió y Kim pudo sentir que sus lágrimas le caían en las manos.— Así que todo mundo pensó que había sido usted, ¿o no?, ¿por el cárdigan?

Nicola asintió otra vez.

—En un momento dado, salí a buscarla y estaba jugando con las otras, pero después ya no pude encontrarla. Seguí preguntando por ella y me dijeron que estaba en algún otro lugar. Al final, me fui a al dormitorio, pero ella ya no regresó. Más tarde, antes del incendio, los vi por la ventana de la cocina. Todos estaban alrededor de un hoyo, y entonces lo adiviné. Yo no sabía qué hacer. Tenía miedo de que regresaran a por mí, así que, cuando el incendio empezó, me sentí aliviada de que nunca más lograrían atraparme.

Kim sabía que Beth no había tenido la menor oportunidad de huir.

Su rodilla no se lo hubiera permitido en ese tiempo tan frío.

—¿Cuándo vino Beth, Nicola?

—Hace un par de semanas —respondió con voz ronca.

Cuando se anunció que habría excavaciones, Nicola había vuelto a sentir miedo.

—Sabe que usted la trajo de vuelta, ¿no es así, Nicola?

—Nooooo…

Era un aullido animal. Una pobre alma herida retorciéndose de dolor. Kim la sujetó con firmeza mientras la joven hacía un intento por escapar de lo que sucedía en su propia cabeza.

Por ahora, la noción de lo que había hecho en el papel de Beth no debía compartirse. Nicola tendría que llegar a comprenderlo algún día con la ayuda de un buen psiquiatra.

Mientras permanecía en el suelo, meciendo a la joven y atormentada chica, Kim dudaba de que Nicola llegara algún día a estar en condiciones de ser juzgada por el asesinato de Teresa Wyatt, Tom Curtis y Arthur Connop.

Pocos minutos después, Kim se echó hacia atrás con suavidad.

Era hora de hacer la llamada.

77

William añadió un chorrito de leche a la papilla. Flexionó el dedo meñique y tocó la comida con el nudillo. Perfecta.

Sonrió. Era la favorita de Lucy.

Su hija había sido bañada y cambiada y estaba a la espera del desayuno. Después de eso, él limpiaría el baño y haría las camas. Al terminar el almuerzo, el horno pasaría por una limpieza profunda.

Volvió a sonreír. Sabía que la gente sentía pena por él y la vida que le había tocado, pero, pensándolo bien, esa gente no conocía a Lucy.

El espíritu de su hija lo inspiraba día tras día. No conocía a ninguna persona más valiente y considerada.

Sabía que su mayor frustración era su incapacidad para hablar con claridad, y, a veces, la agotaba el esfuerzo de comunicar, tan solo con los movimientos de los ojos, todo lo que le pasaba por la cabeza.

Pero había un pacto entre los dos. En los días más tristes, él tendría que preguntarle si había tenido suficiente. William le había dicho, años atrás, que siempre respetaría sus deseos y que nunca le prolongaría la vida solo por sus propias necesidades egoístas.

En días como esos, le haría la pregunta y retendría la respiración hasta que llegara la respuesta. Las vacilaciones se hacían cada vez más largas y el aire llenaba su pecho cada vez más, pero, hasta el momento, siempre había recibido un parpadeo.

Se temía que, en algún momento, la carga terminaría siendo demasiado pesada y su hija le respondería con dos. Solo esperaba ser lo suficientemente fuerte para cumplir su promesa. Por el bien de ella.

El padre apartó esas ideas de su mente. Ayer había sido un buen día. Lucy había recibido una visita.

William no la reconoció al principio. La joven se presentó a sí misma como Paula Andrews, y, después de estudiarla por unos segundos, él recordó que se trataba de la nieta de Mary Andrews y que, acompañando a la abuela, solía venir a jugar con Lucy. William se había sentido genuinamente entristecido por la reciente muerte de Mary. Habían sido buenos amigos durante los años en Crestwood. Su sepelio había tenido lugar unos cuantos días atrás y, aunque él no asistió, pudo ver la procesión desde la ventana de su dormitorio.

Lucy sí que reconoció a Paula instantáneamente y se sintió gozosa con la visita. En pocos minutos, las chicas ya habían acordado su propio método de comunicación, uno del que William estaba excluido. Él nunca había estado tan contento.

A favor de Paula, también habría que decir que no mostró ninguna reacción ante los cambios físicos de su vieja amiga.

Él se refugió en la cocina por unos minutos, nervioso por el bienestar de su hija. Nunca impediría que alguien la visitara, pero no tenía ningún poder para lograr que el visitante volviera a venir. Aceptó, no obstante, que no podría protegerla de las decepciones que la vida le pondría en el camino.

De algún modo, las dos chicas habían encontrado el modo de jugar un juego de mesa. Oyó a Paula exclamar: «Lucy Payne, no has cambiado un ápice. Siempre has sido un poquillo tramposa».

William oyó el gorgoteo de Lucy, algo que él conocía como risa, y su corazón dio un vuelco.

Salió de la casa, tan solo media hora, para quitar algunas malas yerbas de entre las losas, seguro de que su hija estaba bien. Esos pocos minutos en el aire frío de la mañana lo habían revitalizado por el resto del día.

Dos horas después, Paula le pidió permiso de volver a visitarla.

Se lo concedió encantado.

Llevó la papilla al salón y se sentó en el escabel. Lucy lo recibió con el rostro sonrosado y brillante, los ojos alertas y concentrados. Era un buen día. La visita de Paula había sido buena para ambos.

—¿Nunca te aburres de la papilla?

Un parpadeo.

Él puso los ojos en blanco. Ella lo imitó. Él soltó una carcajada.

Le puso una cucharada de avena en la boca. Ella la recibió y arrugó la cara en señal de agradecimiento. La segunda cucharada ya iba en camino cuando alguien llamó a la puerta.

Dejó el plato en el alféizar.

Abrió la puerta y el pánico se apoderó de él inmediatamente.

Delante tenía a un hombre y una mujer, ambos con pantalones negros de vestir. Uno cargaba un maletín, mientras que la otra llevaba un bolso al hombro.

De inmediato pensó en los servicios sociales, pero no tenían ninguna visita programada. Siempre los notificaban con anticipación. Al principio, poco después de que su esposa se fuera, William libró guerras contra las autoridades para quedarse con su hija. Saltó aros y actuó como animal de circo para demostrarles que era competente. Al verlo tan determinado, los servicios sociales comenzaron a trabajar con él para que pudieran permanecer juntos, y el empleo en Crestwood había terminado por sellar el pacto. Pero, de todos modos, en él seguía latente el miedo de que algún día podría llegar a perderla.

—¿Señor Payne?, ¿señor William Payne? —Él asintió. La mujer sonrió ampliamente y sacó de su bolsillo una tarjeta de visita.— Me llamo Hannah Evans y trabajo para Enterprise Electronics. Hemos venido a ver a Lucy.

—Pero… Yo no… ¿Qué?

Ella se frotó las manos y sopló dentro de ellas.

—Señor Payne, ¿nos da permiso de entrar?

William se hizo a un lado.

Hannah Evans entró al salón y se paró frente a la niña. El hombre se sentó y abrió su maletín.

—Hola, Lucy. Me llamo Hannah y me da mucho gusto conocerte.

Su sonrisa era franca y cálida; su voz, amistosa y tranquila, a diferencia del tono condescendiente de la mayoría de los adultos.

—¿Estás bien?

Lucy parpadeó.

—Eso significa que sí —explicó William.

Hannah no se movió de donde estaba y sonrió hacia el padre.

—Lo sé, señor Payne. El lenguaje de los parpadeos es muy común entre personas con limitaciones de comunicación.

Hannah Evans puso los ojos en blanco y Lucy respondió con un gorgoteo.

—Mmm… disculpe usted —dijo William intrigado—, pero no entiendo qué han venido a hacer aquí.

—Es muy sencillo, señor Payne. Nos especializamos en sistemas tecnológicos de vanguardia, equipos diseñados para funcionar a la menor señal de actividad física. Como compañía, nuestro fin es que la vida de las personas con limitaciones físicas sea mucho más emocionante e interesante.

La mente de William era un torbellino.

—No entiendo. No he hablado con… No tengo dinero para…

—Tengo entendido que el costo está cubierto. —La mujer levantó las manos.— Esa no es mi área del negocio y tengo instrucciones específicas.

William se sentía como transportado a un universo paralelo. Su mente se esforzaba en buscar respuestas, pero no encontraba ninguna.

Hannah volvió a centrar su atención en la niña.

—Lucy, tengo una sola pregunta. ¿Puedes controlar, por lo menos, uno de los dedos?

Dos parpadeos.

Hanna le ofreció a William una amplia sonrisa.

—Creo, entonces, que será mucho lo que podamos hacer.

78

Kim miró la ofrenda que tenía delante y pensó que Aunt Bessie era una maldita mentirosa.

Puso la caja de ingredientes a un lado de su propia tentativa, recién sacada del horno, solo para hacer comparaciones. *Na,* no había cantidad de glaseado ni de adornos brillantes que la salvaran.

Arrojó la caja a la papelera. Se sentía traicionada.

Alzó la mirada.

—Lo intento, Erica. Te prometo que lo intento.

Oyó que alguien golpeaba la puerta.

—Está abierta —gritó.

Bryant entró vestido de vaqueros y sudadera. Traía una caja de pizza.

—Hoy te echamos de menos en el trabajo —dijo, y colocó la caja sobre la encimera.

Ella puso los ojos en blanco.

—Woody dio la orden y no me atrevo a desobedecerlo nunca más, porque este gato está en su última vida.

—¿Eso te dijo?

Kim asintió y se contó los dedos.

—Aparentemente, hubo dos quejas formales acerca de mi actitud. Desobedecí instrucciones directas en tres ocasiones y no seguí los protocolos… —Se contó el resto de los dedos.— Bueno, eso, y muchas veces, por lo menos.

Bryant se llevó la cabeza a las manos.

—Virgen santa, ¿fue bestial?

Kim se lo pensó por un momento y asintió.

—Sí, yo diría que mucho. Tenía un montón de cosas que decir.

—¿Y qué le respondiste?

—Le dije que a su modelo le faltaban los resortes voladizos del eje trasero.

Bryant soltó una carcajada y ella se le unió. Supuso que, en retrospectiva, era un poco divertido.

Pero era su modo de decir gracias. La sensación de perder el trabajo no era ilusoria. La salvaron los resultados, y Woody se encargó de ponérselo muy en claro.

Con que una sola de sus corazonadas hubiera fallado, el Tazón sería hoy el despacho de otra persona.

Este caso la tuvo muy cerca de perder lo más importante de su vida y, aun así, había valido la pena.

—¿Cuánto tiempo te dio para lo otro?

Kim gruñó mientras sacaba dos tazas del aparador.

—Un mes.

—Madre santa, ¿cómo vas a salir de esta?

Kim se encogió de hombros. Tenía cuatro semanas para hablar con un psicólogo o enfrentarse a una suspensión.

—En realidad, no crees que te lo cumpla, ¿o sí?

Kim recordó la expresión decidida en el rostro de Woody.

—Vaya que lo hará.

—Bueno, te gustará saber que Richard Croft se veía mucho mejor antes.

—¿De verdad?

—Bueno, antes de que le leyera sus derechos.

A Kim le habría gustado estar ahí.

—Por favor, dime que la señora Croft estaba presente.

—Ciertamente. Por unos segundos, pareció un camello estreñido, pero se recuperó lo suficientemente rápido como para sacar su portátil y algunos papeles. Dijo que su abogado se pondría en contacto.

—¿Con nosotros?

—Con Richard. Me llegó el tufo de un divorcio de urgencia en su porvenir.

—¿Qué dijo él?

—Bueno, confirmó que fue Victor quien mató a Beth. Los demás simplemente ayudaron a enterrar el cuerpo. Dijo que lo de encender el fuego había sido idea de Teresa Wyatt. La idea era provocar confusión con los registros, las niñas que habían escapado y las que ya habían sido reubicadas.

—¿Le crees?

—No lo sé. En realidad, no importa mucho. Conseguirá un buen abogado, pero, sin duda, pasará tiempo en la cárcel. Lo más importante es que su vida, como la conocía, ha terminado. Su esposa, su casa, su carrera y, probablemente, sus hijos, se le han ido.

Kim no habló. No había nada que decir. Por Richard Croft no sentía más que repugnancia. El tipo había escapado con vida.

Bryant parecía pensativo.

—¿Consideras que Victor Wilks era totalmente malvado? Es decir, sé lo que hizo, pero trabajó en el lugar e hizo cosas, así que tal vez había algo de bondad en él.

A veces, Bryant parecía más joven de lo que era. A Kim la apenaba tener que decirle que Papá Noel no existía.

Negó con la cabeza.

—No, Bryant. Lo atraían los lugares llenos de desaliento, donde podía proyectarse como un faro de esperanza entre tanta miseria. Esa era su verdadera gratificación, ahí radicaba su poder. El sexo con niñas asustadas, vulnerables y jóvenes le proveía alivio a una necesidad física. Se metía en entornos donde las

acusaciones de violación se volvían mucho más difíciles de probar, y cualquiera que se convirtiera en un problema era eliminado. Las mataba por placer. Lo hacía porque era capaz y porque encontraba justificaciones para acabar con la vida de cualquiera que se interpusiera en su camino. Ha de haber más víctimas de Wilks en Hollytree, y por más que nos cueste tragárnoslo, es posible que nunca las descubramos todas.

La creciente urbanización se había apuntado dieciocho huidas desde el regreso de Victor, dos años antes. Y, añadiendo las desapariciones de niñas que no fueron reportadas por las familias, porque no se dieron cuenta o no les dio la gana, la cifra quizás tendría que duplicarse.

—Qué hijo de puta —murmuró Bryant.

Kim estaba de acuerdo, pero se consolaba con pensar que Victor Wilks jamás saldría libre.

—¿Encontraste el coche? —preguntó ella.

Él asintió.

—Una cochera detrás de los apartamentos registrados a nombre de Nicola Adamson. Audi blanco con una abolladura en el alerón delantero.

Kim movió la cabeza de un lado al otro. Por más que lo intentara, no podría congregar ninguna simpatía por Teresa Wyatt, Tom Curtis, Richard Croft ni Arthur Connop. Junto con Victor Wilks, ocultaron las muertes de tres niñas y les negaron la justicia por diez años, con tal de mantener ocultos sus sórdidos secretos. Los cinco encontraron el modo de abusar de ellas un poco más.

Lo que es peor, provocaron el asesinato de otra inocente, cuyo único crimen había sido querer lucir el cárdigan rosa de su hermana.

—Tengo curiosidad, Kim. ¿Qué te hizo pensar que los asesinos eran dos?

—La forma en que mataron a sus víctimas —respondió—. Cuando descubrimos a las niñas, era obvio que las habían asesinado con mucha fuerza física, pero no fue así en los homicidios más recientes. No se necesitaba un gran esfuerzo para meter a Teresa dentro del agua. A Tom le cortaron la garganta por detrás, a Arthur le pegaron con un coche y Richard fue apuñalado por la espalda. Puros métodos que exigían astucia, paciencia y sigilo, pero no fuerza física.

—¿Qué me dices del incendio en casa de Teresa Wyatt? ¿Qué sentido tuvo?

—En el suelo había una capa muy delgada de nieve, Bryant. Tuvo que haber habido un montón de pistas forenses junto con las huellas de las pisadas, incluyendo el bastón, pero ocho bomberos, dos pipas de agua y una manguera de alto poder lo destruyeron todo.

—Muy lista.

—Exacto. Tenía que ser una mujer.

—Sí, pero cayó atrapada.

—Sí, por una mujer.

Bryant puso los ojos en blanco y gruñó al mismo tiempo. Ya sereno, preguntó:

—¿Cómo crees que reaccionará Nicola cuando se dé cuenta de lo que pasó?

Kim se encogió de hombros.

—En realidad, no fue Nicola quien lo hizo. Fue Beth.

Bryant la miró dubitativo.

—¿De verdad lo crees? —Dios lo guarde, el hombre era de una sencillez total.

—Vaya que lo creo, Bryant.

—Todo esto me parece un poco *Expediente X.*

Kim suspiró.

—Beth solo aparecía cuando Nicola la necesitaba, cuando estaba enferma o asustada. A Nicola, su subconsciente la usaba como una manta. La joven nunca aceptó por completo la muerte de su hermana. Su subconsciente bloqueó todos esos recuerdos para así poder vivir. La protegía de la culpabilidad. Ahora imagina que, en el papel de Beth, todos los recuerdos estaban a su disposición. Tenía acceso a aquella conversación que había escuchado, al conocimiento de lo que había ocurrido. Aunque no era capaz de rememorar esas cosas, su alter ego sí que podía.

Kim creía con firmeza que la mente consciente de Nicola no estaba al tanto de que su subconsciente traía a Beth de regreso. Y, después de haber conocido a «Beth», sabía, sin duda alguna, que no había sido una actuación.

Se volvió a Bryant.

—Trata de imaginar una psique dividida en dos. Nicola tenía el control sobre las actividades cotidianas. Era capaz de funcionar adecuadamente, pero alguien más tenía el control de su subconsciente.

Él movió la cabeza.

—*Na,* todavía no me lo trago. Y tampoco creo que se lo trague un jurado.

Kim sospechaba que Bryant tenía razón, pero dudaba de que, en algún momento, Nicola fuera declarada competente siquiera para presentarse en los tribunales. Para Kim, la lucha interna entre ella y Beth era evidente en las escenas criminales de Teresa y Tom. La policía había llegado muy pronto en ambas ocasiones. Una parte de la psique dividida quería ser detenida.

Nicola no era una persona malvada y su castigo habría llegado con los recuerdos.

Kim sabía, de primera mano, que la culpa del sobreviviente tiene el poder de moldear un cerebro, y por eso rezaba para que nunca nadie abriera sus cajas.

—¿Cómo crees que Wilks se las arregló para mantenerse con vida?

—Más suerte que juicio —dijo Kim—. Él habría sido el siguiente y ella lo habría atrapado.

Bryant negó con la cabeza.

—Algo que no entiendo es cómo nadie se dio cuenta de que había una sola

gemela.

—Los padrones eran un desastre, Bryant. Recuerda que ya habían vaciado el lugar. Los registros de las fugitivas no estaban al corriente y, durante la noche del incendio, casi todos estaban elaborando listas. Las ambulancias se llevaban a las niñas al hospital para que las revisaran. Era un caos, y esa era la intención. De esa noche, no hay dos listas que coincidan.

—Pero ¿por qué Nicola no dijo nada?

—La niña se quedó aterrada. Estaba convencida de que se darían cuenta del error con el cárdigan y que irían a por ella.

—¿Y Mary Andrews? ¿Crees que habrá sido Nicola o Beth o quien demonios fuera?

Kim negó con la cabeza.

—Nada sugiere que hubiera muerto de otra cosa que la enfermedad. Mary fue la única que no estuvo presente ni fue mencionada aquel día, así que Nicola no tenía ningún motivo para ir en su contra. —Kim suspiró hondo.— Creo que Mary Andrews era la única persona en quien cualquiera de las niñas podía confiar. Con excepción de William, que trabajaba de noche, cada uno de los otros encontró el modo de explotarlas más y más. ¿Es sorprendente que no fueran niñas exploradoras?

—Es una forma caritativa de exponerlo —sugirió Bryant.

Ella abrió la boca para discutir ese punto, pero volvió a cerrarla. Bryant creía que había un código ético arraigado en el consciente al nacer. Creía que era tan genético como el color de los ojos o la estatura. Kim sabía que eso no era cierto. La conciencia y cómo usarla eran comportamientos aprendidos. Venían de los buenos ejemplos y los modelos sólidos. El saber diferenciar entre lo correcto o lo incorrecto se perfeccionaba a lo largo de la vida, no estaba pregrabado en el cerebro.

Los antecedentes sociales de Tracy, Melanie y Louise dictaban que sus códigos se distorsionarían para siempre. Tal como los niños abusados terminan, a menudo, siendo abusadores.

Bryant nunca se convencería, pero Kim lo sabía, porque había estado ahí. Y un virtuoso intervalo de tres años le había salvado más que la vida.

Bryant tomó un sorbo de café.

—Así que, ¿qué estaba pasando entre tú y el doc? Sin duda, tenían una cita en mente.

—Bryant —dijo ella a modo de advertencia.

—Venga, venga, Kim. De haber tenido más tiempo, habrían salido chispas.

—¿Y en qué terminan las chispas?

—En fuego —dijo él con los ojos bien abiertos.

—¿Y alguna vez has sabido de un incendio que no cause daños?

Bryant abrió la boca, pensó por un segundo y la cerró de nuevo.

—En realidad, eso no tiene respuesta.

—Precisamente.

—Quizás sea lo mejor —dijo Bryant, reflexivo—. El doc era, tal vez, demasiado como tú. —Se rio.— Madre santa, no me imagino los hijos que habríais tenido.

—Bryant, creo que deberías ocuparte de tus malditos asuntos —espetó. A veces él la conocía demasiado bien.

Y, sin embargo, si volvía a encontrarse con Daniel, ¿quién sabe?

—Sí, quizás debería, pero es poco probable que lo logre.

Kim sonrió.

—¿Cómo está el Centro de Rescate Animal?

—Los cachorros están muy bien. Ya tienen dueños. Mi sobrina se quedó con Pebbles. Bam Bam se ha ido con un vecino. La mejor amiga de mi hija escogió a Yogi, mientras que Boo Boo se va a ir con la hermana de Stacey.

—Esas pobres criaturas no tendrán que cargar con semejantes nombres de por vida, ¿verdad?

Bryant negó con la cabeza.

—*Na,* solo son para que podamos distinguirlos por ahora.

—¿Y la mamá?

—Se queda conmigo. Solo tiene cuatro años y el veterinario calcula que ya ha tenido tres camadas. Su trabajo está hecho.

Por un instante, solo por un fugaz instante, Kim sintió la urgencia de abrazar a este oso de hombre de grandísimo corazón. Era su colega y su amigo de verdad.

Pero ese instante pasó de prisa.

Él se bajó del taburete.

—Así que, para concluir, vayamos al verdadero motivo de mi visita. Está terminada, ¿verdad?

—Sí, Bryant, está terminada.

Se frotó las manos.

—¿Puedo?, ¿puedo, ¿puedo?

A Kim le dio risa ese entusiasmo infantil.

Él salió corriendo a la cochera por la puerta de al lado.

Ella cogió las tortas y las puso en la papelera. Sumergió el molde en agua jabonosa caliente.

Bryant regresó y se asomó por la puerta.

—Oye, Kim, aquí no está.

—¿Oh, de verdad?, ¿qué te parece?

Él se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados.

—La vendiste, ¿verdad?

Kim no dijo nada.

Bryant se desinfló, confundido.

—Pero la adorabas como una niña. Has estado trabajando durante meses para conducir esa maldita cosa. No lo entiendo. Era todo para ti.

—¿Sabes, Bryant? Hay cosas que tienen un mayor significado.

Limpió el molde de la torta y lo apartó. La expresión de Bryant era de desconcierto. No entendía nada.

Pero Kim, sí, y eso era lo importante.

Carta de Angela

En primer lugar, quiero darte las gracias por haber querido leer *Grito del silencio*. Espero que hayas disfrutado de la primera entrega de este viaje de Kim y que sientas por ella lo mismo que yo. Si bien no siempre es perfecta, es alguien a quien querrías tener de tu lado.

Si te gustó, te agradeceré mucho que escribas una reseña. Me encantaría conocer tu opinión. Tu reseña también podría ayudar a otros lectores a descubrir alguno de mis libros. Tal vez podrías recomendárselo a tus amigos y familiares… Una historia comienza como la semilla de una idea que va creciendo al observar y escuchar a quienes te rodean. Cada individuo es único y todos tenemos nuestras historias. Quisiera capturar tantas de esas historias como me sea posible. Espero que sigas unido a Kim Stone y a mí en nuestras travesías. A donde quiera que nos lleven.

Si es así, me gustaría oír de ti. Ponte en contacto conmigo a través de Facebook, de mi página de Goodreads, en Twitter o en mi sitio web.

Muchas gracias por tu apoyo, que aprecio muchísimo.

Angela Marsons.